



MARTIN

BIBLIÓ



LA MARTINE

HISTORIA
DE LA
TUROUUA

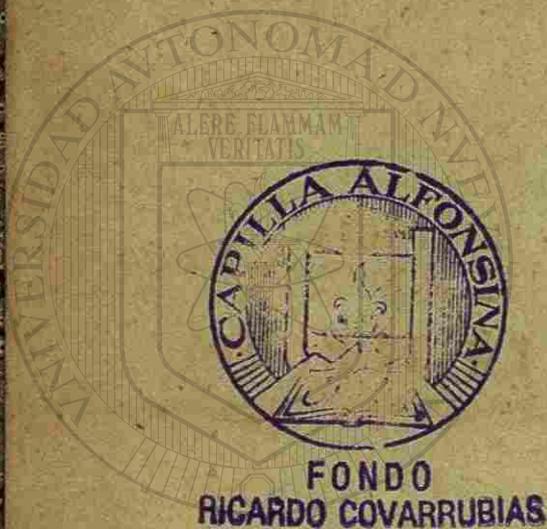


DR441
L3
v. 8

D



1020025209

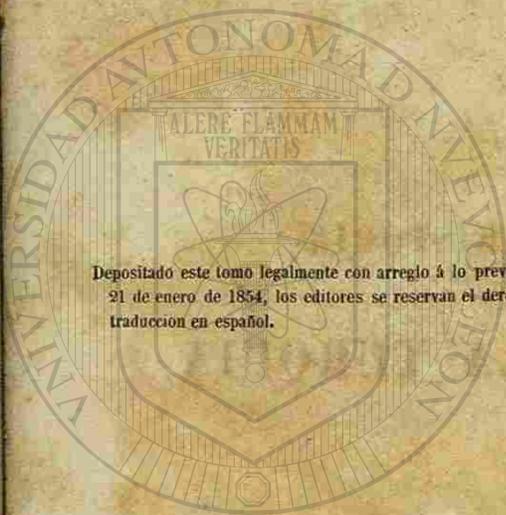


HISTORIA

DE LA TURQUIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Deposítado este tomo legalmente con arreglo á lo prevenido en el convenio de 21 de enero de 1854, los editores se reservan el derecho de propiedad de la traducción en español.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA
DE
LA TURQUIA

POR
A. DE LAMARTINE

CON 30 LÁMINAS

TOMO OCTAVO



T. VIII.

ABDUL-MEDJID.

PARIS
LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET

1855

RICARDO VARRUBIAS

099492

17334

9496
Lc.

DR 441
L3
v. 8



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

HISTORIA

DE

LA TURQUIA

LIBRO TRIGÉSIMO CUARTO

I

Pocos espectáculos hay mas contradictorios y dolorosos para el corazon del historiador y de los pueblos como el advenimiento de un nuevo principe cuando dejenera una vieja monarquía. Los votos que aclaman á un soberano jóven é inocente de las desgracias públicas hacen que la nacion, á cuyo frente le coloca la Providencia, olvide un momento las calamidades pasadas, las presentes angustias, los peligros del porvenir. Créese que la patria deposita para siempre ja-

más su adversa suerte con los restos mortales del soberano difunto en su tumba y que su sucesor inaugura con un nombre nuevo una nueva era en el imperio. Mas apenas las miradas del pueblo, y especialmente de los hombres de Estado, se apartan de la fisonomía del joven príncipe y del esplendor de su coronación, que los ánimos desalentados se fijan en las fatalidades ó dificultades del reinado, el corazón se parte considerando el contraste de los hombres que necesitan más fundadas esperanzas y de las cosas que se empeñan en destruirlas.

Tales eran las impresiones de Constantinopla al volver de la mezquita de Aioub, donde el nuevo sultán, Abdul-Hamid, acababa de ceñir el sable de Othman.

II

Abdul-Hamid I era el hijo cuarto del sultán Ahmed ó Achmet III. Su existencia pasada en medio de las vicisitudes, abdicaciones y coronaciones de los tres reinados, probaba lo mucho que se habían morigerado las costumbres de la familia de Othman. Todo lo

que la piedad de sus tíos le había concedido, era poder vivir. Huérfano á cinco años, olvidado por su misma medianía en el fondo del antiguo serrallo, había llegado á la edad de cuarenta y ocho años sin haber realmente vivido. El orgullo, cimentado por la adoración que tenía á su madre y por la lectura de la historia del imperio, donde no había buscado más que la divinización de los príncipes de su raza, trazada por aduladores historiógrafos, he aquí su carácter dominante. No se había instruido más que de su grandeza; sus caprichos eran sus verdaderos deberes y creía en la infalibilidad innata de un ignorante, á quien la cuna eleva al rango supremo. Su limitada inteligencia no le permitía ver de todo su vasto imperio sino lo que se pasaba en el recinto de su serrallo.

Disponían del gobierno entero sus dos cuñados el gran visir Mouhsinzadé y el caimakan Malek-Mohammed. Las dos sultanas, esposas de estos dos favoritos de Mustafá III, Aazime, mujer del gran visir, y Seineb, mujer del caimakan, celosas una de otra, se disputaban la amistad de su hermano. Aazime, mayor que su hermana, venció á su rival y consiguió que se confirmase á su marido, el gran visir, en las atribuciones y mando del ejército en Schumla.

III

La paz con Rusia era el pensamiento y la necesidad del divan. El gran visir, cuyas indisciplinadas tropas llenaban sin cesar el campo de impunes sediciones y desertiones, se habia dejado encerrar en Schumla, por el cuerpo de ejército del general Kamenski, el cual habia pasado el Danubio é interceptaba las gargantas de la Bulgaria. La situacion de Pedro el Grande en el *valle desgraciado*, era entónces la misma que la del gran visir en sus propias trincheras de Schumla.

Las negociaciones, eludidas primeramente por el gran visir, comenzaron en Kainardji, cuartel general del mariscal Romanzoff, el cual dictó las condiciones de la paz como habia conducido las operaciones de aquellas tres campañas. La imperiosa exigencia por una parte, la imperiosa necesidad por otra, no permitian ya largas discusiones: la paz de Kainardji estaba escrita con la espada de los rusos. Una conferencia de algunas horas bastó á los plenipotenciarios para redactar, no la paz, sino la capitulacion de la Turquía.

Los artículos patentes conservaban la independencia de la Crimea, del Kuban, de la Besarabia, desmantelados del imperio, es decir, el bloqueo constante de Constantinopla; imponíanse ciertas condiciones al gobierno de la Puerta, en Moldavia y Valaquia, bajo la vigilancia moral de los rusos, y el derecho de proteccion respecto á los vasallos cristianos del imperio se conferia á la emperatriz y á sus sucesores. No se mencionó á la Polonia, causa principal de la guerra, y este silencio era lo mismo que abandonar la tempestuosa república á la arbitraria presion de Catalina. En fin, un artículo secreto exigia á la Turquía, por espacio de tres años, el pago de un subsidio de diez y seis millones de francos, como precio de la salida de la flota revolucionaria de los Orlof del Archipiélago.

El desgraciado Mouhsinzadé murió de dolor, siete dias despues de haber firmado en este tratado la salvacion presente, sí, pero la decadencia futura de su país. Cuando se salva un imperio á costa de la dignidad ó de la grandeza forzoso es morir bajo el peso de la responsabilidad, ó en el suplicio. Los pueblos humillados exigen una víctima por su infortunio. Créese que Mouhsinzadé prefirió el veneno al acero; sus victorias y sus talentos merecian mejor de la fortuna. Sufrió el castigo de la indisciplinada y de las sediciones

de los genizaros. Segun la correspondencia diplomática del baron de Thugut, residente de Austria en Constantinopla, el orgullo de Abdul-Hamid bajó de tal manera en algunos días de reinado, que dispuso una fiesta en el serrallo para celebrar el consentimiento de los ulemas y del muftí á la renuncia de su soberanía en la Crimea.

IV

El imperio no era más que un nombre fuera de Constantinopla; sus feudatarios y sus propios bajás le desgarraban en mil girones. El príncipe de los tártaros del Kuban, Heraclio, recibía con orgullo un cetro y una corona de manos de Catalina II. El bajá de Scutari, de acuerdo con Venecia, organizaba un ejército independiente y desafiaba dentro de sus fortalezas el cordon del sultan. Ali, bajá de Janina, despedazaba una parte de la Albania y de la Macedonia para hacerse un patrimonio independiente. Ahmed, bajá de Bagdad, defendía el imperio y despreciaba al divan. Un antiguo scheik árabe, de Safad, ciudad de la Alta Palestina, en el valle del Jordán, reunía bajo su

espada á los maronitas del Liban, á los metuolis del Anti-Libano, á los drusos del valle de Baalbeck, á los árabes y beduinos de la Palestina, descendía á los valles, combatía á los bajás de Alepo, de Damas, de Saide, de Trípoli, y fortificando á San Juan de Acre, la erigia en capital de la Siria sublevada.

En Egipto, la autoridad del divan estaba, desde 1746, á la merced de los jefes de los genizaros ó de los jefes de los mamelucos rebeldes y dueños del Cairo. Despues de Ibrahim, que habia reinado diez años, Ali-Beg, esclavo abaze y luego paje de aquel, combatía al bajá, puramente nominal del sultan, en 1766, acuñaba la moneda con su propia effie, y negaba hasta su tributo á la Puerta. Mas aun: apoderábase del mar Rojo y de la Meca y asociábase con el scheik Daher, de San Juan de Acre, para consolidar mutuamente su rebelion. Uno de sus pajes, el mameluco Mohammed-Beg, le vendió, como él habia vendido á Ibrahim, matándole de una cuchillada en una refriega en medio del desierto de Gaza. Mas hábil que sus predecesores, el pérfido esclavo de Ali-Beg aparentaba gran deferencia hacia los turcos, llamando al bajá al Cairo para legitimar su dominio.

V

Abdul-Hamid olvidó muy pronto el oprobio del tratado de Kainardji, en medio de los placeres y voluptuosidades del serrallo. Enervado por el cautiverio y los vicios que inspira una ociosidad sedentaria, sus quinientas mujeres no le habían dado siquiera un solo hijo. Su favorito y su cuñado el caimakan Malek-Baja, le gobernaba con los encantos de su figura y la dulzura de su carácter.

Un hombre solamente, el capitán-baja Hassan, sostenía el imperio, que iba hundiendo la mano de un aventurero del desierto, y descendiendo con su flota bajo el cañon de San Juan de Acre, tomaba la plaza por asalto y mataba de un pistoletazo al viejo Daher, que huía á caballo en sus jardines para refugiarse en Safad, y cortándole la cabeza, la mandó al sultan.

VI

Pero la independencia que los rusos reconocieron, en el tratado de Kainardji, á los tártaros de Crimea

no era mas que un lazo donde debía la misma sucumbir muy pronto; era el derecho de venderse al oro ó de someterse á las armas de la Rusia.

Los emisarios de Catalina II en Crimea sublevaron al khan Saim-Gherai, partidario suyo, contra el khan legitimo Dewlet-Gherai, fiel de todas veras á su raza y á los otomanos. El sultan acogió bien á este y prometió vengarle. Catalina mandó al mariscal Romanzoff que reuniese un ejército en el Dniester para intimidar á los tártaros amigos de los turcos; indignanse los primeros viendo á los soldados rusos en la guardia de Saim-Gherai y los degüellan; los rusos entran en la península y vengan á sus protegidos con la sangre de los partidarios de los turcos. Media entonces la Francia y Luis XVI autoriza con este fin á M. de Saint-Priest, su embajador en Turquía.

La guerra no cesó sino fué simplemente aplazada con insignificantes concesiones de los rusos. La emperatriz dejaba que madurase la anarquía en Crimea para recoger mas fácilmente sus frutos; levantaba Cherson, á la embocadura del Dniester, en el mar Negro; familiarizaba poco á poco á los rudos tártaros de Crimea con las costumbres de los moscovitas y con la servidumbre de Saim-Gherai, que desempeñaba en Crimea el mismo papel que Poniatowski, su amante coronado, desempeñaba en Polonia. Ambos

adormecian á su nacion para doblegarla á la conquistista.

El nuevo favorito de Catalina, Potemkin, á quien el capricho habia elevado al poder, queria legitimarle con algunas victorias y por eso se acercó con un ejército de ochenta mil hombres á la Crimea, con objeto de sostener á Saim-Gherai contra uno de sus hermanos sublevado en el Kuban. Temblando de cólera Hassan-Bajá al ver el oprobio de su patria, desembarcó en la isla de Taman, puesto avanzado de la Crimea. Potemkin exige que Hassan evacue la isla; pero este bajá á lo salvaje de los kurdos, corta la cabeza del enviado ruso, mas el khan de los tártaros abria las puertas de la península á Potemkin. Además un subalterno de este general sorprende á Caffa y se apodera de la persona de Saim-Gherai con un lazo semejante al que Napoleon tendió en Bayona á la dinastía entera de España.

Un general ruso, cuyo nombre debia ser tan fatal á la Turquía como á la Polonia, Souwaroff, subyugó á los tártaros independientes del Kuban. El khan, prisionero de los rusos, envió á Petersburgo un carcaj, un arco y un caftan tártaros, emblemas del poder y de la nacionalidad abdicadas en nombre de su raza entre las manos de Catalina, y el acto auténtico de la cesion de la Crimea á los rusos acompa-

ñaba estos vergonzosos presentes. Saim-Gherai, vil traficante de la independencia de su pueblo, recibió en pago un regalo de millon y medio de francos que nunca le pagaron. El autor de una traicion merece otra. Catalina publicó un manifiesto anunciando al mundo, admirado y mudo, aquella espoliacion de una parte de la familia de Ghengis-Khan, y pretextos miserables, que siempre reproducen la pluma de los publicistas de la conquista, respondieron á los murmullos de Europa.

« El desasosiego natural á los tártaros, » decia la emperatriz « fomentado por insinuaciones, cuyo origen no nos es desconocido, ha sido causa que caigan en un lazo tendido por manos que habian sembrado entre ellos los desórdenes y la division, y por eso los hemos visto trabajar sin descanso para arruinar el edificio que nuestros benéficos cuidados habian elevado para su felicidad, procurandoles libertad é independencia, bajo la autoridad de un jefe elegido por ellos mismos. »

« Animada del deseo sincero de confirmar y de mantener la última paz ajustada con la Puerta Otomana, evitando las discusiones continuas que promueven los negocios de la Crimea, reunimos á nuestro imperio toda esta península, la isla de Tamar y el Kuban, como una justa indemnidad de

« las pérdidas sufridas y gastos sufragados para con-
 « servir en derredor de nosotros la paz y la feli-
 « cidad. »

VII

Este manifiesto, cuya violencia no quiere disfra-
 zarse con alguna astucia, sublevó á Constantinopla,
 como hubiera sublevado en otros tiempos á Europa
 entera. Mas á excepcion de Inglaterra y Francia, si-
 lenciosas por egoismo, todas las demás potencias es-
 taban silenciosas por cómplicitad. Cada una tenia en
 efecto una prenda de un crimen político que no le
 permitia alzar la voz contra otro crimen.

Habiase consumado la primera particion de la Po-
 lonia. El Austria, en una negociacion ocultada á
 Francia é Inglaterra, se habia reservado toda la ori-
 lla izquierda del Vistula, la Rusia Roja y la Wolhy-
 nia; tres mil leguas cuadradas habian sido adjudica-
 das á Catalina II, dos mil quientas leguas cuadra-
 das á la Prusia.

« Es un verdadero acto de generosidad que la
 « córte de Rusia, de acuerdo con las dos potencias

« vecinas de la Polonia, se ofrezea á poner fin á la
 « anarquia que asola á aquella nacion, asegurán-
 « dole una existencia mas normal, mas feliz y mas
 « tranquila. Atendida la pérdida irreparable de hom-
 « bres y dinero que le ha causado una guerra in-
 « justa, cuyos instigadores exclusivos son los pola-
 « cos, parecerá moderadísimo que Su Majestad Im-
 « perial se limite á no ejercer mas que derechos tan
 « incuestionables como los suyos, reparando tan
 « solo los daños que nunca niega un Estado á otro y
 « sin agravar esto con la mas justa venganza. »

El rey cobarde, á quien Catalina habia lanzado de
 su favor para colocarle en un trono, Poniatowski,
 protestó débilmente y dió mas humildemente las
 gracias á la emperatriz.

VIII

Despues de una vana agitacion que solo Inglaterra
 se esforzó en animar hasta las armas, y que Francia
 adormeció temiendo desagradar á las tres potencias
 ligadas del Norte, el divan legitimó por segunda vez
 la usurpacion de Rusia con una cesion mas explícita

de la Crimea. Este acto humillante fué firmado, en 1784, en el kiosko de *los Espejos*.

El servil Saim-Gherai, que habia abierto la puerta de su patria y vendido su raza, siguió cierto tiempo, como extraño cortesano, á la corte de Potemkin para mendigar el precio de su traición; mas desatendido, olvidado y aun tratado por este como importuno servidor á quien se niega su salario, refugióse lleno de amargura en Constantinopla. Abdul-Hamid le cargó de cadenas y le desterró á Rodas, donde le esperaba el verdugo. Su suplicio vengó á los tártaros. La sangre de Gengis-Khan tiñó el cielo.

Mientras tenia lugar la ejecución tardía y vana del último soberano de la Crimea, Catalina II, semejante á la Cleópatra del Norte, recorría su nueva conquista con un gran séquito de reyes, embajadores y cortesanos de su fortuna, que rivalizaban en adulaciones de todo género respecto á aquella mujer perversa y grandiosa que borraba el recuerdo de su antiguo crimen doméstico con la felicidad de sus crímenes de Estado. El mismo embajador de Francia, el conde de Segur, cortesano mas letrado que político, sazonaba sus lisonjas con los recuerdos de la fabulosa antigüedad que á cada paso traía á la memoria aquella Tauride á la cual devolvía su nombre Catalina. Los tártaros, halagados y pagados por ella, eran la

vanguardia de los rusos contra un imperio de la misma sangre que ellos. Una inscripcion profética, á doble sentido, grabada en una losa miliaria del Quersoneso-Taurico, decia á los rusos: « AQUÍ ES EL CAMINO DE BIZANCIO. »

Durante este viaje de Crimea, en apariencia pacífico, fué cuando José II, el soberano de Alemania mas revoltoso é inconsiderado, firmó con Catalina el tratado secreto por el cual se obligaba á permitir á Rusia, cuanto quisiera hacer contra el imperio otomano, con condicion de partir las ganancias. Una sublevacion de sus provincias de los Países-Bajos le trajo de los confines del Asia á Bruselas.

Eran tales la pompa y armamentos de la emperatriz en Crimea, que el divan temió nuevos y rudos ataques, tanto mas cuanto que los Orlof habian generalizado la idea de restablecer sobre el mar Negro y Archipiélago las repúblicas griegas, para fomentar en Turquía la anarquía que las confederaciones republicanas de los polacos habian creado en Polonia.

La desesperacion decidió al divan á evitar con la guerra la explosion de sus Estados, y con este fin el gran visir Yousouf sondeó al embajador de Francia para saber si podia contar con el concurso de su nacion. M. de Choiseul-Gouffier no tenia suficientes instrucciones para responder sino con vagas protestas de amistad. Ciento cincuenta mil otomanos avanzaron sobre el Danubio y el Dniester mientras que Hassan-Bajá bogaba con su flota hácia las embocaduras del Dniester; pero malogróse un ataque combinado entre las tropas de tierra de Oczakof y las tropas de desembarco de Hassan contra la fortaleza de Kilburn defendida por Souwaroff.

La noticia del ataque de los otomanos á Kilburn llevó á los Austriacos, fieles á los compromisos de José II con Catalina, á las llanuras de Semlin, en Hungría, donde trataron de sorprender á Belgrado, sin declaracion de guerra. El bravo Yousouf-Bajá, que desde comerciante de arroz se habia elevado por su patriotismo hasta la posicion de gran visir, aceptó enérgicamente á aquel nuevo enemigo, y partió para Sofía, donde se reunia el ejército del Danubio. Aunque habia sido mucho tiempo favorito de Hassan-Bajá y le debia su elevacion, la rivalidad dividió á aquellas dos columnas del imperio, y fué por último la fatalidad de aquella guerra.

Sin embargo los principios fueron felices. Yousouf, á la cabeza de doscientos cincuenta mil combatientes escalonados en las orillas del Danubio y del Dniester, desde Belgrado hasta Oczakof, se decidió á pasar el rio y á marchar contra José II que habia querido probar su genio y fortuna militar contra los turcos. Habiéndose dejado este principe envolver en los desfiladeros de Slatina, fué arrojado de una posicion á otra, y tuvo por fin que abandonar los pueblos del Bannat ante la impetuosidad de los turcos. Algunas ciudades tomadas por asalto, otras incendiadas, miles de prisioneros arrancados de Hungría por ir á poblar las costas de Asia, mas allá del Bósforo, le hicieron expiar en pocos dias su temeridad, obligándole á llamar al mariscal Laudon, el veterano de los generales de María-Teresa, su madre, á quien entregó su espada. Aquel principe, que ambicionaba todas las glorias, estaba destinado á ver malograrse todos sus ensueños.

X

Potemkin, Romanzoff y Souwaroff ocupaban la línea en la Moldavia y el Dniester; Choczim debía

caer sobre ellos el día 17 de octubre. Potemkin sitiaba á Oczakof con cien mil rusos aguerridos en las largas guerras de Polonia y de Crimea. Un corsario americano, Pablo Jones, que habia entrado al servicio de Rusia, y el príncipe de Nassau, aventurero de tierra y mar que buscaba por do quier eco á su nombre, mandando una flota de ochenta embarcaciones ligeras, secundaban en las embocaduras del Dniester los trabajos del sitio.

Hassan desembocó del mar Negro con veinticinco navíos, quince fragatas y cuarenta y cinco bombardas, á principios de mayo, ofreciendo el combate á la escuadra rusa; pero Souwaroff le destrozó con una batería de treinta piezas de artillería cubiertas por las dunas y descubiertas á la vista del pabellon turco. Los seis navíos de la vanguardia de Hassan fueron á pique; el mismo que le llevaba fue sumergido en el combate; otros siete navíos ó fragatas se encallaron además en aquel canal estrecho y sin fondo. Sus tripulaciones, aterradas por el abordaje de los rusos y destrozadas por las baterías de tierra, se arrojaron á las olas para ganar las orillas, donde sentado Hassan, con la cabeza entre las manos y su barba blanca anegada en llanto, asistía, desarmado, al desastre de sus navíos. Con gran premura tuvo que reunir algunas embarcaciones desaparejadas

y sus navíos diezmados para volver á Constantinopla, donde debía responder de aquel desastre con su cabeza.

Mas el sultan y el pueblo no castigaron su arrojo, y pocos días despues resolvió á partir con una nueva flota. El príncipe de Nassau y Souwaroff que le esperaban, mucho mas preparados que la primera vez, destruyeron, el 2 de agosto de 1788, la última esperanza marítima del imperio. Quince navíos de línea, diez y ocho fragatas, cinco mil muertos, seis mil prisioneros fueron víctimas de Potemkin.

Oczakof, aunque defendido con energía por treinta y cinco mil turcos, fué tomado por asalto el 6 de diciembre, no sin haber cubierto su brecha de treinta mil cadáveres; la degollacion del resto de la guarnicion y de los habitantes duró tres días despues de la toma de la ciudad. Veinte mil personas, mujeres, niños, ancianos, degollados por los rusos de Potemkin, igualaron en los descombros de Oczakof la carnicería de Timour en Persépolis y en Bagdad.

XI

El sultan Abul-Hamid espiró con la noticia de la pérdida de Oczakof.

Su reinado no habia sido mas que una serie de destrucciones; dejaba el imperio agonizando, el baluarte del Dniester por tierra y ensangrentado, el Bósforo abierto á las flotas rusas, el arsenal vacío, el Archipiélago minado por los complots de la czarina, el Norte coaligado contra él enteramente, la Polonia desmembrada y avasallada, la Hungría cubierta con las tropas de Laudon, su último ejército entusiasmado al principio por las victorias contra José, temblando á los nombres de Potemkin y de Souwaroff; en fin la Francia, que habia seguido el primer sintoma de su revolucion, apartando sus miradas de la Turquía para fijarlas en sí misma, puesto que combatir ó consumir la revolucion era entónces su única política.

Jamás tuvo el imperio otomano mas enemigos ni ménos amigos. La ignorancia del divan era la única cortina que no dejaba á los turcos ver el esceso de sus peligros, y por colmo de desventura un príncipe desgraciado, el Luis XVI de los otomanos, Selim, iba á subir al trono.

XII

Abdul-Hamid dejaba dos hijos en la cuna, Mustafá y Mahmoud; pero como las leyes del imperio no admiten el interregno que llaman regencia las monarquías hereditarias de Europa, su sobrino, el sultan Selim III, debia sucederle.

Selim tenia 25 años cuando murió Abdul-Hamid, y este le habia educado mas bien como el primogénito que como el rival de sus propios hijos, por lo que el trono no le sorprendió ignorante de los negocios públicos. Abdul-Hamid le confiaba hacia mucho tiempo los misterios del serrallo y las preocupaciones del divan, y se complacia en educarlo como un príncipe flexible y paterno, para que fuera en su día indulgente tutor de sus hijos. La naturaleza de Selim se prestaba naturalmente á estas lecciones y caricias.

Su rostro gracioso, modesto, pensativo, ofrecia en la majestuosa regularidad de sus facciones el sello exterior del orden que reinaba en sus pensamientos, una precóz sabiduría. Una frente meditativa, la vista

habitualmente baja, como si recogiese la meditacion bajo sus largos párpados, una nariz aguileña como la de Othman, una boca reflexiva que se descubria apénas al través de las ondulaciones de una barba larga y bien peinada, megillas animadas con colores de una sangre rica pero tranquila, un cútis de un moreno ardiente y salpicado de pequeños vestigios de viruelas, una estatura algo encorbada, mas apropiada á las oraciones y al divan que á los ejercicios ecuestres; en fin una sombra de melancolía nativa en toda su fisonomía como un recuerdo ó como un presagio de las desgracias del imperio y de sus propias desgracias; tales eran las facciones de Selim III cuando salió por la vez primera del serrallo, rodeado de sus negros, de sus eunucos y visires, para visitar la mezquita de Aioub.

Su traje realzaba estos dones de la natureleza y del estudio; llevaba, dice un publicista francés, á quien recibia intimamente el sultan (M. Prevost), una pelliza blanca guarnecida de pieles de zibelina, un turbante verde al rededor del cual se enroscaban unos canelones de muselina blanca, cuyo turbante, algo separado en la frente para que pudiera admirarse la majestad del rostro, bajaba en voluminosos pliegues hácia las mejillas; encima se veia una brocha de brillantes representando un tallo de varias

ramitas de hojas y de deslumbrantes flores de donde se escapaba un penachito de plumas de garza real; el mango de un puñal persa, incrustado de pedrerías, sobresalía apénas de su cintura y de los pliegues de su caftan entreabierto en el pecho. Prescindiendo del prestigio de la omnipotencia, su aspecto, dice el pintor, resplandecía de natural majestad.

XIII

Su primera llamada al patriotismo de los musulmanes levantó ciento cincuenta mil voluntarios del fondo del Asia, de la Albania, de la Bosnia y de las provincias de Europa para volar al auxilio de la patria.

Ni la fé, ni la patria, ni la raza degeneraban en el corazon de los otomanos; mas es un hecho que la ciencia de la administracion y la disciplina de la guerra no las poseian ni el gobierno ni el ejército á la altura de los progresos de Europa. Federico II, Romanzoff, Souwaroff, el mariscal Laudon habian inventado un arte nuevo de guerra en que el número y el valor individual desaparecian ante la táctica y

habitualmente baja, como si recogiese la meditacion bajo sus largos párpados, una nariz aguileña como la de Othman, una boca reflexiva que se descubria apénas al través de las ondulaciones de una barba larga y bien peinada, megillas animadas con colores de una sangre rica pero tranquila, un cútis de un moreno ardiente y salpicado de pequeños vestigios de viruelas, una estatura algo encorbada, mas apropiada á las oraciones y al divan que á los ejercicios ecuestres; en fin una sombra de melancolía nativa en toda su fisonomía como un recuerdo ó como un presagio de las desgracias del imperio y de sus propias desgracias; tales eran las facciones de Selim III cuando salió por la vez primera del serrallo, rodeado de sus negros, de sus eunucos y visires, para visitar la mezquita de Aioub.

Su traje realzaba estos dones de la natureleza y del estudio; llevaba, dice un publicista francés, á quien recibia intimamente el sultan (M. Prevost), una pelliza blanca guarnecida de pieles de zibelina, un turbante verde al rededor del cual se enroscaban unos canelones de muselina blanca, cuyo turbante, algo separado en la frente para que pudiera admirarse la majestad del rostro, bajaba en voluminosos pliegues hácia las mejillas; encima se veia una brocha de brillantes representando un tallo de varias

ramitas de hojas y de deslumbrantes flores de donde se escapaba un penachito de plumas de garza real; el mango de un puñal persa, incrustado de pedrerías, sobresalía apénas de su cintura y de los pliegues de su caftan entreabierto en el pecho. Prescindiendo del prestigio de la omnipotencia, su aspecto, dice el pintor, resplandecía de natural majestad.

XIII

Su primera llamada al patriotismo de los musulmanes levantó ciento cincuenta mil voluntarios del fondo del Asia, de la Albania, de la Bosnia y de las provincias de Europa para volar al auxilio de la patria.

Ni la fé, ni la patria, ni la raza degeneraban en el corazon de los otomanos; mas es un hecho que la ciencia de la administracion y la disciplina de la guerra no las poseian ni el gobierno ni el ejército á la altura de los progresos de Europa. Federico II, Romanzoff, Souwaroff, el mariscal Laudon habian inventado un arte nuevo de guerra en que el número y el valor individual desaparecian ante la táctica y

el mecanismo de los batallones. Los genízaros, milicia voluntaria é insubordinada, se hubieran avergonzado de tomar de los cristianos las armas, el orden y la subordinacion sin los cuales un ejército no es mas que una horda.

Selim III los descontentó con su primer acto que fué quitar el mando superior al gran visir Yousouf, vencedor de José II en Hungría, dando el sello del imperio al bajá de Widdin, guerrero afamado en el Danubio. No por eso perdió Yousouf la vida ni la fortuna, acompañándole á su honorable destierro los favores de su amo y la popularidad de su ejército.

El bajá rebelde de Scutari, Mahmoud, tuvo un generoso remordimiento de su impune rebelion en momentos en que un jóven príncipe llamaba á su imperio á las armas, máxime siendo este tan inocente de los resentimientos que el bajá tenia con Mustafá. Mahmoud envió pues su sumision á Selim con las cabezas de los negociadores austriacos, que habian ido á Scutari para secundar moralmente su rebelion, obteniendo su perdon por el precio de diez mil albaneses, soldados aguerridos con los cuales cubrió el imperio contra el Austria.

XIV

Hassan-Bajá, cuyo desastre naval en Dniester no habia podido despopularizarle en Constantinopla, recibió del gran visir el título de seraskier y el mando de la vanguardia que avanzaba hácia los rusos. Deseoso de coronar los gloriosos triunfos que su predecesor Yousouf habia alcanzado contra los austriacos, el gran visir dió orden á Hassan que atacase á los rusos á su derecha miéntras que marchaba él con cien mil hombres á fin de destrozar al príncipe Coburgo, ántes que se reuniese con Souwaroff.

Conocedor del plan hábilmente combinado del gran visir, el príncipe de Coburgo escribió al general ruso que marchase al auxilio de los austriacos, cuyas avanzadas se replegaban ante el gran número de enemigos. Souwaroff era un rayo para los movimientos militares; decia que ganar tiempo al enemigo era ganar la victoria.

« Marcho » escribió por toda contestacion al príncipe de Coburgo. Una hora despues, descuidando su ejército por algunos dias á Hassan-Bajá, marchaba ó mas bien corria á reunirse con el ejército austriaco á

orillas del pequeño río de Rímnik. El gran visir estaba acampado con sus cien mil combatientes, en las orillas de dicho río, esperando envolver á los austriacos al siguiente día, así es que el ataque inesperado é impetuoso de los rusos, ántes de amanecer, le sorprendió extraordinariamente; ignoraba la reunion de los dos ejércitos.

Habiendo cogido las avanzadas turcas á un oficial ruso de estado mayor y conducidole á su tienda, el bajá le preguntó qué general mandaba las fuerzas que tenia á su presencia.

« Souwaroff » respondió el prisionero.

« Souwaroff ha muerto de resultas de sus heridas en Oczakof » replicó con incredulidad el gran visir. En aquellos momentos Souwaroff penetraba con treinta y dos batallones formando cuadro en las llanuras del otro lado del Rímnik, arrollaba á la bayoneta, no obstante su impetuosidad, á los quince mil spahis del gran visir, tomaba la posicion avanzada y fortificada de los turcos en el pueblecillo de Bokse, cortaba por su centro y en su retirada á veinticinco mil genizaros, concentrados en aquella posicion, y abandonando la infantería de los voluntarios turcos á los austriacos animados por su audacia, se apoderaba, combinando su ataque con las cargas de estos, del campo mismo del gran visir.

Tres horas despues de levantarse el sol no quedaba de los ciento veinte mil turcos del bajá de Widin mas que veintisiete mil heridos, diez mil prisioneros y sesenta mil fugitivos abandonando tiendas, cañones, bagajes y arrastrando en su fuga al Danubio al mismo gran visir.

Souwaroff, á quien el principe de Coburgo no disputó ni el honor del mando, ni la victoria, recibió de la emperatriz el renombre de Rímmiski, del río cubierto de cadáveres, que fué testigo de su gloria; y desde aquel día Rusia, que no consideraba á Souwaroff mas que como un héroe, comprendió que tenia al primer general de Europa.

Este general cuyo nombre y triunfos han llenado desde la batalla de Rímnik, diez y ocho años del siglo, se revelaba como un meléoro sin haber sido predestinado á los ejércitos rusos mas que por sus propios presentimientos y su invencible instinto de la guerra.

Nacido en Livonia, plantel de los hombres de es-

fado y de guerra de la antigua Rusia, su padre á la vez noble y diplomático, le destinaba á su misma carrera, mas su naturaleza desechaba estos estudios y no afecionaba de la historia mas que la sangre con que escribe en los campos de batalla la gloria de algunos héroes. La obstinacion de Anibal y la temeridad de Carlos XII eran los dos tipos de su emulacion y meditaba para los ejércitos rusos una táctica, propia de la salvaje energía de un pueblo bárbaro hasta entónces que debía admirar á Europa en vez de imitarla. Este pensamiento de genio fué la originalidad y la fortuna del jóven Souwaroff.

Su carácter y su mismo exterior se prestaban á la fascinacion que Souwaroff ejercia en los soldados rusos, y que los soldados rusos ejercian en los demás ejércitos de Europa. De facciones calmucas, y mirada de águila, extraños ademanes, cuerpo pequeño y flaco, voz estridente, lenguaje á la vez lacónico y figurado, fanatismo religioso, cierto ú aparente, que cubria sus uniformes de reliquias y que le precipitaba de rodillas delante de sus tropas para buscar en los cielos la inspiracion y la suerte de las batallas; en fin, de una impetuosidad calculada en el ataque, que parecia, á ejemplo de los turcos, demandar el martirio mas bien que la victoria, todo esto habia hecho en muy pocos años de Souwaroff un scheik tártaro, un

delhi ruso, una irrision de los generales, un idolo de los soldados. Cierta demencia, real ó facticia, que se confunde muchas veces con el genio y aumenta la popularidad en la soldadesca, completaba al hombre. Especie de Bruto moscovita, simulando el idiotismo por ocultar un tanto la gloria de su patria y la suya propia, habia jurado no parecerse mas que á sí mismo, para que ninguno pudiese asemejarsele en su país.

Catalina y sus favoritos le respetaron fácilmente como el verdadero capricho de los soldados. Flexible siempre delante de la emperatriz, adulaba á la córte aunque gruñendo á veces y profesaba no tan solo el respeto sino la religion del trono. El antiguo esclavo no desmerecia del héroe; era el leon encadenado de Catalina, afectuoso con su querida, terrible con sus enemigos.

Soldado, cabo, sargento, oficial y capitán alternativamente; coronel á las órdenes de Soltikof, en las guerras de Isabel contra el gran Federico; comandante general despues de una horda de cosacos disciplinada; general en Polonia, enfrente de Dumouriez á quien los confederados polacos habian confiado el mando de su ejército en Landskroun, vencedor de este general, que debía luego vencer á la coalicion contra la Francia; llamado por Potemkin á

Crimea, para mandar el ejército ruso del Kuban; general del ejército á las órdenes de Romanzoff y de Repnin, en Moldavia, contra los turcos; herido casi mortalmente en el asalto de Oczakof; de vuelta en Petersburgo para cicatrizar sus heridas; recompensado por Catalina y recibiendo de ella el mando en jefe del ejército en Besarabia; salvacion de los austriacos; envidia de los generales rusos, terror incarnado de los turcos, único rival de Hassan-Bajá, el Souwaroff de los otomanos en los mares, tal era el vencedor de Rímnik. Con su aparicion en la escena del Dniester y del Danubio, comenzó la fortuna adversa de Selim III. Previendo Catalina que seria un favorito de la victoria, mas precioso que Orlof y Potemkim, favoritos de la corte, embriagábale de mercedes, como Timour embriagaba con vino á sus elefantes antes de las batallas, dándole por fin una espada y una rama de laurel de brillantes con la divisa « Al vencedor del gran visir. »

XVI

Souwaroff no quiso separarse de su ejército para ir á gozar de su triunfo, sino que pasó el invierno en

Berlat. El príncipe de Coburgo estaba acantonado en Valaquia. La revolucion francesa arrancaba á José II la alianza de la Francia, donde su hermana Maria-Antonieta, jóven esposa de Luis XVI, perdía su influencia en los negocios ántes de perder su vida en el cadalso. El Rhin, á la sazón mas importante que el Danubio para José II, le obligó á retirar su ejército de las fronteras otomanas y de este modo la revolucion francesa salvó á Turquía de una terrible coalicion.

Como Souwaroff quedase solo é inactivo, Potemkin le destinó del otro lado del Pruth. Deslizándose este su existencia en Bender con toda la indolencia de un sátrapa, queria enviar á Catalina las llaves de la última plaza de la embocadura del Danubio, que defendía aun la orilla izquierda de este rio; era Ismail broquel impenetrable hasta entónces de la Turquía. Cuarenta mil hombres, escogidos y mandados por el seraskier de Hassan-Bajá, habian jurado sepultarse en las ruinas del baluarte de su patria.

« El firmamento, » decian, « caerá sobre la tierra ántes que Ismail caiga en poder de los moscovitas. »

Souwaroff no contaba jamás á sus enemigos ni á sus soldados; no miraba un sitio mas que como un asalto, destruyendo las murallas, llenando de muertos los fosos, con las cargas á la bayoneta de sus batallones. Formó pues, á su ejército en dos colum-

nas de ataque una por el lado del Danubio, otra por tierra, y dió por orden « ¡Ismail ó la muerte! » El doble asalto conmovió la plaza durante las tinieblas; aun no bañaba la aurora las cúpulas de las mezquitas de Ismail, cuando las invadidas fortificaciones, en medio de un fuego de volcan, eran tomadas por los rusos con escaleras de cadáveres, mientras que Souwaroff, pisando el cuerpo del seraskier, muerto en la brecha, se precipitaba con algunos batallones en la ciudad. Como en Zaragoza cada casa atacada y defendida con artillería sepultaba hundiéndose á sitiadores y sitiados.

Cada raza cumplía su juramento con igual heroísmo, los rusos de vencer, los turcos de no ser vencidos; sesenta mil soldados de Souwaroff avanzaban lentamente, en ocho columnas, por avenidas de fuego, hácia el centro de Ismail. Turcos, tártaros, mujeres, niños en número de veinte mil almas, se dejaban voluntariamente fusilar por la metralla, consumir por el fuego, sepultarse debajo de los minaretes. Las jóvenes con yatagan en mano ó recogiendo los fusiles de los soldados muertos por defenderlas, luchaban cuerpo á cuerpo con los rusos cosiéndolos á puñaladas encima de los cadáveres de sus padres. Aquellos sesenta mil habitantes, combatientes, víctimas de toda nacion, de toda edad, de todo sexo, pro-

longaron por espacio de diez horas su existencia y su agonía.

La degollacion de los heridos y el pillaje de las casas duró tres dias y tres noches. Souwaroff, tan feroz despues del triunfo como intrépido durante el asalto, entregó los turcos á sus soldados como se entregan las fieras á una jauría. Cincuenta mil turcos perecieron en aquella larga y sanguinaria pelea. La tierra, hondamente endurecida por el invierno, negaba la sepultura á los muertos, pero en ménos de una semana el ejército de Souwaroff arrastró y precipitó en las olas del Danubio treinta y tres mil cadáveres de combatientes, muertos en las brechas ó en las calles, diez mil caballos acabados á cañonazos, y quince mil cadáveres de mujeres, niños y ancianos inmolados despues del asalto.

Un turco solamente habia salido vivo de Ismail arrojándose á nado al Danubio y apareció al gran visir como el fantasma de la ciudad y del ejército.

XVII

Opima fué la cosecha de los rusos; doscientos treinta cañones, doscientas cuarenta y cinco banderas ó co-

las de caballo; colinas de balas rasas y bombas apiladas en los arsenales, bóvedas llenas de barriles de pólvora, de provisiones, arroz, azúcar, café, cebada, diez mil caballos persas, árabes ó tártaros, lujo del ejército otomano, millones de monedas acuñadas, de armas, tiendas de campaña, alfombras, arneses, pedrerías, tesoros particulares, recogidos debajo de los escombros, pagaron á los rusos el precio de tanta sangre. La gloria y el honor del nombre de Souwaroff, asociados al nombre de Catalina, corrieron por todo el universo. La cristiandad tenia su Timour; el crimen se olvidó, solo vivió el triunfo.

Los hombres son infames cuando juzgan á sus semejantes. Aplauden á los grandes exterminadores de su raza amnistiando las carnicerías para glorificar mejor el combate. Ismail, reducido por Souwaroff á un solo hombre vivo, es la gloria de una carnicería mas bien que de una victoria. Pero Catalina habia sobornado, desde Voltaire, á todos los órganos de la fama en Francia y en Alemania, y la infatuacion daba el vértigo á los gabinetes europeos.

XVIII

La emocion de Constantinopla, con la pérdida de Ismail, hizo temblar á Selim III en el fondo del serallo; el pueblo necesitaba una víctima para que cayendo sobre ella la responsabilidad del desastre no pudiese la cólera pública fijarse en el nombre del sultan.

Selim, imitando demasiado á Carlos I cuando entregó á su ministro Strafford, cuya inocencia conocia, sacrificó al bravo Hassan-Bajá, cuya única culpa era la impetuosidad de Souwaroff. Hassan, encanecido en el heroísmo y en la fé, dió su cabeza como habia dado tantas veces su sangre á sus amos. Ninguna queja brotó de sus labios, y oró por el sultan que le mataba, resignado por su vejez á la muerte y por su virtud á la injusticia.

El imperio perdió así al único hombre de mar, al único hombre de guerra y al único hombre de Estado que podia igualar el valor, el talento y la fama con los peligros de la monarquía. Mutilados todos

sus miembros por las balas ó por el acero, no era ya, como el Nelson de los ingleses, mas que un pedazo de hombre animado del soplo del patriotismo. Aquel sacrificio á la popularidad que jamás se satisface hizo presagiar muy mal de un príncipe que abandonaba así á su pueblo su fuerza y su gloria.

Yousouf-Bajá, el hombre admirado por sus victorias contra José II en Hungría, fué llamado de su destierro para gobernar por segunda vez el divan.

XIX

Pero José II acababa de espirar habiendo perdido todas sus ilusiones de reforma, de guerra y de gloria, y dudando ya del resultado de su complacencia hácia Catalina contra los turcos.

Su sucesor, Leopoldo II, gran príncipe en un pequeño teatro, pequeño en un grande escenario, habia dejado á Florencia para ir á gobernar Alemania. Deseaba la paz con la Puerta para poder concentrar toda su atención y todas sus armas en los Países-Bajos, que la revolucion francesa arrastraba en su órbita. Con este fin promovió conferencias en Sistowa,

á orillas del Danubio-Búlgaro, entre el reis-effendi, el marqués de Luchesini, ministro de Prusia, el caballero Keith, embajador de Inglaterra, y sus propios plenipotenciarios. Una paz equitativa y pronta se firmó, el 4 de abril 1791, entre el Austria y la Puerta, y todas las conquistas de Laudon, excepto Choczim que quedó como prenda hasta la paz con los rusos, fueron restituidas á la Puerta.

Indignada al principio Catalina por la defeccion de sus aliados de Viena y de Berlin, cedió por fin al cansancio de la guerra mas bien que á la moderacion, y la amable y hábil inteligencia del marqués de Luchesini, el mas fino y el mas insinuante de los diplomáticos italianos naturalizados en Alemania, consiguió que firmase el tratado de paz de Jassy en el mes de enero de 1792. Sin embargo, este tratado, que devolvía solamente la paz á Turquía, no era en el fondo mas que un desarme; los rusos conservaban Oczakoff y el continente tan disputado entre el Dniester y el Boug, donde debian construir muy pronto Odessa, la Esmirna del mar Negro.

XX

Sin embargo, el imperio otomano que habia perdido tantos hombres, tantas armas y tantos navíos, respiró algunos años bajo el reinado de Selim III.

Las tragedias nacionales de la terrible guerra de las ideas modernas que se combatieron en Francia de 1791 á 1806, con el nombre de partidos y de hombres, la Asamblea Constituyente, la Asamblea Legislativa, la caída del trono, el asesinato jurídico de Luis XVI, el Terror, el Directorio, el golpe de Estado de un soldado victorioso contra la república, el consulado de Bonaparte, sus guerras, sus victorias, su omnipotencia en el continente, su lucha con Inglaterra, último punto de apoyo del áncora de la independencia de Europa, todos aquellos acontecimientos acaecidos en algunos años por mar y tierra, habian separado las miradas de la Turquía de sus fronteras del Norte, y las miradas de Austria y de la misma Rusia de Constantinopla.

Catalina II habia muerto árbitra todavía del Occi-

dente y del Oriente. Su hijo Pablo I, ahogado como Pedro II, en su propia cama, por una conspiracion de palacio, habia dejado el imperio al emperador Alejandro, desgraciado heredero del asesinado, pero inocente del parricidio. Austria, Prusia y Rusia, coiligadas unas veces contra Francia, desarmadas otras por las victorias de Bonaparte, habian perdido por sus muchas agresiones contra los otomanos el derecho de invitarlos á sus guerras contra nosotros.

Selim III, á quien espantó al pronto la república francesa, concluyó por ser neutral y benévolo con ella. La expedicion temeraria é impolítica de Bonaparte á Egipto y á Siria, sin respeto y hasta sin excusa hácia el sultan soberano de aquellas dos provincias, fué la única que le decidió á la guerra que, corta y desgraciada, destruyó el ejército del gran visir en Egipto en una sola batalla. No entra en el plan de este libro referirla; sabido es como Bonaparte, despues de haber conquistado á los mamelucos el Egipto, abandonó su conquista y su ejército á todos los azares, y volvió á Francia á conquistar un trono. El ejército francés capituló el 2 de setiembre de 1801, y entregó el Cairo á los ingleses y á los turcos.

De vuelta Bonaparte en Francia y ocupado del mundo, no volvió á pensar en Egipto. Su primer cuidado fué reconciliar á su país con Turquía por

medio de la paz que firmó en París el 7 de diciembre de 1801. No obstante haber firmado la Puerta la cesacion de guerra entre los gobiernos otomano y francés, siempre quedaba ligada hasta ciertos límites por el tratado de alianza ofensiva y defensiva que la imprudente provocacion del Directorio en Egipto habia obligado á Selim á celebrar, en 1789, con la Rusia y los Ingleses, libertadores del Cairo.

XXI

Dispuesto Selim III á perdonar la expedicion de Egipto á un héroe cuya gloria militar y civil deslumbraba al mismo divan, admiró la disolucion del imperio germánico; pues Bonaparte, ya entónces Napoleon, vengábale así de sus enemigos mas próximos é inveterados. Miraba como victorias personales la batalla de Austerlitz y la creacion de la Confederacion del Rhin, y aun preparábase vagamente, en la primavera de 1806, á intervenir á favor de Francia en los sucesos que la guerra, otra vez inminente entre Prusia, Rusia y Napoleon, podia crear en Hungría

y el Pruth; sucesos que podian restituírle lo que la liga de las potencias del Norte le habian arrebatado en Öczakof, Bender, el Dniester, en las embocaduras del Danubio y por fin en la Crimea.

El brazo de Francia, si se hubiera tenido la prudente política de extenderle, era bastante largo para reconstituir la roca otomana; mas Inglaterra y Rusia, que estudiaban los pensamientos de Selim III y se alarmaban por sus armamentos, lo asediaban con súplicas cariñosas ó imperiosas para arrancarle una declaracion de guerra á Francia.

Bajo el imperio de la presion, entre sus deberes públicos de aliado de los ingleses y rusos y sus pensamientos secretos de inclinacion hácia los franceses, fué cuando Selim meditó regenerar el imperio otomano regenerando el ejército, nervio unas veces vigoroso otras convulsivo de la nacion. Semejante á Luis XVI, cuya muerte habia llorado, y obedeciendo Selim III á un pensamiento de verdadero patriotismo hácia la Turquía, decidió sacrificarse á una revolucion necesaria, pero ingrata, que debia, como todas las revoluciones, devorar á la generosa víctima que así se inmolaba á la salvacion de su país.

Queremos hablar de la reforma de los genizaros.

XXII

Los genizaros eran contemporáneos del imperio y constituyen no solamente una fuerza armada, sino un cuerpo especial. Su institucion tenía además un carácter separado. Bendecidos en su origen por un dervis famoso y venerado de la Anatolia, Hadji-Bectasch, llevaban suspendido á su turbante una larga manga para perpetuar así entre ellos y el pueblo el recuerdo eterno de la bendicion que les habia dado extendiendo su brazo sobre sus cabezas, y tambien la supersticion de su alianza religiosa con el discípulo mas santo del Profeta. De este modo el fanatismo y el patriotismo santificaban á la vez su nombre.

XIII

Los genizaros se componian de unos cien mil musulmanes alistados con dicho nombre en toda la su-

perficie del imperio, pero principalmente en las ciudades grandes como Bagdad, Damas, Alepo, Andrinópolis, Esmirna, Brusa y Constantinopla. Pagábalos el tesoro imperial, y estaban organizados en cuadros llamados *ortas* que mandaban oficiales y generales que ellos mismos elegian comunmente. Su general en jefe, nombrado por el sultan, se llamaba el aga de los genizaros. Despues del gran visir era el funcionario mas poderoso del imperio y desempeñaba al mismo tiempo las funciones civiles y militares; tenia á su cargo la policia de la capital así como la guardia exterior de los palacios del emperador.

XXIV

Los genizaros estaban obligados á tomar las armas y á marchar á la vanguardia de las tropas otomanas cuantas veces eran llamados y que el estandarte del Profeta salia con el gran visir de las puertas de la capital. El aspecto de aquella oriflama les inspiraba un arrojo y un fanatismo que centuplicaban la bravura natural á los turcos. Todas las conquistas de los otomanos, desde que desbordaron de la Tartaria

en los valles del Asia Menor, marchando de alto en alto hasta Esmirna, Brusa, Andrinópolis, Constantinopla, Alejandria, Bagdad, el Cairo y en fin hasta el Danubio europeo y las puertas de Viena, todas se debían á aquella milicia entónces invencible. Baluarte vivo del imperio cuyos límites ensanchaban todos los días, eran á los ojos de los musulmanes una cosa tan sagrada como la patria y la religion.

XXV

Sin embargo los genizaros, á la vez órden religiosa y militar, y por lo mismo aliados naturales del cuerpo de los ulemas, sacerdocio y magistratura reunidos, no tardaron en probar su doble tiranía al resto de la nacion y á los mismos sultanes. Fué preciso contar á cada instante con un cuerpo tan poderoso y que lo era paulatinamente tanto mas cuanto que se afiliaba en todas partes gran número de trabajadores, de artesanos y pequeños comerciantes, los cuales cobraban sueldo, tenían sus mismos privilegios, y, animados del espíritu de cuerpo, no hacian casi servicio. Por este medio se apoderaron de toda la

fuerza de la opinion pública en las grandes ciudades donde reinaban, participando así de la naturaleza de una aristocracia armada y de la naturaleza de una democracia organizada. Tiránicos como aquella, turbulentos como esta, reprimian la sedicion ó la hacian irresistible, á su antojo. Colocados entre el sultan y el pueblo, amenazaban al pueblo con el serrallo, ó al serrallo con el pueblo, elevándose sobre la ruina ó la sujecion de ambos.

Su sueldo empobrecía el tesoro público. Desde el reinado de Bajazet habian establecido además, como ley de Estado, una gratificacion inmensa que debia pagarles el sultan á cada advenimiento de un nuevo reinado. Por eso deseaban algunas veces expulsar ó inmolar á sus soberanos, los cuales tenían que comprarles á fuerza de oro, de privilegios y de favores, cada nuevo año de reinado. Su proteccion costaba al emperador los tesoros acumulados en el serrallo y destinados á la defensa ó administracion del imperio; su abandono arrojaba del trono ó sacrificaba á los sultanes.

en los valles del Asia Menor, marchando de alto en alto hasta Esmirna, Brusa, Andrinópolis, Constantinopla, Alejandria, Bagdad, el Cairo y en fin hasta el Danubio europeo y las puertas de Viena, todas se debían á aquella milicia entónces invencible. Baluarte vivo del imperio cuyos límites ensanchaban todos los días, eran á los ojos de los musulmanes una cosa tan sagrada como la patria y la religion.

XXV

Sin embargo los genizaros, á la vez órden religiosa y militar, y por lo mismo aliados naturales del cuerpo de los ulemas, sacerdocio y magistratura reunidos, no tardaron en probar su doble tiranía al resto de la nacion y á los mismos sultanes. Fué preciso contar á cada instante con un cuerpo tan poderoso y que lo era paulatinamente tanto mas cuanto que se afiliaba en todas partes gran número de trabajadores, de artesanos y pequeños comerciantes, los cuales cobraban sueldo, tenían sus mismos privilegios, y, animados del espíritu de cuerpo, no hacian casi servicio. Por este medio se apoderaron de toda la

fuerza de la opinion pública en las grandes ciudades donde reinaban, participando así de la naturaleza de una aristocracia armada y de la naturaleza de una democracia organizada. Tiránicos como aquella, turbulentos como esta, reprimian la sedicion ó la hacian irresistible, á su antojo. Colocados entre el sultan y el pueblo, amenazaban al pueblo con el serrallo, ó al serrallo con el pueblo, elevándose sobre la ruina ó la sujecion de ambos.

Su sueldo empobrecía el tesoro público. Desde el reinado de Bajazet habian establecido además, como ley de Estado, una gratificacion inmensa que debia pagarles el sultan á cada advenimiento de un nuevo reinado. Por eso deseaban algunas veces expulsar ó inmolar á sus soberanos, los cuales tenían que comprarles á fuerza de oro, de privilegios y de favores, cada nuevo año de reinado. Su proteccion costaba al emperador los tesoros acumulados en el serrallo y destinados á la defensa ó administracion del imperio; su abandono arrojaba del trono ó sacrificaba á los sultanes.

XXVI

Corrompidos y enervados por una tiranía sin límites, habían perdido, desde principios del siglo último, las únicas virtudes que compensaban tantos vicios, la disciplina, el patriotismo y el valor. En las últimas guerras contra Austria y contra Rusia, habían abandonado cobardemente á sus generales, inmolado al gran visir, impuesto al sultan nombramiento de generales ineptos, desertado de nuevo de estos jefes, acusado de traicion á su seraskier, expuesto el imperio al oprobio y á la conquista. Débiles é indisciplinados delante del enemigo, no tenían constancia y fuerza mas que contra el gobierno y el pueblo, y este gemía, y los sultanes caian, y el imperio se descomponia, y el nombre de los otomanos se envilecía en Asia y en Europa. En tal estado podia calcularse el número de años que quedaban de vida á aquella monarquía avasallada, empobrecida, tiranizada, vendida y degollada por su milicia. Los genizaros inspiraban terror al serrallo, desprecio á la nacion.

XXVII

¿Cómo habia concebido Selim III la idea de extirpar á aquella aristocracia soldadesca?

Hemos dicho que habia sido educado bajo la direccion de una madre de carácter enérgico y de genio natural, y debemos añadir que el carácter y el genio político se desarrollaban mucho mas de lo que se cree generalmente á la sombra del serrallo, entre las sultanas favoritas, puesto que tomaban parte en todos los secretos del gobierno y en todas las intrigas de una corte. Largos y grandes reinados han sido fundados por algunas de aquellas bellas esclavas, perpetuando en el palacio el ascendiente de sus atractivos con el ascendiente de su genio, comunicando por medio de sus eunueos al exterior con los ministros, los muftís, los agas de los genizaros, elevando ó precipitando con una palabra la fortuna de los que las servian ó contrariaban. Las mas veces son el resorto oculto de los mayores acontecimientos. Favoritas, avasallan; mujeres, inspiran; madres, preparan y protegen el reinado de sus hijos.

XXVIII

La sultana madre de Selim III habia obtenido de la bondad del sultan Mustafá III, tio de su hijo, que se le diese una educacion régia. Si debia reinar un dia, sería su fuerza; si debia vejetar en el cautiverio eterno del serrallo, sería su consuelo. Formaban la intimidad del jóven príncipe los hombres mas ilustres entre los filósofos ó poetas del imperio y hasta muchos extranjeros con títulos de médicos ó profesores de lenguas y de artes. De hermoso rostro, de carácter hondadoño y ardiente entusiasmo, Selim, como si tuviera la promesa ó presentimiento del trono, aspiraba á todos los conocimientos y á todas las virtudes que podian hacerle digno de un gran reinado. Los turcos tienen muchos historiadores, y todos gozan de libertad entera para escribir. Una vez enterrado un sultan, no necesita adulaciones y la verdad tiene franca entrada en su tumba. Por otra parte, el genio otomano es subordinado por religion á sus soberanos; pero no es servil, y su natural arrogancia les per-

mite juzgar con independéncia á sus jefes. La historia, que tantas veces habia oido leer y comentar Selim, le habia afligido hondamente por las calamidades del imperio, las tragedias de su raza, la presión de los genizaros, y promovido el deseo vehemente de reformar su nacion, de vengar su familia.

Un médico italiano del serrallo, hombre mas instruido de lo que lo son ordinariamente los complacientes familiares de las córtés de Oriente, le habia inspirado una confianza que rayaba en temeridad. El jóven príncipe no cesaba de interrogarle sobre las costumbres, la politica y especialmente sobre el arte militar de los europeos. Era evidente que aquel niño meditaba en lontananza la regeneracion de un imperio, y que su corazon sufría por todos los golpes que la indisciplina y la sedicion de los genizaros habian asestado contra el trono, la gloria y la vida de su familia. Precisamente entónces la fama militar del héroe de la Prusia, el gran Federico, fascinaba á Europa; los principios de la filosofia francesa, llevados en las páginas de sus grandes escritores, atravesaban las fronteras y los mares, y las primeras conmociones de la revolucion comenzaban á agitar el Occidente: todo presagiaba un nuevo siglo, Selim y sus confidentes recibían en el fondo del serrallo las ideas que soplaban la Italia y Francia deseando que

penetrasen en Oriente aquellas ráfagas de luz para elevar á los otomanos á la altura de su antigua nombradía y en proporcion de los inmensos territorios que poseian en el globo.

Tal eran los estudios, los pensamientos y las ocupaciones del jóven Selim, cuando los sucesos que presentia le sacaron de su retiro para sentarle ardiente de proyectos, audacia y esperanza en un trono á la vez absoluto y avasallado. Esta contradiccion del príncipe y del imperio explica los primeros pasos de su reinado, á la vez enérgico de voluntad, tímido para la ejecucion, arrastrado á la guerra por el ardor de recobrar la preponderancia otomana, acogiendo á la paz por los reveses, cobardías é insurrecciones de sus tropas delante del enemigo.

La derrota de los turcos en Egipto por el ejército francés, aumento la impopularidad de Selim y como forzosa consecuencia la audacia de los jenerales contra su gobierno. Culpaban á su soberano de su propia cobardía, pues la mayor parte de los hombres que

componian aquel cuerpo no habian querido marchar á Siria, prefiriendo la ociosa turbulencia de la capital á las fatigas y peligros de una guerra.

Viéndose Selim sin apoyo al exterior, y sin ejército al interior, sufría gimiendo el yugo de Inglaterra, Austria y Rusia en cuyo poder habia caido de resultas de la guerra de Egipto. Naturalmente trataba de reanudar mas íntimas relaciones con Francia, admirando su genio militar, hasta en el vencedor de Aboukir, y cifrando todas sus esperanzas en el hombre que habia faltado primero el pacto tácito y natural entre Francia y Turquía; con este fin dirigiale, por medio de una correspondancia confidencial, los testimonios de su admiracion. Conocia perfectamente que aquel gran hombre tan dispuesto á alcanzar un ascendiente decisivo en Europa, era la única base sólida sobre la cual podia apoyarse el imperio otomano contra las exigencias y usurpaciones del Norte. Esperaba además que la necesidad, esa inexorable árbitra de los soberanos y de los imperios, decidiria á su pueblo á seguir el ejemplo de los ejércitos franceses y estaba decidido á pedir á Napoleon los consejos y los hombres que exigia la regeneracion del ejército otomano; así es que contemplaba con un interés mal disfrazado los triunfos del emperador, asistiendo con alegría, aunque de lejos, á la ruina de

Alemania, á la invasion de Prusia y á la humillacion de Rusia. Apenas llegó á su noticia la batalla de Austerlitz envió un embajador á Napoleon para felicitarle como soberano de la nacion francesa y vencedor de sus enemigos. Por segunda vez se presentaba entónces á Francia la ocasion de reconstituir una alianza con Selim III, de sostener al Oriente con el Occidente y el Occidente con el Oriente; por segunda vez la inconsiderada costumbre de Napoleon de ceder al deslumbrante prestigio de su fortuna, perdiendo el resultado sólido de la sangre vertida, rechazó á Selim y volvió á sumerjir al divan en sus perplejidades.

XXX

Amenazaba á Prusia una nueva guerra, en la cual debía tomar parte Rusia y cuyo campo de batalla seria la Polonia. Como las fronteras turcas podian verse comprometidas, la Puerta, demasiado débil y humillada para entrar en accion, quizo ser neutra; mas no conociendo bien los designios del emperador Napoleon que ninguna garantía le ofrecia, tenia que reu-

nir sus tropas para cubrir el Danubio y el Dniester contra las eventualidades de una gran lucha, despues de la cual vencedores y vencidos podrian alentar igualmente á su seguridad. Selim hizo pues levas y ocupó con numerosas tropas la Valaquia y la Moldavia, fijando como puntos de reunion en Europa, á Bender, á Rustschuk y á Galatz. No faltaron los hombres en aquellas divisiones, pero sí el espíritu militar, la organizacion y la disciplina, y así trató de darles alguna solidez asemejándolos al único cuerpo regular que existia entónces en el imperio, al cuerpo de nizam-djerids, primer bosquejo de la organizacion militar calcado en el modelo europeo.

XXXI

El origen de aquel cuerpo databa de los primeros años de la república francesa, la cual conociendo la necesidad de fortificarse con la alianza de Selim III, trató de consolidarle introduciendo, en su sistema militar, las armas especiales, que tan irresistible ascendiente habian dado á los ejércitos europeos respecto á las bandas asiáticas.

Por invitacion del sultan el general francés Au-

bert Duboyet, habia llevado á Constantinopla, varias piezas de artilleria de campaña y bastantes oficiales, instructores, artilleros y artesanos capaces de dirigir las fundiciones, formar los regimientos, enseñar la guerra moderna á los otomanos.

Merced á los esfuerzos de Selim y de Duboyet se creó definitivamente un cuerpo de artilleria rodada, que en los reinados precedentes habia preparado el célebre conde de Bonneval, el primero de los aventureros cristianos, elevado á la dignidad de bajá. Estos artilleros denominados topdjis diferian mucho de los genizaros. Los conocimientos y ejercicios que exigen las armas especiales daban á aquel cuerpo una regularidad y una disciplina que le colocaban á mayor altura que los soldados confundidos é indisciplinados de la capital. Tambien se equipó, armó é instruyó un escuadron de caballeria para que sirviera de modelo á los cuerpos de esta arma tan desconcertados en el ejército turco.

Mas el orgullo de los genizaros no aceptó aquella tentativa de los instructores franceses para darles alguna organizacion y táctica, y no atreviéndose á obligarles el sultan, contentóse con confiar á los instructores un batallon de aventureros y renegados, y desdeñado por los genizaros, fué disuelto á la muerte de Duboyet.

XXXII

No obstante un hombre obstinado y enérgico, decidido por su gran patriotismo á secundar los planes de Selim III, intentó por medio de la seducción y del ejemplo lo que la autoridad del sultan no se atrevia á mandar: era el célebre Hussein-Bajá, gran amiral de la flota otomana, cuyo título le conferia el poder, derecho y recursos de alistar y pagar las tropas que tenia á sus órdenes para el servicio naval y de tierra. Aprovechándose hábilmente de esta situacion, que los deseos íntimos de su soberano favorecian, sin duda, no descansó hasta continuar las innovaciones del general Duboyet, y así reunió de nuevo el batallon de extranjeros y renegados, destinándolos al servicio de la flota y maniobrando con ellos á la vista del pueblo y delante del palacio. Apesar de oponerse esencialmente el fanatismo del pueblo á los usos de los cristianos, no podia ménos de admirar y envidiar aquellos movimientos compactos y precisos que daban á las evoluciones de millares de hombres la rapidéz y uniformidad de una sola alma. A fuerza de

dinero, Hussein consiguió aumentar con un pequeño número de musulmanes aquel cuerpo de preferencia.

XXXIII

Un suceso célebre debía popularizarlos mas. Habiéndolos embarcado Hussein á bordo de la flota que llevaba refuerzos á Djezzar, bajá de San Juan de Acre, que defendia solo contra Bonaparte y su ejército, aquel verdadero baluarte de Siria; cubrierónse de gloria al extremo de subyugar la fortuna de Napoleon, que, viendo que el Asia malograba sus ensueños, volvió sus miradas á Europa. De vuelta en Constantinopla, los defensores de San Juan de Acre fueron proclamados, con razon, los salvadores del islamismo. Los reveses de los genizaros en Aboukir, Monthabor y Nazareth, contrastaban, para oprobio de estos, con la gloria de los nizam-djerids.

Selim III y su hermano político, Hussein, resolvieron aprovechar aquel entusiasmo para acrecentar el número é importancia de aquel núcleo de ejército organizado.

XXXIV

Las consecuencias de esta audacia hicieron temblar á los ministros, los cuales presagiaban los celos de los genizaros y las susceptibilidades religiosas de los ulemas, intérpretes del Alcoran y dispuestos siempre, como el pueblo bajo, á ver una impiedad en cada innovacion. Una feliz circunstancia neutralizó su mala voluntad.

El muftí Vely-Zadé, jefe de los ulemas y oráculo de la religion, era hijo de uno de los magnates del imperio y pertenecia por su raza femenina á la familia imperial. Aquel señor habia regalado al padre del sultan una esclava circasiana de prodigiosa hermosura, que entró en el serrallo y fué madre de Selim. Este parentesco, el amor del padre de Selim á la esclava, el reconocimiento de la sultana favorita hácia aquel á quien debia su elevacion, habian establecido entre Selim y Vely-Zadé, desde la infancia, íntimas relaciones que se habian perpetuado despues.

Vely-Zadé, todo de su soberano y de su amigo, compartió sus proyectos, y formándose un triunvi-

rato de Selim, del muftí y de Hussein, prosiguióse secretamente el plan de reformar á los genizaros y de salvar el imperio de la dependencia de los rusos y austriacos. Aquellos conspiradores de salvacion pública derramaron á manos llenas el dinero del tesoro privado del sultan entre los ulemas susceptibles, para conseguir cuando ménos su neutralidad y su silencio. El aga de los genizaros y los jefes mas influyentes de aquella milicia se hallaban á la sazón ausentes de Constantinopla, humillados por su derrota de Alejandría y expuestos á la indignacion y al desprecio de los verdaderos musulmanes.

Respecto de los oficiales inferiores del cuerpo, del comandante de los seghbans, dependiente del mismo, y del jefe de la policia de Constantinopla, fueron separados hábilmente de la liga de los genizaros por las promesas y liberalidades de Hussein, á quien secundaba Vely-Zadé pronunciando sentencias de excomunion y de muerte contra los que se mostrasen rebeldes á las órdenes del sultan.

Tan prudente como fiel á su soberano, el muftí le aconsejaba que no irritase demasiado el espíritu de oposicion de su capital con un grande desarrollo de tropas regulares. Evitar la efervescencia de los genizaros suplantándolos insensiblemente en el ejército, hé aquí su plan. Insistió con el divan para que las

tropas regulares, cuyo número no podia pasar de dos regimientos en Stamboul, se formasen en la provincia del Asia Menor, bajo la direccion de los bajás y gobernadores adictos á la transformacion militar del ejército, donde las poblaciones mas diseminadas y dóciles opondrian ménos resistencia á aquella novedad.

XXXV

Aprobadas estas medidas por el divan, el sultan no economizó el oro para construir en Scutari, frente al serrallo, y en Levend-Chifflik, encima del barrio de Pera, cuarteles de infanteria y caballeria dignos de la importancia que daba á su creacion, confiando el mando de aquellos dos regimientos á dos renegados que se habian distinguido en la defensa de San Juan de Acre. Uno era griego y se llamaba Massoud-Aga, el otro prusiano y su nombre Soliman.

Las nuevas tropas no tardaron en probar su superioridad. Bandas de facinerosos procedentes de las montañas asolaban la Rumelia, dispersaban á los genizaros, intimidaban á Andrinópolis, y osaban ame-

nazar la residencia misma del gobernador. Dos veces fueron á luchar con ellos los genizaros, y dos huyeron cobardemente á la vista de aquellos montañeses, de manera que aquellas provincias de Europa se veían destruidas, incendiadas, consternadas, y sus gobernadores y bajás reducidos á la impotencia. Selim mandó salir de Constantinopla uno de los regimientos de nizams con alguna artillería lijera, agregándoles dos regimientos nuevos, formados y acantonados en Asia, y aquella pequeña division, animada del espíritu de cuerpo que los jefes le habían inspirado, triunfa en todas partes, arroja de la Turquía de Europa á aquellos facinerosos, y vuelve á la capital orgullosa de sus victorias.

XXXVI

Los triunfos de aquellas nuevas tropas animaron á Selim á proteger mas directamente á los nizams; y suponiendo que con su apoyo podía obligar á los genizaros á aceptar nuevos reglamentos, publicó un katti-scheriff ú orden escrita de su mano, sin inter-

vencion del divan, decretando que en todas las ciudades del imperio se incorporase al nizam cierto número de jóvenes genizaros.

Considerándose este cuerpo insultado y profanado y perteneciendo todo al pueblo, comunicóle instantáneamente su indignacion. Andrinópolis, la segunda capital del imperio, dió la señal de la resistencia, ultrajando á los pregoneros que publicaban la voluntad del sultan. Rodosto, otra ciudad importante de la Propóntide, vecina de Constantinopla, asesinó al cadí, que queria cumplir el katti-scheriff. Estas revueltas intimidaron de tal manera á los demás magistrados del imperio que no se ejecutó el decreto en ninguna parte.

En presencia misma de Selim, silenciosa Constantinopla, se oponia por su alitud á la publicacion del decreto. Vely-Zadé trasmitió los rumores de los ulemas al sultan, el cual no se atrevió á consumar su obra, evitando así la sedicion que le amenazaba, pero reservándose, como el paciente despotismo del serrallo, vengar la injuria hecha á su autoridad cuando sonase la hora de su fortuna. Creyó que sonaba en 1806.

Amenazando la guerra de Napoleon y del Norte desbordar en el imperio, los musulmanes temblaban por el golpe que de rechazo sufriria la Turquía, cua-

lesquiera que fuesen los vencedores, y por eso creyó el sultan la ocasion propicia para nacionalizar las tropas regulares. Suponiendo que las pretensiones del pueblo serian sofocadas por su patriotismo, dispuso que Cadi-Bajá, uno de los mas intrépidos servidores de su persona y de sus planes, saliese de la Caramania, de la cual era gobernador, y llevase á Constantinopla todas las tropas regulares que habia formado en su gobierno.

El 6 de junio de 1806 era el dia fijado para la reunion de aquel cuerpo de ejército bajo los muros del serrallo. Las dos poderosas familias feudales de Tchiapan-Oghli y de Caraman-Oghli, casas casi soberanas de aquella parte del imperio, debian ofrecer á Cadi-Bajá dos cuerpos de caballeria por ellas equipados y mantenidos.

Elevándose las tropas regulares organizadas y llevadas por Cadi-Bajá á diez y seis mil hombres, el sultan se consideró bastante fuerte con aquel cuerpo de ejército unido á los regimientos de Sculari y de Levend-Chiflik, para intimidar á la milicia sediciosa de Constantinopla y escarmentar á los rebeldes de Rodosto y de Andrinópolis.

XXXVII

La noticia de la llegada de Cadi-Bajá y de sus tropas regulares, seguidas de la numerosa caballeria de Tchiapan-Oghli y de Caraman-Oghli, hizo temblar á los genizaros culpables de la Rumelia, los cuales se sublevaron de nuevo llamando á su auxilio y para consumir una venganza comun, á los facinerosos de las montañas de Rhodope, vencidos no hacia mucho por los regimientos de nizams.

Selim III, en vez de mandar rápidamente á Cadi-Bajá sofocar la sublevacion de la Rumelia, se complacia en acampar su nuevo ejército en los llanos de Levend-Chiflik, al norte de su capital, aumentando su confianza y su fuerza en las revistas diarias que pasaba con ostentacion á sus regimientos. Carisimo le costó este placer; costóle un tiempo irreparable. Los genizaros insurrectos de Andrinópolis se prepararon á cerrar las puertas de la capital á Cadi-Bajá y á su ejército, avanzando diez mil como vanguardia hasta el pueblecillo de Babaski, al otro lado del pe-

queño río de la Yena, para disputar su paso al ejército del sultan.

Animadas las tropas de Cadi-Bajá del mismo espíritu que este, y entusiasmadas por sus palabras, atravesaron el río bajo el fuego de los genizaros y penetraron tres veces en el pueblo; mas fusiladas otras tantas por la fuerza de las casas aspilleras, tuvieron que repasar el Yena, dejando la orilla opuesta cubierta de cadáveres y de caballos. No pudiendo forzar por aquella parte el camino de Andrinópolis, Cadi-Bajá retrocedió hasta encontrar otro valle que condujera á Rustschuk, ciudad fuerte, aunque secundaria, de la Rumelia.

Mustafá-Baraiktar, bajá de Rustschuk, le abrió las puertas de su gobierno y unió su ejército al suyo. Albanés joven y valiente, nacido en las vecinas montañas de Rustschuk, su valor heroico, su varonil hermosura, comunes á su raza, entre la cual sobrevive el genio de la Grecia á la barbarie del búlgaro, le habian valido muchas distinciones del antiguo bajá de Rustschuk, de modo, que habia llegado de triunfo en triunfo y de empleo en empleo á la dignidad de bajá y aun alcanzado la amistad de Selim. Por su parte habia vengado al sultan respecto de su antecesor, Tersené-Oghli, bajá de Rustschuk, hombre sospechoso á quien consideraba Selim como au-

dáz censorador de sus planes, y un rebelde que no esperaba mas que la hora de la insurreccion.

Mustafá-Baraiktar, ó porta-estandarte, se habia encargado de castigar á aquel revoltoso esclavo y fué recompensado con un bajalik al recibirse en el serallo la cabeza de Tersené-Oghli. El carácter de Mustafá-Baraiktar era una fidelidad apasionada y fanática por el sultan; tenia el vicio y la virtud de los esclavos elevados á la cúspide de la fortuna por su amo; miranle como su Dios. Juntábase á su intrepidez fatalista y salvaje fidelidad, la diplomacia instintiva del carácter y esa fuerza para disimular su pasion ó su venganza, que poseen los hombres en aquellas cortes donde la existencia es un juego perpetuo á vida y á muerte contra la fuerza y la fortuna.

Reunia tambien las cualidades exteriores que arrancan casi siempre los favores de un amo y los aplausos de la multitud en medio de esta civilizacion donde cada hombre se levanta por sí mismo y por sí mismo obtiene su prestigio; estatura, agilidad, majestad del busto, fuerza de brazo, destreza para manejar el caballo y el sable, ojos azules y la mirada penetrante de las razas alpestres de las orillas del Adriático, maciza frente, nariz aguileña, una boca respirando franqueza, sonriendo con sus amigos y ocultando su malicia con los labios finos y vivos del

albanés, verdadero tipo de los héroes de Homero, conservado en toda su pureza en las montañas donde los admiró, el alma de un Ulises salvaje con el cuerpo de un Aquiles del Rhodopo. La guerra y el amor eran sus únicas pasiones. La ambicion no era mas que el ensueño de sus intermedios entre los triunfos y los deleites. Ninguno penetra los misterios del serrallo de un bajá, pero las confianzas de uno de sus eunucos despues de su muerte y la tragedia de sus tres dias últimos, rebelaron un apasionado cariño entre una jóven albanesa, objeto de su predileccion, y dicho jefe.

Su educacion no habia sido mas completa que la de un aldeano y soldado albanés; mas su inteligencia, mas real que brillante, se desarrollaba cada dia bajo la mas rústica simplicidad de ideas. No abrigar mas que un solo pensamiento es á menudo toda la fuerza de un hombre, y Mustafá no tenia mas que uno: amor á su amo, servirle ó vengarle. Mirando con indiferencia tanto la cuestion que dividia el imperio como los mejores medios de organizar los ejércitos, una cosa solamente le interesaba: que el sultan fuera obedecido y que los genízaros fueran humillados y subyugados enteramente por el sultan. Conociendo este toda la decision de Mustafá-Baraiktar, contaba con él en el dia de la lucha, y deseando

reunir los dos bajás y los dos ejércitos que le eran fieles, habia enviado á Cadi-Bajá con sus tropas sobre Rustschuk al través de Constantinopla. Aquellos dos hombres, oriundo uno de las entrañas del Asia, el otro de la extremidad de Europa, abrigaban la misma pasion por salvar el imperio y vengar la santa autoridad del sultan.

XXXVIII

Acababa de retirarse Cadi-Bajá de Andrinópolis tratando de reunirse con Mustafá-Baraiktar en Rustschuk, cuando llegó á su noticia que los genízaros de Rodosto y los facciosos de las montañas de la Tracia, formando en su retaguardia una formidable masa, le cortaban su retirada á Constantinopla. Temiendo que aquellos sublevados aprovecharan su ausencia para revolucionar la capital, y sabiendo además que habia estallado una tercera insurreccion entre Rustschuk y Búrgas, y que otro cuerpo de insurrectos defendian un largo é inexpugnable desfiladero por donde tenia que pasar; con esa indecision que precede al vértigo en los momentos de revoluciones,

albanés, verdadero tipo de los héroes de Homero, conservado en toda su pureza en las montañas donde los admiró, el alma de un Ulises salvaje con el cuerpo de un Aquiles del Rhodopo. La guerra y el amor eran sus únicas pasiones. La ambicion no era mas que el ensueño de sus intermedios entre los triunfos y los deleites. Ninguno penetra los misterios del serrallo de un bajá, pero las confianzas de uno de sus eunucos despues de su muerte y la tragedia de sus tres dias últimos, rebelaron un apasionado cariño entre una jóven albanesa, objeto de su predileccion, y dicho jefe.

Su educacion no habia sido mas completa que la de un aldeano y soldado albanés; mas su inteligencia, mas real que brillante, se desarrollaba cada dia bajo la mas rústica simplicidad de ideas. No abrigar mas que un solo pensamiento es á menudo toda la fuerza de un hombre, y Mustafá no tenia mas que uno: amor á su amo, servirle ó vengarle. Mirando con indiferencia tanto la cuestion que dividia el imperio como los mejores medios de organizar los ejércitos, una cosa solamente le interesaba: que el sultan fuera obedecido y que los genízaros fueran humillados y subyugados enteramente por el sultan. Conociendo este toda la decision de Mustafá-Baraiktar, contaba con él en el dia de la lucha, y deseando

reunir los dos bajás y los dos ejércitos que le eran fieles, habia enviado á Cadi-Bajá con sus tropas sobre Rustschuk al través de Constantinopla. Aquellos dos hombres, oriundo uno de las entrañas del Asia, el otro de la extremidad de Europa, abrigaban la misma pasion por salvar el imperio y vengar la santa autoridad del sultan.

XXXVIII

Acababa de retirarse Cadi-Bajá de Andrinópolis tratando de reunirse con Mustafá-Baraiktar en Rustschuk, cuando llegó á su noticia que los genízaros de Rodosto y los facciosos de las montañas de la Tracia, formando en su retaguardia una formidable masa, le cortaban su retirada á Constantinopla. Temiendo que aquellos sublevados aprovecharan su ausencia para revolucionar la capital, y sabiendo además que habia estallado una tercera insurreccion entre Rustschuk y Búrgas, y que otro cuerpo de insurrectos defendian un largo é inexpugnable desfiladero por donde tenia que pasar; con esa indecision que precede al vértigo en los momentos de revoluciones,

durante los cuales una sola hora decide la victoria, Cadi-Bajá contramarchó y dirigióse andando dia y noche sobre Selivria ó Selymbria, única ciudad fuerte que quedaba accesible. También tropezó con ocho mil rebeldes, en Tchorli, ciudad situada entre Búrgas y Selivria. Tres dias consecutivos empleó en asaltarla de todas maneras, mas nada alcanzó perdiendo un tiempo precioso y el moral de las tropas.

Por fin, llegó á Selivria por otro camino y acampó su ejército fuera de la ciudad esperando los refuerzos prometidos de Constantinopla, mas pasaron vanamente quince dias. Un asesino, fanatizado por la rebelion, penetró una noche en su tienda y luchó con él en las tinieblas, mas el intrépido Cadi-Bajá le tiene muerto á sus piés. Sus tropas cansadas de aquella inaccion, desalentadas por sus reveses, corrompidas por sus relaciones con una ciudad populosa, apenas contenida en el deber por la flota cuyos cañones amenazaban sus fortificaciones, se usaban y diezaban en el reposo. Cadi-Bajá era fiel y valiente esclavo de su soberano, pero faltó en aquella campaña de los dos genios de la revolucion: la prontitud y decision. A medida que la tormenta se apartaba de él, se acercaba al serrallo.

LIBRO TRIGÉSIMO QUINTO.

I

Todo fermentaba en Constantinopla; la noticia de la mas pequeña victoria de Cadi-Bajá hubiera intimidado probablemente la capital; sus tentativas y reveses alentaban la sedicion. Poco á poco estallaron todos los sintomas precursores de las revoluciones de Oriente: los incendios, las reuniones en los cafés, las censuras de los fanáticos en las mezquitas, las imprecaciones contra los ministros, las acusaciones de

durante los cuales una sola hora decide la victoria, Cadi-Bajá contramarchó y dirigióse andando dia y noche sobre Selivria ó Selymbria, única ciudad fuerte que quedaba accesible. También tropezó con ocho mil rebeldes, en Tchorli, ciudad situada entre Búrgas y Selivria. Tres dias consecutivos empleó en asaltarla de todas maneras, mas nada alcanzó perdiendo un tiempo precioso y el moral de las tropas.

Por fin, llegó á Selivria por otro camino y acampó su ejército fuera de la ciudad esperando los refuerzos prometidos de Constantinopla, mas pasaron vanamente quince dias. Un asesino, fanatizado por la rebelion, penetró una noche en su tienda y luchó con él en las tinieblas, mas el intrépido Cadi-Bajá le tiene muerto á sus piés. Sus tropas cansadas de aquella inaccion, desalentadas por sus reveses, corrompidas por sus relaciones con una ciudad populosa, apenas contenida en el deber por la flota cuyos cañones amenazaban sus fortificaciones, se usaban y diezaban en el reposo. Cadi-Bajá era fiel y valiente esclavo de su soberano, pero faltó en aquella campaña de los dos genios de la revolucion: la prontitud y decision. A medida que la tormenta se apartaba de él, se acercaba al serrallo.

LIBRO TRIGÉSIMO QUINTO.

I

Todo fermentaba en Constantinopla; la noticia de la mas pequeña victoria de Cadi-Bajá hubiera intimidado probablemente la capital; sus tentativas y reveses alentaban la sedicion. Poco á poco estallaron todos los sintomas precursores de las revoluciones de Oriente: los incendios, las reuniones en los cafés, las censuras de los fanáticos en las mezquitas, las imprecaciones contra los ministros, las acusaciones de

impiedad contra el sultan, las quejas, las exigencias y los coloquios de los genizaros. Alarmado Vely-Zadé por aquellos síntomas y teniendo como mufti, en la punta de su pluma, la legalidad ó condenacion de aquella revuelta, ofrecióse, por el bien de Selim III, como mediador entre el serrallo y las ortas, y decidió al sultan á sacrificar sus ministros á la indignacion pública contra las innovaciones que habian estos secundado por complacerle, aconsejándole que los desterrase de su capital por lo ménos momentáneamente. Conociendo además que su público furor por las novedades tenia resentido al pueblo y no queriendo que su propia impopularidad alcanzase á su soberano y amigo, hizose además desterrar á Brusa. El aga de los genizaros recibió el nombramiento de gran visir y fué la prenda de paz.

Estas concesiones hechas á tiempo devolvieron la tranquilidad á la Rumelia y su fisonomía á Constantinopla. No parece sino que los pueblos facilitan á sus soberanos una prudente retirada como para decidirlos á cederles mas. Libre Cadí-Bajá de las insurrecciones por las cuales se había dejado casi sitiado en su campamento de Selivria, volvió sin el menor tropiezo á Asia pasando por la capital. Los dos regimientos de tropas regulares, cuyas guarniciones eran Scutari y Constantinopla, volvieron sin ser insulta-

dos á sus cuarteles y todo al parecer se había calmado ó dormía.

II

Entónces fué cuando Napoleon, envió á su compatriota, el jóven general Sebastiani á Constantinopla. El objeto de su mision era decidir á Selim III á contraer una alianza franca y enérgica con Francia, ayudarle á trasformar sus ejércitos irregulares é indisciplinados en ejércitos calcados sobre el sistema militar de Europa, reconstruir y armar una flota capaz de cerrar el Danubio á los ingleses, el Bósforo á los rusos, en fin, libertarle de la presion que ejercian en su decadente imperio los gabinetes de Lóndres y de San Petersburgo, para que una vez regenerado pudiera lanzar de nuevo á la Moldavia y Besarabia ejércitos auxiliares del ejército francés sobre los confines de la nacion rusa.

No podia haberse elejido mejor embajador para aquella negociacion. Sebastiani, favorito de Napoleon, jóven, arrogante mozo, ambicioso y valiente, tan buen soldado como negociador, reuniendo el

espíritu aventurero de la Córcega con la gracia de los franceses y la finura italiana del diplomático, era tan á propósito para sondar como para seducir al sultan y en caso necesario podia dirigir sus planes militares. Una legacion escogida y compuesta de hombres familiarizados en los negocios, y de bastantes oficiales distinguidos de ingenieros, elegidos en el ejército francés, de Zara acompañaban ó precedían á Sebastiani á Constantinopla.

III

La presentacion del embajador francés á Selim III alarmó, por su pompa y solemnidad á los ingleses y rusos, que no podian ménos de considerar con disgusto los síntomas de crédito que el embajador de Napoleon obtenia del sultan, cuya neutralidad forzada vigilaban con tanto temor como constancia. El relato de aquella primera entrevista entre Selim y el general francés, por el baron Prevost, historiador ocular y actor confidencial en la negociacion que describe, hace revivir con sobrados vivos colores los recuerdos de aquella importante negociacion para sustituirle documentos ménos directos.

« El 14 de octubre de 1807, » dicen estas notas á la vez tan históricas y tan personales, « el embajador que jamás vive en Constantinopla mas que en el barrio de Pera, separado por el *Cuern de Oro* de la ciudad turca, salió del palacio de Francia á las cinco de la mañana, es decir ántes de rayar el día en aquella estacion del año. Acompañábanle todos los miembros de su legacion, y los principales comerciantes franceses, italianos y holandeses, marchando en dos hileras y llevando hachones encendidos. Llegado á Tofana, se embarcó en el caique de siete pares de remos del tchaousch-baschi (jefe de ceremonias) con el consejero de embajada, el primer secretario y el primer drogman, colocándose su acompañamiento en numerosos barcos engalanados y enviados por orden de la Puerta. Todos atravesaron el puerto, que encierra un número considerable de embarcaciones, desde los navíos de guerra hasta las mas pequeñas barcas, y desembarcaron en Bagtché-Capoussi (la Puerta de los Jardines). El embajador se reposó algunos instantes en el kiosko del tchaousch-baschi, que hizo perfectamente los honores, ofreciendo segun costumbre, café, pipas y sorbetes, despues de lo cual volvió á seguir la comitiva su marcha en el orden siguiente :

« Los genizaros de la orta del embajador (regimien-

to que le da la guardia de honor) marchaban en dos hileras; doce caballos de mano llevados por doce techocars (criados de palacio); veinticuatro lacayos á pié, con librea del embajador; el colegio de los jóvenes de lengua y sus profesores; los ocho drogmanes de Francia; los cónsules extranjeros que se hallaban en Constantinopla; el canciller de embajada que desempeñaba las funciones civiles; el tchaousch-baschi, que hacia las funciones de gran mariscal de la corte; el milimandar, oficial del sultan que habia ido hasta la frontera para recibir al embajador, hacerle los honores y dirigir su viaje hasta su presentación; el coronel de la orta que estaba de servicio en el palacio de Francia; el primer secretario de embajada, llevando en sus manos elevadas las cartas de crédito del embajador, dentro de un bolsillo de paño de oro; el embajador, el consejero de embajada á su derecha, el primer drogman á su izquierda; los ayudantes de campo del general Sebastiani; el encargado de negocios de Holanda; los caxilleres de las legaciones napolitana, toscana é italiana, y en general, los comerciantes y personas principales de la nacion francesa; el capellan de la embajada; los superiores de las iglesias católicas de Pera y de Galata; en fin muchos viajeros franceses y otras personas distinguidas de las naciones amigas de Francia.

Entre los primeros se hallaban el senador conde de Pontecoulant y su comitiva, así como el marqués de Almenara, ministro de España, y su legacion, que aun no habian sido presentados al gran-señor. Unas trescientas ó cuatrocientas personas, todas á caballo.

« Detúvose muy pronto la comitiva á las puertas del serrallo, para dejar pasar á la primera dignidad del imperio, cuyo poder, responsabilidad, y, digámoslo tambien, fragilidad, eran inmensos, en suma, el gran visir. Este personaje recibia los mismos homenajes del pueblo que su soberano; disponia de la autoridad civil y militar y cuando el sultan estaba fuera era un verdadero sultan.

« El kiaya-beg (ministro del interior), el reis-efendi (ministro de negocios extranjeros), el defterdar (gran tesorero), que dependia unicamente del gran visir, y una multitud de empleados de palacio le acompañan siempre. Segun etiqueta constante, este alto personaje hace esperar á los agentes extranjeros, cualquiera que sea la elevacion de su dignidad, pero esta vez, por deferencia al emperador de los Franceses, se habia convenido que se abstendria de aquel humillante privilegio. En guardia sin embargo el embajador contra los subterfugios del orgullo musulman, sacó su reló en cuanto se detuvo y mandó á decir que esperaria tres minutos, pero que luego se

retiraria. Al instante se presentó el gran visir y se dirigió hácia las habitaciones del gran-señor, acompañándole el embajador y su comitiva hasta el segundo patio del serrallo donde todos echaron pié á tierra.

« En aquel patio interior á la vez irregular é inmenso, rodeado de lindísimos edificios, con doradas cúpulas y de algunos magníficos árboles, estaba formado un numeroso cuerpo de genizaros de gran gala; habian elegido la época en que reciben su sueldo para dar mas alta idea del poder del sultan, el cual los mantiene y les hace el dia de paga una distribucion extraordinaria de víveres. Con este fin estaban en una larga y bellísima calle de altos cipreses colocadas encima de hermosas esteras, grandes fuentes de pilau (arroz cocido con agua) de cordero asado, de pan, frutas y sorbetes. A una señal convenida, los genizaros se sentaron en el suelo para tomar su desayuno.

« Poco despues llegó el embajador á la Cúpula (coubbé) donde fué recibido por el gran visir. La Cúpula es un vasto salon adornado con lujo, que recibe la luz de arriba por ventanas de arquitectura móresca. Aquí comienza una ficcion de costumbres enteramente locales, inventada por la hospitalidad oriental, y que no puede ménos de ser interesante

por el contraste que hace con las costumbres de Europa. No es la visita ordinaria de un embajador á un primer ministro como se practica en las demás córtes. El enviado aparece llegar al instante y sorprender á su alteza en la persona de su visir, entregado á los mas caros intereses de sus pueblos, oyendo sus diferencias y haciéndoles justicia. Desempeñando tan augustas funciones y revestido del carácter de juez supremo es como el soberano establece sus primeras relaciones con el extranjero. Va á comenzar un consejo de justicia en forma y tenemos que asistir á toda la escena entera.

« Cerca del gran visir están sentados los dos cadiaskers (grandes jueces) de Anatolia y Rumelia, representando la magistratura de las provincias de Asia y Europa; los tres defterdars (tesoreros del imperio) se hallan cocados á izquierda del gran visir; á su derecha está el nischandjé, que pone el sello (lhongra) monograma del gran-señor, funcion importante porque confiere el derecho de representacion. Cerca de este funcionario fué donde tomó asiento el embajador al mismo tiempo que el gran visir.

« Preséntase una multitud de nlemas (jueces) y se instruye al instante una causa. El visir preside los debates, pronuncia el fallo y le completa haciendo

que el nischandjé ponga el sello del sultan. Durante la audiencia, el reis-effendi trae al visir la carta anunciando la llegada del embajador. Para comprobar su autenticidad, el visir pone en ella el sello del imperio y la devuelve al reis-effendi, el cual la lleva á su alteza. A los pocos momentos vuelve el ministro con la respuesta del sultan al gran visir, que va á recibirla á la puerta exterior de la Cúpula, y ántes de leerla besa respetuosamente la firma de su soberano. Ordénale aquella carta recibir al embajador con marcada distincion, mas la caridad ó tal vez la vanidad musulmana supone que el extranjero tiene hambre y sed, y que llega desnudo, y por lo tanto preparase á satisfacer todas estas necesidades.

« Cuatro mesas están preparadas en la sala de audiencia y veinticinco ó treinta platos, llevados por otros tantos tchocadars, son servidos uno despues de otro pasando con tan sorprendente rapidéz que apenas permite tocarlos. Cada convidado, sentado en un almohadon que está por tierra, acércase á una mesa redonda de metal, de un pié de alto; la misma servilleta, larga y estrecha, colocada en las piernas, sirve para todos los convidados, los cuales comen en la fuente comun con los dedos, puesto que ninguno tiene tenedores, cucharas ni platos. Por toda bebida hay sorbetes muy aromatizados de ámbar.

« En la primera mesa, preparada en la parte alta de la sala y completamente separada de las demás, estaban el gran visir y el embajador solos. Hallábase de pié y cerca de ellos el drogman, el cual servia de intérprete.

« En la segunda mesa, preparada á mucha distancia de la primera, estaban sentados los dos cadiskers.

« A las otras dos mesas, mucho mayores, se sentaron el nichandji y las demas personas de la embajada.

« Despues de la comida, que apenas duró media hora, trajeron cofainas, agua y esencias para lavarse, segun costumbre, la barba y manos, y en cuanto se levantó el embajador fué conducido al patio que precede la Cúpula, y revestido de una soberbia pelliza de marta cibelina cubierta de paño de oro; distribuyéronse otras diez pellizas á los principales personajes de la embajada, segun su importancia, y otras diez á los oficiales de segundo orden; en fin diéronse kerekets, vestidos de lana, á los jóvenes de lengua, religiosos, misioneros y á los principales comerciantes, con cuyas distribuciones quedaron consumados los deberes de la hospitalidad respecto de los extranjeros.

« Habiéndose escogido diez y ocho personas de la

comitiva del embajador, que, con este y revestidos todos de sus pellizas, debian ser presentados á su Alteza, atravesaron la sala que precede á la del trono, en medio de triples filas de eunucos blancos con largos vestidos de paño de oro. El embajador conservó su espada, aunque sea costumbre no estar jamás armado en presencia del sultan. Este punto de etiqueta, que se habia negado otras veces, no ofreció la menor dificultad. Respecto á las demás personas, si bien conservaron sus armas tuvieron sujetos los brazos, durante la presentacion, por dos *capidji-bachis*, uno á derecha, otro á izquierda. Confiense á estos funcionarios particularmente las comisiones secretas ó de confianza, como las deposiciones de bajas ó otras, que pueden merecer la muerte. Así pues entraron las personas de la embajada, con la cabeza cubierta, lo cual no es en Levante ni una incivilidad, ni un privilegio, pues siendo el turbante el complemento de su traje, seria indecente no llevarle, como entre nosotros no llevar frac. Por eso y por analogía permiten los musulmanes á los europeos tener puesto el sombrero, como si fuera un turbante.

« La sala del trono es reducida y tiene poca luz; es un cuadrilongo con entrada en el extremo derecho de uno de los lados, en el mas ancho, de modo, que la mayor extension de la pieza está entrando á la iz-

quierda. Allí precisamente se colocan los grandes personajes del imperio y los altos empleados de la corte. Frente á frente de la asamblea, mas de perfil solamente hácia el embajador y su comitiva, estaba sentado el sultan á la europea en un sofá, colocado en una especie de bajísima grada ó mas bien escalon. El sofá era de paño de oro con ramages de plata y encima habia un dosel guarnecido con unas especies de bellotas de oro y franjas de perlas, sostenido por cuatro columnitas altas y finas, adornadas de arabescos realzados con piedras preciosas de variados colores. Encima de un almohadon estaba el sable del sultan, y de pié, delante de él, el gran visir.

« Al llegar á la mitad de la sala inclinóse la comitiva de una manera marcada para saludarle, renovándose el mismo testimonio de respeto algunos pasos despues, á lo cual sucedió un gran silencio. Adelantándose entónces el embajador solo hasta la grada del trono, y despues de haberse inclinado otra vez con respeto, pronunció el discurso siguiente :

« Señor :

« No puedo interpretar mejor los sentimientos de su majestad Napoleon el Grande hácia la augusta persona de vuestra majestad, que recordando las palabras que dirigió al embajador *Muhib-Effendi* :
« soy amigo de los amigos del sultan Selim III y seré

« enemigo de sus enemigos. Habiendo merecido la
 « honra de representarle cerca de un príncipe á quien
 « ama y que por sus altas virtudes ha conquistado
 « el aprecio y la admiracion de las naciones extran-
 « jeras y la bendicion de sus pueblos , emplearé to-
 « das las facultades de mi alma para consolidar y au-
 « mentar la antigua amistad que une el imperio fran-
 « cés y el imperio otomano.

« Ruego á vuestra majestad que se sirva aceptar
 « el homenaje de mi respeto. »

Este discurso fué traducido inmediatamente en len-
 gua turca por el drogman de la Puerta que, segun la
 etiqueta, pronúnciale delante del gran-señor con voz
 temblorosa y baja , para manifestar hasta en las me-
 nores circunstancias, el respeto que experimenta. El
 sultan ordenó al gran visir que trasmitiese su res-
 puesta al embajador, la cual decia: « Que estaba
 « muy reconocido á los sentimientos de Napoleon el
 « Grande y que deseaba mucho estrechar lazos de
 « amistad tan favorables á la prosperidad de ambos
 « imperios. » Estas palabras fueron traducidas al
 francés y dirigidas por el drogman de la Puerta al
 embajador, despues de lo cual retirase este salu-
 dando al gran-señor, que sonriéndose é inclinando
 graciosamente la cabeza varias veces le probó la sa-
 tisfaccion que tenia de conocerle.

« Los capidji-baschis acompañaron fuera de la
 sala del trono á las personas que habian introducido
 en ella, y no soltaron sus brazos hasta que perdieron
 de vista al soberano. Entre ellas estaba madama Se-
 bastiani, vestida de hombre y con el mas riguroso
 incógnito ; solo así podia asistir á la presentacion de
 su esposo, ceremonia de la cual eran excluidas las
 mujeres. Hemos dicho que la sala del trono era re-
 ducida aunque elevada, estando adornada al gusto
 moresco ; recibe la luz de la pieza que precede y de
 la única ventana que hay en el ángulo donde está sen-
 tado el sultan, de modo que solo llega al lado de la
 cara que no puede verse, dejando al lado que está há-
 cia los espectadores extranjeros en una completa os-
 curidad ; esta disposicion, muy calculada, no es cul-
 pa del arquitecto. Cuando el sultan consiente que le
 vean los infieles, coloca con todo intento entre ellos
 y él, el velo de la noche para atenuar la facultad de
 juzgarle como hombre. Tan poca claridad da á aque-
 lla ceremonia un carácter á la vez solemne y miste-
 rioso, que impresiona la imaginacion y no deja de te-
 ner majestad.

« De vuelta en el segundo patio del serrallo, Ba-
 bis-Seadet, ó Puerta de la Felicidad (los extranjeros
 no penetran nunca mas allá) se vuelve á pasar por la
 Cúpula, donde el gran visir distribuye la justicia. Co-

nocida es la inmensa autoridad de este primer dignatario del Estado, depositario del poder soberano, á su voz tiembla el imperio, mas si llega á abusar de tanta confianza en su tribunal, paga con su cabeza un inícuo fallo. El soberano le escucha á menudo; encima de su asiento y oculto por una tupida reja de oro, hay una ventana, símbolo de una luz superior á la suya, y por ella puede el sultan asistir á las audiencias sin que pueda advertirse su presencia.

« En el patio de la Cúpula y delante del palacio hay un pórtico cuya magnificencia llama mucho la atención; seis inmensas columnas de mármol blanco sostienen un anchísimo techo con bases, capiteles, frisas y sus apoyos esculpidos, dorados y pintados de brillantes colores; es el suntuoso peristilo de un edificio adornado de arcos morescos con estrechas bases, cuyas curvas de mármol, esculpidas en sus ángulos, suben ensanchándose poco á poco para reunirse después poco á poco en lo alto. Inmediato á él nos hicieron notar una gran masa de mármol tan hueca por dentro que parecía un mortero, refiriéndonos lo siguiente: La ley prohíbe decapitar ó ahorcar al muftí, primer ministro de la religion, mas habiendo subordinado extraordinariamente esta inviolabilidad á dicho intérprete de la ley y al cuerpo de los ulemas, imaginaron machacar á los culpables, creyendo de

este modo respetar la ley establecida. La barbarie de tal costumbre, y especialmente el crédito de algunos muftís, la hicieron caer en desuso y los morteros fueron enterados. Tomando un muftí, algunos años después, un ascendiente alarmante para la autoridad, uno de los últimos sultanes hizo desenterrar aquel mortero con lo cual cesó toda oposicion.

« Volvimos por Babis-Seadet y por la famosa puerta de Bab-Humaioun (ó sea la Sublime Puerta) nombre que la lengua diplomática da al gobierno otomano, y donde acostumbran á exponer las cabezas de los rebeldes, en verdaderos nichos. Entónces no habia ninguna, lo cual revelaba la debilidad del gobierno, puesto que el imperio era víctima de infinitas disensiones. Saliendo de aquel inmenso patio salimos tambien del recinto del serrallo cuyos elevados y almenados muros eran próximamente los límites del antiguo Bizancio. »

IV

Representaba en aquella época Rusia en Constantinopla uno de esos diplomáticos innatos que á ejem.

plo del imperio otomano, elije aquella entre raza griega, raza de predileccion entre las familias humanas del Oriente, y cuya viva penetracion, flexible y gracioso carácter é insinuacion muchas veces infiel de lenguaje, domina en todas partes los negocios diplomáticos. M. d'Halinski tenía las cualidades sin los vicios de la familia helénica; nacido en Kiel y vasallo ruso, servia allá por la causa de su país y la causa de sus antepasados. ¡Quién no recuerda aquel anciano venerable y cosmopolita que representó Rusia algunos años despues en la capital del catolicismo, consagrando sus estudiosos años de vejez á recojer, cual piadoso patriarca, los vestigios de los monumentos del arte ateniense!

Un ministro leal, pero disgustado por las intrigas griegas que asediaban el Divan, M. Arbutnot, representaba Inglaterra. Absorbido por el dolor que le causaba la reciente pérdida de una esposa bella y adorada, dejaba flotar negligentemente la diplomacia de su córte en Constantinopla. Fué tanta su incomodidad por la acogida hecha al embajador de Napoleon, que le decidió á embarcarse en una fragata inglesa para ir á Tenedos, y unirse á la flota del almirante Dukworth, que guardaba las embocaduras de los Dardanelos.

El sultan, abiertamente inclinado hacia Francia

desde sus entrevistas con Sebastiani, habiendo sabido que el príncipe griego Ipsilanti, intérprete de la Puerta, sostenia continúa correspondencia con su hijo, hospodar de Valaquia, partidario de los rusos, á la primera queja del embajador de Francia, mandó cortar la cabeza al padre y dejó sin destino al hijo. Vanamente hicieron pasar al anciano Ipsilanti por varios suplicios para que declarase la importancia de sus riquezas; espiró sin haberlas revelado. Su deliciosa casa de campo de Therapia, á orillas del Bósforo, confiscada por la Puerta, pasó á ser el palacio de verano de los embajadores de Francia, heredera involuntaria de la sangre de un infiel servidor del divan.

Mas Sebastiani protegió á Ipsilanti contra la venganza del sultan, el cual queria encerrarle en las Siete-Torres.

Tales eran las disposiciones de Selim III cuando el 20 de febrero de 1807, catorce velas inglesas, mandadas por el almirante Dukworth, pasaron impunemente

los Dardanelos, como había hecho algunos años ántes el almirante Elphinston, y bogaron hácia Constantinopla, llevando al embajador Arbutnot y las exigencias de Inglaterra en la boca de sus cañones.

Era la primera vez que se forzaban los Dardanelos; el enemigo estaba dentro del imperio, los morteros y cañones de la flota inglesa podían vomitar instantáneamente granadas y balas rasas en el palacio del sultan, todo esto aterró y abatió al serrallo de tal manera, que el divan perdió toda su energía y dignidad en medio de los angustiosos clamores de los eunucos, niños y mujeres.

Selim mandó uno de sus favoritos, Ismael-Beg, al general Sebastiani para decirle que cedía á la necesidad y suplicarle que partiese. Las maneras y lenguaje de Ismael-Beg, unidas á su frialdad y amenazas personales, complicaban el mensaje doloroso del sultan. Sebastiani respondió como un hombre seguro de sí mismo y de la venganza que un gran pueblo reserva á los ultrajes á su carácter :

« Estoy aquí bajo la garantía del derecho de gentes, » respondió á Ismael : « la presencia de una flota enemiga de mi país no cambia en nada mi misión, mi carácter de embajador de mi gobierno. « Estoy en los dominios del sultan y su honor responde de mí; solo por orden suya saldré de este palacio, y esa orden será la declaración de guerra á Francia. »

Sorprendido Ismael comunicó á su soberano esta contestación, que colocaba al sultan entre un acto de heroísmo ó un acto de cobardía. Selim era tan valiente personalmente como pusilánime é irresoluto se había mostrado momentos ántes como jefe; quizá celebró, al oír la repuesta de su confidente Ismael, verse obligado, por la energía de Sebastiani, á manifestar toda la suya.

Además el pueblo y las tropas estaban animosos; los terrores del serrallo, la timidez de los ministros, las irresoluciones del sultan, no alcanzaban al fondo de la nación. El peligro supremo hallaba á los otomanos dignos de su antigua nombradía; el grito de guerra salía de todos los labios. Los artilleros y genízaros corrían sin orden superior á las puertas y á las armas; los ancianos y niños ofrecían sus brazos para los trabajos de terraplen y defensa; las mujeres escitaban á los hombres de todas profesiones y eda-

des á vengar el insulto que los ingleses hacian á su capital, ó á morir por su patria y religion. El valor penetró por fin del exterior en el interior del serrallo y reunidos de nuevo los ministros en presencia de Selim decidieron pelear ántes que humillar el imperio delante de los navios ingleses. Felicitándoles Selim III por su resolucion, mandó salir las mujeres del serrallo nuevo para llevarlas al antiguo, situado en el centro de Stamboul y al abrigo del fuego, armóse, montó á caballo, abrió sus jardines para que sus artilleros, dirigidos por Sebastiani y los oficiales franceses, estableciesen las baterías, y mezclándose con su pueblo, animado de la misma indignacion, y abochornándose por los momentos de pusilanimidad que su capital ignoraba, mostróse á la vez sultan, general, soldado, reconquistando con el entusiasmo de un sentimiento comun el respeto de los genizaros, el amor de la nacion. Recibió en audiencia pública al general Sebastiani, que fué á ofrecerle su brazo y el de algunos centenares de franceses que se habian armado para defender como voluntarios su persona, su capital y su independenciam, y contestándole como hijo de Bajazet, sembró el oro á manos llenas en el pueblo, en el ejército, en la plaza, para dar á la defensa la energia y rapidez de un esfuerzo supremo del pueblo y del soberano. En algunas ho-

ras estaba al abrigo de un insulto y numerosas bocas de fuego, servidas por toda una poblacion, protegieron las costas de Europa y Asia y la punta del serrallo.

VII

Los documentos íntimos que acaban de comunicarnos atribuyen á la resolucion del embajador de Francia un móvil secreto que debemos reproducir.

Citamos testualmente el documento confidencial del testigo de aquella grande crisis de Constantinopla á la llegada de la flota inglesa, y del embajador de Francia en presencia del sultan.

« Treinta años hace que reina el mayor silencio sin ser interrumpido por ningun documento histórico, dice el secretario del embajador, M. Prevost; y este silencio es casi un olvido, á tal punto se disipan, al apartarse de nosotros, las tradiciones mas conocidas; consignamos pues los pormenores siguientes tanto para instruir á la generacion actual, como para rendir homenaje á la verdad. El honor y buen acierto de la conducta de Francia en aquella crisis de

encontrado la religion, las leyes antiguas, la autoridad del sultan, y por lo tanto se detenia ante estos objetos de su veneracion.

Tal era el agitador asiático, nacido en una tienda de campaña, que iba á imponer leyes al palacio de sus soberanos.

XIII

Siguiendo las inspiraciones del caimakan, nuestro entendido jefe hizo jurar á sus soldados que no cometerian ningun pillaje, y los tuvo tres dias inmóviles, desarmados y silenciosos, en los fuertes que se les habian confiado, como para tranquilizar la capital, adormecer al sultan y domesticar la opinion pública con la sedicion, presentándola inofensiva y tranquila.

El tercer dia solamente se puso en marcha por las colinas que separan Constantinopla de Bouyouk-Déré, á la cabeza de un puñado de sediciosos que no excedia de seiscientos hombres y en dos horas llegó á las puertas de la ciudad. Precediale el terror, que los emisarios del caimakan y del muftí exajeraban en

la ciudad al mismo tiempo que lo ocultaban al serrallo. Esos hombres, decian al sultan, no vienen mas que á implorar el olvido de su falta y la amnistía de la sangre vertida; combatirlos sería sublevarlos de nuevo por la violencia, y el sultan, rodeado de conspiradores interesados en engañarle, creia así como sus ministros en estas explicaciones.

Pero el caimakan estaba resuelto á deshacerse, por medio de un golpe de mano cruelmente concebido y premeditado, de todos aquellos ministros y amigos de Selim III que pudiesen abrir los ojos á su soberano y contrabalancear su propia fortuna. Aparentando temblar por la seguridad del defferdar y de los principales consejeros de Estado del divan, contra quienes proferian mil amenazas los yamaks que se acercaban, ofreciales un asilo en su propio palacio, que defendia una fuerte guardia.

XIV

Aceptan con la mayor confianza esta invitacion el defferdar y los partidarios mas impopularmente notados de la reforma, y el caimakan los acoje con

una amabilidad que oculta la muerte; dispone que se les sirvan refrescos, pipas y café, símbolos de buena hospitalidad, y despues de felicitarles por haber confiado en su palacio, sale para dar á sus verdugos la órden de inmolarlos. Quería ofrecer el homenaje de sus cadáveres á los yamaks, adelantando su venganza con la perfidia.

XV

Cabatchi-Oghli habia entrado en la ciudad, cuyas calles recorria en medio de las aclamaciones del pueblo. Llegado que fué á las puertas del palacio del aga de los genizaros y dirigiéndose al segundo comandante, que habia quedado en Constantinopla y reemplazaba al aga :

« Aquí teneis, » dijole presentándole sus yamaks, « á los hijos del cuerpo, aquí teneis á los discípulos « de vuestro santo patron Hadji-Begtasch, que vienen á reunirse con sus hermanos para defender « juntos vuestra causa, la religion, las costumbres y « las leyes del imperio. ¡Exijo en su nombre que os « unais á nosotros para vengaros y castigar á los

« nizams y á los ministros impíos que quieren sustituirlos á vos y á nosotros ! »

Indeciso el comandante de los genizaros, al oir estas palabras, entre los deberes que tenia con el sultan y las aspiraciones de los cuarteles, flotó como la fortuna, permitió á los soldados que deseaban salir que se uniesen á las bandas de Cabatchi-Oghli, y se contentó con permanecer inmóvil y como imparcial en su palacio. Ochocientos genizaros se pasaron á la sedicion, y Cabatchi los condujo á los cuarteles de la marina para sedueir y arrastrar con su ejemplo á los galiondjis. El capitan-bajá estaba ausente, y no habiendo acuerdo entre los oficiales, cerraron los cuarteles. Cabatchi-Oghli los arengó desde el patio :

« Valientes marinos, » esclamó, « ¡ honor y baluarte del imperio en los mares tan á menudo « enrojecidos con vuestra sangre ! Vuestros secretos « gemidos han pasado los umbrales de vuestros « cuarteles y resonado entre nosotros. Si se prolongase nuestro estado dentro de poco os mandarian « giaours y el estandarte del Profeta pasaria á manos de cristianos ! Vengo á la cabeza de estos fieles « defensores de la fé y del nombre otomano á devolveros vuestros derechos, vuestro honor, vuestros « privilegios ! Entrad en nuestra santa liga ; pero « ántes sabed que no recibiremos mas que á hombres

« irreprochables, decididos á no manchar con desór-
 « denes ó el pillaje nuestra santa empresa, y anima-
 « dos exclusivamente por el espíritu de patriotismo
 « y religion que nos ha armado! Todo musulman
 « que, una vez admitido en nuestras filas, denigrase
 « nuestra causa, será repudiado al instante por el
 « pueblo é inmolado por nuestras propias manos! »
 Intimidados con esta amenaza, los marineros, que
 esperaban el pillaje, contestaron con rumores de es-
 tupefaccion á las palabras severas de Cabatchi-Oghli,
 y doscientos solamente, mas probos ó fanáticos que
 les demás, se unieron á los yamaks y á los genízaros,
 marchando juntos á Tophana, barrio inmediato en la
 misma orilla del puerto para sublevar á los artille-
 ros.

XVI

Como era el cuerpo mas favorable á la reforma
 militar y mas adicto al sultan, el caimak an, te-
 niendo su resistencia, había destituido á su jefe ha-
 ciendo que circulase entre la tropa que el nombra-
 miento de aquel alto destino y los empleos de oficia-

les serian la recompensa de los sargentos y subal-
 ternos que se decidiesen ántes por la causa de la
 insurreccion. Cabatchi-Oghli encontró las puertas
 cerradas; mas colocándose en medio de los suyos en
 la plaza que se extiende entre el cuartel y el mar :

« Artilleros, » exclamó con ademanes de amistad
 y de respeto, « no creais que venimos á disputaros
 « el justo ascendiente que vuestros talentos y vues-
 « tra arma os conceden respecto á los defensores del
 « imperio! No; mas acordaos que todos habeis salido
 « de nuestras filas, que sois hermanos ó hijos de ge-
 « nízaros, lo selecto de tan sagrado cuerpo. ¡Abrid
 « vuestras puertas! ¡Venid á nuestros brazos! En
 « nombre de Hadji-Begtasch, vuestro patron y el
 « nuestro, os conjuro que corrais al socorro de nues-
 « tras santas leyes. ¡El Profeta tiene su vista fija en
 « vosotros! Si no abris vuestras puertas á su pue-
 « blo, ¡os lanzará su maldición y os cerrará para
 « siempre jamás las del paraíso de los creyentes! »

XVII

Estas palabras, acompañadas de gestos y repetidas
 por dos mil insurrectos y por el pueblo que formaba

una gran comitiva, la ausencia de órden, la inmovilidad de la orilla opuesta del puerto que se veía desde las ventanas del cuartel, las insinuaciones de algunos agentes vendidos al caimakan, la indecision natural en tropas sin direccion delante de un movimiento que todo lo subleva y arrastra á su paso, desconcertaron á los artilleros. Por fin se abrieron las puertas, sitiadas y defendidas á dentro con igual energia, y Cabatchi-Oghli fué llevado en triunfo hasta el patio por las oleadas del pueblo. Los sargentos mas antiguos de los artilleros y sus yamaks le rodearon; á imitacion suya abrazaron uno á uno á los topdjis y la emocion hizo correr lágrimas. No parecia sino que la religion y el honor se reconocian y abrazaban en el corazon de aquellos soldados separados un momento ántes por la astucia de los giaours. Solo los nizams, encerrados en sus aislados cuarteles, preparábanse á combatir y contaban con la resistencia y el apoyo de los artilleros. Al llegar á su noticia la defeccion de estos y de los marinos se atrincheraron detrás de sus murallas esperando el asalto y la muerte que todo al rededor suyo presagiaba.

XVIII

Seguro ya Cabatchi-Oghli de la ciudad y del espíritu del pueblo, no perdió su tiempo atacando á un enemigo impotente. Dejar enfriarse una sedicion, es arrebatarle la victoria; el audacia y la sorpresa es la táctica de las revoluciones y aquel hombre inculto la poseia admirablemente.

Dirigese valientemente por las calles mas populosas de Stamboul y hasta siguiendo las murallas del serrallo, á la plaza de Etmeidan, en el centro de la ciudad; y viendo que no se movia el sultan del recinto fortificado del serrallo y convencido que sus órdenes para batir á la rebelion no serian ejecutadas, comenzó descaradamente su mision de soberano, despues de haber consumado su mision de soldado y faccioso, ordenó á los genizaros de todas las ortas, ó compañías que habian quedado en Constantinopla, que llevasen á la plaza sus *marmitas*, emblema mas venerado que su bandera y al rededor de las cuales forman círculo las ortas en los dias de revolucion ó solemnidad.

Los pregoneros transmitieron esta orden instantáneamente á todos los barrios y alrededores de Stamboul, y á su voz los genizaros obedientes llevaron solemnemente sus marmitas á Etmeidan colocándolas en círculo, según el número de la orta, en torno del divan al aire libre que los soldados habian preparado para su orador y jefe.

« Hermanos y compañeros, » dijo Cabatchi-Oghli á las ortas allí agrupadas, « la reunion de estos emblemas venerados de vuestras ortas, de estos hogares del genizaro, es el testimonio visible de la union de todos los verdaderos creyentes en un mismo espíritu. Ya que estamos unidos; tengamos resolución. ¡ Es llegada la hora de confundir á nuestros enemigos! ¡ El cielo se declara por nuestra causa que es la suya! Estirpemos del seno de los Osmanlis á esa faccion impura que ha resuelto destruir á los genizaros y asemejar el musulman al giaour. ¡ Exijamos la disolucion del cuerpo de los nizams! Dejemos á esos jóvenes soldados, arrastrados ó seducidos, volver tranquilamente á sus hogares, mas castigemos á los ministros y á los jefes criminales que han corrompido la pureza de la fé y jurado perder á los genizaros, columnas del imperio. »

Furibundas aclamaciones se oyeron en la plaza y

desplegando Cabatchi-Oghli una lista de proscritos, preparada de antemano por el caimakan, léela en alta voz á los genizaros y designa al pueblo y á las tropas las víctimas que pueden inmolar. A estos nombres grupos y sicarios, cómo los que salian de las legiones á la voz de Sila ó Mario, en tiempo de las proscripciones romanas, salen de la plaza, dirigidas por yamaks armados y recorren la ciudad para buscar y asesinar á los proscritos. Pocos escaparon, aunque ocultos en casa de los cristianos ó de los judíos de su domesticidad.

Mientras tenian lugar estas ejecuciones el caimakan envió á la plaza de Etmeidan, á Cabatchi-Oghli, como testimonio de satisfaccion y homenaje, los cadáveres de sus cólegas asesinados á su vista por la mañana. Pronto volvieron los grupos de su misión sanguinaria trayendo la cabeza de los proscritos que habian inmolado y arrojándolas entre los cadáveres y marmitas á los piés del nuevo Mario.

XIX

Atroces episodios acompañaron estas proscripciones.

Uno de los proscriptos que se habia refugiado en casa de un judío amigo suyo, con una cajita que contenia sus tesoros; fué vendido por este que quiso así apoderarse de sus riquezas entregando su cabeza á los verdugos.

Otro que trataba de buscar un asilo en el serrallo fué conocido por sus asesinos, que llevaron su furor hasta devorar su corazon.

Este, refugiado en casa de un jardinero griego, fiel en su desgracia, pero temiendo al fin perder á su salvador, fué á entregarse con serenidad y resignacion á los yamaks. Su virtud, su venerable figura, el causancio de inmolar quizás, enternecieron á la multitud sorprendida del heroismo del moribundo.

— « Valientes genizaros » dijo Cabatchi-Oghli, « la confianza de este anciano ¿ no prueba hasta cierto punto su inocencia ? ¿ Muere ó vive ? Vosotros direis.

— « Que viva, » gritó la multitud y la misma tan versátil en Oriente como en Europa le escoltó hasta su casa.

XX

Cansado el pueblo de víctimas vulgares pedia á grandes voces, al través de las puertas cerradas del serrallo, la cabeza del bostandji-baschi, general de las guardias personales del palacio y el jóven favorito mas amado del sultan. Al oír Selim aquellos gritos temió que la sedicion obstinada no se calmase sino entregándole una víctima que no podia sacrificar sin entregar su corazon y su conciencia á los facciosos. Tambien llegaron al oído del jóven esclavo aquellas voces de muerte, que la resistencia de Selim cambiaba en gritos de ira y maldicion contra él mismo, y estimando mas la salvacion de su soberano que su vida, arrojóse anegado en lágrimas á los piés del sultan conjurándole que le entregase muerto á sus enemigos para que contestando al pueblo con su cabeza no peligrara la de su amigo.

Selim vacilaba y parecia horrorizado, y el bostandji insistia implorando la muerte como los cobardes imploran la vida.

XXI

El sultan cubrió sus ojos con sus manos: « Pues « bien, hijo mio, » dijo á su esclavo, « puesto que « tú mismo quieres morir para desarmar á este pueblo sin piedad, ¡muere, y que la bendicion de Dios « te acompañe al cielo, que recompensa los generosos sacrificios ! »

El bostandji tendió el cuello á un ejecutor, que le cortó la cabeza, arrojándola á los genizaros por encima de las almenas de la Sublime Puerta; recogíenla estos con gritos de tigres y llévanla á Etmeidan, á los piés de Cabatchi-Oghli.

Diez y siete cabezas de jefes y de ministros del partido de la reforma estaban colocadas en frente de aquel soberano de la rebelion y de las marmitas de las ortas. Tres días con tres noches hacia que la sangre corria y que el sultan, cautivo dentro del serrallo, oía la degollacion de sus amigos. Ni un solo miembro del divan habia sobrevivido, pero Selim III reinaba todavia. El respeto inmemorial por la sangre de Othman protegía la vida y el cetro de aquel prin-

cipe hasta contra el acero que acababa de inmolar á todos sus servidores. Los jefes invisibles de la sedicion, el caimakan y el muftí deliberaban para saber si convenia dejar en el trono á un príncipe tan apegado á las innovaciones detestadas, un príncipe tan ultrajado entónces y cuya sumision aparente y momentánea á su voluntad produciria tarde ó temprano una inevitable venganza. Los medios crimenes, decian, ¿ no fueron siempre la pérdida segura de los criminales ?

Decidieron que era indispensable destronar á Selim para que se absolviese su audacia, colocando en el trono, al jóven y ligero Mustafá, hijo primogénito del último de los sultanes, Abdul-Hamid.

Cabatchi-Oghli que era el único que hablaba á las tropas y al pueblo se presentó al cuarto dia, al amanecer, seguido de una imponente comitiva en la plaza de Etmeidan, y designando las cabezas lívidas que yacian delante de las ortas de los genizaros.

« Estais vengados » dijo, « nuestros enemigos han « sucumbido; venció la causa de la religion y de « las leyes; el sultan acaba de pronunciar la abolicion de los nizams; ya no teneis que temer mas « rivales. — Pero » añadió con acento mas terrible, « este príncipe, enemigo nuestro desde que respira, « ¿ merece acaso nuestra confianza por declararse

« amigo nuestro desde que no puede detestarnos
 « impunemente ? Si todo lo concede hoy es porque
 « su cabeza y su corona están bajo la sombra de
 « nuestros yataganes; pero en cuanto limpiemos
 « nuestros sables y tengamos que dispersarnos para
 « defender el imperio ¿ no consumará sus proyectos
 « contra nosotros ? Y tendríamos que tomar otra
 « vez las armas y hacer de nuevo con arroyos de
 « sangre lo que acabamos de consumir. ¡ Insensatos!
 « prepararíamos á este imperio dos revoluciones en
 « vez de una !

« No espongamos el imperio á tales sacudimien-
 « tos. — Me comprendéis y os comprendo. Quereis
 « que el sultan Selim III sea destronado al instante,
 « pero vosotros solos, valientes genizaros, no podeis
 « decidir tan importante cuestion; debe hacerlo el
 « oráculo de la ley, el muftí; consultémosle res-
 « tuosamente y que su fetwa nos diga si Selim
 « debe continuar en el trono ó dejarle á su su-
 « cesor. »

Los genizaros y el pueblo con esa gravedad que caracteriza las mismas sediciones entre los otomanos, suscribieron con toda serenidad y reflexion á aquella audáz empresa. El dictador comisionó algunos emisarios para que llevasen al muftí la cuestion constitucional, que redactó así :

« El padischah que viola el Coran, ¿ merece permanecer en el trono ?

El osado muftí, que habia inspirado la proposicion, fingió ser sorprendido y consternado cuando recibió la respuesta, y llorando hipócritamente por las desgracias de la nacion y por la sangre derramada, exclamó :

« Príncipe desgraciado y corrompido por los vi-
 « cios de tu educacion, la debilidad de Vely-Zadé,
 « mi predecesor, ha completado tu ceguedad; con-
 « sejeros prevaricadores, que la justicia del pueblo
 « acaba de castigar, han arrastrado tu juventud lé-
 « jos de la senda de salvacion; has olvidado que
 « eras padre de los creyentes. En vez de depositar tu
 « confianza en ese Dios que puede pulverizar en un
 « instante los ejércitos mas formidables, has querido
 « asemejar los Osmanlis á los giaours; has ofendido
 « á Dios y te abandona. ¿ Acaso podrias reinar en
 « nombre de nuestras leyes que desprecias ?

« Los soldados que debian defenderte no tienen ya
 « confianza en tí. Tu reinado no serviria mas que á
 « perpetuar nuestras discordias. Compadézcote por-
 « que tenias virtudes que hubieran podido labrar la
 « gloria de un imperio, pero considero ante todo el
 « interés de la fé y la salvacion de los Osmanlis. »

Salió, y volvió despues trayendo su fetwa contenido

en una sola palabra en gruesos caracteres « No. » Mas como si hubiera querido reservarse un doble sentido ó una escusa para el porvenir por tanta osadía, escribió debajo del *no fatal*, este proverbio turco, que deja en la duda al espíritu humano, y deja al cielo toda responsabilidad: « *Dios sabe lo que mas conviene.* »

« Ya lo oís, genizaros, » exclamó Cabatchi-Oghli, al abrir y leer el fetwa, « ya lo oís; Selim es condenado por boca misma del que había elegido para ser intérprete del Profeta. Pronunciad ahora; ¿podéis fiaros á Selim? »

« No, no, » exclamaron los musulmanes moviendo la cabeza, « ¡ no queremos que sea nuestro soberano! ¡ Que sea destronado! ¡ Viva el sultan Mustafá! »

Tomando de nuevo la palabra declaró Cabatchi, en nombre de la nacion, del muftí y de los genizaros, que el sultan Selim III, hijo del sultan Mustafá, había cesado de reinar; y que el sultan Mustafá IV, hijo de Abdul-Hamid, era proclamado emperador de los otomanos.

XXII

Reinaba sin embargo grande ansiedad entre los genizaros y Cabatchi-Oghli; el sultan Mustafá se hallaba en poder de Selim, el serrallo estaba cerrado, los pajes, los cuerpos de bostandjis sobre las armas en los patios interiores y los sublevados no tenían cañones ni escaleras necesarias para dar el asalto á las murallas ó destruir las puertas. Confiando pues el osado muftí en el carácter de inviolabilidad que le daba la religion, decidióse á penetrar en el serrallo, á informar al sultan de su deposicion y á aconsejarle que se sometiese á ella sin defensa. El pontífice conocia demasiado la dulzura de Selim III para temer la venganza de su soberano.

Antes que entrase el muftí en el serrallo, algunos emisarios de Selim, mezclados con la multitud, le habían llevado con los rumores públicos un resto de esperanza. Los jefes superiores de los genizaros decían que estaban descontentos viendo á un hombre de la nada, como Cabatchi-Oghli y sus viles yamaks,

disponer del pueblo y del imperio, y que se unirían á los nizams para defender á Selim. Estas noticias animaban un tanto á las mujeres, esclavos y últimos amigos que rodeaban al sultan.

Habia salido este del serrallo al amanecer, para esperar en las habitaciones públicas lo que le preparase aquel dia, y detúvose en la grande sala de recepcion del palacio, sentándose en el ángulo de un divan, inmóvil y silencioso como quien todo lo teme. Sus esclavos y familiares, de pié delante de él, ahogaban sus gemidos y contenian sus sollozos, cuando se presentó el muftí, marchando lentamente y con la vista en tierra y aparentando un dolor que espresaba con afectados sollozos. El sultan le dirigió una de esas miradas penetrantes é inquietas que parecen arrancar á la fisonomía *el destino que los labios retienen todavía*. Prosternándose el muftí á los piés del sultan, dijo:

« Vengo, oh soberano mio ! á cumplir una mision
« dolorosa, mas he debido aceptarla para evitar que
« una multitud furiosa violase este sagrado recinto.
« Los genizaros y el pueblo acaban de proclamar
« emperador á vuestro primo, el sultan Mustafá.
« Toda resistencia es inútil y no serviria mas que á
« inmolar á nuestros últimos amigos. Estaba decre-
« tado. ¡ Qué podemos nosotros, débiles mortales,

« contra la voluntad de Dios ! ; Humillémonos en su
« presencia y resignémonos á sus decretos ! »

El sultan escuchó con impasibilidad al muftí, ¿ para que derramar una sangre que seria perdida ? Toda la concurrencia palidecía y temblaba. Levantóse mas hermoso y noble, dicen, merced á la majestad de su infortunio, y parecia como coronado con la pureza de sus intenciones y todo el bien que habia querido hacer á su pueblo. Humedeciéronse sus ojos al pasear una mirada de adios por su córte y servidores, de los cuales iba á separarse para siempre. En fin, atravesó lentamente la sala de audiencia y fué á encerrarse en la parte mas retirada del palacio, donde habia languidecido veintiocho años ántes de subir al trono.

Bajando la escalera que conducia á las habitaciones de los príncipes cautivos, encontró á su primo Mustafá que la dejaba para sentarse en el trono.

« Hermano, » díjole Selim, parándole, « Dios me
« manda bajar del trono donde vais á sentaros. He
« incurrido en la cólera del pueblo por haber que-
« rido elevar la nacion á la altura que merecía. Re-
« pruébaseme por mis buenas intenciones y vuel-
« vo sin sentimiento á la vida privada. Mas feliz
« que yo vais á reinar en los Osmanlis con la fuer-
« za que os dispensa su entusiasmo, y estoy seguro

« que corresponderéis á su amor con vuestras virtudes. »

Lijero é ingrato Mustafá, á quien habia colmado Selim III de atenciones y ternura durante su reinado, parecia escuchar con impaciencia y como deseando reinar ya, las amables palabras de Selim, cuyo abrazo recibió con frialdad. Al fin entró en las habitaciones que Mustafá acababa de dejar y donde estaba Mahmoud, hermano menor de este, cuya reclusion é infortunio iba á compartir.

Este jóven príncipe, apénas adolescente, pero dotado de un corazon afectuoso, de sentimientos nobles y de una clara inteligencia, veneraba á Selim pagándole con su amor y gratitud los cuidados verdaderamente paternos que habia dispensado á sus primos. Echándose á los piés del sultan destronado con un respeto mas tierno del que le hubiera manifestado en el trono, besó sus rodillas anegando de lágrimas sus manos, lágrimas que hicieron correr las de Selim. Tanto afecto en momentos en que disminuian todos los afectos consoló su desgracia y consagróse á la educacion de Mahmoud. Ambos príncipes aprovecharon la soledad para penetrarse mejor aun del espíritu de reforma que habia causado la caída del uno y que debia hacer el poder del otro.

El alma de Selim se trasmitió y perpetuó así en Mahmoud.

XXIII

Cuando llegó á los nizams la noticia de la caída del sultan, temiendo la venganza del pueblo, y libres de sus compromisos, abandonaron sus cuarteles y sus uniformes y dispersáronse uno á uno, como malhechores, por las provincias del imperio. Salvas de todas las baterías de Constantinopla anunciaron la revolucion consumada á todos los barrios. Mustafá confirmó en sus destinos al gran visir y á los ministros que se hallaban en el campo de Schumla. Los genizaros se encargaron otra vez del servicio, volvieron á sus cuarteles con sus marmitas y recobraron todos sus privilegios. Respecto á los yamaks, instrumentos desdeñados de una revolucion consumada, recibieron una miserable gratificacion y fueron relegados por el caimakan á los fuertes del Bósforo, su antigua residencia. Cabatchi-Oghli, el dictador de tres dias, que habia gobernado la nacion, juzgado á los ministros, destronado el sultan y coronado á su

« que corresponderéis á su amor con vuestras virtudes. »

Lijero é ingrato Mustafá, á quien habia colmado Selim III de atenciones y ternura durante su reinado, parecia escuchar con impaciencia y como deseando reinar ya, las amables palabras de Selim, cuyo abrazo recibió con frialdad. Al fin entró en las habitaciones que Mustafá acababa de dejar y donde estaba Mahmoud, hermano menor de este, cuya reclusion é infortunio iba á compartir.

Este jóven príncipe, apénas adolescente, pero dotado de un corazon afectuoso, de sentimientos nobles y de una clara inteligencia, veneraba á Selim pagándole con su amor y gratitud los cuidados verdaderamente paternos que habia dispensado á sus primos. Echándose á los piés del sultan destronado con un respeto mas tierno del que le hubiera manifestado en el trono, besó sus rodillas anegando de lágrimas sus manos, lágrimas que hicieron correr las de Selim. Tanto afecto en momentos en que disminuian todos los afectos consoló su desgracia y consagróse á la educacion de Mahmoud. Ambos príncipes aprovecharon la soledad para penetrarse mejor aun del espíritu de reforma que habia causado la caída del uno y que debia hacer el poder del otro.

El alma de Selim se trasmitió y perpetuó así en Mahmoud.

XXIII

Cuando llegó á los nizams la noticia de la caída del sultan, temiendo la venganza del pueblo, y libres de sus compromisos, abandonaron sus cuarteles y sus uniformes y dispersáronse uno á uno, como malhechores, por las provincias del imperio. Salvas de todas las baterías de Constantinopla anunciaron la revolucion consumada á todos los barrios. Mustafá confirmó en sus destinos al gran visir y á los ministros que se hallaban en el campo de Schumla. Los genizaros se encargaron otra vez del servicio, volvieron á sus cuarteles con sus marmitas y recobraron todos sus privilegios. Respecto á los yamaks, instrumentos desdeñados de una revolucion consumada, recibieron una miserable gratificacion y fueron relegados por el caimakan á los fuertes del Bósforo, su antigua residencia. Cabatchi-Oghli, el dictador de tres dias, que habia gobernado la nacion, juzgado á los ministros, destronado el sultan y coronado á su

nuevo soberano, volvió sin pretension ni murmurar, al humilde puesto de comandante militar de aquellos fuertes.

Muy poco conmovió la revolucion de Constantinopla al ejército del Balkan, y satisfechos el gran visir y los ministros con conservar sus destinos, hicieron proclamar por sus tropas el advenimiento de Mustafá IV. Solo el aga de los genizaros, elegido por Selim III porque deseaba, como su soberano, regenerar el cuerpo, murmuró públicamente contra la conducta de sus soldados en la capital, los cuales se habian deshonrado, decia, por su complicidad con los viles yamaks y por la deposicion de su soberano. Tomando los genizaros del campamento la defensa de sus compañeros, se sublevaron contra su jefe, el cual hizo frente con intrépida indignacion á los sediciosos; pero abandonado por sus oficiales, murió por las manos de sus soldados. Habiendo espresado el gran visir tambien algunos nobles sentimientos de

fidelidad á Selim y de indignacion contra el motin, fué destituido por el caimakan.

Reemplazóle en el mando de las tropas Tehlemi-Baja, antiguo ministro; mas aquellos sacudimientos, cambios de gobierno y de autoridades, anularon la campaña, y así los rusos no encontrando enemigos, desbordaron en la Valaquia y Moldavia. Felizmente para los turcos la paz de Tilsitt les obligó á respetar sus fronteras.

XXV

Mustafá IV no era mas que un nombre en el trono; príncipe ligero, caprichoso, á la vez flexible y cruel, no codiciaba del poder mas que sus magnificencias y voluptuosidades, de manera que los verdaderos reyes eran el caimakan y el muftí. Naturalmente aquella autoridad dividida y adquirida por medio de crímenes comunes, no podia satisfacer á ninguno de los dos y disputándose la con encarnizamiento, el ódio habia sucedido á la complicidad.

Cabatchi-Oghli, que habia sido olvidado un momento, volvió á cobrar grande importancia por con-

siderar tanto el caimakan como el muftí que el hombre que habia hecho la revolucion era el único capaz de consolidar su fortuna. Disputáronse pues su amistad. Hombre suspicáz, Cabatchi-Oghli conoció que la fuerza estaba del lado del muftí, además que su influencia como pontífice aseguraba á su causa el partido entero de los ulemas y de los imanes.

La popularidad del caimakan dependia solamente de su título de gran visir, al paso que el fanatismo, ménos fugitivo que la popularidad, aseguraba al muftí un ascendiente sagrado sobre la nacion. Cabatchi-Oghli se entregó á él. Osado conspirador, á quien el pueblo y sacerdotes consideraban como el libertador de los musulmanes, habia inspirado respeto y admiracion por sus moderados deseos y su modesto alejamiento de la capital despues de haber reinado como soberano absoluto en su país. Era un Sila salvaje paseándose, despues de su abdicacion del poder, entre los verdugos y víctimas de su dictatura.

XXVI

A la llamada secreta del muftí contra el caimakan, Cabatchi-Oghli, á quien la victoria habia con-

sagrado á los ojos de sus dos mil yamaks, les dió órden de marchar de nuevo sobre Constantinopla para vengar la causa de la religion atacada, deciales, por el ingrato visir caimakan en la persona del muftí. Parte inmediatamente un destacamento de yamaks y llena la ciudad de sus murmullos y acusaciones contra el antiguo instigador de su primera rebelion. Unéense los genizaros avasallados á sus caprichos, los descontentos, los imanes, el populacho, espuma siempre flotante al viento de las sediciones, rodean el palacio del caimakan y piden á grandes gritos su cabeza. El muftí triunfante se interpone entre los sediciosos suscitados por él mismo y su antiguo cómplice y por un resto de compasion hácia aquel rival para siempre abatido, concédele desdeñosamente la vida, relegándole en un pueblecillo de la Siria con un destierro á la vez lejano y vergonzoso.

Un complaciente de serrallo, un intrigante, Tayar-Bajá, tildado de venalidad é inteligencias con los rusos, fué nombrado por el gran-señor, á instigacion del muftí, para reemplazar al desterrado en el vireinato de Constantinopla. Indiferente al uso que se hacía de su autoridad, el gran-señor no pensaba mas que en devorar su reinado y gozar de los esplendores y apariencias del poder supremo; el muftí por su parte no pensaba mas que en esprimir al imperio y

en amontonar en su tesoro esas riquezas portátiles en las cuales creen los Osmanlis poseer la garantía de la duración de su poder y que siempre escitan la codicia de sus sucesores. El nuevo caimakan no pensaba mas que en conservar su autoridad con una flexibilidad que cedía á todo, con las ceremonias y fiestas prodigadas al sultan y con su perfecta sumisión al muftí. Solo un hombre recobraba una autoridad real en la opinion y en los negocios, Cabatchi-Oghli, pues aquella segunda victoria hacía árbitro oculto del imperio, de la capital y del serrallo. Conquistaba el respeto por su modestia y el prestigio por la distancia. Retirado en el fondo del Bósforo, á algunas horas de Constantinopla, en uno de los castillos que cierran la embocadura del mar Negro, en medio de los yamaks, reinaba, invisible, con sus amenazas y consejos.

Todos los embajadores codiciaban en secreto su favor para sus córtés; mas solo tuvo el arte de inclinarse hacia los intereses de la Francia el general Sebastiani, tanto por la franqueza de sus maneras como por su carácter de representante del héroe de Europa.

XXVII

Suspendamos un momento la relacion de los sucesos de Constantinopla, para asistir, en una aldea de Alemania, al efecto que produjo en el ánimo de Napoleon la inesperada noticia de la deposición de un sultan. Vencedor algunos dias ántes de los rusos en Friedland, descansaba en Tilsitt durante un armisticio, dictando las condiciones de paz. El secretario de embajada, portador de los pliegos del general Sebastiani, llegó allí por la noche, despues de haber atravesado el campo de batalla humeante todavía de la última victoria. Nada podría igualar la grandiosa y pintoresca simplicidad de aquella entrevista y de aquellas conversaciones escritas por uno de los dos interlocutores:

« Tilsitt, dice, es una pequeña ciudad nuevamente edificada; sus calles son anchas y tiradas á cordel; sus casas poco elevadas estaban pintadas de verde claro, blanco y rosa. La que habitaba el emperador, situada en un grande espacio irregular que formaba plaza, tenia dos pisos hácia medio dia, lo que con un

calor de mas de treinta grados Reaumur, era mas bien un inconveniente que una ventaja. No era un palacio, pero sí una linda habitacion con buenas y agradables condiciones. Había delante una escalerita con doble pasamano circular de hierro, realzado, segun el gusto del Norte, con adornos contorneados de cobre y brillantes bolas del mismo metal. Conducía al piso bajo y despues al principal, vasto y elevado, revestido exteriormente con altos pilastros acanalados, sosteniendo una cubierta á la italiana, que ocultaba los tejados. Hablo de esta casita ocupada entonces por Napoleon, por haberla destruido despues un incendio. Al exterior habia dos garitas para los centinelas de servicio y un puesto de granaderos de la guardia; mas distante en la plaza y en la sombra ocupaban varios bancos muchos soldados.

« Entré en el principal en una grande sala pintada de blanco. A la derecha habia dos ventanas con sus persianas cerradas, mas el ardor del sol daba una claridad suficiente; entre las ventanas y encima de una consola contorneada y de mármol blanco, se veía un jarron de cristal con flores. En el fondo de la pieza habia una mesa de despacho cargada de papeles. Hallábame en el salon del Emperador, el cual andaba con animacion; en cuanto me vió detúvose mirándome fijamente, al saludarle.

« — ¿ Quien sois ? » díjome.

« — Agregado á la embajada de vuestra majestad en Constantinopla, » y dije mi nombre. Alejándome entonces de la puerta donde me habia detenido, adelanté hácia él para oírle mejor.

« — Y bien, ¿ qué hay por allá ?

« — Los genizaros han destronado al sultan; » y espuse rápidamente aquella catástrofe. La voz destronar, que tan mal suena á todo oído soberano fué májica por la indignacion que suscitó.

« — ¡ Es abominable ! qué gente tan miserable.

Y despues de algunos momentos de reflexion añadió con disgusto contenido : « Pero , Dios mio , ¿ cómo ha podido suceder tan pronto ?

Gran distancia habia entre estas palabras y la indiferencia de su ministro; su viva inteligencia habia conocido rápidamente la importancia del suceso, y por eso se mostraba impaciente, curioso, apasionado. Es seguro, que desde que conoció mis noticias habíanle ocupado únicamente. Asi lo revelaban sus maneras, y hasta sus trabajos de aquella mañana confirmaban esta conjetura. En efecto yo me despedí á las nueve de M. de Talleyrand, que habia estado con él hasta las once, mas ni esta conversacion, ni los pliegos del general Sebastiani, satisfacian á Napoleon. Despues de almorzar me mandó llamar, á tal

punto deseaba penetrar las causas fatales que trastornaban su política. La meditacion de los hechos ofrece á los espíritus superiores un estudio saludable que aténua ó evita sus fatales consecuencias; mas cuando se refieren á la destruccion de un trono, los soberanos solos experimentan particulares solicitudes que no les arranca otra clase de sucesos. El talento mas elevado no prevee sus consecuencias con tanta sagacidad y esta es la disposicion intelectual en que se encontraba entónces Napoleon; ya hemos indicado la de su ministro.

« Aun cuando el Emperador tenia poca fé en el poder de los turcos, habia sentido lá brusca caída de Selim III, príncipe á quien amaba y estaba reconocido por su docilidad política, por la energía con que rechazó á la flota inglesa, por su confianza en la fortuna de la Francia que personificaba Selim en Napoleon, por su constante admiracion, que databa de la expedicion de Egipto y le habia decidido al fin á declararse contra sus comunes enemigos, Rusia é Inglaterra. Selim era para él un aliado lleno de celo, útil en lo que permitian sus medios, y con la fidelidad del cual podia contar. Su caída del trono y en especial lo que tenia de imprevisto debieron á la vez sorprenderle y afligirle.

« Esto sin duda inspiraba á Napoleon las enérgicas

interrupciones : « ¡ Miserables ! ¡ Bárbaros ! » Luego quiso saber los motivos de aquella revolucion.

« — Pero la causa, la causa, ¿ cual es ? »

« — La causa, para las masas, es el horror de los cambios; para los genizaros, el orgullo militar humillado, para los ulemas, sus intereses amenazados que ocultan hábilmente detrás de un pretendido ataque á los sentimientos religiosos. Asístanles las ciencias, las artes y toda clase de progresos, y por eso presentan la reforma como una violacion del Coran, argumento poderoso para un pueblo cuyas creencias se alarman fácilmente. Saben que todo se encadena para la inteligencia y que una vez despartado el espíritu de examen, destruiria el Coran y por consiguiente su influencia. Así es que mientras que se han limitado á las mejoras de la artillería, de la marina, de las maniobras, de la disciplina en general, han callado; pero cuando han instituido escuelas de ciencias, su oposicion ha sido mayor y la ignorancia del pueblo la ha secundado plenamente.

« — Luego ¿ la causa es religiosa ?

« — Por lo ménos la mayor fuerza del ataque quiere conservarle esta apariencia, aunque en realidad tengan mucha parte la ambicion y la codicia. Los ulemas no desempeñan destinos públicos,

« no pagan ninguna contribucion, están al abrigo
 « de las confiscaciones, y, privilegio inmenso, no
 « pueden ser condenados á muerte. Hé aquí lo que
 « defienden; todo lo que tiende á destruir sus dere-
 « chos los inquieta, y recurren á las ideas religio-
 « sas para poner trabas á las innovaciones y en caso
 « necesario destruirlas. Si no hubieran alarmado las
 « conciencias, hubiera sido vana toda tentativa de
 « revolucion; en otros términos el caimakan no hu-
 « biera vencido sin el concurso del muftí.

« — ¿Hace mucho tiempo que el muftí ha sido
 « nombrado?

« — Dos meses, próximamente; el anterior, de
 « elevadas luces, secundaba la reforma; este, para
 « elevarse, aparentaba primero protegerla, mas la
 « atacaba sorda aunque constantemente. Una vez en
 « su destino preparó la revolucion y las máximas si-
 « guientes, generalizadas por él, y sus adeptos la han
 « consumado: Quien imita á los infieles es un infiel.

« Axioma cuya consecuencia ha sido nada ménos
 « que la cuestion sometida al muftí: El soberano
 « que combate el espíritu del Coran ¿debe perma-
 « necer en el trono? A lo cual el muftí ha contestado
 « negativamente. Tal ha sido el género de ataque de
 « los enemigos de la reforma y del sultan.

« — Mas para obtener esos resultados han sido

« precisas largas intrigas; ¿cómo no las ha conocido
 « Sebastiani?

« — Su origen ha sido demasiado alto para ver-
 « las. ¿Cómo suponer que las dos mayores dignida-
 « des del imperio conspiran contra el sultan? Cuando
 « el día de la insurreccion el cuerpo diplomático
 « manifestó al divan la peligrosa tendencia de los
 « rebeldes y de su jefe, se dirigió naturalmente al
 « sustituto del visir para combatirla, mientras que
 « él trabajaba para propagarla, y así respondió: que
 « el gobierno vigilaba el movimiento con prevision
 « y solicitud. El éxito de esta revolucion, de la cual
 « se han aprovechado el caimakan y el muftí, ha
 « sido lo único que ha revelado su complicidad y trai-
 « cion; el mismo Selim ha perdido el trono sin sos-
 « pechar su duplicidad, creyendo amistosa y sincera
 « la última visita del muftí para aconsejarle que ab-
 « dicase, la cual ha considerado su resignacion
 « como una prueba de lealtad.

« — ¡Pobre Selim! replicó Napoleon, ¡es verda-
 « deramente increíble!

« — Sobre todo como ha sucedido. Cuando mar-
 « charon las tropas al Danubio, el embajador acon-
 « sejó al sultan que se pusiera al frente de su ejér-
 « cito; mas no se acogió la insinuacion, á pesar de
 « que aquella determinacion le hubiera salvado. Las

« intrigas apenas han durado un mes. El anterior muftí
 « murió en abril, época del nombramiento de su su-
 « cesor y de la salida del gran visir para el Danubio;
 « el cual designó al caimakan para reemplazarle. Una
 « vez en el poder un mes han bastado á estos dos am-
 « biciosos para satisfacer sus malas pasiones. Han fo-
 « mentado la rebelion en los fuertes del Bósforo, con-
 « signado las tropas regulares en sus cuarteles, con-
 « denado á muerte á los ministros y demás hombres
 « de Estado adictos al sultan, recogido en fin los frutos
 « de esta gran conspiracion. Hoy no tienen rivales y
 « son mas soberanos que el sultan Mustafá, principe de
 « veinte años, cuyas facultades y carácter se ignoran,
 « y sin la menor esperiencia. ¿Cómo sospechar una
 « traicion en funcionarios tan inmediatos al trono?
 « No, señor, la revolucion consumada en el imperio
 « otomano ha sido preparada tenebrosamente y sin
 « cómplices. No ha habido mas que instrumentos.
 « ¡Era imposible preeverla! — ¡Pobre Selim!»

Luego refirió el secretario de embajada lo que acaba-
 mos de decir sobre los sucesos del serrallo, inter-
 rumpiéndole á cada circunstancia del relato con una
 exclamacion dolorosa ó una inquieta pregunta de
 Napoleon.

« Pero, decia con frecuencia, en todo eso no veo
 « mas que una sedicion, ¡ y la distancia es grande

« entre la sedicion y la revolucion!... ¿ No pudo so-
 « focar la sedicion? ¡ Pobre Selim!» decia incesan-
 temente y se paseaba un momento, parábase y vol-
 via á pasearse.

« El sultan Selim no ha tenido bastante talento
 « para fundar el bien que habia concebido, » prosi-
 guió: « ¿ En qué parará todo eso? Sus vasallos son
 « parricidas; ¡ por ser demasiado bueno y demasiado
 « superior á ellos, le destronan! ¿ En qué parará
 « todo eso?» repetia mas impaciente. « ¿ Cual es
 « vuestra opinion? El emperador Alejandro no sabe
 « una palabra de esos sucesos, voy á participárselos,
 « pues le interesan. Dormir un poco; debeis estar
 « cansado. »

XXVIII

Todo entero Napoleon á su pasion de guerra á
 muerte contra Inglaterra, cuyos principios liberales
 de gobierno detestaba y á quien deseaba encerrar ó so-
 focar en sus islas, no tardó en olvidar el grito de
 compasion momentáneo que le habia arrancado la
 catástrofe de Selim.

Un historiador, M. Thiers, Quinto Cureau de este otro Alejandro, sobrado seducido por el esplendor de su héroe para no admirar hasta sus vértigos diplomáticos, refiere las conversaciones de Napoleon y Alejandro en Tilsitt sobre la division de Turquía, ó mas bien sobre el Oriente entregado por Francia á los rusos. Si la historia de las versatilidades necesitase una prueba mas de la nada y del horizonte limitado de la diplomacia del imperio, se la ofrecerian las entrevistas de Napoleon y Alejandro.

Sebastiani continuaba todavía en Constantinopla con la mision de regenerar y fortalecer la Turquía, como el baluarte necesario contra la Rusia, y Napoleon olvidando, por un odio inconsiderado y una victoria de un dia, el interés permanente que tiene Francia de conservar en Oriente un contrapeso á la Rusia, proponia locamente al czar sacrificarle el sultan. Un soberano verdaderamente diplomático, como Luis XIV, hubiera seguido precisamente el sistema inverso; hubiérase aprovechado de su ascendiente, de su victoria contra Rusia para exigirle la restitution de los fraccionamientos del imperio otomano, para apuntalar el dique de Oriente contra el desborde moscovita y para resucitar la Polonia. Merced al ciego entusiasmo por su nueva amistad, trató á Turquía como á Polonia, echando dos impe-

rios á los piés de su enemigo de la vispera y de su enemigo del dia siguiente, para entregarle sus amigos naturales de todos tiempos.

La política poco fija de Napoleon, que fué tambien su sistema en la expedicion de Egipto, como lo era en Tilsitt respecto á Turquía, le hizo expiar en 1812 aquella prodigalidad de generosidades ofrecidas á espensas de los turcos á Rusia. Despues lo conoció, en los dias de reveses; mas entónces no veia mas que la vanidad de tratar del mundo moderno con un jóven soberano de la antigua sangre dinástica, como Pompeyo, César y Craso habian destrozado el mundo romano en la isla de Reno. Su diplomacia, completamente accidental y subordinada á su espada en el Cairo, Varsovia, Tilsitt, Madrid, Roma, no tuvo nunca plan sino que fué una exaltacion ó un abajamiento de su fortuna. Nunca combinó el mundo sino que le jugó á las eventualidades de su genio y del campo de batalla. Los historiadores que han querido presentarle con lejanas miras y la profunda sabiduría de un hombre de Estado, han tenido que inventar tantos pretendidos sistemas como caprichos hubo en su destino y en su genio.

Dejemos hablar al historiador del imperio.

XXIX

« Mis compromisos con la Puerta, » dijo Napoleon á Alejandro, « acaban de cesar milagrosamente. Mi aliado y amigo, el sultan Selim, ha sido precipitado del trono en un encierro. Habia creído que se podía hacer algo con los turcos, darles alguna energía, enseñarles á servirse de su natural valor: es una ilusión. Es preciso acabar de una vez con un imperio que no puede subsistir mas tiempo, y evitar que sus despojos vayan á aumentar el poder de Inglaterra. »

Después de haber indicado á Alejandro la Finlandia, como recompensa de la guerra contra Inglaterra, Napoleon le dejó entrever cosas mas brillantes por la parte de Oriente. « Debeis, » dijo Alejandro, « servirme de mediador con Inglaterra, y de mediador armado que impone la paz. Otro tanto haré yo con vos respecto á la Puerta, participándole mi mediación; y si se negase á tratar con las condiciones que deseais, lo cual no sucederá en el estado de anarquía en que ha caído, me uniré á vos contra los

« turcos, del mismo modo que vos os unireis en caso necesario á mí contra los ingleses, y así haremos buenas particiones del imperio otomano. »

El campo de las hipótesis era tan inmenso que la imaginacion de ambos soberanos perdióse en infinitas combinaciones. El principal deseo de la Rusia era conseguir al instante, cualquiera que fuese el resultado de su negociacion con la Puerta, una parte mayor ó menor de la provincia del Danubio, á la cual adhería Napoleon en cambio del concurso que debía prestarle Rusia en los negocios de Occidente. Sin embargo, siendo probable que los turcos no cederían nada, la guerra era consiguiente, y después de la guerra las particiones, pero ¿ qué particiones? La Rusia podía quedarse, además de la Besarabia, con la Moldavia, la Valaquia y la Bulgaria hasta los Balcanes. Napoleon deseaba naturalmente las provincias marítimas, como la Albania, la Tesalia, la Morea y Candia.

Respecto á Austria, la Bosnia y la Servia la contentarian ya sea cediéndoselas en toda propiedad, ya haciendo de ellas la dotacion de un archiduque; así querian consolarla de los trastornos del mundo, en los cuales al paso que siempre perdía algo, sus rivales ganaban mucho.

Figurémonos al jóven czar, humillado la víspera

y viniendo á pedir la paz al campo de Napoleon, sin temor indudablemente por sus propios estados, porque la distancia le salvaba de los deseos del vencedor; pero temiendo perder una parte notable del territorio de su aliado el rey de Prusia, y retirarse sin consideracion de esta guerra; figurémonos al czar trasportado súbitamente á una especie de mundo á la vez imaginario y real, imaginario por la inmensidad, real por la posibilidad, viéndose al dia siguiente de una gran derrota, con esperanzas de conquistar la Finlandia y una parte del imperio turco, y de recojer de una guerra desgraciada mas de lo que ántes se sacaba de una guerra feliz, como si el honor de haber sido vencido por Napoleon equivaliese casi casi á una victoria, y debiese producir sus frutos; figurémonos aquel jóven monarca ávido de gloria, buscándola por todas partes durante siete años, ya en la civilización precóz de su imperio, ya en la creacion de un nuevo equilibrio europeo, y no encontrando mas que inmortales desastres, en fin hallando repentinamente la gloria tan apetecida en un sistema de alianza con su vencedor, alianza que debia ofrecer la dominacion del mundo al lado del gran hombre, que se dignaba dividirla con él, y valer á la Rusia las bellas conquistas prometidas por Catalina á sus sucesores, relegadas luego en el reino de las quimeras, fi-

gurémosnoslo, decimos, pasando tan prontamente del mayor abatimiento á las mas altas esperanzas, y se comprenderá fácilmente su agitacion, su entusiasmo, su repentina amistad hácia Napoleon, amistad que se reveló en seguida por un afecto vehemente, y seguramente sincero, al ménos en aquellos primeros instantes.

« Alejandro que como ya hemos dicho era afable, humano, despejado, pero tan inconstante como su padre, lanzóse bruscamente en la nueva via que acababa de abrirle su hábil seductor. No se separaba una sola vez de Napoleon sin espresar una admiracion sin límites: « ¡Qué grande hombre! » decia continuamente á los que le rodeaban: « ¡qué genio! « ¡qué extension de proyectos! ¡qué gran capitán! « ¡qué hombre de Estado! ¿Porqué no le conoci « ántes? ¡ Cuantas faltas me hubiera evitado! ¡ Cuantas grandes cosas hubiéramos hecho juntos! » Sus ministros, que se le habian unido, y los generales que le rodeaban, conocian la seduccion que le dominaba y no la deploraban, pues deseaban verle salir de un atolladero con ventajas y honor al ménos si habian de juzgar por la satisfaccion que manifestaba...

« La particion posible, probable, del imperio turco era el objeto continuo de las conversaciones. Habíase

discutido, como acaba de verse, un primer proyecto, mas parecia incompleto. Rusia* tenia las orillas del Danubio hasta los Balkanes; Napoleon las provincias marítimas, como la Albania y la Morea. Las provincias interiores, como la Bosnia, la Servia, eran para Austria. La Puerta conservaba la Rume-
lia, es decir el Sur de los Balkanes, Constantinopla, el Asia Menor, Egipto. Asi, segun este proyecto, la llave de los mares, y, en la imaginacion de los hombres, la verdadera capital de Oriente, Constantino-
pla, tantas veces prometida á los descendientes de Pedro el Grande por la opinion universal, opinion formada por las esperanzas de los rusos y los temores de Europa, Constantinopla, quedaba, con Santa Sofia, para los bárbaros del Asia.

Alejandro tocó varias veces tan importante cuestion, y hubiera preferido una particion mas completa que abandonando á Napoleon, además de la Morea, las islas del Archipiélago, Candia, la Siria, Egipto, regalase Constantinopla á los Rusos. Napoleon, que creia haber hecho sino demasiado, por lo ménos bastante, para grangearse la amistad del jóven emperador, no quiso nunca llegar tan léjos. Ceder Constantinopla, no importa á quien, aun euando fuera á un enemigo declarado de Inglaterra, dejar hacer en vida suya á otro, la conquista mas deslumbradora

que podia imaginarse, no debia convenir á Napoleon. Obedeciendo á la tendencia natural de las cosas y para resolver dificultades europeas, en fin, para contar con un poderoso aliado contra Inglaterra, podia permitir al torrente de la ambicion rusa que fuera hasta los piés de los Balkanes, sobre todo deseando apartar dicho torrente del Vistula, mas no queria dejarle pasar aquellas montañas tutelares. No queria que la obra mas brillante de los tiempos modernos fuera consumada por otro, en su propia presencia, al lado suyo. Ambicionaba demasiado la grandeza de la Francia, demasiado ocupar solo la imaginacion del género humano, para consentir tal golpe á su propia gloria.

« No obstante pues, los deseos de seducir á su nuevo amigo, nunca se prestó á otra particion que á separar de la Puerta las provincias del Danubio, mal sujetas al imperio, y la Grecia, demasiado ilustrada ya para sufrir mas tiempo el yugo de los turcos.

« Un dia ambos emperadores, despues de un largo paseo, se encerraron en el despacho, donde habia muchos mapas abiertos. Napoleon, que al parecer continuaba una conversacion muy viva con Alejandro, pidió á M. Menneval un mapa de Turquía, desplególa y poniendo el dedo encima de Constantinopla, exclamó muchas veces, sin importarle que le

oyese su secretario, en el cual tenia sin embargo absoluta confianza : « ¡ Constantinopla, Constantinopla ! ¡ jamás ! ¡ es el imperio del mundo ! »

XXX

Estas palabras, citadas como una explosion de sabiduría en la boca de Napoleon por el historiador, no significaban en realidad mas que el remordimiento contradictorio de un hombre que á la vez concede y niega; porque despues de la cesion de las provincias danubianas, del periplo del mar Negro y del Asia á los rusos; despues de la cesion de la Servia y de la Bosnia al Austria y despues de la invasion de la Grecia, del litoral del Adriático y del Egipto por el imperio francés, ¿ qué era Constantinopla ? Un vano nombre de capital, dejada á un imperio destruido, una Roma del islamismo sin papa.

Nunca causará bastante sorpresa que el historiador que tales líneas ha escrito, y que despues ha sido hombre de Estado, haya querido ejercer contra el sultan Mahmoud la misma expoliacion que Napoleon ofrecia á Alejandro que ejerciese contra Mus-

tafá IV, y que haya armado á Francia y comprometido nuestras flotas para dar á un bajá precario en Siria, en Arabia, en el Nilo, una parte de la herencia de Othman.

Volvamos á Constantinopla.

XXXI

La política de Napoleon en Tilsitt, que al momento conocieron en Constantinopla y Lóndres, volvió á echar á la Turquía en los brazos de Inglaterra y á preparar al gran-señor para las proposiciones de reconciliacion y alianza que el gabinete de Lóndres habia encargado á lord Paget que fuese á hacer á Constantinopla. Naturalmente este diplomático desconfió de Cabatchi-Oghili, cuyas relaciones con Sebastiani sabia, y anudó sus proyectos en el interior mismo del serrallo con un jóven favorito del sultan, emir akhor ó gran palafrenero de Mustafá IV.

El emir akhor convenció no solo á su amo sino al divan, y ya estaba preparado para la firma el tratado con Inglaterra bajo el mas profundo misterio, cuando uno de los griegos, intérprete de la Puerta,

cuyo conocimiento de las lenguas europeas inicia á todas las negociaciones, el príncipe Alejandro Soutzo, le reveló al general Sebastiani.

« Príncipe, » díjole este, « habeis hecho bien en confiaros á la Francia, y pronto os elevará la gratitud del emperador. »

Sebastiani corrió á la Puerta, protestó, indignóse, intimidó al emir akhor, y obtuvo de su terror la ruptura de la negociacion y el apartamiento de lord Paget. Todo se aplazó con Inglaterra, nada se rompió.

XXXII

El emir akhor y el sultan descubrieron al momento al traidor que habia entregado los documentos y traducidos á Sebastiani, y al dia siguiente de haber creído que no perderia su crédito con la Puerta, al paso que conquistaria los favores de la Francia para el porvenir, y cuando sentado el príncipe Soutzo en el palacio del gran visir, en el fondo de la pieza oscura donde los drogmanes del Estado esperan las órdenes de su amo, gozaba de su triunfo

y creíase seguro de la impunidad, una orden del caimakan vino á interrumpir sus planes de ambicion. Corrió á verle, creyendo que se trataba de traducir algun documento diplomático. El reis-effendi, ó ministro de negocios extranjeros hizole una señal para que le siguiese y condújole silenciosamente á presencia del caimakan, el cual sin hablarle, designó á los verdugos, siempre presentes, que se apoderaron de su persona. En vano preguntó cual era su crimen; no se dignaron contestarle. Los verdugos le martirizaron á latigazos y arrastraron pálido y exánime á la plaza de los suplicios del Estado, delante de la puerta grande del serrallo. Cortándole allí la cabeza y colocándola como señal de infamia entre sus piernas, quedó espuesto su cadáver para servir de ejemplo á los traidores y de horror al pueblo. La Puerta confiscó además sus inmensas riquezas, desterró á su familia errante, á quien ni siquiera recogió la piedad de Napoleón.

¡ Justicia pronta y terrible del secreto de Estado, entregado por ambicion á los extranjeros !

Entonces fué cuando el general Sebastiani, disgustado de la política inconsistente que le trazaban de Paris y Tilsitt, y cuyos términos modificaban de dia en dia, escribia sus despachos telegráficos de los cuales extractamos lo siguiente :

« Francia ha abandonado su antigua política en Turquía, puesto que no menciona al imperio otomano en las conferencias ni en el tratado. Poco debe contarse con los griegos, sobrado adictos á Rusia «añadía el embajador;» adulan á Francia para ser príncipes ú hospodares y despues la venden; exceptuo á Soutzo y Callimaki.

« El sultan Selim, dice en otra parte á Napoleon, es bien tratado en su prision por su sobrino Mustafá, que le consulta á menudo sobre los negocios del Estado. Cansado Selim de las vicisitudes y calamidades del imperio, celebra su caída del trono felicitándose mas y mas cada dia por no tener responsabilidad alguna. Tengo correspondencia secreta con este príncipe, á quien el pueblo y los ministros de Mustafá vuelven á estimar mucho y compadecen; por mi parte no manifiesto el interés que Francia le dispensa, porque temo acelerar su muerte si llegan á sospechar la posibilidad de su restauracion. »

LIBRO TRIGÉSIMO SEXTO

I

Merced del intérprete del divan, el indiscreto Soutzo, el general Sebastiani habia vencido; mas el caimakan Taias-Bajá y el mufti se vengaban sordamente de su aparente predileccion á la influencia del embajador. Alejóse pues Sebastiani de una escena que no podia dominar ya y que la muerte reciente de su mujer le hacía odiosa. El serrallo quedó abandonado á sus propias intrigas, el caimakan á su inclinacion hácia Inglaterra. El caimakan Taias-Bajá, luchando en vano por una parte contra la insaciable

« Francia ha abandonado su antigua política en Turquía, puesto que no menciona al imperio otomano en las conferencias ni en el tratado. Poco debe contarse con los griegos, sobrado adictos á Rusia «añadía el embajador;» adulan á Francia para ser príncipes ú hospodares y despues la venden; exceptuo á Soutzo y Callimaki.

« El sultan Selim, dice en otra parte á Napoleon, es bien tratado en su prision por su sobrino Mustafá, que le consulta á menudo sobre los negocios del Estado. Cansado Selim de las vicisitudes y calamidades del imperio, celebra su caída del trono felicitándose mas y mas cada dia por no tener responsabilidad alguna. Tengo correspondencia secreta con este príncipe, á quien el pueblo y los ministros de Mustafá vuelven á estimar mucho y compadecen; por mi parte no manifiesto el interés que Francia le dispensa, porque temo acelerar su muerte si llegan á sospechar la posibilidad de su restauracion. »

LIBRO TRIGÉSIMO SEXTO

I

Merced del intérprete del divan, el indiscreto Soutzo, el general Sebastiani habia vencido; mas el caimakan Taias-Bajá y el mufti se vengaban sordamente de su aparente predileccion á la influencia del embajador. Alejóse pues Sebastiani de una escena que no podia dominar ya y que la muerte reciente de su mujer le hacía odiosa. El serrallo quedó abandonado á sus propias intrigas, el caimakan á su inclinacion hácia Inglaterra. El caimakan Taias-Bajá, luchando en vano por una parte contra la insaciable

avidez de los eunucos, favoritos, grandes oficiales del serrallo y del servicio del sultan, por otra contra la rivalidad del mufti y de Cabatchi-Oghli, unas veces unidos, otras divididos, cedió á las dificultades que le apremiaban, dimitió el poder y retiróse á Rustschuk, cerca de Mustafá-Baraiktar, que miraba de léjos aquel reinado con indignacion y desprecio.

La capital quedó por lo tanto entregada á las intrigas del mufti y bajo el dominio de los yamaks de Cabatchi-Oghli. Al sultan fastidiábale su ociosidad y cansábanle las pompas de sus casas de recreo. El desgraciado Selim, olvidado en las habitaciones de los príncipes destronados y gimiendo por la decadencia del imperio, se consolaba con el amor de alguna sultana del serrallo, y esforzábale en inspirar á su jóven primo Mahmoud, la pasion siempre viva de que estaba poseido por la regeneracion del Oriente.

« Mas feliz que yo, » deciale sin cesar, « tu infancia te preservará del suplicio que espera tarde ó temprano á los príncipes de nuestra raza temidos del que reina. La Providencia nos ha reunido para que la antorcha de la nueva civilizacion, que se ha apagado con mi reinado, se encienda de nuevo con el tuyo. »

Mahmoud, príncipe generoso, que admiraba cada día mas el infortunio y virtudes de su primo, graba-

ba estos consejos en su memoria jurándole continuar su obra, si salia alguna vez de aquella cárcel para subir al trono. Así corrian los meses de su cautiverio.

II

Sin embargo, la paz humillante y forzada que se habia firmado con los rusos, dejaba al ejército del Balkan fijar mas libremente su atencion en las facciones interiores. Las tropas se dislocaban en parte. El gran visir Ibrahim y los ministros de Selim III, que Mustafá IV habia confirmado en sus funciones durante la campaña, continuaban en Andrinópolis en medio del ejército, pero en una situacion ambigua. A la vez nombrados por Selim, y provisionalmente respetados por su sucesor Mustafá, pertenecian á dos reinados, no sabiendo y no atreviéndose á pensar por cual de los dos se inclinaban sus sentimientos; silenciosos, temiéndose unos á otros, sin atreverse á revelar nada, sumisos, por el momento, á los caprichos de la capital y á la constante sedicion de Cabatchi-Oghli.

Tal era la situación verdadera de aquel divan ambulante de Andrinópolis y de los generales que le rodeaban. Para comprenderla bien es preciso recordar que el título de gran visir otorga un carácter de soberanía delegada, tan absoluto y sagrado como la autoridad misma del sultán. También es preciso recordar que el gran visir había llevado al ejército, según costumbre, el estandarte de Mahoma, emblema venerado que reúne al ejército y á la nación con un prestigio divino. La mitad del imperio estaba pues en realidad con Mustafá IV en el serrallo, la otra mitad con el gran visir, el estandarte del Profeta y el ejército en el campo de Andrinópolis, segunda capital de la nación.

III

Respecto á Mustafá-Baraiktar, nombrado recientemente por Selim III, bajá con tres colas, para recompensarle del ejército que había formado y de la posición que había conservado contra los rusos sobre el Danubio, continuaba aislado en Rustschuk. Gemía su corazón por las desgracias de Selim y la humilla-

ción de los Osmanlis bajo una horda de yamaks de Asia, dando ó retirando el imperio; mas su patriotismo le imponía silencio é inmovilidad delante del enemigo pronto á salvar el Danubio. Ninguno suponía que su pensamiento estuviese en Constantinopla, mientras que su mirada parecía observar solamente á los rusos. El disimulo, que es un vicio gratuito en los países de libertad, es una virtud en las comarcas despóticas, y una virtud cualquiera necesita cubrirse de sombras para no revelarse por su esplendor. Sin esta precaución las grandes empresas no serían mas que grandes temeridades. Por eso deben madurar en los últimos pliegues del corazón. Los misterios del serrallo familiarizan á los otomanos con estos misterios de la política. Dicen que Mustafá-Baraiktar no confiaba sus lamentos por la suerte de Selim mas que á la esclava albanesa á quien amaba, y á un eunuco abisinio, guarda de su serrallo. Delante de los demás escuchaba sí, mas no revelaba sus pensamientos profundos, y todos le suponían exclusivamente ocupado de su ejército y de los rusos; los rumores confusos del serrallo eran los únicos que le iniciaban á las noticias públicas.

IV

Hemos dicho que el caimakan Taias-Bajá, expulsado de Constantinopla por el mufti y Cabatchi-Oghli, se habia retirado y como desterrado despues de su destitucion á Rustschuk. El ministro en desgracia, pero codiciando el poder que apénas habia gustado, llegaba con el alma ulcerada por su caida é irritada contra el partido de Constantinopla, contra el mufti Cabatchi-Oghli, en fin, lleno de resentimiento y de desprecio contra el serrallo y el sultan que le habia sacrificado tan facilmente á sus enemigos. Mustafá-Baraiktar escuchó con satisfaccion sus quejas y no se cansaba de oír sus confianzas.

En sus largas conversaciones participó al bajá de Rustschuk todas las circunstancias de la revolucion que habia destronado á Selim III, las intrigas del mufti, las traiciones del primer caimakan, asesino de sus cólegas, el insolente dominio de los yamaks, la servil turbulencia de los comisarios, recibiendo la señal y el ejemplo de aquellos pretorianos de Asia, la diestra y sorda direccion de un fanático consuma-

do, Cabatchi-Oghli. Habia visto á Selim abandonado y relegado en un kiosko interior del serrallo y sido testigo de su resignacion y de sus lágrimas; diariamente temblaba por su vida y por la de Mahmoud. De un momento á otro podia el sultan inmolar á aquellos dos príncipes de la sangre de Othman para asegurar su reinado, quitando todo competidor ó todo sucesor al trono. En el serrallo habia corazones bastante profundos para concebir este horrible crimen, brazos bastante feroces para consumarle. Los cortesanos de Mustafá IV tenian á todas horas en las manos la copa envenenada, la cuerda, el sable. ¿Y no habia perecido así Imael-Bajá, el favorito fiel de Selim, el salvador de los Dardanelos? Donde se detendria la debilidad de Mustafá, la necesidad del mufti de cubrir sus crímenes con otros nuevos, la obstinacion salvaje de Cabatchi-Oghli arrastrando hácia atrás al imperio, es decir, hácia los ulemas, á quien aquel bárbaro ignorante suponía los oráculos del Profeta? Donde se detendria la degradacion del divan de Constantinopla, viéndose obligado á vender el reinado á los extranjeros para comprar algunos días mas de dominio y de rapiñas en el serrallo y en palacio?

V

El bajá de Rustschuk escuchaba todos estos detalles con aparente impasibilidad, prestándoles la atención indispensable para no desanimar á Taias y recoger en sus conversaciones los datos y circunstancias necesarias para combinar sus planes de venganza. Cuando se convenció de la sinceridad de los resentimientos de Taias y tuvo como prenda sus tesoros y vida, franqueóse algo mas y dejóle leer á medias en la sombra de sus designios, resolviendo servirse de aquel hombre de intriga y de arrojo para sondear las cosas, desconcertar á los hombres y guiar sus primeros pasos. No queria aventurar ninguno antes de conocer bien el terreno. Frustrábase su plan, si surgía cualquier traba, á se realizaba antes del dia señalado. Debía dar á sus actos apariencias tan vagas, interpretaciones tan confusas, aspectos tan diversos, que fuera imposible atribuirles una significacion cualquiera. La indecision y la duda debian ser el doble velo de sus proyectos, á fin que todo el mundo viese en ellas una esperanza, sobre todo una duda, y que

cada partido temiese, combatiéndola, oponerse á su propia salvacion.

Hé aqui el plan del bajá de Rustschuk. El instinto de un albanés, inspirado por el reconocimiento, le reveló la política de Monk, sin llevarle hasta las intrigas y degradaciones del corazon.

VI

Mustafá-Baraiktar se dedicó cada dia mas y mas á instruir y disciplinar su pequeño ejército, cuya fuerza total era de diez y seis mil hombres. La experiencia que habia adquirido en sus frecuentes encuentros con los rusos, el orgullo legítimo de sus triunfos y mas que todo su apasionada admiracion por su jefe, le daban otra importancia que la de sus filas; eran las tropas de preferencia de las fronteras.

En Oriente los ejércitos se identifican mucho mas con sus jefes que en Occidente. Los generales hacen las quintas, y por lo tanto el ejército es su propia obra; cada soldado mira á sus jefes como á un amo á quien se consagra de todas maneras. La gloria y la fortuna de un bajá son la fortuna y gloria de cada

combatiente. Allí donde la disciplina y la ley son insignificantes, el hombre representa todo y Mustafá-Baraiktar ocupaba enteramente la imaginación y corazón de sus soldados. Aventureros felices y valientes, veían en él sus victorias y su fortuna. Su nombre tenía en las orillas del Danubio, el valor de un fanatismo, y estaba seguro que le seguirían á todas partes sin pedirle explicaciones sobre sus miras ó proyectos.

Mas ántes de dar el primer paso, queria precederle de un hábil negociador que sembrase, segun las circunstancias y disposiciones del divan y del grande ejército de Andrinópolis, los vagos presentimientos de un gran designio. Necesitaba un hombre consumado en el arte de cambiar las opiniones, en la palabra y la reticencia. La casualidad le proporcionó Begdjy-Effendi, intendente del ejército. Jóven á la vez inteligente y activo, educado en la escuela de ingenieros militares bajo la dirección de Selim III, conservaba en secreto á este príncipe la mas vehementemente fidelidad, y detestaba enérgicamente á los enemigos de la reforma, á los yamaks, á los ulemas y á los genizaros, opresores todos de su amo. El bajá de Rustschuk encargó á Begdjy-Effendi que explorase el ánimo del gran visir Ibrahim, sondease sus disposiciones, prodigase promesas y oro y ajitase el ejército

con disgustos indeterminados, pero sin pronunciar todavía el nombre de Selim. Despues de haber sembrado una agitación sin objeto preciso en el campo, y haberse granjeado el concurso eventual ó cuando ménos la inacción del visir, el negociador tenía orden de marchar á Constantinopla, donde debia buscar con prudencia á los pocos amigos que el terror ó el infortunio no habian separado del sultán, hacerles confiar en una restauración, escuchar sus consejos, estudiar sus combinaciones, y entenderse de antemano, con ellos sobre los medios mas seguros de destruir á los yamaks, echar por tierra á Mustafá IV y restablecer en el trono á Selim.

Con verdadera rapidéz ejecutó el hábil intendente todo lo que habia prometido. Gimió á media voz delante del gran visir sobre la decadencia de la autoridad del divan, la regeneración del ejército y el insolente triunfo de unos pocos asiáticos reinando bajo el nombre de un amo impotente en Constantinopla, y relegando á los piés del Rhodope todo lo mas eminente y respetado que poseia el imperio. El orgullo humillado del gran visir, halagado con semejantes palabras, rompió el sello de toda discreción en sus labios. Antiguo soldado, incapáz de disfrazar mucho tiempo su pensamiento, gimió tambien, murmuró é indignóse con el emisario del bajá de Rustschuk, ex-

halando su ódio contra los yamaks y su desprecio contra la debilidad de un príncipe ávido del trono é incapáz de reinar. Al oír esto, el enviado de Rustschuk no quiso ocultar mas tiempo al gran visir la intencion de Baraiktar de conspirar con él para derrocar al muftí, Cabatchi-Oghli y la faccion que avasallaba el serrallo. Quería, dijo, restaurar sobre sus ruinas la antigua autoridad del gran visir y del divan. No reveló mas; callóse sobre Mustafá y Selim.

VII

Bien sea que el gran visir entendiese á medias, bien que no proyectase en efecto mas que la restauracion del divan y la suya propia, recibió con gratitud las insinuaciones y proposiciones de Mustafá-Baraiktar. Con objeto de activar sus resoluciones, dió á su emisario cartas reservadas para los principales personajes de Constantinopla, á quien suponía opuestos á la faccion reinante.

Seguro del concurso del gran visir por lo ménos hasta los límites de sus confianzas, marchó el effendi á la capital, y habló al muftí y á Cabatchi-Oghli en

los términos mas adecuados para amortiguar sus sospechas respecto á las intenciones de Baraiktar. Prodigales mil regalos en nombre de su amo, aprovechando la confianza que habia inspirado para ver con toda libertad á los hombres mas influyentes del partido de la reforma y anudar con ellos los primeros hilos de una vasta conspiracion.

De vuelta por Andrinópolis, el effendi dió cuenta al gran visir de la parte de la negociacion que podia descubrirse ocultando lo demás y sin pronunciar el nombre de Selim. Quedó convenido que el bajá de Rustschuk iría inmediatamente á Andrinópolis para concertar con el gran visir las medidas ulteriores. Baraiktar estaba autorizado para llevar cuatro mil hombres de lo mas selecto del ejército, á fin de intimidar y contener un número igual de genízaros que estaban allí, para el caso que aquellos fanáticos intentasen sublevar el ejército y resistir al visir.

VIII

En cuanto Mustafá-Baraiktar oyó á su agente, se puso en marcha á la cabeza de sus mejores soldados,

mas queriendo á la vez servir y dominar al gran visir, mandó que le siguiesen, á algunas marchas de distancia, doce mil hombres que componian el resto de su division.

Antes que hubiera corrido la noticia de su viaje en el ejército y divan, llegaba con sus diez y seis mil hombres á las puertas de Andrinópolis. Ignorando los ministros las relaciones secretas del gran visir y del bajá de Rustschuk trataron de huir, tanto mas cuanto que no conocian el objeto de aquel movimiento; pero Baraiktar habia previsto su huida, que hubiera desconcertado sus planes, despojando sus actos de la autoridad del divan, y por lo tanto habia cercado por la noche todas las puertas con piquetes de caballería.

Retrocedieron pues los ministros y Baraiktar no solo los tranquilizó sino que los colmó de regalos, y esponiéndose con mucho arrojo, para salvar su plan, acantonó su division á alguna distancia en los pueblos del valle de Rhodope y entró en Andrinópolis con una pequeña escolta. Era lo mismo que decir al visir y á los ministros: « Fiaros del que se fia de vosotros; vengo en rehenes de mi propia sinceridad. » El divan pasó de la desconfianza al entusiasmo por Baraiktar. Los ánimos tímidos duplican su afecto hácia las personas que comienzan por amenazarlos.

IX

Hubo conferencias secretas entre los ministros y el bajá, y todos convinieron en la necesidad de terminar el largo y vergonzoso interregno de Constantinopla, y de restituir al fin al gran visir y divan en el ejercicio del poder antiguo del cual se veian privados por su ausencia y la del ejército.

« La paz con los rusos, » dijoles el bajá de Rustschuk. « no exige la presencia del ejército en el Danubio ó á los piés del Balkan; no parece sino que el estandarte del Profeta está vergonzosa é inútilmente desterrado de la capital. Marchad primero con vuestras tropas para llevarle á su sagrado depósito en el palacio del sultan, y yo os acompañaré á alguna distancia con mi division para sosteneros en el caso que os cerrasen las puertas de Constantinopla. Entraré casi con vosotros en Stamboul, permaneciendo solo el tiempo necesario para refrenar á los viles yamaks, que son nuestro obstáculo, y consolidar el poder ministerial en vuestras manos. »

X

Contra tan sencillo y enérgico plan no habia objecion posible, mas dependia de un solo hombre que abortase ó fuera la señal de una guerra civil sangrienta, si llegaban á fanatizarse los dos millones de hombres que habitan Constantinopla y las ciudades inmediatas.

El hombre digno por su influencia, genio y audacia de contrabalancear á Baraiktar era Cabatchi-Oghli, el tribuno militar de aquella larga sedicion de un año. Dos consejeros entendidos y astutos de Baraiktar, Ramis-Bajá y Taias-Bajá, que habian venido con su amigo de Rustschuk para secundarle con su experiencia y preservarle de todo lazo, propusieron un plan que cortaba la resistencia de raiz, plan tan feróz como temerario, pero que convenia perfectamente al carácter aventurero y salvaje del albanés y que por lo tanto fué adoptado.

Decidióse que mientras marchaban ambos ejércitos á Constantinopla por las vastas llanuras que conducen de Andrinópolis al mar de Mármara, un destacamento de caballería de unos cien albaneses escogidos iria

rápida y secretamente, marchando especialmente de noche y por la montaña á la izquierda del mar Negro, al castillo de Fanarki, cuya fortaleza construida á orillas del Bósforo, próximo al sitio donde se pierde en el canal de Constantinopla, estaba bajo las órdenes de Cabatchi-Oghli. Desde allí era desde donde este lanzaba sus yamaks, urdia sus tramas, intimaba su voluntad al muftí, al serrallo y á los genizaros. Una casa del pueblecillo de Fanarki, á los piés del castillo, servíale de asilo igualmente que á su familia. Un intrépido albanés, llamado Hadji-Ali, hombre decidido hasta la demencia por el bajá de Rustschúk, se encargó de mandar y dirigir el destacamento, cuyos soldados todos estaban resignados al martirio. El gran visir remitió á Hadji-Ali un firman que le autorizaba á ahogar á Cabatchi-Oghli y á tomar el mando de todos los fuertes y baterías del Bósforo.

XI

Tomadas estas disposiciones y en marcha el destacamento, el ejército comenzó su movimiento sobre

X

Contra tan sencillo y enérgico plan no habia objecion posible, mas dependia de un solo hombre que abortase ó fuera la señal de una guerra civil sangrienta, si llegaban á fanatizarse los dos millones de hombres que habitan Constantinopla y las ciudades inmediatas.

El hombre digno por su influencia, genio y audacia de contrabalancear á Baraiktar era Cabatchi-Oghli, el tribuno militar de aquella larga sedicion de un año. Dos consejeros entendidos y astutos de Baraiktar, Ramis-Bajá y Taias-Bajá, que habian venido con su amigo de Rustschuk para secundarle con su experiencia y preservarle de todo lazo, propusieron un plan que cortaba la resistencia de raiz, plan tan feróz como temerario, pero que convenia perfectamente al carácter aventurero y salvaje del albanés y que por lo tanto fué adoptado.

Decidióse que mientras marchaban ambos ejércitos á Constantinopla por las vastas llanuras que conducen de Andrinópolis al mar de Mármara, un destacamento de caballería de unos cien albaneses escogidos iria

rápida y secretamente, marchando especialmente de noche y por la montaña á la izquierda del mar Negro, al castillo de Fanarki, cuya fortaleza construida á orillas del Bósforo, próximo al sitio donde se pierde en el canal de Constantinopla, estaba bajo las órdenes de Cabatchi-Oghli. Desde allí era desde donde este lanzaba sus yamaks, urdia sus tramas, intimaba su voluntad al muftí, al serrallo y á los genizaros. Una casa del pueblecillo de Fanarki, á los piés del castillo, servíale de asilo igualmente que á su familia. Un intrépido albanés, llamado Hadji-Ali, hombre decidido hasta la demencia por el bajá de Rustschúk, se encargó de mandar y dirigir el destacamento, cuyos soldados todos estaban resignados al martirio. El gran visir remitió á Hadji-Ali un firman que le autorizaba á ahogar á Cabatchi-Oghli y á tomar el mando de todos los fuertes y baterías del Bósforo.

XI

Tomadas estas disposiciones y en marcha el destacamento, el ejército comenzó su movimiento sobre

la capital, si bien ordenó Baraiktar que fuese lento para que Hadji-Alí tuviese tiempo de ejecutar su empresa y que se tranquilisase poco á poco la imaginacion del pueblo, sorprendido por aquella vuelta, que no habia dispuesto el sultan. Calmaba las poblaciones con noticias de paz definitiva firmada con todos los enemigos del imperio, y con la próxima desorganizacion de todos los regimientos. Absortos Constantinopla y el serrallo no sabian qué audacia ó qué obediencia movia aquel ejército sin orden superior, ni se atrevian á averiguarlo, corriendo los días en medio de mil dudas, y afectando el sultan la mayor seguridad sin interrumpir ni sus crueldades ni sus placeres.

Baraiktar esperaba con ansiedad noticias de Hadji-Alí, enviando á cada instante emisarios hácia las montañas que rodean el Bósforo, para cerciorarse del triunfo ó pérdida de su destacamento. Ninguno volvia.

Sin embargo, Hadji-Alí, despues de una marcha de treinta y seis horas por los senderos ménos conocidos del Balkan, y calculando los pasos de su caballería por la carrera del sol, habia llegado sin ser descubierto, á corta distancia del mar, á un pequeño valle que separaba solo una pequeña colina del pueblecillo de Fanarki. Descansaron sus caballos y pre-

parando los soldados sus armas, animó á estos en voz baja comunicándoles la intrépida resolucion que proyectaba. En sus manos estaba la suerte del imperio y todos juraron salvarle ó morir. Hadji-Alí esperó que se cantasen las primeras horas de la noche en los minaretes de Bouyouk-Deré para salvar la colina con sus ginetes. En seguida cae en Fanarki con la rapidez del rayo, rodeando la habitacion donde Cabatchi-Oghli dormia sin desconfianza en su serrallo, y seguido tan solo de cuatro hombres á pié, ocultando todas sus armas bajo las capas, Hadji-Alí llama á la puerta de la casa, y pretextó un pliego muy urgente de Constantinopla.

Apresúranse á abrir el portero los esclavos y algunos yamaks, criados de la casa. Hadji-Alí y sus cuatro soldados se precipitan sobre ellos, átanles piés y manos, tapanles la boca, y los llevan á los soldados que sitiaban la casa; haciendo despues que les indicasen la habitacion de Cabatchi-Oghli, entran sin respetar la santidad inviolable del serrallo, sorprenden á Cabatchi desnudo y sin defensa en medio de sus mujeres y de sus esclavos espantados, y arrancándole de los brazos de aquellas, le arrastran fuera de la casa.

« ¿A donde me llevais? ¿con qué orden? ¿cual es mi crimen? » gritaba en vano el yamak admira-

do. « ¿Quereis mi vida? Déjadme al ménos hacer mis oraciones. »

Mas Hadji-Ali sin conceder á la piedad y á la religion un minuto, que hubiera podido ser mortal para Baraiktar.

« No pienses en rezar, malvado, » dijole, « muere y expia tus crímenes. »

Y sacando su puñal clávale en el pecho de Cabatchi el cual cae y espira en los umbrales de su casa. Córtales Hadji-Ali la cabeza, échala en un saco y entrégala á dos ginetes que montaban caballos del desierto para que la llevasen á Baraiktar lo mas rápidamente posible.

XII

Consumado sin ruido su sangriento mensaje, Hadji-Ali dispersó sus ginetes en las casas del pueblecillo de Fanarki exclusivamente poblado de griegos, y mandó guardar las avenidas para que no llegase el menor rumor de aquel suceso á los fuertes y baterías, donde dormían los yamaks. Quizo esperar el dia para presentarse á aquellas tropas, participar-

les el firman del gran visir, anunciarles el suplicio de su jefe, y, merced á la sorpresa y obediencia, tomar el mando que le habia confiado Baraiktar.

Los yamaks habian dormido en efecto en el castillo sin sospechar el homicidio de su comandante ni la proximidad de la venganza de Selim sobre sus cabezas. Al amanecer acercóse á sus puertas Hadji-Ali y entrando solo en el patio llamó á los oficiales y soldados, declaró su mision, leyó en voz alta el firman de muerte que llevaba y anunció á las tropas que Cabatchi-Oghli habia cesado de vivir, mandándoles al mismo tiempo que le reconociesen como el jefe nombrado por el divan.

La sorpresa, la frecuencia de reveses fulminantes y elevaciones súbitas en Oriente, la costumbre de ver recompensado á un asesino con el puesto de su víctima, la consternacion de unos, el odio de otros contra Cabatchi-Oghli, la voz de algunos oficiales pidiendo perdon con su presurosa obediencia, deciden á los yamaks á someterse á una fatalidad consumada y Hadji-Ali se prepara á tomar sin oposicion aquel importante mando.

Mas cuando todavia vacilaban algunos soldados, la madre, las mujeres legítimas y los hijos de Cabatchi-Oghli, que habitaban el castillo, informados de la muerte de su hijo, de su marido, de su padre, salen

con los ojos anegados en llanto y gritando desesperadamente de la casa donde estaban encerrados. Suelto el cabello, medio desnudas y levantando los brazos al cielo corren las mujeres entre los soldados, cuya compasion imploran y aquellos bárbaros se enternecen viendo en tal congoja á la familia de su comandante inmolido.

Soliman-Aga, tio de Cabatchi y segundo jefe de las baterias, toma entónces la palabra y designando á Hadji-Alí exclama : « ¡ Genizaros ! ¡ pensad bien lo que vais á hacer ! Os engañan, y ese hombre y sus compañeros no son mas que infames asesinos ; el sultan que ayer mismo dispensaba á Cabatchi-Oghli todo su favor, jamás hubiera ordenado la muerte ignominiosa que acaba de sufrir. ¡ Esos instrumentos de la traicion quieren perderos con el imperio ! ¡ Vengüemos al sultan, la religion, nuestras leyes, nuestro jefe, nuestro honor amenazados ! Castiguemos á esos viles asesinos y manifestemos á Baraiktar, como los fieles musulmanes reciben sus órdenes y á los ejecutores de sus crímenes. »

XIII

A estas palabras, á los gritos de las mujeres, á las lágrimas de los niños, que presentan á los yamaks los brazos de sus madres, lanzan los soldados imprecaciones de rabia y corren á las armas. Hadji-Alí, á quien sus ginetes habian ido á buscar, tuvo apenas tiempo para volver su caballo y huir hácia los suyos á Fanarki, donde se barricadó escogiendo las casas vecinas donde habia pasado la noche. Dos veces miles de yamaks, conducidos por Soliman-Aga fueron á darle el asalto y otras dos recházalos su fuego desde lo alto de las casas y detrás de las paredes aspilleras. Diezmados los yamaks por las balas de Hadji-Alí vuelven con torchas y prenden fuego al pueblecillo, secundándoles el viento del Norte, regular y violento, que se levanta al medio dia y sopla del mar Negro. Las casas consumidas iban á servir de tumbas á los ginetes de Baraiktar, mas la desesperacion los aconseja; y en vez de huir hácia las colinas sembradas de árboles que los llevarian al Balkan, hacen una salida, por la parte del Bósforo, contra los ya-

maks, y abriéndose paso á viva fuerza, precipítanse en un vasto patio de piedra, que sirve de fanal á la costa, y cerrando sus puertas se garantizan á la vez de las balas rasas y de las llamas con las espesas bóvedas y murallas de la torre.

Tres dias y tres noches yamaks y genízaros, exaltados por la desesperacion, dirigian los cañones de su batería contra aquellos ochenta valientes encerrados en un grupo de piedras casi en ruinas, en términos de llamar la atencion y turbar el reposo de la capital, donde decíase que los yamaks se batian con una partida de facinerosos que venian del Balkan para saquear los pueblos griegos de la costa é incendiar la misma Constantinopla á fin de llevarse sus riquezas.

El serrallo estaba mejor informado, pero creyendo en un movimiento combinado entre Hadji-Alí y el ejército que debia llegar á sus muros, permanecía inmóvil esperando el resultado para decidirse. Sucedianse los consejos en presencia del sultan, mas privado de su energía por la muerte de Cabatchi-Oghli, llamaba en vano á todos los hombres influyentes de su capital pidiéndoles la resolucion que le faltaba. Todos vacilaban en pronunciarse. ¿Armariáanse los genízaros de la ciudad para luchar con sus hermanos del ejército de Andrinópolis? ¿Combatirian los artilleros

á sus compañeros, de los cuales la mitad venia con el gran visir? ¿Bastaban los yamaks, privados de su alma que era Cabatchi-Oghli, con el populacho y los imanes para resistir á un ejército de treinta mil hombres, mandados por el bajá de Rustschuk, y trayendo el estandarte venerado del Profeta? Resolvióse contemporizar, ó sea dejar venir al secreto del destino; así acumulan la ruina sobre sus cabezas los hombres indecisos.

En cuanto conoció Baraiktar la muerte del jefe de los yamaks, precipitó su marcha, que habia detenido hasta entónces, llevando en su mano la cabeza de aquel jefe. Cuatro dias despues del asesinato en Farnarkí acampaba en el Grande Puente, pueblecillo á cuatro leguas de Constantinopla en actitud silenciosa y amenazadora.

XIV

El gran visir Ibrahim mandó desde allí al sultan al ministro de negocios extranjeros Galib-Effendi, hombre impasible y acostumbrado al disimulo de las córtes. Su mision consistia en anunciar á Mustafá IV

que su ejército y el del bajá de Rustschuk venían únicamente á libertar á su soberano, la capital é imperio de la insolente opresion de un puñado de asiáticos, que deshonraban el nombre otomano; que lejos de pensar en cometer la menor violencia con él ó con su trono, ofrecíanle su sangre para lavar las afrentas con que los yamaks habian manchado su reinado. Suplicábanle que les concediese tres cosas como prenda de reconciliacion; licenciar el cuerpo de yamaks, reemplazar al muftí, órgano de su tiranía, en fin, el perdon del movimiento que habian hecho con el ejército adelantándose á sus órdenes y el olvido de una desobediencia que no era mas que temeraria adhesion á su presunta voluntad.

XV

El sultan, que temía su caida ó su muerte, respiró al escuchar palabras tan respetuosas, presagio de un cambio de gobierno que apenas le interesaba y de un reinado que presidirían otros ministros, apresuróse á licenciar á los yamaks, castigar á sus jefes y reemplazar al muftí. Hadji-Alí salió de su

torre entre los cadáveres de los oficiales que le sitiaban, y el muftí pagó con su tesoro y un lejano destierro, su corto y criminal mando.

El sultan se consagró á adivinar cuales serian los hombres de su gobierno ó de su serrallo cuyo destierro ó confiscaciones agradaria mas á Baraiktar, y se apresuró á sacrificarlos. Al dia siguiente marchó con gran solemnidad al Gran Puente, so pretexto de recibir el estandarte sagrado y colmó de halagos á Baraiktar, en quien veia á su vencedor, y verdadero amo. El bajá de Rustschuk disfrazó por su parte, con un respeto grave y afectado, el pensamiento que acariciaba su corazon y cuya hora de revelar no habia llegado todavía. La revolucion parecia terminada. La sombra sola del ejército del gran visir y de Baraiktar habia desvanecido como el humo la faccion de los enemigos de Selim. El gran visir y el divan volvieron á desempeñar sus destinos en nombre de Mustafá IV, y Baraiktar quedó á la cabeza del ejército, ocupando con las tropas Daoud-Bajá, sitio ordinario de los campamentos, á las puertas de Constantinopla, en el camino de Andrinópolis y de la Rumelia. ®

XVI

Diariamente recibia Baraiktar numerosas visitas de funcionarios y embajadores, que le consideraban como árbitro de la política y de la fortuna, y con la mayor modestia repetía á todos que su obra estaba consumada y que habiéndole concedido Alá librar al sultan del yugo de los yamaks y al pueblo de sus vejámenes, solo restábale volver á su posición del Danubio con su ejército en cuanto descansase este de sus fatigas.

Estas frases tranquilizaban á los amigos del sultan y no desanimaban á los amigos de Selim. Dictábalas á Baraiktar no la perfidia, sino su adhesión y temores por los días de su amo Selim, á quien la menor sospecha del sultan podía inmolar en el fondo del serallo.

Mientras corrían aquellos días de descanso para el ejército y de aparente recreo para Baraiktar, sus aliados y emisarios anudaban uno á uno en la ciudad y hasta en el divan, los hilos de la revolución que meditaba.

Los partidarios y amigos de Selim, el mismo capitán-bajá, nombrado en tiempos de este príncipe, y traidor con Mustafá IV por gratitud, se sondeaban, entendían, concertaban, aseguraban el apoyo del bajá de Rustschuk, agitaban la opinión, sembraban los movimientos, preparaban los corazones y los ánimos á un suceso desconocido, pero favorable á todos. Baraiktar dirigía, por conducto de los eunucos y mujeres, á su soberano cautivo, palabras y esperanzas que penetraban en su destierro, recomendándole que no manifestase confianza ni alegría y que no tomase ningún brevaño mas que de manos de los amigos secretos. Aunque de todo estaban enterados Selim y Mahmoud, aparentaban ignorar todo delante de los esclavos del sultan y vivían en medio de una ansiedad febril, escuchando el menor ruido de la ciudad ó del mar, entre la esperanza que se acercaba y la muerte suspendida sobre sus cabezas.

XVII

Así pasaron cinco días sin que nada revelase al exterior el trabajo que se operaba al interior. Tomadas

por Baraiktar todas las medidas, no esperaba ya mas que una ocasion, la cual se presentó el sexto día.

Los sultanes acostumbran á salir el verano, una ó dos veces por semana y con gran comitiva, bien sea á caballo, escoltados por los principales oficiales del serrallo, bien por mar, en magníficos barcos dorados y á diez y seis remos, á pasar el día en uno de los kioskos rodeados de jardines y regados por bellas fuentes que tienen á orillas del Bósforo, en Europa y Asia. Para probar mejor á su pueblo la completa libertad de su ánimo, Mustafá IV salió temprano de palacio el 28 de julio y embarcóse en uno de sus barcos de ceremonia, atravesando el puente en medio del ruido del cañon que saludaba su paso, y dirigióse con algunas sultanas y favoritos al kiosko apartado de *Cheuk-Song*, en la orilla asiática del canal. Dista unas dos horas de navegacion del serrallo y proponíase volver por la noche.

XVIII

Informado Baraiktar á cada instante por sus espías de los movimientos del sultan, aprovechó aquellas

horas y citó á sus conjurados en Daoud-Bajá uno á uno y por distintas puertas, suplicando al gran visir, de quien desconfiaba, que fuese al campamento, so pretexto de conjurar una inminente sedicion de las tropas. Acudió presuroso el gran visir y Baraiktar, que no le habia descubierto hasta entónces mas que la mitad de su alma, se la enseñó toda entera.

Ibrahim no habia previsto que sus primeros pasos con Baraiktar le arrastrasen á aquella solucion, y así palideció, vaciló, tembló, absorto de hallarse frente por frente de tan terrible resolucion. Prefiriendo Baraiktar inutilizar un instrumento dudoso que verle flaquear despues, indignóse contra la timidez del visir, repróchale su debilidad, su ingratitud respecto á su antiguo amo Selim, arráncale con propias manos y violencia el sello del imperio, señal de su autoridad, y envíale como prisionero á una tienda inmediata á la suya, confiándole á algunos soldados decididos que debian responder de él, muerto ó vivo. Sin perder un momento, mandó tomar las armas al ejército, so pretexto de hacer los honores militares al estandarte del Profeta, y marchó á la cabeza de las tropas de su campamento de Daoud-Bajá hasta la puerta principal del serrallo.

La poblacion de la ciudad y alrededores considerando la marcha del ejército como una entrada pací-

fica y triunfal para rendir los honores debidos á la reliquia de la nacion, cubrió á Baraiktar y á sus tropas de aplausos y flores. Los genizaros, que guardaban las puertas del palacio, se abrieron respetuosamente para dejar pasar el estandarte del Profeta y aprovechándose Baraiktar de su sorpresa, hizo entrar en el primer patio del serrallo una fuerte columna de sus tropas. Era la primera vez que un ejército violaba aquel recinto. Creía el bajá que apoderándose así del palacio, evitaria toda resistencia y toda efusion de sangre, mas tenia que atravesar además dos patios para llegar al palacio.

El general de los bostandjis, cuerpo de unos dos mil hombres, que guarda las habitaciones interiores de palacio, admirado de una audacia cuyas consecuencias comenzaba á temer, cerró precipitadamente las puertas de hierro del segundo patio, donde está el palacio de los icoglans y las habitaciones de los principales oficiales y de las guardias del palacio. Detúvose la columna un instante delante de aquel obstáculo inesperado; mas dejando el bajá de Rustschuk toda reserva y moderacion, mandó á sus zapadores que derribasen las puertas. A los primeros golpes el jefe de los eunucos blancos, que manda aquella parte del serrallo, sacó su cabeza pálida de terror por encima de las almenas de la puerta y pre-

guntó con acento débil y trémulo con qué orden se forzaba el asilo confiado al respeto de todos los musulmanes.

« Abrid la puerta, esclavo, » respondió Baraiktar con atronadora voz, « sino á mí y á mi ejército, al menos al estandarte del Profeta. »

El eunuco bajó para obedecer, mas el comandante de los bostandjis, arrancando las llaves de las débiles manos del esclavo intimidado, respondió al través de la puerta á Baraiktar que no abriria sino por orden del sultan.

« ¡ Del sultan ! » respondió con enojada voz el impaciente Baraiktar; « ¿ y de qué sultan te atreves á hablar? No se trata ya del sultan Mustafá, vil esclavo; de hoy en adelante debes pedir las órdenes al sultan Selim, tu verdadero amo, nuestro emperador y el tuyo. Venimos á arrancarle á sus enemigos, á poner nuestras armas á sus piés y colocarle de nuevo en el trono de sus mayores. »

Y mandó entrar la artillería para echar abajo las puertas.

El ruido de este altercado, la voz atronadora del bajá de Rustschuk, los gritos de los soldados afiliados que le rodeaban y que pedian con furor el sultan Selim, la entrada de la artillería en el primer patio, habian intimidado de tal manera á la numerosa po-

blacion del serrallo, que, no obstante la consigna y esfuerzos del comandante de los bostandjis, las puertas iban á abrirse cuando se presentó el sultan Mustafá.

En cuanto el ejército de Baraiktar comenzó su movimiento hácia la ciudad, corrió un mensajero del serrallo y á fuerza de remos llegó muy pronto al kiosko de campo, donde el sultan saboreaba la frescura y el murmullo del Bósforo. Admirado que el bajá de Rustschuk y el gran visir hubiesen ordenado, sin prevenirle, una ceremonia tan augusta como la vuelta del estandarte del Profeta á su propio palacio, presintió que trataban de aprovechar su ausencia para llevar á cabo alguna atrevida conspiracion. Su terror le sacó de su inercia y tomando el primer barco que pasó por los jardines del kiosko, dirigióse de incógnito y disfrazado á la playa que separa las murallas del serrallo del puerto de Constantinopla. No suponiendo Baraiktar en aquel soberano afeminado tanta presteza y arrojo, no hizo vigilar la parte del mar. Mustafá deja su disfráz al atravesar la puerta de los jardines de su palacio, subió precipitadamente las terradas y escaleras de los kioskos de las sultanas, y presentóse inopinadamente en medio de sus servidores en los momentos en que su cobardía estaba á punto de ceder á las intimaciones de Ba-

raiktar. Su presencia, su gesto y su palabra despertaron la energía de los defensores del serrallo.

Manda al kislar-aga ó jefe de los eunucos negros que subiese al terrado que dominaba la Puerta y que contemporizase algunos instantes con astutas palabras con el bajá de Rustschuk, anunciándole que el sultan Selim, libre de su encierro y revestido del traje imperial, se presentaria inmediatamente para recibir el homenaje de su ejército. El imprevisor Baraiktar creyó en las palabras del kislar-aga, mandó á sus artilleros bajar sus mechas y á sus soldados aguardar respetuosamente la llegada de su verdadero soberano.

XIX

Entretanto el ingrato Mustafá IV, olvidando la vida que debía á Selim, ordenaba en voz baja al kislar-aga y á varios verdugos negros que le acompañaban, que bajasen á la prision de sus sobrinos y se trajesen el cadáver de Selim.

El jefe de los eunucos, con la bestial y ciega obediencia que caracteriza á su raza, marchó sin vacilar

blacion del serrallo, que, no obstante la consigna y esfuerzos del comandante de los bostandjis, las puertas iban á abrirse cuando se presentó el sultan Mustafá.

En cuanto el ejército de Baraiktar comenzó su movimiento hácia la ciudad, corrió un mensajero del serrallo y á fuerza de remos llegó muy pronto al kiosko de campo, donde el sultan saboreaba la frescura y el murmullo del Bósforo. Admirado que el bajá de Rustschuk y el gran visir hubiesen ordenado, sin prevenirle, una ceremonia tan augusta como la vuelta del estandarte del Profeta á su propio palacio, presintió que trataban de aprovechar su ausencia para llevar á cabo alguna atrevida conspiracion. Su terror le sacó de su inercia y tomando el primer barco que pasó por los jardines del kiosko, dirigióse de incógnito y disfrazado á la playa que separa las murallas del serrallo del puerto de Constantinopla. No suponiendo Baraiktar en aquel soberano afeminado tanta presteza y arrojo, no hizo vigilar la parte del mar. Mustafá deja su disfráz al atravesar la puerta de los jardines de su palacio, subió precipitadamente las terradas y escaleras de los kioskos de las sultanas, y presentóse inopinadamente en medio de sus servidores en los momentos en que su cobardía estaba á punto de ceder á las intimaciones de Ba-

raiktar. Su presencia, su gesto y su palabra despertaron la energía de los defensores del serrallo.

Manda al kislar-aga ó jefe de los eunucos negros que subiese al terrado que dominaba la Puerta y que contemporizase algunos instantes con astutas palabras con el bajá de Rustschuk, anunciándole que el sultan Selim, libre de su encierro y revestido del traje imperial, se presentaria inmediatamente para recibir el homenaje de su ejército. El imprevisor Baraiktar creyó en las palabras del kislar-aga, mandó á sus artilleros bajar sus mechas y á sus soldados aguardar respetuosamente la llegada de su verdadero soberano.

XIX

Entretanto el ingrato Mustafá IV, olvidando la vida que debía á Selim, ordenaba en voz baja al kislar-aga y á varios verdugos negros que le acompañaban, que bajasen á la prision de sus sobrinos y se trajesen el cadáver de Selim.

El jefe de los eunucos, con la bestial y ciega obediencia que caracteriza á su raza, marchó sin vacilar

á la cabeza de ocho ó diez ejecutores á las puertas del kiosko de los príncipes cautivos. Separados del sitio del tumulto por dos patios, el palacio y un jardín del serrallo, ignoraban los sucesos de aquel día. Ni los mismos clamores del ejército habian turbado el silencio de aquella parte del recinto y así es que sus esclavos abrieron sin recelo al kishlar-aga. El gefe de los verdugos encontró al sultan Selim de rodillas encima de su alfombra y diciendo las oraciones de los musulmanes al medio día. Al considerar el aspecto del kishlar-aga y de los eunucos conoció que traian su muerte, la cual esperaba y á la cual se habia resignado desde el momento en que habia bajado del trono. No dirigió á sus verdugos la menor queja ni grito de compasion, ni tampoco murmuró contra el cielo, y solo pidió que le dejaran acabar sus oraciones, para que subiera su alma mas tranquila y mas santificada á su criador.

Mas el jefe de los eunucos, impaciente por librar á Mustafá del único competidor que podia disputarle el trono, negó ferózmente aquel último minuto de tiempo á su antiguo amo, y mandó á los verdugos que le ahogasen. Precipítanse estos sobre el príncipe y tiéndenle bajo sus rodillas en la alfombra; pero Selim mas indignado por la negativa del kishlar-aga é impaciencia de sus asesinos que por la misma

muerte, les disputó su vida con la mayor energía. Dotado de todo el vigor de su raza, que habia robustecido los ejercicios militares de su infancia y que redoblaba entónces la desesperación, levántase de debajo las piernas y brazos de sus verdugos, tiende tres por el suelo y luchaba fuertemente con los demás, cuando el kishlar-aga viendo la lucha indecisa, precipítase sobre él y tambien queda tendido á sus piés; mas levantándose aquel negro feróz cójele por el cuello y hácele desmayarse de dolor y caer al suelo sin conocimiento. Aprovechan este momento los verdugos, apresuráanse á apretar el fatal lazo y Selim espira sin haber sentido una segunda vez la muerte.

El kishlar-aga y los verdugos le llevaron en seguida y tendieron á los piés de Mustafá IV, en el divan, donde el príncipe esperaba con impaciencia el cuerpo de su victima. Manifestó gozar, al contemplarle, de la seguridad del trono, y volviéndose para dirigirse al serrallo, dijo con desden á sus servidores:

« Abrid ahora las puertas y entregad á Mustafá-
« Baraiktar el amo y soberano que pide. »

Los eunucos abren la puerta y Baraiktar se precipita el primero para echarse á los piés de Selim... Mas tropezando con su cadáver tendido en la entrada retrocede de horror y levanta los ojos al cielo :

« ¡Desgraciado! ¡qué he hecho! » exclamó. « ¡Oh amo mio! queria restableceros en el trono de vuestros antepasados y mi fidelidad no ha hecho mas que precipitar vuestra muerte. ¡Cómo ha podido el cielo reservar esta suerte á tantas virtudes! »

Al acabar estas palabras, arrodillase delante del cadáver de Selim, abrázale, bésale piés y manos, cubre su cara de lágrimas y solloza como un tierno niño. Sus soldados consternados y silenciosos se apartan de horror y mezclan sus lágrimas con las de su general.

XXI

Aquellas lágrimas eran un peligro, pues consumian el tiempo que los partidarios de Mustafá IV po-

dian aprovechar para consolidar el respeto por la necesidad de conservar aquella última gota de sangre otomana. Desalentado Baraiktar ni siquiera sabia si era preciso continuar su obra, puesto que su idolatrado príncipe, por quien tanto y tanto habia hecho, yacia exánime á sus piés, y pareciale inútil consumir una revolucion, que no tenia ya mas interés que su propia seguridad y la de sus cómplices. ¿Qué podia importarle, despues de la muerte de Selim, el príncipe envilecido ó desconocido que ocupase el trono? La amistad, no la ambicion era la única que habia arrastrado á Baraiktar á tamaños sacrificios. Hubiera dado, para reanimar á Selim, toda la sangre que habia expuesto para coronarle de nuevo.

Tales eran los tétricos pensamientos del bajá de Rustschuk mientras que contemplaba, con la cabeza inclinada y los brazos caidos el velo amarillo que cubria el rostro de su príncipe. Baraiktar pareció envidiar aquella mortaja y pedia al Profeta ser enterrado á sus piés.

XXII

El capitán-bajá ó gran almirante Saíd, que hemos citado como uno de los cómplices secretos de Baraiktar, ménos enternecido que él por ser su afecto hácia Selim ménos vehemente, notaba la frialdad hostil de las tropas inactivas, y temiendo la venganza pronta é inevitable de Mustafá IV, despues de haber dejado correr un tanto las lágrimas del general, cójele por el brazo y sacudiéndole fuertemente como para arrancarle á su ensueño, díjole al oído :

« ¡ Cómo ! ¡ el bajá de Rustschuk llorando como una mujer ! ¡ Venganza y no lágrimas es lo que es-
« pera en estos momentos de nosotros el sultan Se-
« lim ! ¡ Castiguémos á sus asesinos ! y sobre todo no
« demos al sanguinario Mustafá, que no ha cejado
« ante la muerte de su bienhechor y primo, el tiempo
« de consumir su crimen ahogando á su hermano
« menor Mahmoud. »

XXIII

Como si la voz del capitán-bajá le despertase, levantó Baraiktar la cabeza, enjuga sus lágrimas, recobra su fisonomía, sus maneras, su voz estentórea de general en jefe y de jefe de partido.

Vuélvese hácia los soldados y la multitud de servidores de palacio, de los icoglanes, pajes y funcionarios que rodeaban la alfombra mortuoria de Selim y exclamó :

« Prended á Mustafá, proclamemos en su lugar á
« su hermano, el jóven é inocente Mahmoud, el ami-
« go y discípulo de Selim, que respira todavía y mue-
« ran á manos de los verdugos los asesinos de su amo
« y los que han aconsejado su muerte ! »

A esta órden soldados, oficiales del serrallo y espectadores, confundidos en una misma ansiedad, precipítanse unos en el palacio para apoderarse del sultan Mustafá IV, abandonado de los suyos y refugiado en los brazos de sus mujeres, otros al través de los jardines ó kioscos de los principes encarcelados, para salvar y coronar á Mahmoud II.

Una larga y cruel incertidumbre, que revelaba un doloroso silencio, agitaba en aquel momento la multitud y ejército, esperando ansiosos la presencia de otro amo.

Ninguno encontraba á Mahmoud; los rumores mas siniestros corrían de boca en boca; suponíase que los verdugos, que habían asesinado á Selim, habían sacrificado al mismo tiempo al jóven príncipe para consolidar así á su hermano Mustafá. Los esclavos que huían del kiosko no podían dar la menor noticia sobre su suerte, y los soldados que penetraban en las habitaciones temían á cada paso encontrar un cadáver mas.

Ni estos crímenes ni estos terrores eran fundados.

Cuando el kishlar-aga y los eunucos negros entraron en aquella parte del serrallo para ejecutar las órdenes de Mustafá IV, todos los servidores del jóven príncipe presintiendo la suerte que le amenazaba, se habían precipitado, puñal en mano, sobre los eunucos y disputándoles la entrada del corredor que conducía á las habitaciones interiores del niño. Ocupados muy luego los eunucos en luchar con Selim, habían cedido, ya sea por impotencia ya sea por compasión, y Mahmoud al ruido y gritos del combate prolongado entre Selim y sus asesinos, había tenido tiempo de huir á los sitios mas sombríos del palacio.

Un jóven esclavo, de su misma edad, envolvióle allí en una alfombra y metiendo esta en dos ruedas de esteras, salió fuera de palacio temiendo que su presencia revelase el punto donde su amo estaba escondido.

Mahmoud oía perfectamente los últimos gemidos de su primo y amigo Selim, el tumulto de los patios y jardines, el ruido de las armas, los clamores confusos que resonaban en las calles de cipreses. Informado por Selim de los proyectos de restauracion meditados por Barailkar, seguro de una resolucion y de un combate bajo aquellas murallas, inseguro del éxito, no pudiendo distinguir en medio de las confusas voces, que hasta él llegaban, el grito y nombre que la victoria ó la pérdida pronunciaba, gemía en la agonía y la esperanza, llorando á su amigo y resignando su propia suerte á la fatalidad. Ignórase si le salvó el misterio de su retiro ó la piedad de Mustafá IV.

XXIV

El esclavo que le había escondido, y mezcládose en seguida á la multitud, al saber la deposicion del

sultán y la proclamación de Mahmoud II, corrió á sacarle de las alfombras y saludar á su emperador en el amigo y niño que acababa de salvar. La multitud ébria de gozo le conduce delante de Baraitkar, y precipitándose este de rodillas al verle besó la punta de su pelliza y simula poner su cabeza bajo el pié del jóven soberano:

« Amo y señor, » dícele; « ¡ un crimen execrable
« acaba de privar al imperio de su legitimo soberano,
« el sultán Selim! ¡ Fué vuestro padre adoptivo y vos
« fuisteis su discípulo y amigo; sus principios y vir-
« tudes reviven en vos; vivid para defender la reli-
« gion del Profeta; vivid para devolver su fuerza y
« gloria á los Osmanlis! »

Cien mil hombres en los patios y jardines del ser-rallo y algunos instantes despues un millon de voces en el mar y en la ciudad repiten la aclamación de Baraitkar á Mahmoud II. Postrado el bajá de Rustschuk á la vez de dolor, respeto y alegría, no se levantó hasta que el jóven príncipe se lo mandó varias veces, proclamándole por su parte vengador de Selim, su salvador y gran visir del imperio.

Así terminó aquella revolución, la mas trágica y patética de todas las que han cambiado los destinos del imperio, quizá la única en que los sentimientos del corazón humano tuvieron mas parte que las opi-

niones, ambiciones y la política. Fué el augurio de la decadencia de aquel cuerpo funesto para el reposo y honor de los Osmanlis, de la emancipación de los soberanos avasallados hasta entónces por las turbulencias de aquella aristocracia de la plebe, y del triunfo definitivo del órden y de la civilizaci6n en Oriente.

XXV

El nombre de Baraitkar entusiasmó el corazón é imaginación del pueblo y todo se inclinó y tembló en su presencia; ningun gran visir tuvo á la vez en sus manos mas ascendiente sobre un amo jóven y reconocido como Mahmoud II, ni mas fanatismo en su ejército, mas autoridad en el diván y en la capital. Ninguna rivalidad podia levantarse á su lado; no podia temer mas que el exceso de su poder y la fascinación de su grandeza.

Comenzó por vengar á Selim III, pues la venganza que las razas salvajes confunden siempre con la justicia, es la primera sed de sus corazones. Los vencedores no creen ser justos hasta despues de haber castigado. En un mismo dia treinta y tres cabezas de

los enemigos de Selim cayeron bajo la hacha de los verdugos y fueron espuestas como expiacion delante de la puerta del serrallo. Los hombres que contemplaban de cerca aquellas súbitas oscilaciones de la muerte que caía sobre los mismos que acababan de matar, distinguieron entre las víctimas al feróz jefe de los eunucos negros, al kïslar-aga que había martirizado y entregado á Selim desmayado á sus verdugos; á su lado estaba el emir Akhor ó caballerizo favorito y consejero de Mustafá IV; en fin, el valiente y fiel comandante de los bostandjis, que había cerrado en frente de todo un ejército, las puertas del palacio que le estaban confiadas.

Respetando los Osmanlis la dignidad turca en medio del crimen y el suplicio, habían colocado la cabeza del jefe de los eunucos negros en una bandeja de plata, á causa de su alta categoría en el serrallo. Fueron precipitados en el Bósforo todos los jefes de los yamaks que no habían escapado huyendo á la justicia de Baraiktar, y Hadji-Ali vino á recibir la recompensa de su grande adhesion. La venganza acusó de complicidad hasta al corazon de las mujeres, de las favoritas, de las esclavas privilegiadas del serrallo de Mustafá IV, y las que fueron denunciadas como habiendo celebrado la muerte de Selim, bien por complacencia, bien por amor, bien por crueldad,

fueron entregadas á los verdugos, cosidas en sacos y arrojadas al mar, bajo los muros del serrallo. Algunos días despues las dejaron las olas en las orillas de aquellos jardines, donde merced á su hermosura y al favor del sultan, habían reinado algunos meses. Unas veinte de aquellas víctimas fueron inmoladas á la pasion del bajá de Rustschuk hácia su amo, que la muerte le había arrebatado; el poder supremo no le halagaba sin Selim y tan solo gozaba del derecho de vengarle.

Hízole funerales dignos del soberano de sesenta millones de hombres, y no solo corrieron las lágrimas de Mahmoud II y de Baraiktar sino que un inmenso sollozo se levantó todo el dia de los barrios de Constantinopla y del mar cubierto de navíos y barcos de luto. Selim III era adorado en secreto de todos los que ven en la bondad la emanacion mas pura de la divinidad de un príncipe. Los genizaros le detestaban solamente por considerarle como libertador del pueblo, á quien su secta queria avasallar siempre. Su elogio era el objeto de todas las conversaciones y narradores públicos, diseminados cerca de las fuentes, en los cafés, en los patios de las mezquitas; contaban al público conmovido, á las mujeres y niños las circunstancias interesantes de su deposicion, de su encarcelamiento, de su amistad hácia el jóven Mah-

moud, de su lucha en la prision, de sus rezos, de su suplicio y de su muerte. Véase en aquellas relaciones su cadáver arrojado como una irrisión al ejército y las lágrimas de Baraitkar. Ningun soberano tuvo mayor acompañamiento de lágrimas, sin mas provocacion que la piedad, en derredor de su tumba. Sin embargo, aquel mismo pueblo habia abandonado trece meses ántes al jóven soberano á la sedicion de un puñado de asiáticos, á la opresion de los genízaros, á la venganza de los ulemas; mas la mano de Baraiktar habia roto el sello de la discrecion y de la timidez, y el amor surgia con las lágrimas.

Hemos dicho que Selim III habia tenido bastantes relaciones con el último rey á quien la revolucion francesa encargó de operar los grandes cambios que su época exigia, castigando despues su obediencia precipitándole del trono en el cadalso. Tuvo toda la audacia de Pedro el Grande sin la feróz obstinacion que la mancha de sangre al consumarla. Todo reformador debe ser pontifice ó soldado. Selim no era ni uno ni otro. Piadoso sin fanatismo, valiente sin arrojito, hombre de consejo, no de ejecucion, prefiriendo deliberar con los sabios de su imperio y confiando luego á sus instrumentos el cumplimiento de sus proyectos, la naturaleza no le habia creado para luchar de muerte con una soldadesca organizada y ti-

ránica como la de los genízaros; conocia su opresion y quiso destruirla; amenazó pero no castigó mas que á medias. Su moderacion estimuló á los insolentes, sucumbiendo á la vez él y su imperio.

Tal fué Selim: uno de esos principes á quien llora el pueblo mas que halaga, una de esas víctimas coronadas de pésames que se esponen despues de su muerte al pié de los tronos, para enseñar á sus sucesores la imitacion de sus virtudes y el ejemplo de su caida, hombres á quienes no dispensamos nuestra admiracion sino mezclándola con piedad.

XXVI

Algunos dias despues de los funerales de Selim III, Baraiktar hizo coronar á Mahmoud II. La investidura de la soberanía entre los turcos no es mas que la marcha solemne del sultan desde su palacio hasta la mezquita de Aioub, para ceñir allí el sable de Mahoma. En una nacion de militares y conquistadores, la diadema no está en la frente, sino en la mano. El puño de la espada hé aquí el cetro de los hijos de Othman.

El interés mas tierno rodeaba á aquel adolescente

que salía apénas del cautiverio para subir al trono, sobre las ruinas de la fortuna de su hermano y pasando por encima del cuerpo de su amigo. La hermosura de Mahmoud II añadia un prestigio mas á su título. Jamás habian visto los turcos en la frente de su soberano mas presagios de una inmensa felicidad ni mas promesas de delicias y de fuerza. El sultan no tenia todavia diez y seis años; su cuerpo, de mediana estatura pero flexible y fuerte, tenia la agilidad nerviosa que la muelle reclusion del serrallo da con demasiada frecuencia á los orientales. Su turbante ocultaba cabellos castaños que revelaban una madre circasiana. Su barba no oscurecia aun el cútis de hermoso blanco y de color animado que el serrallo no habia ni destruido ni arrugado. Sus cejas algo altas, como la arrogancia de su raza, formaba el arco de Othman sobre sus ojos. Un fuego dulce, pero movido y penetrante se desprendia de sus miradas y apesar de sus labios algo cerrados su sonrisa tenia una graciosa superioridad.

Realzaba su fisonomía una nube de tristeza que sin duda le recordaba su cárcel llevando su meditacion á lejanas cosas. Tenia anchas espaldas, sus brazos se desprendian naturalmente, sus piernas un tanto arqueadas por el caballo y por la postura de los musulmanes en el divan eran cortas y ágiles.

Manejaba con destreza el corcel turcomano cuyas crines trenzadas con perlas y cuya cola teñida de rosa, acariciaban las piernas. Así le describia uno de los icoglanes, que me trasmilia en 1834 el recuerdo de aquel primer dia de su reinado; así le contemplé yo despues, con la espresion del genio laborioso, enfermizo, pero perseverante en las facciones.

XXVII

Baraiktar patrocinaba la juventud de Mahmoud y parecia proteger su reinado con una selva de sables. Por la vez primera osaba un gran visir mezclar el aspecto de las armas á las pompas civiles y religiosas de la coronacion del soberano. Los mismos genizaros no llevaron aun mas que un baston blanco en la mano, á fin de manifestar al imperio que el trono deriva del derecho, de la herencia, no de la fuerza.

Mas el bajá de Rustschuk, ya sea por temor de una sublevacion de los partidarios de Mustafá IV, ya sea por reconocimiento á los soldados que habian purgado y rehabilitado el trono, ya por costumbre del

guerrero que no ve nada mas esplendido que las armas, violó la etiqueta de Oriente. Hizo que le precediesen y siguiesen trescientos de sus ginetes albaneses armados de fusiles, sables y puñales, y con pistola en mano. Los rumores de los genizaros y del pueblo probaron el descontento que aquella innovacion escitaba sordamente en los corazones. Murmurábase contra la afectacion de la predominancia de los albaneses, compatriotas de Baraiktar sobre las demás tropas y contra la falta de respeto al sultan. Los enemigos tímidos aun de la revolucion decian que obrar así era el mayor desprecio de un aventurero albanés hácia el pueblo, y la mayor provocacion para su jóven soberano.

XXVIII

El gran visir formó su ministerio enteramente á su gusto. Todos creian que reuniria los principales cómplices y los instrumentos mas hábiles y activos de los últimos sucesos, Taias-Bajá, el antiguo kaimakan de Mustafá, refugiado en Rustschuk, y cuyo resentimiento habia instruido la venganza de Baraikt-

tar, Sayd, el capitan-bajá, traidor con su último amo para restituir el imperio al primero, mas no sucedió así.

Ya sea que Baraiktar temiese los talentos de aquellos hombres vendidos á dos reinados, ya que despues de haberse servido de ellos para consumir su obra quisiera castigarlos por no haber permanecido siempre fieles á Selim III, Taias-Bajá fué ejecutado como recompensa de sus inspiraciones y servicios. Su cabeza, cortada por los verdugos, ocupó en las murallas del serrallo el lugar de la cabeza del eunuco negro. El capitan-bajá fué desterrado á una de las rocas del Archipiélago. Ramis-Bajá y Begdjy-Effendi fueron los únicos confidentes é instrumentos de Baraiktar que compartieron su fortuna. Ramis fué nombrado gran almirante en reemplazo de Sayd. El arrojado y diestro Begdjy-Effendi fué elevado á la categoria de ministro. Respecto al gran visir, á quien prendió durante la conspiracion, Baraiktar despreciaba bastante su simplicidad para dejarle la vida y sus bienes, y sin cólera ni reconvenccion permitió volver á la oscuridad, de donde la casualidad de una revolucion le habia sacado, á aquel hombre leal pero débil que no habia sabido mas que obedecer gimiendo al doble impulso de dos amos.

guerrero que no ve nada mas esplendido que las armas, violó la etiqueta de Oriente. Hizo que le precediesen y siguiesen trescientos de sus ginetes albaneses armados de fusiles, sables y puñales, y con pistola en mano. Los rumores de los genizaros y del pueblo probaron el descontento que aquella innovacion escitaba sordamente en los corazones. Murmurábase contra la afectacion de la predominancia de los albaneses, compatriotas de Baraiktar sobre las demás tropas y contra la falta de respeto al sultan. Los enemigos tímidos aun de la revolucion decian que obrar así era el mayor desprecio de un aventurero albanés hácia el pueblo, y la mayor provocacion para su jóven soberano.

XXVIII

El gran visir formó su ministerio enteramente á su gusto. Todos creian que reuniria los principales cómplices y los instrumentos mas hábiles y activos de los últimos sucesos, Taias-Bajá, el antiguo kaimakan de Mustafá, refugiado en Rustschuk, y cuyo resentimiento habia instruido la venganza de Baraik-

tar, Sayd, el capitan-bajá, traidor con su último amo para restituir el imperio al primero, mas no sucedió así.

Ya sea que Baraiktar temiese los talentos de aquellos hombres vendidos á dos reinados, ya que despues de haberse servido de ellos para consumir su obra quisiera castigarlos por no haber permanecido siempre fieles á Selim III, Taias-Bajá fué ejecutado como recompensa de sus inspiraciones y servicios. Su cabeza, cortada por los verdugos, ocupó en las murallas del serrallo el lugar de la cabeza del eunuco negro. El capitan-bajá fué desterrado á una de las rocas del Archipiélago. Ramis-Bajá y Begdjy-Effendi fueron los únicos confidentes é instrumentos de Baraiktar que compartieron su fortuna. Ramis fué nombrado gran almirante en reemplazo de Sayd. El arrojado y diestro Begdjy-Effendi fué elevado á la categoria de ministro. Respecto al gran visir, á quien prendió durante la conspiracion, Baraiktar despreciaba bastante su simplicidad para dejarle la vida y sus bienes, y sin cólera ni reconvenccion permitió volver á la oscuridad, de donde la casualidad de una revolucion le habia sacado, á aquel hombre leal pero débil que no habia sabido mas que obedecer gimiendo al doble impulso de dos amos.

XXIX

La principal obra de Baraiktar para consolidar su poder y la independencia del trono era la reforma ó extincion de los genizaros. De otro modo su posicion no era mas que un golpe de mano proyectado y el sultan una especie de juguete hoy adorado y mañana detestado de la soldadesca. Confió pues su plan al sultan que por su parte estaba penetrado de la necesidad de aquella reforma por las tres catástrofes de las cuales habia sido víctima su infancia y mucho mas por los datos y lecciones de Selim III. Ramis-Bajá y Begdjy-Effendi compartian el odio y desprecio de Baraiktar y de los hombres ilustrados contra aquel cuerpo. No bastaba haber reformado á los yamaks, era preciso dominar á los genizaros. Intimidados un momento por la muerte de Cabatchi-Oghli y el ascendiente de Baraiktar y de sus albaneses, aquellos turbulentos pretorianos no tardaron en agitarse é imponerse al divan.

Mas decidir á aquella raza orgullosa y perezosa, árbitra de las ciudades y de los cuarteles, á reformar-

se ella misma y someterse á los duros ejercicios de los campos, á la severidad de la disciplina, era empresa superior á las fuerzas de un gobierno. La única manera de reformarlos era destruirlos ó contrabalancearlos con cuerpos regulares y disciplinados, armados y organizados segun el modelo de las tropas europeas. El espíritu de cuerpo y la rivalidad que existiria entre las antiguas y nuevas milicias seria para el sultan inteligente, perseverante é intrépido, el apoyo de sus reformas y el objeto de su independencia. Baraiktar y sus dos cólegas concibieron en lonjananza este plan de independencia de la soberanía y de la nacion, convenciendo en esta parte tanto á Mahmoud II, que puede decirse que la extincion premeditada de los genizaros, ejecutada con un heroismo de resolucion antigua por este principe, fué la obra exclusiva del bajá de Rustschuk.

Era necesario interesar en esta empresa al imperio entero, y en especial á las provincias que con tanta frecuencia saqueaban y humillaban los genizaros, pues solo la manifestacion unánime del espíritu nacional podia sorprender y comprimir las resistencias de las ciudades grandes donde los genizaros reinaban sin rivales.

XXX

Con tal fin convocó Baraiktar, por un katti-scherif del sultan, á los personajes notables de todas las provincias del imperio, imitando á Luis XIV cuando quiso, con la fuerza de la opinion general de su imperio espresada en una asamblea, imponer á los privilegiados y aristócratas y corregir los abusos inveterados de los siglos. Aunque el despotismo exista en la cima del Estado en Turquía y reine tambien por delegacion entre los bajás en las extremidades, sin embargo las autoridades municipales, las paternas de los scheiks en las tribus, las hereditarias y feudales de ciertas grandes familias en sus provincias y dominios hacen del Estado una multitud de centros de accion, independientes unos de otros y dependientes tan solo del mismo Estado. La conquista ha sometido mas no destruido esas magistraturas populares, electivas, feudales, que existen bajo diversos nombres en la universalidad de ese vasto imperio. El observador ó historiador que medita bien la Turquía ve que es una federacion de elementos diversos

é incoherentes, sometida al serrallo por la omnipotente mano que empuña el sable imperial.

Así pues la opinion pública, en materia de administracion y gobierno, se compone del consentimiento público ó tácito de esa variedad de poderes, hereditarios, paternas ó feudales que gobiernan las poblaciones bajo la voluntad superior é irresistible del sultan, y como para este es mas fácil y tradicional gobernarlas con sus poderes propios y hábitos, jamás ha pensado reemplazarlos con funcionarios directos. Contentos los sultanes con ser obedecidos en la persona de sus visires, bajás, seraskiers y gobernadores de provincias, con recibir las contribuciones, reclutar lo scontingentes de tropas para la guerra, de marineros para la flota, se sirven de los instrumentos naturalmente creados por las costumbres y que el tiempo, los pueblos y las razas les ofrecen para gobernar. Una representacion general de todas esas razas, provincias, tribus, familias revestidas de autoridad sobre sus diferentes grupos de poblacion en el imperio, debía imprimir naturalmente un inmenso carácter de autoridad, de voluntad general y de consentimiento nacional, á las reformas para las cuales iba el sultan á consultarles. Sus órdenes llevarian á la capital y á los genizaros todo el peso del país entero.

Este bello pensamiento de Baraiktar consoló á los

hombres ilustrados y deslumbró á los ignorantes, pero escandalizó á los ulemas y sacerdotes, produciendo en el alma de los genizaros y de sus partidarios un terror que no se atrevían á espesar aun. En efecto, la popularidad del jóven sultan, el nombre de Baraiktar y la presencia de su ejército de diez y seis mil albaneses aguerridos, acampados en las puertas de Constantinopla, comprimian hasta la murmuracion en los corazones.

XXXI

De todos los puntos mas apartados del imperio corrieron á Constantinopla ó enviaron sus agentes ó comisionados los jefes de las ciudades, los ayams (especies de alcaldes) los scheiks de las tribus, los representantes de las grandes familias reales de las provincias y del Asia Menor, de la Anatolia, de la Rumania, de las islas, los gobernadores y bajas secundarios. Estaban vestidos y armados cada uno segun las costumbres inmemoriales de su raza ó de su comarca, siguiéndoles una comitiva imponente de infantería ó caballería proporcionada á su riqueza, po-

der ó lujo. A cada instante entraban por las puertas de la capital caravanas resplandecientes de oro, plata, pedrerías, armas originales, turbantes de todas formas y colores, abriendo sus tiendas en las plazas ó al rededor de la ciudad. Parecia el campamento de una cruzada de todas las familias de Oriente pronta á marchar contra el Occidente.

XXXII

Distinguianse entre la multitud de notables del imperio, ya por el número y lujo de su comitiva, ya por sus magníficos caballos, ya por sus hermosos equipos los beglerbegs de Asia y Europa y los grandes feudatarios de Caramania, los jefes é hijos de las familias soberanas de Caraman-Oghli y de Teliapan-Oghli, familias que levantan cada una verdaderos ejércitos en sus montañas y valles del Tauro. Acompañábanles algunos cuerpos de caballería. Baraiktar que meditaba verdaderas medidas extraordinarias despues de las deliberaciones y consejos, habia enviado un confidente á Cadi-Baja, el antiguo defensor

de las reformas militares de Selim, el cual habia conservado no solo el gobierno del Asia Menor sino un cuerpo independiente de genizaros, organizado é instruido con arreglo á la táctica nueva. Llevaba la órden secreta de que marchase Cadi-Bajá á la puerta de Scutari, en frente del serrallo, con tres mil soldados elegidos, so pretexto de tributar los honores militares al nuevo sultan. El corazon lacerado de Cadi-Bajá, tan decidido por Selim III como el mismo Baraiktar, rebozó de alegría con la idea de vengarse de Constantinopla y de los genizaros que le habian expulsado en otros tiempos.

Los bajás de Damas y de Bagdad no pudieron asistir á causa de la distancia. Ali, bajá de Janina, ambicionaba ya la independéncia, mas afectando aun la decision de un defensor fiel del trono, si bien no se atrevió á presentarse temiendo algun lazo, envió un cuerpo de tropas á las órdenes de uno de sus jefes con la instruccion secreta de contemporizar con todos los partidos, de no comprometerse con ninguno y de votar siempre con el mas fuerte. Mehemet-Ali, bajá de Egipto, no asistió ni envió representante, prestando que no conociéndose en su país la institucion de los genizaros, era inútil su opinion para reformar aquella milicia.

Observóse, como rasgo característico del corazon

humano, que los jefes, ayams y representantes de las principales familias de la Bulgaria y Albania fueron los únicos que se negaron á presentarse en Constantinopla, por un sentimiento de desden hácia su compatriota Baraiktar, cuyo modesto origen y poderio actual contrastaban á sus ojos, los humillaban, y despertaban toda su envidia. El mismo pueblo donde nació aquel grande hombre no le perdonó su elevacion; á tal punto los vicios de la naturaleza humana se parecen bajo todos los trajes y todos los soles.

XXXIII

La sala principal del palacio de Baraiktar fué el divan donde se reunieron los representantes del imperio. Allí estaba el gran visir rodeado de los ministros, consejeros de la corona y de todas las pompas de la soberanía. Baraiktar tomó la palabra en nombre de su amo y dijo:

« Fieles defensores del imperio; ¡ oh vosotros los
« mas ilustres y poderosos de la raza de los Osman-
« lis! Nuestro amo me encarga recurrir á vuestra

« sabiduría y reclamar vuestros consejos para reme-
 « diar las necesidades del numeroso pueblo cuyo go-
 « bierno le ha confiado Alá. Nuestras conquistas en
 « Asia, Africa, Europa, nuestras victorias de muchos
 « siglos sobre nuestros enemigos, nuestras últimas
 « batallas y nuestros triunfos contra las facciones
 « interiores, prueban sobradamente al mundo que
 « no ha degenerado el valor de los otomanos.

« Mas algunos reveses sucesivos en nuestras últi-
 « mas campañas, nuestras fronteras insultadas y es-
 « trechadas momentaneamente por los rusos y los
 « austriacos, prueban que Dios nos castiga por haber
 « desatendido las sabias instituciones de nuestros
 « antepasados.

« Ninguno tiene mas veneracion que yo hacia la
 « gloriosa milicia de los genizaros, á la cual perte-
 « nezco. Es seguro que seria hoy tan invencible
 « como lo fué en otros tiempos, si no se hubiesen
 « introducido en ella perniciosos abusos, corrom-
 « piendo así la institucion de Hadji-Begtasch. Los
 « empleos vendidos, los cuarteles trasformados en
 « bazares, los jefes comprando los empleos con la
 « indisciplina de los soldados, las ortas infectadas de
 « vicios, los ejercicios del cañon abandonados como
 « prácticas indignas de esas ociosas manos, los resca-
 « tes arbitrarios impuestos á los vasallos del sultan

« rajas ó giaours, en vez de velar por el cumpli-
 « miento de los reglamentos, la policia de la capital,
 « la seguridad del sultan; la ignorancia, pereza, in-
 « subordinacion, insolencia de un cuerpo que niega
 « á los bravos Osmanlis el derecho de salvar un país
 « á quien ya no quieren ellos servir; ¡hé aquí los
 « genizaros actuales!

« Sus sueldos que están arruinando al imperio no
 « sirven, como sabeis, mas que para salarar á los
 « criados de los grandes, y escoria del populacho
 « turbulento de la capital. Sus despachos ó títulos
 « que, al paso que les proporcionan un sueldo diario,
 « no les imponen ningun deber de presencia bajo las
 « banderas, son vendidos, cambiados, negociados por
 « judíos que se sirven de esas sanguijuelas de las
 « compañías para chupar el sudor del pueblo labo-
 « rioso. Tiempo es ya que cese tanto oprobio y ra-
 « piña; así lo desea el temible sultan, así debe de-
 « searlo todo fiel Osmanli. Ordena pues por mi voz
 « y conforme á las instituciones primitivas de esta
 « milicia.

« Que no vuelvan á venderse los empleos, sino
 « que se confieran por buenos servicios;

« Que los cuarteles, sitios hoy de corrupciones
 « contra la naturaleza, sean purgados de esas infa-

« más y comercios y restituidos á los soldados de
« servicio;

« Que no se abone sueldo alguno al genízaro que
« no se someta al reglamento militar y que no viva
« en el cuartel;

« Que todo genízaro cumpla con la disciplina y el
« servicio del soldado;

« Que adopten las armas cuyo uso ha procurado á
« los cristianos tantos triunfos humillantes para nos-
« otros y efecto esclusivo de la obstinacion de los ge-
« nizaros en negarse á usarlas.

« No ignoro que estas reformas harán murmurar
« á hombres poderosos que se enriquecen con el
« oprobio del imperio, pero los verdaderos genizaros
« los confundirán. Entre estos quiere el sultan elèjir
« los mas sobresalientes para formar una milicia de
« seymen ó seglibans, que regenerará á los demás,
« ofreciendo al ejército de los musulmanes un mo-
« delo de organizacion y armamento, únicas cosas
« que pueden proteger su pueblo y su trono.

« Sin embargo, antes de emprender tamaña obra
« de reconstitucion de nuestras fuerzas militares el
« padischah ó rey de los reyes ha querido conocer
« vuestro pensamiento. Al emitir cada uno de vos-
« otros su opinion libre y meditada, dignaos escri-
« birla y firmarla para que atestigüe siempre vuestra

« constante adhesion á las resoluciones de nuestro
« amo. »

XXXIV

Así habló el gran visir y sus palabras respondian al pensamiento secreto y casi unánime de los representantes de la nacion oprimida, vendida ó abandonada por dicha milicia. Quizá no se hubieran atrevido á manifestarla sin la energia que revelaba el alma y voz del bajá de Rustschuk, sin la presencia de sus tropas y respectivos destacamentos, y sin la obligacion que les imponia de firmar su consejo y declararse ellos mismos enemigos del sultan si se oponian á sus deseos.

Todos firmaron sin mas observacion que un murmullo aprobador. La mayor parte se vengaban con la ruina de aquella milicia de la opresion que sufrían en silencio. Cadi-Bajá prometió al visir que seguiria acampado en Scutari, á tiro de cañon del serallo, hasta que los genizaros obedeciesen, y Caraman-Oghli y Tchiapan-Oghli dejaron cada uno al volverse una parte de la caballería que les había

acompañado á Cónstantinopla. Alí-Bajá retiró su jefe y destacamentos temiendo verse comprometido en la lucha, pero prodigó el oro arrancado de todos modos á la Albania, al tesoro de Baraiktar y del sultan.

Todo el resto del imperio envió felicitaciones de aprobacion y los genizaros, unánimemente repudiados por la opinion bajaron su cerviz en vista de la animadversion general de las provincias, aparentando aceptar algunos dias con la mejor voluntad la regeneracion de su milicia. Los ulemas callaron y el nuevo muftí, elejido por Baraiktar, publicó un fetwa ú orden sagrada aprobando la trasformacion del cuerpo y el uso de las armas europeas para la defensa del imperio, de la religion y de las leyes.

Todo sonreia al gran visir, cuya sabiduría hasta entónces parecia ilustrar su audacia; aquel esceso de fortuna le deslumbró. La fácil sumision de un pueblo, admirado y nada mas de lo que intentaban contra sus preocupaciones, le hizo creer que habian sido vencidas, cuando solo estaban comprimidas y mudas. El interés y resentimiento de trescientos mil genizaros y de sesenta mil ulemas, diseminados en el imperio y concentrados especialmente en la capital, no podian tardar en producirse. Aquellas sectas deshonradas no esperaban mas que las faltas del gran visir para combatirle, y Baraiktar, ébrio por su

omnipotencia, cometió algunas. Mas enérgico que previsor, rodeado de serviles complacientes, interesados en engañarle para perderle, no vió bastante distintamente el primer reflujo de opinion que comenzó á manifestarse contra él en el pueblo, ulemas, genizaros irritados y hasta en el serrallo del jóven Mahmoud II, á quien humillaba con su altanería. Tomando por presagio de su invencible ascendiente todos los pasos que habia dado desde el jardin del pobre búlgaro, su padre, y desde el estribo del bajá de Rustschuk, que habia temido, hasta la cúpula del divan, segundo trono del serrallo donde reinaba, creyóse el instrumento de Dios; llegó á fanatizarse por sí mismo, y despreció todos los obstáculos confiando en alcanzarlo todo con el arranque de su alma y la proteccion de su astro.

Sus enemigos, tanto mas peligrosos quanto mas mudos estaban en su presencia, conocieron tanta embriaguez y se esforzaron en exajerarla, consiguiendo sembrar en el ánimo del jóven sultan cierta desconfianza de las ambiciones personales de su visir, y cierto pudor secreto por oscurecer tanto la majestad del monarca con la omnipotencia del soldado.

XXXV

Desgraciadamente Baraiktar no ejecutaba la transformación de los genizaros con las contempORIZACIONES, prudencia, transiciones graduales, necesarias en toda reforma que opera un gobierno sin revolución. Estirpaba los abusos antes de arraigarlos, espulsaba brutalmente de los compañías y ortas á los buenos y malos, sin consideracion por sus anteriores servicios; quitaba las pensiones, suspendía sórdamente los sueldos; daba la murmuracion y el espectáculo de la miseria como auxiliares al descontento. No sabia estimular á los nuevos soldados para alistarse en los cuadros regulares, regateando el sueldo y equipo necesarios á los genizaros licenciados que atraía á los regimientos. Formábalos de un puñado de gentes sin casa ni lugar, reclusados en la escoria de los peores barrios, trasformando su nombre en un título de difamacion respecto al pueblo. Para colmo de imprudencia, destinábalos á los mismos cuarteles de Levend-Chiflik, despopularizados por la residencia y expulsion de los Nizams-Djerids, los primeros riva-

les de los genizaros y las primeras víctimas de la reprobacion contra Selim III. Irritábase contra los consejos desinteresados de sus verdaderos amigos, aislándose, digámoslo así, en su fuerza y rechazando con su voluntad irresistible á los mismos que iban á servir sus designios, pero que deseaban secundarle de distinto modo que sus adeptos y esclavos.

Naturalmente sus enemigos deseaban aislarle todavía mas, y con tal fin preparaban una sorda y diestra conjuracion para separarle de sus tropas personales, apoyo invencible de su autoridad, mientras estuvieran á las puertas de Constantinopla.

Hay en el carácter de las revoluciones del imperio otomano, no obstante la enérgica lealtad de la sangre de Othman, algo del genio astuto y diabólico del griego, ya sea que la mezcla de ambas razas, efecto de las mujeres ionianas que han entrado en los serrallos de los turcos, haya comunicado á la raza vencedora la natural habilidad de la raza vencida, ya que la sombra de los serrallos sea favorable al genio tenebroso de la intriga y que las conjuraciones nazcan por sí misma del silencio y de la hipocresía obligada de los gobiernos despóticos.

XXXVI

Urdiase una de estas conjuraciones contra Baraiktar, arrastrando á los amigos mas adictos á la monarquía de Othman, cuando una temeridad culpable, si no era un simple desafio al pueblo, acabó de preparar la pérdida de un visir que parecia amenazar á su amo. Los khans de Crimea, de raza tartara, son la única rama de la familia de los emperadores otomanos que puede ser llamada al trono, si llegase á concluir algun día en Constantinopla la sangre imperial. Saim-Gherai, vasallo del imperio y último khan de la Crimea, estaba refugiado cerca de la capital. En los momentos en que los murmullos de la ciudad y serrallo se levantaban con mas fuerza contra el insolente visir, á quien se acusaba de querer mandar mas que el sultan, Baraiktar, como para desafiar á la opinion, ó manifestar al serrallo que podia en caso necesario prescindir de un niño sagrado, envió solemnemente presentes casi régios al heredero eventual del trono, Saim-Gherai, descen-

diente de Gengis-Khan. Parecia revelar así un protector para él y un amo para el imperio.

XXXVII

Tanta temeridad exasperó al serrallo y antiguos musulmanes y anudó completamente los hilos diseminados de una conspiracion que buscaba en vano hacia algun tiempo un centro comun donde reunirse. Los conjurados expidieron agentes secretos á las montañas de la Rumelia que separan la Albania de la Bulgaria, para escitar á los montañeses de aquellos Alpes á comenzar de nuevo sus incursiones en la Turquía de Europa, amenazando principalmente los alrededores de Rustschuk. Decidieron á un aga de Filipopolis, ciudad importante á orillas del Rodopo, hombre célebre por su valor y pillages á ponerse á la cabeza de los montañeses formando con ellos un núcleo de ejército insurreccional.

No sospechando el gran visir las connivencias de la capital con aquella insurrección y avergonzado de ver su propia ciudad y provincia saqueadas por una banda de facinerosos, destacó de su ejército,

XXXVI

Urdiase una de estas conjuraciones contra Baraiktar, arrastrando á los amigos mas adictos á la monarquía de Othman, cuando una temeridad culpable, si no era un simple desafio al pueblo, acabó de preparar la pérdida de un visir que parecia amenazar á su amo. Los khans de Crimea, de raza tartara, son la única rama de la familia de los emperadores otomanos que puede ser llamada al trono, si llegase á concluir algun día en Constantinopla la sangre imperial. Saim-Gherai, vasallo del imperio y último khan de la Crimea, estaba refugiado cerca de la capital. En los momentos en que los murmullos de la ciudad y serrallo se levantaban con mas fuerza contra el insolente visir, á quien se acusaba de querer mandar mas que el sultan, Baraiktar, como para desafiar á la opinion, ó manifestar al serrallo que podia en caso necesario prescindir de un niño sagrado, envió solemnemente presentes casi régios al heredero eventual del trono, Saim-Gherai, descen-

diente de Gengis-Khan. Parecia revelar así un protector para él y un amo para el imperio.

XXXVII

Tanta temeridad exasperó al serrallo y antiguos musulmanes y anudó completamente los hilos diseminados de una conspiracion que buscaba en vano hacia algun tiempo un centro comun donde reunirse. Los conjurados expidieron agentes secretos á las montañas de la Rumelia que separan la Albania de la Bulgaria, para escitar á los montañeses de aquellos Alpes á comenzar de nuevo sus incursiones en la Turquía de Europa, amenazando principalmente los alrededores de Rustschuk. Decidieron á un aga de Filipopolis, ciudad importante á orillas del Rodopo, hombre célebre por su valor y pillages á ponerse á la cabeza de los montañeses formando con ellos un núcleo de ejército insurreccional.

No sospechando el gran visir las connivencias de la capital con aquella insurrección y avergonzado de ver su propia ciudad y provincia saqueadas por una banda de facinerosos, destacó de su ejército,

acampado en Constantinopla, un cuerpo de seis mil hombres para que fuesen á castigar á los insurgentes. Mola-Aga fué batido, pero volvió á presentarse muy pronto en la provincia de Rustschuk, á la cabeza de nuevas bandas. Cayendo una segunda vez Baraiktar en el lazo que le tendian, debilitó su ejército separando nuevos destacamentos, de manera que de diez y seis mil hombres quedó reducido á la entrada del invierno á unos seis mil. Era muy poco para sostener un mando cada dia mas odioso en la capital. Baraiktar podia aumentarle, mas no pensó en ello y en vez de organizar y pagar las tropas necesarias para su seguridad y el cumplimiento de sus planes, prodigó el tesoro del Estado á sus criaturas. Mas hizo; confiando demasiado en las promesas que los bajás y gobernadores de las provincias vecinas le habian hecho de tener sus tropas á su disposicion, hizo levantar las tiendas de su campamento de Daoud-Bajá y dispersó sus seis mil hombres en las casas de los habitantes de Constantinopla.

Los cuerpos nuevos que, apenas organizados eran despreciados, escitaban mas bien que contenian cualquier trastorno; los robustos hijos de los montes Hemo y Tauro, de las montañas de la Quimera y del Pindo, que de ordinario reclutaban los guardias particulares del bajá, se hubieran avergonzado de

incorporarse en aquella milicia, la hez de una capital, y que les exigia el sacrificio de su libertad, traje y armas. Acababa de comenzar el mes de Ramadhan, época en que durante treinta dias el ayuno, la actividad, las predicaciones y el fanatismo predisponen á los musulmanes á las mas peligrosas sediciones; las noches reemplazan á los dias; reúnen en cuanto se pone el sol en los patios de las mezquitas, cementerios, plazas públicas, cafés, etc., para escuchar á oradores ambulantes ó pregoneros públicos que son en Oriente lo que los periódicos en Europa. Hablan con gran libertad de los sucesos del dia, de los negocios públicos, de los ministros y del mismo sultan; son otros tantos focos febriles de la opinion, tanto mas osada allí cuanto que se escuda con la religion, y por lo tanto es ménos perceptible para la policia del gobierno. Pintábase al bajá de Rustschuk como un giaour, cuya sangre infiel descendia de origen cristiano, como un hombre osado, ávido, á la vez protector y opresor de su amo, mil veces peor que los ministros de Selim III de cuyo yugo Cabatchi-Oghli, ahora llorado, habia librado á los Osmanlis. Aquellos rumores nocturnos fanatizaban de tal manera al pueblo bajo, que en todos los baños y alrededor de todas las fuentes se oia predicar á gritos que era preciso deshacerse de aquel *perro in-*

fiel, y que los mismos carteles espuestos en las puertas de su palacio anunciaban la insurreccion y la venganza del pueblo para las fiestas del Beiran, al finalizar el Ramadhan.

XXVIII

Los consejeros intimos de Baraiktar le suplicaban que estudiase aquellos síntomas, abandonase Constantinopla, condujese á Andrinópolis al jóven sultan Mahmoud y al sultan Mustafá IV, su prisionero, que desatendiese las insurrecciones de la Rumelia y reuniese á sus inmediatas órdenes sus tropas personales; en fin que reclutase al ejército licenciado despues de su triunfo, marchando luego con grandes fuerzas sobre Constantinopla por el mismo camino que le habia llevado la primera vez la victoria, arastrando en pos de sí á los dos sultanes, como garantía de la obediencia de los Osmanlis.

Baraiktar desdeñaba aquellas precauciones y temores; el ejemplo de Cabatchi-Oghli, que habia contenido, sublevado y calmado á su antojo la capital, sin otro apoyo que algunos centenares de asiáticos

indisciplinados, le habia persuadido que sus seis mil albaneses eran mas que suficientes para reprimir una ciudad cansada de sediciones y dividida en facciones contrarias; mas el bajá de Rustschuk olvidaba que Cabatchi-Oghli disponia del pueblo y que la popularidad vale diez ejércitos. Afectó pues mas audacia y seguridad que nunca, creyendo responder con su insolencia anticipadamente á la sedicion.

XXXIX

Un dia cada año hace el gran visir una visita oficial al mustí, como para manifestar la deferencia que tiene el poder civil con la autoridad religiosa. Esta vez no llevaba mas que una escolta de doscientos albaneses; ya sea curiosidad, ya premeditacion, inundaba una inmensa multitud las calles y plazas inmediatas á su palacio, revelando cierta disposicion al molin, bastante agitacion, las fluctuaciones del pueblo y sus murmuraciones. Mustafá-Baraiktar conoció el peligro, mas desafiándole con la intrepidez del soldado y la brutalidad del salvaje, no volvió la brida de su caballo, como los jefes de su escolta se

lo aconsejaban, para refugiarse en los patios de su palacio. Escitándole por el contrario la insolencia de los grupos y los peligros que podia correr, mandó á sus albaneses que separasen la multitud con sus caballos y le abriesen paso á la fuerza. Sus soldados, medio salvajes y poco acostumbrados á las consideraciones que los mismos genizaros tenian con el pueblo en los dias de fiesta, pegaron á derecha é izquierda con el puño de su látigo ó el plano de sus sables á los hombres, mujeres y niños que obstruian el camino. La multitud obediente, aunque indignada, se dispersó llena de espanto ántes que pasase el bajá, el cual no encontró á la ida y á la vuelta más que soledad y silencio.

El pueblo que los albaneses dispersaron se refugió inmediatamente en los cafés y barrios inmediatos, donde los hombres y mujeres á quienes alcanzó el hierro ó látigo de la escolta, dirigian las mas amargas quejas á los genizaros que allí encontraban. Aprovechándose estos de la emocion del pueblo y escitándole á su vez en su favor contra el ministro, irritaban mas con sus palabras á la multitud.

« Eso es lo que habeis merecido abandonándonos; « un vil jefe de facinerosos de las fronteras es hoy el « amo del sultan y el verdugo de los Osmanlis. Para « destruir á la vez las dos columnas de este imperio,

« la religion y las leyes, proscribe á los ulemas y genizaros. Decidámonos á confundir á ese puñado de « saqueadores y asesinos que le sostienen. Solo por « nuestra cobardía tienen fuerza é insolencia; solo « por nuestra desunion nos dominan y desprecian. « Unámonos pues, musulmanes y genizaros, pueblo « y soldados, obliguemos al aga de nuestra milicia á « marchar á nuestra frente contra el palacio del visir. « Dios y el Profeta nos asistirán. »

XL

A estos discursos, á los clamores de las mujeres, llanto de los niños, ayes de los heridos, una inmensa multitud corrió de todos los barrios hácia el palacio del aga de los genizaros, donde ya estaban reunidos los jefes de la sedición y los ulemas, que habian previsto aquel movimiento. Decidióse que numerosos destacamentos de genizaros sorprenderian y atacarían uno á uno á los soldados del gran visir, á quienes habia dispersado imprudentemente, segun queda dicho, en los diferentes barrios de la ciudad; una columna de seis mil hombres armados marcha-

ria contra el palacio de Baraiktar, y una imponente reserva, sirviendo de núcleo y punto de reunion á todas las insurrecciones que iban á promoverse, acamparía delante del palacio del aga de los genizaros para reforzar oportunamente los puntos de la capital donde venciese ó se prolongase la resistencia de los albaneses.

La presencia de los ulemas, la voz respetada de los imanes, el concurso de los jefes, la cólera del pueblo, la venganza largo tiempo concentrada de los soldados, dieron gran uniformidad y un movimiento irresistible á aquella explosion. Sorprendidos al mismo tiempo los albaneses de Baraiktar en sus alojamientos, fueron inmolados sin defensa ó tuvieron que salir al campo.

En ninguna parte se notaba lucha entre el pueblo y los soldados. El palacio del gran visir y los patios del mismo, ocupados por sus guardias, eran la única fortaleza delante de la cual se detuvo la sedicion. Una columna de genizaros, dirigida, segun se dice por los ulemas, reunió en los barrios vecinos del palacio que estaban al abrigo de la metralla y de la fusilería, grandes hogueras cuyas llamas llevó el viento de la Propóntide á las casas inmediatas de aquel serrallo. En algunos instantes aquel barrio, construido de madera, no fué mas que un mar de llamas.

XLI

Entretanto el imprudente visir, tranquilizado por la soledad y silencio de las calles, se habia retirado sin la menor preocupacion á su serrallo, y despues de un gran festin, dormia profundamente en los brazos de su favorita y bajo la custodia de su eunuco. Los rumores de la ciudad, las luchas parciales, el tumulto de los patios, y el ruido de las armas penetraban apenas en la residencia de sus delicias y de su reposo. La embriaguez y la voluptuosidad habian espesado su sueño de tal manera que costó mucho á los eunucos despertarle.

Su emocion fué terrible. Un cielo de fuego cubria su palacio. Los silbidos de las llamas, la horrible caída de las murallas, los gritos desesperados de sus guardias y esclavos que evitando la agonía de las brasas morian bajo los sables de los genizaros, el inmenso bramido del pueblo que subia de todos los barrios como el ruido de una tempestad hácia aquel elevado sitio, en fin los clamores de victoria y alegría de los que degollaban á sus mujeres, á sus es-

clavos, á sus guardias, los saltos y relinchos de doscientos caballos abandonados por sus ginetes y hu-yendo desbocados de las llamas que comenzaban á devorarlos, todo anunciaba al bajá una muerte inevitable. Una tentativa desesperada era su única salvacion: reunir un grupo de sus mas arrojados servidores y abrirse paso, sable en mano, hasta el ser-rallo ó una de las puertas de la ciudad. En los momentos en que se armaba para ejecutar aquella salida, colocando á su esclava favorita, su compañera de lecho, sus eunucos y algunos pajes depositarios de sus tesoros, en medio del grupo que iba á conducir al combate, una hoguera de ruinas de casas, tablas y maderos medio calcinados, construida por los genízaros delante de la puerta, levantó sus llamas por encima de sus murallas y le obligó á refugiarse en el interior del palacio. Cada uno de los suyos buscó entónces al acaso su pérdida ó salvacion en la huida; pero contando el bajá de Rustschuk con el ejército, cuya completa dispersion ignoraba, y no dudando que vendria á salvarle despues del incendio, no hizo mas que guarecerse de las llamas y balas que le rodeaban; ganar tiempo sobre la sedicion era vencerla.

En la extremidad de una de las salas de su palacio de madera habia una torre de piedra, que destinaban

los grandes visires, en caso de incendio, de asilo y depósito á sus familias y tesoros. Dicha torre, con varios pisos á prueba de bomba, comunicaba con el palacio por medio de un pasadizo de mampostería y tenia muchas puertas de hierro que las llamas no podian destruir ni las balas atravesar. Solo la artillería podia abrir una brecha en aquella fortaleza de granito.

Bien sea que Baraiktar temiese algunas veces que la insurreccion asaltase su palacio, y que tuviera por consecuencia las llaves de aquel edificio abandonado, bien que un instinto natural y pronto le revelase aquella torre como su único refugio, corrió á ella con su favorita y el eunuco confidente de su ambicion, tesoros y amores, llevándose armas, víveres y sus mas preciosas joyas. Ningun alma viviente le vió entrar, y cerrando con los cerrojos las tres puertas de hierro que defendian cada piso, subió con la jóven albanesa y el negro, unidos á su suerte, á la habitacion mas elevada de la torre.

Lo que sucedió en aquel refugio durante los tres dias con tres noches que las llamas le rodearon, es un misterio que ninguna lengua ha revelado. Los escritos de los agentes franceses no ofrecen en este punto mas que contradictorias conjeturas.

XLII

El palacio del aga de los genizaros y el campamento principal de la numerosa milicia que puebla la Propóntide, especie de Stamboul comprendido entre las antiguas murallas de los griegos y Santa Sofia, el viejo serrallo reconstruido hoy y habitado por el seraskier ó generalísimo de las tropas, las calles, bazares, mezquitas de Stamboul, los barrios populosos de Aioub, los alrededores del serrallo, en una palabra, todo el antiguo Constantinopla, estaban en armas ó fuego, en poder de los genizaros y de sus adeptos. Ninguno, al parecer, intentaria oponerse á una revolucion tan generosa, irresistible, y sin embargo dos hombres lo hicieron, probando así que el bajá de Rustschuk habia juzgado bien el carácter y fidelidad de los dos apoyos que habia elegido para aquellos peligros. Hablamos del capitán-bajá Ramis y del general de las tropas regulares de Asia acampados en Scutari, el valiente y obstinado Cadi-Bajá, á los cuales secundaron el comandante general de artillería, y el general de los seymen de Levend-Chi-

fik. Si estos cuatro jefes, que conservaron toda su serenidad y la disciplina de sus tropas, hubieran tenido á su cabeza al gran visir, prisionero entónces del incendio, es indubable que, vencedor Baraiktar, pasado el primer momento de sorpresa, hubiera terminado aquel día una milicia que pereció diez y seis años despues, habiendo causado, con sus agitaciones y cobardía, el desmembramiento del imperio. La embriaguez, el amor y el sueño lo perdieron todo.

XLIII

Ramis-Bajá vivia en el arsenal, separado del barrio de Aioub, de la ciudad y serrallo por el golfo de mar que forma el puerto, y penetra estrechándose y muriendo entre dos colinas cubiertas de barrios agitados en el vallecillo de las Aguas Dulces de Europa. Desde sus ventanas veía los progresos de la insurreccion por los progresos del incendio y los gritos de los combatientes; los silbidos y resplandores de las llamas llegaban hasta allí, reflejadas por las olas del Cuerno de Oro y repercutadas por ambas orillas. Varios mensajeros desapercibidos tomaron caiques y

fueron bajo los tiros enemigos á anunciarle que el gran visir estaba cercado en su palacio por todas partes y sin defensa, y que nada podia hacer por sí mismo. Ignoraba pues si habia perecido en las llamas, ó si, logrando escaparse con un disfráz cualquiera ó con las armas en la mano, habia ido á los cuarteles de Daoud-Bajá, en el camino de Andrinópolis, para reunir un puñado de sus albaneses y búlgaros á fin de volver á salvar por segunda vez á su sultan. Un barrio turco, tambien muy poblado, y un vasto campo de muertos sembrado de cipreses, dominaban el arsenal rodeando con amenazas y peligros al intrépido subalterno del gran visir. Mandando pues cerrar las avenidas del arsenal, llamó á sus soldados de marina á las armas y á sus oficiales á consejo. Joven, lleno de ardor é inteligencia á la vez, teniendo entre sus marineros, sus oficiales, su flota y hasta entre el pueblo del barrio, una autoridad de confianza y estimacion que no podia ménos de intimidar á la insurreccion en su presencia, arengó á sus cohortes, recordándoles el respeto que se debian á sí mismos, el desprecio que merecia el indigno nombre de soldados sediciosos, é hizoles jurar que, en medio de la incertidumbre y confusion de la otra orilla, no obedecerian mas que las órdenes directas del sultan. Llenas de orgullo sus tropas

por la confianza de su jefe y por su disciplina, juraron y cumplieron su juramento.

Ramis-Bajá envió un destacamento á Levend-Chiflik, cuartel situado encima de las colinas que dominan el arsenal, para ponerse en comunicacion con el cuerpo de los seymen regulares, y dirigió otro por su izquierda y muelles de Galata para comunicar con los artilleros fieles tambien del cuartel de Tofana, ocupando de este modo los tres puentes defendidos de todas las colinas y de toda la parte de la orilla que hace frente al serrallo y Stamboul.

Con una maniobra inteligente y osada tomó la ofensiva contra el foco de la sedicion. Mandó á dos navíos de la flota, armados y fondeados en el puerto, que dando la vuelta por la punta del serrallo, echasen el áncora en el Propóntide, enfrente del cuartel de los genizaros, foco de la sedicion, y que destruyesen el palacio del aga, el barrio, cuarteles y reservas de los facciosos acampados en la plaza. Expidió otra chalupa á Cadí-Bajá, acampado en Calcedonia con sus cuatro mil asiáticos regulares, disponiendo que marchase sobre el barrio de Scutari, barrio de Asia que está frente por frente de los jardines del gran-señor, dejase allí dos mil hombres para contener aquel pueblo, el mas fanático y turbulento de todos, y embarcándose con los otros dos mil, atrave-

sase el brazo de mar y penetrase en los jardines del serrallo para defender con aquel refuerzo hasta la muerte la habitacion y libertad del sultan.

Una vez tomadas tan buenas y oportunas disposiciones, Ramis envió algunas descubiertas por el vallecillo de las Aguas Dulces á los caminos de Andrinópolis, con orden de matar á todos los genizaros que se dirigiesen á la ciudad para reforzar sus cohortes, y de prohibir á todos los viajeros la entrada en Constantinopla. Dispersó además muchos agentes secretos y oradores públicos, ya en los grupos ya en los cafés, para generalizar el rumor de la evasión de Baraiktar, y de su próxima vuelta á la cabeza de su ejército, reunido extra-muros de la ciudad, con objeto de vengar su sorpresa y castigar á los sediciosos. Estas medidas, los cañones en el Propóntide, los barcos cargados de soldados que atravesaban el Cuerno de Oro para defender el serrallo, y los rumores que corrian de boca en boca intimidaron á la sedicion, y abandonada por muchos hombres del pueblo, quedaron reducidos los genizaros á su propia fuerza y al mas abyecto populacho reclutado en medio del pillage en los mas inmundos barrios de Constantinopla.

¡Qué no hubiera hecho en aquel momento la aparicion de Baraiktar, si las llamas le hubieran abierto

un camino hasta Ramis! Los imanes se retiraban ya de sus sediciosas cátedras y los ulemas volvian á sus casas afectando una prudente neutralidad. El aga y los oficiales de los genizaros, que no habian obedecido á sus tropas mas que por no poder resistirles, se declaraban perdidos y se preparaban al suplicio. Respecto al pueblo creyendo en la evasión de Baraiktar y en su vuelta á la cabeza de los albaneses, corria á las puertas y murallas para defenderlas, mas las balas de los dos navíos que atronaban hacia dos dias el barrio del aga, barrían en algunos segundos las calles y plazas inmediatas al Propóntide. Las murallas del serrallo estaban defendidas por los pajes, los bostandjis y los soldados de Calcedonia, que habia introducido Cadi-Bajá en los jardines; todos los grupos de insurrectos ó genizaros que osaban presentarse llenaban al momento con sus cadáveres las calles, las plazas ó el mar. Solo el fuego, propagándose de casa en casa y de calle en calle, combatia por los insurrectos. Tal era el estado de la ciudad al concluir el segundo dia de la revolucion, pero Baraiktar no parecia.

XLIV

Entremos en el serrallo y leamos en el alma de Mahmoud.

Aquel jóven príncipe, instruido por el cautiverio y el estudio, lleno de ardor, pero contenido por la modestia de su edad, estaba combatido por dos sentimientos contrarios. Inutilizado, humillado y aun amenazado algunas veces por la dura tutela de un soldado, mas fiel que cortesano, hubiérase visto con secreta satisfaccion libre por el amor de su pueblo de un visir que comenzaba á exasperarle. Generoso, leal y reconocido, no olvidaba que todo lo debía al visir; no podia abandonarle, avergonzándole la idea sola de venderle en un momento en que combatia ó moria por la independenciam de su trono.

Por otra parte la sombra de Selim III le señalaba el triunfo de los genizaros como el prelude de la esclavitud del serrallo, del cautiverio, destronamiento y muerte de los príncipes, de la anarquía de la capital, de la decadencia del imperio. Todos estos recuerdos, sentimientos, previsiones le irritaban con-

tra ellos, temiendo que su triunfo fuese la señal de su deposicion, encierro y muerte y de una segunda coronacion de su hermano Mustafá IV. Conocía además la crueldad y sanguinarios sentimientos de su hermano, que asesinó á Selim por precaucion y podia asesinarle por venganza. Su suerte flotaba en medio de una tempestad de pensamientos, esperanzas y terrores que se disputaban el alma de un niño. Es la hora en que la voz de las mujeres, madres, favoritas, eunucos, esclavos, consejeros funestos de deplorables resoluciones, preparan páginas nefastas á la historia de los pueblos y eternos remordimientos á los soberanos.

XLV

Reforzado el sultan en su recinto por los dos mil hombres de Cadí-Bajá y el cuerpo entero de los seymen, que Ramis envió para proteger el serrallo, é inspirándose en la esperiencia y energia de Cadí, formó su ejército al abrigo de sus murallas, preparándose bien á defenderlas, bien á abandonarlas se-

XLIV

Entremos en el serrallo y leamos en el alma de Mahmoud.

Aquel jóven príncipe, instruido por el cautiverio y el estudio, lleno de ardor, pero contenido por la modestia de su edad, estaba combatido por dos sentimientos contrarios. Inutilizado, humillado y aun amenazado algunas veces por la dura tutela de un soldado, mas fiel que cortesano, hubiérase visto con secreta satisfaccion libre por el amor de su pueblo de un visir que comenzaba á exasperarle. Generoso, leal y reconocido, no olvidaba que todo lo debía al visir; no podia abandonarle, avergonzándole la idea sola de venderle en un momento en que combatia ó moria por la independenciam de su trono.

Por otra parte la sombra de Selim III le señalaba el triunfo de los genizaros como el prelude de la esclavitud del serrallo, del cautiverio, destronamiento y muerte de los príncipes, de la anarquía de la capital, de la decadencia del imperio. Todos estos recuerdos, sentimientos, previsiones le irritaban con-

tra ellos, temiendo que su triunfo fuese la señal de su deposicion, encierro y muerte y de una segunda coronacion de su hermano Mustafá IV. Conocía además la crueldad y sanguinarios sentimientos de su hermano, que asesinó á Selim por precaucion y podia asesinarle por venganza. Su suerte flotaba en medio de una tempestad de pensamientos, esperanzas y terrores que se disputaban el alma de un niño. Es la hora en que la voz de las mujeres, madres, favoritas, eunucos, esclavos, consejeros funestos de deplorables resoluciones, preparan páginas nefastas á la historia de los pueblos y eternos remordimientos á los soberanos.

XLV

Reforzado el sultan en su recinto por los dos mil hombres de Cadí-Bajá y el cuerpo entero de los seymen, que Ramis envió para proteger el serrallo, é inspirándose en la esperiencia y energia de Cadí, formó su ejército al abrigo de sus murallas, preparándose bien á defenderlas, bien á abandonarlas se-

gun las eventualidades, progresos ó decadencia de la insurreccion.

Los seymen ocuparon las troneras de las murallas, desde las cuales podian barrer las inmediaciones de los jardines. Los pajes, tropa decidida y fiel, recibieron armas agrupándose como un ejército de jóvenes en torno del sultan. Los bostandjis, divididos en tantos cuerpos como puertas habia, se encargaron de defenderlas ó morir al lado de ellas. Cadi-Bajá y sus dos mil veteranos de la Caramania formaron en batalla dentro del patio de San Irene y delante, dando frente á la puerta principal del serrallo; los viveres y municiones llegaban continuamente por mar de Scutari y Calcedonia, y el imperio entero, refugiado en aquella península inespugnable, parecia, como en tiempo de los emperadores griegos, protegido por las olas de ambos mares.

XLVI

Los genizaros exasperados y los seymen detrás de las troneras cambiaron un fuego vivo y continuo desde el amanecer hasta el anochecer del dia 15 de

noviembre, cuyo tremendo eco repetian las colinas, cipreses y bahia de Constantinopla. Esceptuando el promontorio del serrallo, reinaba una tranquilidad siniestra y un silencio de ansiedad en las siete colinas de la segunda Roma. Desde las alturas de Scutari, Galata, Aiub, Tafana, desde las cúspides y minaretes de Santa Sofia veíanse bajo un sol límpido é inundado de sol, los pequeños fognazos de los seymen coronar las murallas de un feston de fuego. Las andanadas de los buques anclados debajo del palacio del aga de los genizaros hacian por momentos temblar al aire y estremecerse á las olas. Las llamas rastreras del incendio, circunscrito al palacio de Baraiktar, parecian morir con la sedicion.

XLVII

Satisfecho Ramis-Bajá con una represion que se debia toda entera á su energía y genio, y viendo síntomas de victoria en la disposicion del pueblo y genizaros, resolvió evitar una carnicería, aprovechando el espanto de la insurreccion para someterla.

Una sedicion vencida, cansada y sometida, ofrecia á Mahmoud un gobierno fuerte y omnipotente.

Tomó un barco, atravesó el puerto y penetró en el serrallo, donde habian mediado algunas proposiciones de paz entre los oficiales arrepentidos de los genizaros y los defensores del sultan. El momento era pues decisivo y suplicando á Mahmoud y á su consejo que le aprovechasen, propuso que se proclamase desde las murallas y minaretes una amnistia general para todos los individuos del pueblo y otros que entregasen las armas, esceptuando un solo hombre de aquel perdon politico y atribuyendo todo el crimen de la sedicion á una sola cabeza. Tratábase del débil aga de los genizaros, y con él venciase, reprobábase y castigaba al cuerpo entero. Este consejo salvaba á la vez, al sultan de la degradacion, á la capital de las llamas, al gobierno del yugo de aquella milicia, y así es que los combatientes interiores y exteriores lo aceptaran. El mismo sultan preferia este triunfo, que al paso que evitaba la efusion de sangre de los Osmanlis, le evitaba á él la cruel alternativa de sacrificarse con el imperio, ó de sacrificar á Mustafá para asegurar su reinado.

XLVIII

Mas el fogoso Cadí-Bajá, creyendo que la victoria seria mas absoluta teñida en la sangre de los sediciosos casi vencidos, se indignó contra tanta prudencia. Recordando la afrenta que se hizo á él y á su ejército en los momentos de la deposicion del desventurado Selim, cuando triunfantes los genizaros le obligaron á volverse vergonzosamente por el camino de sus valles del Asia-Menor, deseaba ver entónces su sangre ó su humillacion. Habia prometido además venganza á sus tropas y á la caballeria de Caraman-Ughli; propuso pues formar al instante en el interior un ejército de agresion compuesto de sus mas intrépidos regimientos, precedidos de algunos cañones y seguidos de caballeria ligera, y hacer una vigorosa expedicion á la ciudad para destruir los últimos núcleos de la sedicion, exterminar á los genizaros cortando de raiz para siempre con la sangre y terror del pueblo los gérmenes y hábito de las insurrecciones. Un lenguaje tan enérgico entusiasmó á todos, fanatizó

al ejército y arrastró al sultan. Cadi-Bajá recibió el mando de aquella expedición.

XLIX

El intrépido asiático formó en seguida una columna de cuatro mil hombres precedidos de cuatro piezas de cañon, mandó abrir las puertas y avanzó con sus tropas, al paso de carga, al ruido de los tambores y en medio de los aplausos de los guardias, esclavos y enucos que invadieron el terrado que corona la puerta. El mismo Mahmoud, que queria salir con sus soldados, pero á quien detuvieron Ramis y sus servidores, subió la escalera de una torre de piedra, que hay inmediata á la puerta y por cuyas aspilleras se ven á lo lejos la plaza y la ciudad, y desde allí observó durante el combate con un anteojo de larga vista los progresos y reveses de sus soldados, dominado constantemente por la esperanza y el temor.

Cadi-Bajá atacó con sin igual arrojo á la vanguardia de la columna de los genizaros, que ocupaba la plaza y fusilaba las troneras, y arrollándolos, dis-

persándolos y persiguiéndolos, entra con ellos en su cuartel de la plaza de Santa Sofia, precipitalos por las ventanas, llega á la plaza del Hipódromo, cubierta como el suelo de Baalbeck ó de Palmira, de toda clase de ruinas de la edad media, y dispersó las masas que rodeaban el palacio del gran visir. Todavía devoraban las llamas las murallas y escaleras de madera de aquel palacio, y por eso no pudieron entrar sus tropas. Estableció una fuerte reserva en la plaza del Hipódromo, y dividiendo su pequeño ejército en tres columnas, dirígelas sobre Stamboul: una hácia el castillo de las Siete-Torres; la segunda hácia la mezquita del sultan Soliman, punto culminante del promontorio que domina á la vez el Propontide y el Cuerno de Oro; la tercera, en fin, mandada por él mismo, hácia el foco de la insurreccion, al palacio del aga de los genizaros. Mandó á las dos columnas de las cuales se separaba que barriesen las calles inmolando sin piedad á todos los que cogieran con las armas en la mano.

Obedecieron las columnas sin encontrar al principio obstáculos; pero confiando demasiado en la soledad de las calles, abandonáronse al pillage y muerte en el interior de las casas forzadas, debilitándose á medida que avanzaban, y dejando detrás de ellos la exasperacion y la venganza. Los gritos de las muje-

res, las lágrimas de los niños, la sangre de los ancianos, el espectáculo de las víctimas reunidas en los portales por los que no habian perecido, ó precipitadas desde las ventanas, devolvieron á los habitantes el valor por un exceso mismo de terror. Animándose unos á otros, reprochándose mutuamente su cobardía, reuniéronse detrás de las columnas, primero por grupos, despues por masas, llamaron á los genizaros mas aguerridos para mandarlos, y atacaron á las tropas de Cadi-Baja á su vuelta, mientras que de todas las ventanas de las casas llovian sobre ellas, diezmándolas, piedras, leños encendidos, aceite hirviendo, etc. El fuego que unos habian encendido para devorar la ciudad, y otros para ahogar á sus enemigos se estendió pronto en un vasto incendio, y las tres columnas, muy disminuidas en su marcha, se replegaron con duras penas primero á la plaza del Hipódromo y luego á la que precede la puerta del serrallo. Protegidas allí por la embocadura de las calles estrechas y el fuego de las troneras que las cubria, resistieron denodadamente á la multitud de los insurrectos que la temeridad de Cadi-Baja habia hecho refluir contra el palacio.

L

No temiendo los genizaros nuevas salidas de las tropas del sultan, marcharon en masa á su cuartel de Santa Sofia para reconquistarlo. Trecientos seymenes habian sido olvidados allí por Cadi-Baja. Sitiados por miles de combatientes, aquellos trecientos hombres, sin esperanza de salvar la vida si se rendian, decidieron á lo ménos vender cara su muerte. Inútilmente dieron los genizaros veinte asaltos. Acribillados siempre al pié de las escaleras ó en los patios, prendieron fuego al edificio. Los seymenes no dejaron de batirse hasta la caída de las murallas, bajo las cuales perecieron hasta el último. El incendio de aquel inmenso palacio esparció sus llamas sobre todos los barrios vecinos, amenazando rodear el mismo serrallo con un océano de fuego.

Cadi-Baja habia intentado en vano socorrer á sus seymenes. El fuego de las casas, las llamas del incendio, los cadáveres que obstruian las calles; le impidieron llegar hasta Santa Sofia. El comandante de los seymenes, Soliman-Aga, renegado prusiano,

que habia sido uno de los primeros instrumentos de los Nizams y á quien Baraiktar habia confiado el mando de aquel cuerpo, herido en la retirada, cayó del caballo, y cogido por el populacho fué hecho mil pedazos. Cadi-Bajá, á quien seguia todo un pueblo, tuvo que refugiarse con sus soldados desanimados dentro de los patios del serrallo. El incendio que ninguno pensaba apagar y que aumentaba el viento del Propóntide, cubrió bien pronto con sus llamas toda la parte de la ciudad que se estiende desde el Hipódromo y plaza de Santa Sofía hasta las puertas del palacio. Las mujeres, ancianos, niños, perecieron en medio de los escombros, pues los genízaros encarnizados en el combate, no pensaban mas que en matar.

LI

El sultan Mahmoud contemplaba desde lo alto de la torre del serrallo la huida de sus tropas y el incendio de su capital; convencido de su derrota y compadeciendo tantas víctimas, mandó á Cadi-Bajá que no contestasen las troneras á los cañones y fusiles de los

genízaros, arrojando por encima de las murallas un decreto imperial que ordenaba al aga de aquella milicia suspender la lucha y apagar el incendio. Afectando este conservar el mayor respeto hácia las órdenes de su soberano, mandó echar abajo algunas casas y concentró el fuego en los barrios estrechos y populosos que estaban medio devorados. El pueblo aprovechó la suspension de hostilidades y disminucion del incendio, para inundar con grandes masas la plaza del serrallo y las calles que rodean sus murallas, elevando al cielo maldiciones contra Baraiktar, Caraman-Oghli, Ramis, Cadi-Bajá, sus bostandjis, seymen, pajes y el mismo sultan. Amenazadoras voces gritaban: ¡ Viva Mustafá! y hacian entrever á Mahmoud la suerte de Selim. Entre su inevitable pérdida ó el restablecimiento de su autoridad y de la paz en el imperio, no habia mas que una resolucion, la muerte instantánea de Mustafá. Servidores, consejeros y eunuocos de Mahmoud se precipitaron á sus piés para obtenerla. Dos días resistió, pero al fin consintió. Fué la salvacion de un día y el remordimiento y luto de toda su vida. Mustafá IV, condenado con una señal, cesó de vivir entre las manos de los mismos verdugos que habia enviado á Selim III.

Este principe, como todos los que son crueles, murió tan mal como habia reinado y Cadi-Bajá ven-

cido, desempeñó por su amo el triste y postrer servicio de presidir la ejecución.

He aquí el último crimen de aquel serrallo donde el fratricidio había sido por espacio de cinco siglos el escalon del imperio. ¡Gloria al tiempo que sepulta los crímenes de Estado!

LII

La multitud ignoraba aun la muerte de Mustafá, pero temiendo constantemente la vuelta anunciada de Baraiktar, precipitóse por todas las avenidas en su palacio, en cuanto cesó el incendio, y pudo pasar por los leños y tabiques abrasados. El populacho no quiso esperar que las cenizas estuvieran enteramente frias para precipitarse á recoger las barras de oro y plata fundidas en aquella hoguera de tres dias. Atravesando las diferentes habitaciones que tenia el palacio del gran visir, llegaron algunos por un corredor que habia en el espesor de una muralla de mampostería, al pié de una torre cuya entrada impedia una puerta de hierro todavía roja. La sed del botín les hizo echar abajo aquella puerta á fuerza de hachazos

y toda clase de golpes; cae al fin y se encuentran en un portal estrecho y circular que conducia á una escalera. Suben, pero tres veces tienen que detenerse delante de tres nuevas puertas de hierro, las mismas que destruyen para subir mas arriba.

La última puerta que echaron abajo ofreció á sus ojos un tesoro mil veces mas precioso para su cólera que el oro que tanto ambicionaban: el cadáver de Baraiktar. Estaba acostado entre el eunuco negro, y la jóven albanesa á quien habia amado lo bastante entre todas sus mujeres para quererla salvar ó compartir con ella la muerte. Sacos llenos de oro, y cajas de pedrerías cubrian el pavimento de la torre al redor de los tres cadáveres.

En cuanto conocieron al visir, á quien la muerte voluntaria ó la asfixia no habia desfigurado, llamaron á voces al pueblo para que gozase de aquel espectáculo. El aga de los genizaros y los principales oficiales se apresuraron á contemplar el cuerpo inanimado de su enemigo, mandando que se llevase el cadáver en triunfo sobre los hombros del pueblo, para ostentarle como una bandera á la vista de los seymenes y bostandjis que estaban en lo alto de las troneras del serrallo, arrastrándole despues por los piés hasta la plaza de Etmeidan, donde estuvo expuesto tres dias á las miradas del pueblo delante de

su cuartel, como en espiacion del ódio que aquel gran hombre les habia tenido.

LIII

Al ver el cadáver del gran visir, los defensores del serrallo, á quien habian sostenido hasta entónces con la esperanza de su próxima vuelta á la cabeza de un ejército libertador, perdieron todo valor. Los seymenes y los asiáticos de Cadi-Bajá gritaron al pueblo desde lo alto de las murallas, que habian sido engañados, que no combatirian ya mas contra los genizaros hermanos suyos y defensores de la misma religion, jurando vengar con la sangre de sus generales Ramis y Cadi-Bajá, la sangre osmanlis que les habian hecho derramar.

Mahmoud que, despues de la muerte de Mustafa IV, era sagrado para los mismos vencedores, no temiendo nada por lo tanto respecto de su persona, lejos de prolongar una lucha inútil, cedió á la suerte prometiéndose castigar algun dia á sus enemigos. Prestóse á favorecer el abrazo de los seymenes y soldados de la Caramania con los genizaros, y la recon-

ciliacion tuvo lugar en la plaza y en el primer patio del serrallo. Los genizaros satisfechos no pedian mas que algunas cabezas; pero el sultan se las ocultó, haciendo embarcar á Ramis-Bajá, Begdji-Effendi y los principales amigos de Baraiktar, en un barco que los esperaba en la punta del serrallo. Remadores fieles los alejaron al momento de la costa y desembarcándolos en Rodosto, en el Propóntide, marcharon á Rustschuk, donde los partidarios, siempre fieles de Baraiktar, los libertaron en los primeros tiempos de la venganza de los genizaros. Su marcha apaciguó la revolucion que habia ensangrentado é incendiado la capital durante cinco dias. Los genizaros quemaron al momento los magníficos cuarteles de las tropas regulares para borrar hasta ese vestigio de una odiosa innovacion, enviando la misma noche una diputacion al sultan para pedirle que perdonase su rebelion y ofrecerle su inviolable fidelidad. El muftí secretamente hostil á Baraiktar fué, á la cabeza de los ulemas, á felicitar al jóven principe por su derrota cual si fuese una victoria, en la cual veia el triunfo de la monarquía, de la religion y de las antiguas leyes. Todo volvió al orden antiguo y abandonó al partido vencido.

LIV

Poco tiempo despues Ramis-Bajá, que habia nacido en Crimea, fué á pedir un asilo á su patria, sometida ya á los rusos. Cadi-Bajá, despues de haber errado algunos días en la Caramania, para reclutar nuevos enemigos á los genizaros, fué conocido en Kutaiah bajo el traje de un dervis. Su cabeza cortada y llevada á Constantinopla, estuvo espuesta durante un mes encima de las almenas de la puerta del serrallo, que habia defendido tan heróicamente. El nombre de Baraiktar, sepultado largo tiempo en el silencio del miedo, quedó sellado con el disimulo de los sentimientos que inspiraba: odioso á los genizaros y ulemas, guardianes y poseores interesados de los abusos del imperio, sagrado á los amigos del sabio Selim, á la vez llorado y temido por Mahmoud, que le debia demasiada gratitud para lo que un soberano puede deber á un esclavo. Algunos años despues, juzgósele mejor, admirósele y compadeciósele mas. Siempre será uno de los grandes nombres de los aventureros dramas que componen la historia de

Oriente, que tanto se parece á un poema; un héroe de audacia y fidelidad, un Antar europeo á quien no falta como al Antar árabe, mas que una lira para cantar su propio heroismo y su sacrificio á su ingrato amo.

Hijo de un pastor de los valles que separan la Bulgaria y la Albania, pastor tambien primero, pica-dor despues de los caballos que destinaba á los bajás vecinos, respirando la guerra por la guerra, nombrado jefe por su intrepidez é instinto en los combates, distinguido por los generales de Selim III, elevado por este príncipe á la posicion de bajá, honrando él mismo los reverses de los ejércitos otomanos con victoriosas incursiones en el territorio enemigo y con la defensa de la provincia mas espuesta, que se habia confiado á su sable; organizándose sin sueldo un ejército personal, mantenido y disciplinado por el sentimiento de la superioridad y el amor de su jefe; orgulloso y tierno como el leon de Selim, nombre que se daba gustoso; prodigando su desprecio á los genizaros degenerados, soldados de parada cuando el imperio estaba tranquilo, de sedicion cuando estaba agitado; viendo en lontananza caer al amo á quien adoraba bajo la turbulencia de aquellos pretorianos, afectando la mayor indiferencia para ocultar mejor la piedad y mejor preparar la ven-

ganza, tocando el término de su conjuración y recibiendo un cadáver que vengar en vez de un soberano que restablecer en el trono, llorando como una mujer y sintiendo su heroísmo y disimulo perdidos; destinado en fin á consumir una revolución por la imposibilidad de ceder á una rebelión, coronando con indiferencia á un niño á quien su victoria elevaba al supremo poder, ejerciéndole vigorosa pero duramente, estraviado en una capital corrompida entre las intrigas de un serrallo á quien ofende y los resentimientos de una milicia á quien amenaza, perdiendo toda esperanza de salvar el imperio, pero fiándose en su sable, refugiándose en el amor, durmiéndose en la voluptuosidad y despertado por las ediciones, las llamas y la muerte, he aquí Baraiktar.

Los bulgaros, albaneses y pastores de las orillas del Danubio cantan todavía las leyendas salvajes y tiernas de su vida y suplicio, como las de Scanderbeg y de Czerni-Jorge; los turcos le olvidan; gran hombre, pero mal ministro, nacido mas bien para la guerra que para el gobierno, el visir perjudica al héroe.

LV

Los oradores de los cafés de Stamboul citan algunos rasgos de arrojada justicia que recuerda las aventuras de los califas.

La jóven viuda de un rico comerciante turco vivía en la ciudad de Galata, encima de la tienda de un jóven cristiano, nacido en una de las montañas de Albania á quien todos admiraban por su maravillosa hermosura. Vendía esas telas de Caramania, alfombras, joyas y perfumes de Oriente, con los cuales sueñan las odaliscas del serrallo, en los países de reclusión de las mujeres, como el único consuelo de su esclavitud.

Apénas adolescente, ociosa, rica, sin familia en Constantinopla, sin mas gasto que una ó dos esclavas, antiguas guardianas en otro tiempo, y ahora complacientes servidoras, la jóven viuda, nacida en una isla del Archipiélago, pasaba sus días detrás de una de las rejas de los balcones, desde donde podia ver de vez en cuando al hermoso tendero, cuando entraba en su almacén ó tomaba el fresco en la calle

ganza, tocando el término de su conjuración y recibiendo un cadáver que vengar en vez de un soberano que restablecer en el trono, llorando como una mujer y sintiendo su heroísmo y disimulo perdidos; destinado en fin á consumir una revolución por la imposibilidad de ceder á una rebelión, coronando con indiferencia á un niño á quien su victoria elevaba al supremo poder, ejerciéndole vigorosa pero duramente, estraviado en una capital corrompida entre las intrigas de un serrallo á quien ofende y los resentimientos de una milicia á quien amenaza, perdiendo toda esperanza de salvar el imperio, pero fiándose en su sable, refugiándose en el amor, durmiéndose en la voluptuosidad y despertado por las ediciones, las llamas y la muerte, he aquí Baraiktar.

Los bulgaros, albaneses y pastores de las orillas del Danubio cantan todavía las leyendas salvajes y tiernas de su vida y suplicio, como las de Scanderbeg y de Czerni-Jorge; los turcos le olvidan; gran hombre, pero mal ministro, nacido mas bien para la guerra que para el gobierno, el visir perjudica al héroe.

LV

Los oradores de los cafés de Stamboul citan algunos rasgos de arrojada justicia que recuerda las aventuras de los califas.

La jóven viuda de un rico comerciante turco vivía en la ciudad de Galata, encima de la tienda de un jóven cristiano, nacido en una de las montañas de Albania á quien todos admiraban por su maravillosa hermosura. Vendía esas telas de Caramania, alfombras, joyas y perfumes de Oriente, con los cuales sueñan las odaliscas del serrallo, en los países de reclusión de las mujeres, como el único consuelo de su esclavitud.

Apénas adolescente, ociosa, rica, sin familia en Constantinopla, sin mas gasto que una ó dos esclavas, antiguas guardianas en otro tiempo, y ahora complacientes servidoras, la jóven viuda, nacida en una isla del Archipiélago, pasaba sus días detrás de una de las rejas de los balcones, desde donde podia ver de vez en cuando al hermoso tendero, cuando entraba en su almacén ó tomaba el fresco en la calle

Enamoróse de él con un amor irritado por la continua contemplacion y la soledad, pero aquel amor, aunque mudo era un sacrilegio, puesto que la ley turca prohíbe bajo pena de muerte, toda union entre un musulman y un giaour. Esperaba vagamente que su bello rostro y la posesion de sus riquezas decidiria al jóven cristiano á renegar por ella de su fé.

Usó de toda clase de astucias para conseguir que el comerciante entrase en su casa, mas ninguna venció el terror que inspira á un cristiano la habitacion de una musulmana, donde no puede penetrar sin crimen. Concluyó por enviar sucesivamente á sus esclavas á comprar casi toda la tienda del cristiano y cuando llegó el momento de liquidar la cuenta, aparentó no comprenderla, negó lo que habia recibido y reclamó por sus mujeres sobre tantos precios y tantos objetos que era inevitable una entrevista personal para zanjar aquella especie de caos comercial. El jóven, cuya fortuna casi entera se hallaba comprometida en aquel litigio simulado, no vaciló en arriesgar su vida para salvar su única riqueza. Subió la escalera interior de la casa de la bella turca y fué introducido por una esclava de confianza en su habitacion. A su aspecto, quedó deslumbrado; confésale ella su pasion y astucia y se amaron y fueron felices algunos meses, no obstante lo mucho que

temian que se descubriese aquel comercio misterioso, que sin embargo ocultaban á todas las sospechas las paredes de una casa comun. Proponianse huir ambos para unirse en un país cristiano en cuanto pudiesen llevar sus riquezas á una tierra libre.

El terror mútuo que corrompia sus esperanzas y alegrías y su misma y recíproca hermosura fijaban las miradas y pensamientos de sus vecinos. Ninguno empero sospechaba sus relaciones; mas la conviccion de su falta y de su peligro atormentaba siempre la suprema felicidad del jóven griego, el cual creía que lo llevaba escrito en su rostro. Todas las miradas le turbaban; el remordimiento le perdió.

Un dia que habia subido por la escalera secreta á casa de su novia, cuatro genizaros, sin la menor sospecha, entraron en su tienda á comprar algunos perfumes para sus mujeres. El niño, que cuidaba de ella durante la ausencia de su amo, no encontró en las urnas ni cofres los aromas que pedian. Insistiendo los genizaros y obstinándose al fin á esperar al amo, el niño intimidado fué á buscarle. El jóven griego vió en aquella casualidad una intencion, y en la insistencia de los genizaros en esperarle la premeditacion de probarle su crimen y prenderle. Llegó pues tan pálido, desconcertado y balbuciente que llamó la atencion de los genizaros que, á fuerza de

averiguar las causas de su temor, descubrieron sus relaciones. Conducido delante del cadí, fué condenado al suplicio por haber violado el haren de un musulman.

Pues bien informado de todo Baraiktar, desechó el fallo y recomendó á los amantes que huyesen de la venganza no de las leyes, sino del fanatismo. protegiendo él mismo su viaje á Albania donde se bendice todavía su nombre por tanta clemencia.

LIBRO TRIGÉSIMO SÉPTIMO.

I

La muerte del sultan Mustafá IV y el advenimiento al trono del jóven y desventurado Mahmoud II no habian inspirado interés ni compasion al árbitro del mundo, Napoleon, el cual seguia catequizando despues de la paz al emperador de Rusia, Alejandro, con una parte inmensa de los despojos del imperio otomano, permitiéndole continuar contra el jóven sultan una guerra desigual en Valaquia y Moldavia.

averiguar las causas de su temor, descubrieron sus relaciones. Conducido delante del cadí, fué condenado al suplicio por haber violado el haren de un musulman.

Pues bien informado de todo Baraiktar, desechó el fallo y recomendó á los amantes que huyesen de la venganza no de las leyes, sino del fanatismo. protegiendo él mismo su viaje á Albania donde se bendice todavía su nombre por tanta clemencia.

LIBRO TRIGÉSIMO SÉPTIMO.

I

La muerte del sultan Mustafá IV y el advenimiento al trono del jóven y desventurado Mahmoud II no habian inspirado interés ni compasion al árbitro del mundo, Napoleon, el cual seguia catequizando despues de la paz al emperador de Rusia, Alejandro, con una parte inmensa de los despojos del imperio otomano, permitiéndole continuar contra el jóven sultan una guerra desigual en Valaquia y Moldavia.

« Los turcos, » dice el historiador que hemos citado ya, « parecían tocar al término de su existencia « desde la caída de Selim III, y Napoleon reflexionaba sobre la conveniencia de concluir con aquella « ruina siempre amenazadora; pensaba tambien que « podría ser la mejor ocasion para apoderarse de todas « las costas del Mediterráneo sirviéndose del afecto « que inspiraba á Rusia para enviar un ejército á las « Indias al través del continente repartido del Asia. « Aunque quiméricos, » añade el historiador del imperio, « á los ojos de una generacion habituada, « como la nuestra, á ordinarias empresas, no deben « juzgarse estos proyectos de nuestro punto de vista « presente, sino por el contrario considerar que el « hombre que los concebía podía erigir ó destronar « á su antojo los reyes, disponer con una sola palabra de las grandes monarquías de Europa, y si bien « en vuestro concepto se engañaba, no debe creerse « que estimamos exactamente su error estimándole « con nuestras ideas nuevas, pues si así juzgáremos, « nuestra insignificancia se engañaría tanto como « se engañó su poderío. »

Esta política, juzgada al través del prisma de la gloria militar por un historiador á quien la gloria seduce y deslumbra con frecuencia, no era grandiosa mas que por sus quiméricos proyectos. Las impre-

visoras atenciones de Napoleon con Rusia fueron las que llevaron tan deplorablemente á Francia, en 1814 y 1815, á las empresas ordinarias que censura el patriotismo del historiador. Declaranos desdeñosamente incompetentes para estimar con nuestra insignificancia las desmesuradas proporciones de un héroe; pero engañase en esto así como en la apreciacion de la diplomacia rusa entónces de Napoleon. Los proyectos quiméricos no son nunca grandes en un hombre de Estado, y la razon jamás es pequeña en un filósofo verdaderamente político.

La fatal tendencia de Napoleon á sacrificar el Oriente á Rusia fué la que sembró tantas dificultades en el reinado de Mahmoud II, haciendo sucumbir con tanta frecuencia á este príncipe abandonado por sus naturales apoyos, en medio de sus esfuerzos sobrenaturales para regenerar á su país. Francia expía hoy aquellos pensamientos vanamente engrandecidos por el idólatra de gloria de los panegiristas del imperio.

II

La anarquía de Constantinopla durante las dos revoluciones del serrallo, que acababan de servir tan

fatalmente á los rusos, habian desorganizado el ejército otomano. Olvidando con todo intento Napoleon su mision de mediador que le conferia el tratado de Tilsitt, habia permitido á los rusos que volviesen á comenzar sus hostilidades en el mes de abril de 1809. El general Miloradowitz, despues de haber batido á los turcos en Giurgewo, habia pasado el Danubio y apoderádose de Isaacky. La complicidad de Czerni-Jorge, jefe de la Servia sublevada por él, desmembraba el imperio en el Occidente, miéntras que Tor-mazof, prolongando los piés del Cáucaso, abrumaba al bajá de Trebisonda.

Czerni-Jorge, cuyo nombre se ilustró, como el de Washington, por la emancipacion de una raza oprimida, los servios ó serbos, no habia nacido en Servia sino en Francia, en un pueblo de las inmediaciones de Nancy. Aprendió la guerra y el patriotismo en las campañas revolucionarias de 1792; mas indignado por un castigo disciplinario inmerecido, se pasó al ejército austriaco, cuya lengua hablaba. Acantonado con su regimiento en Transilvania y rebelde siempre al yugo de la disciplina, mató en desafío á un oficial que le habia humillado, y huyendo del suplicio, se refugió en Servia, donde vivió primero como facineroso y despues como jefe de otros bandidos en lo interior de las vastas sierras de dicha

provincia. Sus bandas, atacadas por los turcos y reclutadas por el patriotismo de los serbos, se transformaron en ejércitos, y el aventurero pasó de bandido á general. Desarrollándose su genio con su fortuna militar, conquistó Belgrado, hizo una alianza con los rusos cuyo patronato en su pais reconoció, fundando un gobierno libre bajo la forma de senado servio, del cual se erigió protector y mas frecuentemente tirano. Obligada Turquía en 1803 á humillarse delante de un rebelde, reconocióle por un tratado hospodar de Servia.

Al primer aviso de Alejandro, en 1809, Czerni-Jorge volvió á tomar las armas, y unido su ejército al de los rusos, pasó las montañas y sublevó á los montenegrinos. El bajá de Bosnia sucumbió á manos de los servios abandonádoles la capital, Novi-Bazar.

Miéntas se consumaban los desastres de Bosnia, el principe Bagration, repasando el Danubio, conquistaba Hirsowa, y Braïlow, en la orilla derecha

del rio; mas Pehlivan-Bajá detuvo la invasion de los rusos en Tatarizza, arrollándolos mas allá del Danubio.

En marzo de 1810 comenzaron de nuevo las hostilidades, y el gran visir Kios-Yusuf-Bajá reunió su ejército en Schumla. El conde de Langeron, emigrado francés, naturalizado como el duque de Richelieu, por su valor y talentos, en los ejércitos del ezar, sitió y tomó Silistria. Schumla rechazó con éxito el sitio y bloqueo de los rusos, y alentado por la retirada de estos, el gran visir partió de allí con treinta mil hombres para socorrer á Rustschuk; mas arrollados los turcos á su vez, perdieron en el combate tres mil muertos y treinta y dos banderas.

El general conde de Saint-Priest, otro refugiado francés, que habia obtenido por su mérito el cargo de comandante general de un cuerpo de ejército ruso, tomó la plaza de Sistowa, destruyendo hasta los fundamentos de la ciudad. Doce mil habitantes, hombres, mujeres, niños, ancianos, se dispersaron sin pan, ni vestidos, ni asilo, en las sierras del Balkan. Los pichones domesticados, huéspedes á la vez numerosos y fieles de las ciudades turcas, fueron los únicos que continuaron, dice la crónica búlgara, arrullando sobre las ruinas de Sistowa.

Rustschuk capituló con Langeron, y de este modo

Rusia consiguió con proseritos expulsados de su patria expulsar de sus lugares á otras razas proscritas.

A la muerte del generalísimo ruso Kaminski, encargóse Kutusof del mando en jefe de la campaña de 1811.

IV

Ahmed-Bajá, el bizarro defensor de Ibraïlof, fué nombrado gran visir, y animando con su energía á sesenta mil hombres aguerridos en aquella larga lucha, arrolló en la batalla de Rustschuk á Kutusof, mas allá del Danubio, entrando vencedor en la plaza reconquistada, y pasando despues en persona el rio por dos puntos que no conocian los rusos, acampó en su orilla izquierda.

Mientras que ambos ejércitos, igualmente fortificados en su campamento, parecian observarse, Kutusof, engañando á Ahmed, lanzó una columna de ocho mil hombres á la orilla derecha, atacó por sorpresa la reserva turca en Rustschuk, llenando de espanto con tan hábil maniobra al ejército principal de Ahmed. Creyéndose cortados los tureos abandonaron

su campamento y á su general, repasando desordenadamente el río y sembrando el mayor pánico en todas partes: una flotilla rusa, dueña del río, barria á la vez ambas orillas.

A un armisticio, humillante para los turcos, siguieron las negociaciones de paz de Bucharest, firmándose esta el 28 de mayo de 1812, sin modificar apenas las fronteras. Rusia, en guerra otra vez con Napoleon, limitaba lo mas posible sus exigencias para no tener que combatir dos enemigos á la vez. Napoleon pasaba el Niemen con cuatrocientos mil hombres, el dia en que Rusia se apresuraba á desarmar la Puerta. Respecto á Mahmoud II indignóse tanto por tener que entregar á los rusos las embocaduras del Danubio, que concibió contra los genisaros, causa de los reveses de la última campaña, mayor desprecio y ódio sin disimularlos siquiera á sus confidentes.

Napoleon, que siempre fué mejor soldado que político, desdeñó los dos mismos aliados que la naturaleza le ofrecia como auxiliares: los polacos y los otomanos; no ofreció la libertad á Polonia, ni la seguridad á Turquía. Marchó pues sin base á Moscú, permitiendo que el ejército de Kutusof, disponible por la paz de Bucharest, cayese sobre sus flancos en Polonia, acabando así con la parte que habia resis-

tido al invierno. Una alianza previa con Mahmoud y el envio de un ejército de aliados sobre el Danubio por la Dalmacia ántes de invadir Rusia, hubiera ocupado trescientos mil rusos en este río y el Pruth y evitado el desastre supremo de Berezina.

Su oferta de repartir el imperio otomano, cuando no tenia mas aliado natural que él, recibió su castigo en un río de Rusia. En política siempre sufrimos las consecuencias de nuestras faltas, sin saber el dia ni la circunstancia en que será. La fatalidad no es mas que una palabra con la cual trata el hombre de excusar sus imprevisiones. El hombre lleva consigo su fatalidad. La de Napoleon, en 1812, fué haber vendido la Polonia por complacencias hácia el Austria, y la Turquía á adulaciones hácia Alejandro.

V

Mahmoud aprovechó la paz con los rusos para someter á los servios, á quien la misma arrebatava el apoyo de los rusos. Kourchid-Bajá avanzó por Bosnia sobre Belgrado, mientras que otro ejército lo hacia por el valle de Nissa. Enervado Czerni-Jorge por

una larga paz y envidiado por los jefes secundarios de la Servia, refugióse, despues de una vana tentativa de resistencia, en el territorio austriaco. El libertador de la Servia concluyó por ser un proscrito vulgar, asalariado por Rusia para agitar á los serbos; vendido y entregado por un boyardo servio, cuya hospitalidad habia recibido en una de sus secretas vueltas á Servia, fué decapitado por sus enemigos, muriendo como aventurero despues de haber comenzado como bandido, combatido como héroe y terminado como tráfuga.

Belgrado volvió á caer en poder de los turcos, mas su venganza contra los servios cómplices de la independencia de los turcos, sublevó nuevos libertadores. Milosch Obrenowich, rival de Czerni-Jorge, escapándose de Belgrado, dió el grito de alarma en las montañas.

En su infancia habia sido simplemente pastor; hizole la naturaleza alto, la guerra de la independencia valiente, la necesidad político. Una reunion de todos los servios, jefes de aldea, le proclamó jefe supremo del movimiento en una iglesia de aldea de la alta Servia. El grito de: « Guerra á nuestros opresores » fué su única arenga; todos los ecos de las montañas y valles le contestaron. Vencedor de Kourchid-Bajá, en todos los encuentros, Milosch, que no

deseaba romper sino simplemente aliojar los lazos de vasallage con Turquía, fué con toda confianza al campo de Kourchid para tratar de las condiciones de la paz. La Servia, libre y pacificada, no fué desde entónces mas que un Estado tributario bajo el gobierno hereditario del príncipe Milosch, el cual aunque soberano de un principado igual á un reino, no sabia firmar su nombre.

« No sabiendo escribir, » dice en su proclama á los servios, « he dispuesto que, mi hijo menor Miguel escriba mi nombre y apellido en este acto, sellán-dole despues yo mismo para probar que emana de mi. »

Quince años despues de estos sucesos, el autor de este escrito recibia la hospitalidad en la familia real, aunque siempre patriarcal, de aquellos pastores que llegaron á ser reyes de las sierras de la Servia.

La caída de Napoleon, la restauracion de la casa de Borbon en Francia y la paz del mundo prometian á Mahmoud II una política de mas equilibrio y por

consiguiente mas equitativa para el imperio otomano. Es preciso confesar tambien, y sea dicho para gloria de la virtud régia, que la magnanimidad y moderacion del emperador de Rusia, Alejandro, y de sus ministros, correspondian providencialmente á las esperanzas generales del universo político, ofreciendo al sultan, si hubiera tenido ministros dignos de él, circunstancias favorables para la regeneracion del orden interior y del ejército en Turquía. Al apagarse Napoleon, parecia apagarse el fuego de la guerra universal que consumia Europa y Asia hacia diez y seis años. Pueblos y principes respiraban; la paz y la libertad devolvian á las naciones lo que habian perdido en gloria militar y conquistas.

Mas el imperio otomano, aunque gobernado por un sultan á quien no faltaba mas que la fortuna para ser un grande hombre, no participaba de la pacificacion del globo. Sus malas instituciones, nacidas para la conquista, se acomodaban tan mal con el estado de paz, como ineptas eran, por el desuso de las cosas, para el estado de guerra. El *sistema de administracion de las provincias á destajo* por bajás cuya muerte era su única responsabilidad, y el sistema pretoriano de los genízaros, que eran el terror del trono, y la indisciplina del ejército, enervaban el imperio cuando no lo desmembraban. Mahmoud

luchaba penosa y hasta desgraciadamente contra estos dos vicios crónicos del imperio. Sus bajás se hacian rebeldes desde que cesaban de ser esclavos.

La situacion de la Arabia, Albania, Servia, Valaquia, Moldavia, de la regencia de Argel, Túnez, Trípoli, Siria, del monte Libano, en fin de Egipto, ese reino de los Faraones, parecian mas bien una confederacion de anarquías que un imperio. En Arabia, los Wahabitos, secta que se hizo independiente por fanatismo, poseian las dos ciudades santas, la Meca y Medina, y cerraban los caminos de las peregrinaciones á las caravanas anuales de los musulmanes. En Albania, Ali, bajá de Janina, fundaba un imperio albanés, con algunos crímenes, siguiendo las huellas de los herederos de Scanderbeg. En Africa, los vireyes barbarescos, independientes hacia mucho tiempo, no recibian su investidura mas que de sus puñales. En Siria, el bajá de San Juan de Acre, imitador de Daher, no obedecia mas que á sus caprichos. En el Liban, el emir Beschir, príncipe de los Drusos idólatras y de los Maronitas cristianos, acampaba, como *el viejo de la montaña*, en la inaccesible fortaleza de Dar-el-Camar, en la cúspide de los montes, y bajaba cuando queria con cuarenta mil intrépidos montañeses, unas veces al valle de Damas, otras á las llanuras de Beirouth y de Saida,

para combatir á las tropas de los bajás. En Servia, un príncipe, surgido de la rebelion; en Valaquia, hospodares nombrados por la Puerta, pero aprobados por la Rusia, regateaban los tributos y discutian la obediencia. En fin, en Egipto, un hombre equívoco, ora el instrumento, ora la plaga de los turcos, meditaba con audacia astutamente disimulada, fundar una soberanía hereditaria en las orillas del Nilo, y además en Arabia y Siria. Sobrado útil para ser desaprobado, sobrado obsequioso para ser depuesto, sobrado temible para ser castigado, Mehemet-Alí, bajá de Egipto, era para Mahmoud mas bien aliado que vasallo, y de aquí á ser rebelde y enemigo, no habia mas que tiempo y circunstancias.

Contemos como este hombre, que hemos visto surgir, prosperar, reinar y morir, se habia elevado al vireinato de Egipto sobre las ruinas de los mamelucos, turcos, franceses, ingleses, en la tierra de Ptolomeo.

VII

Mehemet ó Mohammed-Alí era hijo de un oscuro aga de la Cavala, pequeño puerto de Epiro, donde

desempeñaba su padre las funciones de vigilante de caminos. Huérfano muy pronto, el tehorbadjí, ó intendente de aquella villa, le educó por caridad con sus hijos. Alí, aunque adolescente, para mantener á su madre vendia tabaco de Salónica en una tiendecilla del bazar. Merced á su inteligencia y actividad mereció la estimacion del tehorbadjí, el cual le encargó de cobrar los impuestos en los pueblecillos inmediatos que no pagaban al recaudador, dándole con este motivo el empleo militar de bouluk-bachi.

Una viuda de la Cavala, parienta del intendente, fué deslumbrada, como la primera esposa del Profeta, por la fisonomía y aptitud de Mehemet y se casó con él, abandonándole su comercio de tabaco y dándole en pocos años sus tres primeros hijos, Ibrahim, Toussoun é Ismail, que fueron despues guerreros, bajás y príncipes en Egipto bajo la direccion de su padre.

Un comerciante marsellés, llamado Lion, dedicado al comercio de tabaco en la Cavala, estaba tan prendado de la sociedad del jóven tendero, que conversaba á menudo con él, transmitiéndole así las primeras nociones y emulaciones de las cosas de Europa. Por eso tuvo tanta predileccion por Francia, que la guerra, las artes, la urbanidad de sus habitantes y el recuerdo de su bienhechor, le hicieron

afeccionar mas que las otras naciones. Su reconocimiento, como el del gran visir Topal, fué despues á buscar en Francia el viejo que habia abierto á sus ojos el horizonte de la moderna civilizacion.

VIII

En aquella época reclutaba el sultan Selim III un ejército para librar Egipto de la inmotivada invasion de los franceses. El gobernador de la Cabala levantó trescientos epirotos en las montañas para incorporarse en Egipto al ejército del gran visir, confiriendo á su hijo el mando de aquellos voluntarios. Mehemet-Alí acompañó como amigo de la familia al hijo de su protector en aquella expedicion. Cansado el jóven turco de la navegacion y de las fatigas de la campaña, no tardó en volver á la Cavala, dejando el mando de su tropa á Mehemet-Alí, que tenia el título de coronel ó bim-baschi.

Una vez dado este salto, marchó rápidamente á los empleos superiores al través de todas las vicisitudes del dominio alternativo de los turcos, mamelucos, albaneses, franceses, ingleses, árabes, que se

sucedieron en el Cairo y Alejandría. Distinguido por todos los vireyes y almirantes á quien la Puerta encomendaba la reunion del Nilo al imperio, siempre mandó un cuerpo de albaneses, ya como auxiliares, ya como opresores de los vireyes, defendiendo con ellos el Cairo contra los mamelucos y mereciendo grande popularidad entre los árabes de la capital por el vigor con que castigaba las tiranías soldadescas de sus propias tropas. El reconocimiento de Kourchid-Bajá le valió el mando de los turcos, ya contra los tiranos circasianos de Egipto, ya contra los wáhabitas del desierto de Arabia.

Habiéndole nombrado la Puerta baja de Djedda y viendo en dicha investidura un subterfugio del virey Kourchid para alejarle honorablemente del Cairo, fomentó una sedicion elevándose revolucionariamente á la dignidad de virey. Encerrado Kourchid en la ciudadela, negóse á oír la voz del pueblo y bombardeó á la ciudad, por la cual estaba bloqueado en el monte Mokallam. Constante la Puerta en la costumbre de dar la razon al vencedor popular y negársela al vencido desgraciado, envió al capitan-bajá á Alejandría para deponer á Kourchid y conferir al rebelde Mehemet-Alí el vireinato de Egipto.

Despues de largas negociaciones, consintió Kourchid en entregar la ciudadela al nuevo virey salien-

do de noche por la puerta del Desierto con un puñado de servidores fieles y embarcándose para Constantinopla. Le reservaba la suerte todavía combatir en Tesalia á un nuevo rebelde, al bajá de Janina, y vencerlo, recibiendo como recompensa de sus victorias el cordon por mano de los verdugos.

IX

Los únicos enemigos que se resistian á ceder á Mehemet-Ali fueron los mamelucos, milicia circasiana, tiranos feudales de Egipto; pero unas veces con negociaciones, otras con las armas, el hábil virey los doblgó, subyugó, engañó y condujo paso á paso al lazo que les tendia reuniendo sus quinientos begs ó jefes en el Cairo sin la menor desconfianza.

So pretexto de hacer una expedicion contra los wahabitas, tenia en la ciudadela un cuerpo de cuatro mil hombres, mandados por su hijo favorito, Toussoun Bajá. El viernes 1º de marzo 1811 debia este bajar con gran pompa á la ciudad para invocar en la mezquita la proteccion de Allah ántes de la salida de su ejército para Arabia. Todas las autoridades ci-

viles, religiosas y militares de Egipto estaban convidadas á subir á la ciudadela para acompañar al jóven bajá y á su ejército en la procesion á la mezquita. Los quinientos setenta begs mamelucos y sus jefes, Chaim-Beg (el elfy) debian subir á caballo con su séquito de kiayas, saijs, servidores y esclavos, es decir que la aristocracia circasiana toda entera estaba convidada á expiar su larga tiranía sobre egipcios, árabes y turcos.

Mehemet-Ali habia combinado su venganza con una astucia y misterio que favorecian la disposicion de aquellos lugares. La naturaleza le ofrecia el sitio mas á propósito para su carnicería. Un camino estrecho, de difícil subida, con salientes rocas por un lado y por el otro precipicios y casas cuyos terrados le dominaban enteramente, una especie de camino cubierto que vá desde el Cairo á las puertas y patios de la ciudadela que corona el monte Mokattan. El palacio del virey está dentro de la ciudadela, y el ejército de Toussoun-Bajá estaba sobre las armas en los cuarteles y patios.

Temiendo Mehemet que se divulgase la venganza de Egipto, no dió la orden de acuchillar hasta el último momento á un pequeño número de generales, á cada uno de los cuales seguia paso á paso un confidente mas instruido y mas resuelto á toda clase de

do de noche por la puerta del Desierto con un puñado de servidores fieles y embarcándose para Constantinopla. Le reservaba la suerte todavía combatir en Tesalia á un nuevo rebelde, al bajá de Janina, y vencerlo, recibiendo como recompensa de sus victorias el cordon por mano de los verdugos.

IX

Los únicos enemigos que se resistian á ceder á Mehemet-Ali fueron los mamelucos, milicia circasiana, tiranos feudales de Egipto; pero unas veces con negociaciones, otras con las armas, el hábil virey los doblgó, subyugó, engañó y condujo paso á paso al lazo que les tendia reuniendo sus quinientos begs ó jefes en el Cairo sin la menor desconfianza.

So pretexto de hacer una expedicion contra los wahabitas, tenia en la ciudadela un cuerpo de cuatro mil hombres, mandados por su hijo favorito, Toussoun Bajá. El viernes 1º de marzo 1811 debia este bajar con gran pompa á la ciudad para invocar en la mezquita la proteccion de Allah ántes de la salida de su ejército para Arabia. Todas las autoridades ci-

viles, religiosas y militares de Egipto estaban convidadas á subir á la ciudadela para acompañar al jóven bajá y á su ejército en la procesion á la mezquita. Los quinientos setenta begs mamelucos y sus jefes, Chaim-Beg (el elfy) debian subir á caballo con su séquito de kiayas, saijs, servidores y esclavos, es decir que la aristocracia circasiana toda entera estaba convidada á expiar su larga tiranía sobre egipcios, árabes y turcos.

Mehemet-Ali habia combinado su venganza con una astucia y misterio que favorecian la disposicion de aquellos lugares. La naturaleza le ofrecia el sitio mas á propósito para su carnicería. Un camino estrecho, de difícil subida, con salientes rocas por un lado y por el otro precipicios y casas cuyos terrados le dominaban enteramente, una especie de camino cubierto que vá desde el Cairo á las puertas y patios de la ciudadela que corona el monte Mokattan. El palacio del virey está dentro de la ciudadela, y el ejército de Toussoun-Bajá estaba sobre las armas en los cuarteles y patios.

Temiendo Mehemet que se divulgase la venganza de Egipto, no dió la orden de acuchillar hasta el último momento á un pequeño número de generales, á cada uno de los cuales seguia paso á paso un confidente mas instruido y mas resuelto á toda clase de

crímenes; desde la aurora se hallaban reunidos estos jefes á su vista y proximidad en su divan. La víspera habia promulgado él mismo el orden de la marcha: los scheiks, ulemas, mamelucos y los diferentes cuerpos del ejército debian descender procesionalmente desde la ciudadela á la mezquita del Cairo. Abrian la marcha los delis mandados por Toussoun-Alí, y seguían los genizaros, scheiks, magistrados, el clero y albaneses á las órdenes de su general Salih-Koch, cuerpo tan á propósito para ser verdugos como soldados; marchaban pues con entera confianza los mamelucos, montados en caballos cuyos arneses estaban llenos de pedrerías, y escoltados cada uno de un grupo de pajes, saijs y esclavos nubianos, lujo y fasto de sus casas. La infantería y caballería del ejército de Toussoun, con las armas cargadas, acompañaban cual la sombra invisible de la muerte, á aquellas tristes víctimas que no tenian el menor presentimiento de su suerte. El camino, practicado en la roca misma, presentaba salientes y enormes picos y continuos recodos, de manera que no pudiendo ir dos caballos de frente, ni podian maniobrar ni volver sus caballos, ni siquiera huir aquellos desventurados mamelucos precedidos, seguidos y dominados en aquel despeñadero del monte Mokattam.

Apenas habian salido de las puertas de la ciudadela para ocupar el silio que se les habia asignado, cuando el general de los albaneses, Salih-Koch, mandó cerrar estas y dió la señal de muerte á la infantería que les seguía y á los albaneses que los precedian. Unos y otros saltaron del camino á las rocas y terrados de las casas que guarnecen la cornisa, escogiendo los sitios escarpados que eran inaccesibles á los caballos, y desde allí asesinaban uno á uno los mamelucos que dominaba el cañon de sus fusiles, llenando á su antojo el desfiladero de cadáveres de hombres y caballos, sacrificados sin poder defenderse ni huir de sus balas. A los primeros tiros que los diezmaron, los mamelucos intentaron vanamente volver sus caballos para meterse en la ciudadela. El corto espacio, la confusion, los caballos que saltaban, los cadáveres de estos animales no les permitian moverse; crece el fuego, aumenta la muerte, y precipitándose á tierra tirando las pellizas y sus sables para morir combatiendo; pero en vez de enemigos no encuentran mas que puertas cerradas, rocas inaccesibles, terrados cubiertos de soldados que bien parapetados los fusilan.

Su jefe, el elfy Chaim-Beg, fué uno de los últimos que cayeron al llegar á las puertas del palacio del Saladin. Todos los que respiraban aun fueron

decapitados por los albaneses, y sus cabezas formaron verdaderas pirámides en los patios. El cuerpo de Chaim-Beg fué arrastrado en el camino con una cuerda al cuello, cual el de un animal inmundo. La ciudadela é inmediaciones, dice un testigo, parecian un circo sangriento despues de un combate de gladiadores; todo estaba regado de sangre; los muertos obstruian el camino; los caballos, lujosamente enjaezados, palpitaban todavía tendidos al lado de sus amos inanimados; los saijs, servidores y esclavos que seguian á pié á los mamelucos, heridos por las mismas balas, espiraban cerca de ellos; las armas rotas, los caftanes teñidos de sangre empolvada, los turbantes y puñales con mangos de pedrerías, las fajas de cachemira, las pistolas adamascadas, cubrian el camino y pasaron á manos de los asesinos.

Un mameluco solamente, Amin-Beg, de los quinientos setenta, escapó por un milagro de audacia y merced al brio de su caballo árabe, á la muerte de la raza entera. Habiéndose detenido en los patios de la ciudadela por una casualidad y tratando de incorporarse á los begs que ya estaban en el desfiladero, vió con sorpresa que cerraron las puertas y oyó los primeros tiros y clamores de la venganza. Presagiando la muerte que le esperaba, midió con una rápida mirada la altura de la muralla de la ciudadela

por la parte ménos escarpada del monte Mokattam, llevó á su intrépido corcel al parapeto para que comprendiese el pensamiento y terror de su amo, alejose para tomar distancia, y volviendo al galope, salta el parapeto y foso, y cae desde una elevacion de sesenta piés en un estercolero que naturalmente favoreció la caída. Levanta su caballo á quien apenas habia aturdido el salto, vuelve á montarle, huye y desaparece, sin haber sido alcanzado, en el desierto, desde donde marchó al Alto-Egipto. Todavía enseñan hoy en la ciudadela del Cairo el parapeto, el foso y el abismo llamado el *Salto del Mameluco*.

X

Sentado Mehemet con aparente impasibilidad en su divan, escuchaba con ansiedad los rumores exteriores de la lucha, dudando, no del crimen, sino del éxito. Varias veces creyó oír á sus víctimas, salvadas por la compasion de sus verdugos, refluir sable en mano hácia su palacio para inmolarle á él. Su palidez, que notaron los que lo rodeaban, al oirse los

primeros tiros, revelaba sus angustias. Las primeras cabezas que arrojaron á sus piés le devolvieron el color, no la palabra. Un médico genovés, de su casa, felicitóle por su victoria diciéndole: « Es un bello día para Vuestra Alteza. » — « Dadme de beber, » respondió Mehemet-Alí, bebiendo mucha agua sin respirar, como para apagar una sed febril largo tiempo reprimida. Fué la única señal de emoción que dió aquel asesino de toda una raza. Desde aquel día, el Egipto pertenecía á los turcos, y él consideraba al través del humo de la sangre el día en que le pertenecería á él.

Aquella carnicería, ordenada por el sultan y premeditada con tanta astucia por el bajá, fué el preludio de la de los genizaros. Solo con el asesinato se purga la tiranía soldadesca fundada con él mismo. La anarquía es el camino del asesinato, y este el camino de la anarquía. ¡Desgraciados los gobiernos del sable!

El Cairo fué abandonado por espacio de dos dias al pillage y escesos de los soldados que habian asesinado á los mamelucos; su recompensa fué el saqueo de una capital. Mehemet-Alí no se atrevia á castigar á los que tan bien le habian servido. El cansancio y el goce de los crímenes fueron los únicos que despues de tres dias de robo, violaciones y muerte res-

tablecieron el silencio en el Cairo, la disciplina en el ejército.

XI

Un niño de diez y seis años, Toussoun-Bajá, precoz en talento y valor, dirigió la expedición contra los wahabitas. Esta secta recibió su nombre y doctrina de Abd-el-Wahab, jefe del pueblo de Ayeyneh, cuya historia tiene mucha analogía con la del Profeta, fundador del islamismo; nacido, bajo la tienda de campaña de una tribu árabe, de un padre opulento para aquellas comarcas, enviado á Bassorah á fin de estudiar la religión y las letras árabes, de vuelta en su tribu mas instruido y fanático que sus compatriotas, animado de una sed ardiente de perfección moral para si mismo y para el islamismo cuya pureza habia alterado tanto el tiempo, peregrino piadoso de la Meca y de Medina, donde iba á invocar sobre su cuna y tumba la inspiración del Profeta, casado con una jóven de la tribu de Horeymla, expulsado de esta por sus importunas predicaciones contra los vicios de los musulmanes corrompidos,

recogido por Mohammed-ben-Sooud, jefe poderoso de la ciudad de Derreayeh, capital de una de las provincias mas apartadas de la Arabia, adoptado como reformador y como profeta por los árabes, vasallos de Ebn-Sooud y de Abdelazis, su hijo, Abd-el-Wahab habia muerto en Derreayed, á la edad de noventa y cinco años, dejando una secta para reformar el islamismo y un pueblo para defender y propagar su reforma.

Abdelazis, discípulo y soldado suyo, habia atacado la Persia, incendiado ciudades, conquistado la Meca, interrumpido las peregrinaciones, indignando con este sacrilegio á los mahometanos de la secta de Omar. Un persa fanático no vaciló en esponer su vida para vengar la tumba sagrada, cosiendo á puñaladas en plena mezquita á Abdelazis. El hijo y sucesor de este príncipe asesinado, Sooud luchaba con persas y turcos para vengar la muerte de su padre, á la cabeza de un ejército árabe de cuarenta mil wahabitas, y hacia temblar á Bagdad y á Bassorah. No pudiendo el sultan reprimir las agitaciones de la Arabia, habia ordenado á Mehemet-Alí que enviase el ejército de Egipto contra los Wahabitas. El virey del Cairo deseaba ardientemente distinguirse á los ojos de los turcos, egipcios y árabes, dispensando á los musulmanes aquel nuevo servicio. Esterminando

á los wahabitas y reconquistando la libertad de las santas peregrinaciones consagraria su nombre con el reconocimiento de los que profesaban el culto del Profeta.

Toussoun-bajá reconquistó lentamente á Medina y la Meca; mas era tanta la impaciencia de Mehemet-Alí para purgar el desierto de aquella secta armada que renacia de sus derrotas, que marchó en persona el 8 de marzo 1813, para la Meca, á la cabeza de un segundo ejército. El hijo de Abdelazis, Sooud, acababa de morir en su capital de Derreayeh á la edad de sesenta y ocho años, dejando un nombre venerado, un ejército numeroso, una ciudad que pasaba por inexpugnable y cuatro hijos para continuar su mision de reformador. Abdallah-ben-Sooud, su hijo primogénito, heredó el protectorado de los wahabitas.

La arabia entera fué transformada en un vasto campo de batalla. El ejército del bajá de Egipto, dividido en tres cuerpos, uno á las órdenes de su hijo Toussoun, otro á las de Hassan-Beg, su jefe mas experimentado, y el tercero mandado por él mismo, luchó por espacio de tres años con alternativas de grandes reveses y triunfos, contra los prosélitos intrépidos de Abd-el-Wahab.

Una paz tímida, ajustada con Toussoun-Bajá por

Abdallah-ben-Sooud, permitió al virey volver al Cairo, donde le esperaba una conspiracion de sus generales, á quienes disgustaba la disciplina europea que establecia entre sus tropas. Retirándose este en la ciudadela estermínó con su guarnicion á los conjurados, consiguiendo al fin armar y pacificar fuertemente á Egipto con su disciplina é instituciones calcadas en las de Europa. El monopolio del comercio de granos, que él solo explotó arruinando así á agricultores y comerciantes, llenó las arcas de su tesoro. Su hijo querido Toussoun, murió de la peste en el Alto Egipto,

No tardaron los wahabitas en sublevar de nuevo la Arabia y así tuvo que mandar contra ellos á su hijo Ibrahim, nacido para la guerra, y que se ha hecho despues, bajo el nombre de Ibrahim-Bajá, célebre por sus victorias en Arabia, Grecia y Siria. Ibrahim marchó al través de los desiertos y montañas del Nedjed, sobre Derreayeh, centro y capital de los hijos de Wahab. Cinco ciudades distintas, pero rodeadas cada una de murallas, torres, bastiones, y fuertes avanzados, componian, bajo un nombre colectivo la capital de los wahabitas. Cinco meses de un sitio sostenido heroicamente por los sectarios, ébrios de fé, y gloriosos del martirio, no habian apurado la constancia de los sitiados, que contaban sin

duda con milagros, y los milagros en efecto correspondieron á su fé.

El 26 de mayo 1818 cayó sobre el campo de Ibrahim mientras rezaban las oraciones los wahabitas, un torbellino de viento de simoun, esa tempestad de los mares de arena; las tiendas de campaña cayeron sobre los fuegos é incendiándose llevaron muchos pedazos inflamados al depósito de pólvora situado entre dos colinas de arena á bastante distancia del campamento; la explosion de cuatrocientos barriles de pólvora, de quinientas cajas de cartuchos, de miles de obuses y bombas cargadas, hizo caer por espacio de diez minutos una lluvia de fuego y de proyectiles en el campamento; los almacenes de cebada y trigo del ejército fueron consumidos y millares de cadáveres, hombres y caballos calcinados cubrieron la tierra como despues de una carnicería. Los wahabitas, testigos del desastre, aprovecharon la consternacion del ejército para atacar el campamento, pero fueron no solo contenidos sino rechazados al arma blanca.

Mostrándose Ibrahim superior á su fortuna, prosiguió el sitio y con las municiones y refuerzos que le llevaron cuarenta mil camellos desde el fondo del desierto, reunió bastantes combatientes y armas, para tomar por asalto, una despues de otra, las cuatro

ciudades que formaban el grupo de Derreayeh. Abdallah estaba en la última con solos quinientos negros nubianos.

Un francés, testigo del último día de Derreayeh, refiere así la extincion del foco de los wahabitas. Ibrahim se distinguió por su generosidad tanto como por su valor.

Despues de algunas horas, el mismo Abdallah, acompañado por doscientos de los suyos, se dirigió á la tienda de campaña de Ibrahim, á quien fué presentado por su dividar. Tenia este príncipe un exterior afectuoso y estaba sentado en un diván. Abdallah se acercó á él para besarle la mano, mas la retiró por modestia, haciéndole sentar al momento y preguntándole porque continuaba la guerra, puesto que el pueblo estaba dispuesto á someterse. « Así lo exigia el destino, » respondió Abdallah : « Ahora está concluida la guerra. »

« Si quereis defenderos todavía, » replicó el bajá, « os daré pólvora y municiones. »

« — No señor; Dios ha favorecido vuestras armas; « y no creais que vuestros soldados me han vencido, « Dios es el que ha querido humillarme. »

Y las lágrimas estaban á punto de humedecer sus ojos. Ibrahim trató de consolarle, diciéndole que muchos grandes hombres habian experimentado

tambien las vicisitudes de la fortuna. El jefe de los wahabitas pidió la paz y su vencedor le concedió todo lo que deseaba, excepto dejarle en Derreayeh; las órdenes de su padre eran enviarle á Egipto. Abdallah reflexionó un momento y pidió veinticuatro horas para dar una respuesta decisiva sobre el partido que tomaria. Despues del café, que le ofreció Ibrahim juntamente con la pipa, se levantó y salió de la tienda de campaña con el mismo ceremonial que habia observado al entrar. Su hijo Sooud, que habia sido hecho prisionero, le acompañó. El bajá tenia las mayores inquietudes sobre el resultado de esta conferencia, temiendo que aquel príncipe, cuyo poder concluia, huyese ó se suicidase ántes de decidirse, á parlar para el Cairo. A tal extremo le ocupó este pensamiento, que no durmió en toda la noche, dando severas órdenes á los jefes de la caballería para que guardasen bien todas las avenidas.

En la corta entrevista que habia tenido con Ibrahim, Abdallah habia formado la mas favorable opinion de su persona, y esta disposicion de su ánimo contribuyó á iluminarle sobra la suerte que le estaba reservada. Sin duda alguna hubiera podido huir, montado en un buen dromedario, y aprovechando la oscuridad de la noche, pero temió que ultrajasen á su familia é incendiasen á Toureyf. Hizo pues una

accion heroica decidiéndose á partir para Egipto. Espiradas las veinticuatro horas, volvió de nuevo á la tienda de campaña de Ibrahim, el cual le recibió con las mismas consideraciones, preguntándole la resolucion que habia tomado, Abdallah le contestó que estaba decidido á partir, con tal que se le garantizase la vida. El príncipe le dijo que no podia disponer de la voluntad de su padre ni de la del sultan, pero que creia que ambos eran demasiado generosos para sacrificarle. Recomendóle Abdallah su familia y le rogó que no destruyese Derreayeh ni causase el menor daño á los que habian tomado las armas contra los turcos. Todos sus deseos fueron respetados, y recibiendo un pañuelo blanco, en señal de paz, volvió á Toureyf á fin de tomar sus disposiciones para el fatal viaje que iba á emprender. Varias veces tuvo que ir al cuartel general del bajá, y siempre le trató este con igual distincion.

Por fin, este príncipe demasiado confiado, hizo sus últimos adioses á su aflijida familia, y separándose con dolor de sus amigos y defensores, salió de su palacio acompañado de Sourry, su khaznadar, y de Abd-el-Aziz-ben-Selman, su secretario, los cuales fueron ambos asociados á su infortunio. Seguíanle además sus esclavos negros mas fieles. Tocando otra vez en la tienda de campaña de Ibrahim, despidióse

de este príncipe, recibió sus despachos para Mehemet-Alí y emprendió su marcha al través del desierto bajo la escolta de cuatrocientos hombres, mandados por Rochouan-Aga, que respondia de su persona.

Abdallah llegó al Cairo el 17 de noviembre de 1818. Fué conducido á Chobrâ y presentado al virey, al cual besó la mano. Mehemet-Alí le hizo sentarse y mandó que sirviesen el café. En la conversacion que tuvo con este príncipe, le preguntó que pensaba del suceso que allí le habia llevado :

« Es la suerte de la guerra, » respondió Abdallah.

Mehemet-Alí deseaba conocer su opinion respecto á Ibrahim-Bajá, y así se lo declaró.

« Ha hecho su deber, » dijo Abdallah, « y nosotros « el nuestro : ¡ Así Dios lo ha querido ! »

El virey mandó que le diesen una pelliza de honor, y le destinó la casa de Ismail-Bajá, en Boulag. Durante la entrevista Abdallah tenia en la mano una cajita de marfil y preguntándole el virey lo que contenia, dijo que eran reliquias que su padre Sooud habia tomado en la tumba del Profeta. Abrióla y efectivamente tres magníficos manuscritos del Coran, guarnecidos sus cubiertas de rubies, trescientas perlas de muy buena dimension y una esmeralda á la cual estaba sujeto un cordon de oro. Mehemet-Alí

le manifestó que habian sido tomados muchos otros objetos en la tumba.

« Es cierto, » dijo Abdallah; « pero mi padre no « tomó mas que una parte de ellos; otros fueron « vendidos á pública subasta y no pocos repartidos « entre los scherifes de la Meca, agas y scheikes de « árabes. »

« Recuerdo, » replicó el bajá, « que tenia objetos « análogos el scherif Ghaleb. »

Al mismo tiempo mandó poner su sello encima de la caja y haciendo otro tanto Abdallah, el virey le dijo que la conservase con todo esmero para entregarla á la Sublime Puerta cuando llegase á Constantinopla, para donde debia marchar inmediatamente.

Después de la conferencia, el virey bajó á su *cange* que le esperaba, é hizose á la vela para Damietta. El 19 marchó Abdallah á Constantinopla, escoltado por tártaros y acompañado por Sourry, su khaznadar, y Abd el-Aziz-ben-Selman su secretario. El virey habia pedido su perdon, pero la política del divan fué implacable. Abdallah fué pues sacrificado al resentimiento de un pueblo fanático, y después de haberle paseado tres dias por la ciudad, decapitado en la plaza de Santa Sofía, con sus compañeros de infortunio.

Victoria vergonzosa respecto á un vencido á quien

una capitulacion garantizaba contra aquel suplicio. Los wahabitas murieron no como secta, sino como facción armada con él. Su puro deísmo, su dogma ascético, su moral limpia de toda sombra de superstición, viven todavía bajo las tiendas del nedged, en las profundidades del desierto y debajo las ruinas de Derreayah.

XII

La guerra contra los wahabitas, la exterminacion de los mamelucos, el ejército, la flota, la administración egipcias, iguales en un todo á las instituciones de un vasto imperio, habian transformado al *tendero de tabaco* de la Cavala en un príncipe nominalmente sometido al divan, pero en realidad soberano poderoso para ser vasallo. Con la paciencia y longanimidad que le daban los presentimientos de su larga carrera, Mehemet contemporizaba con su ambición y mostrábase dispuesto siempre á obedecer al sultan, con tal que este no le pidiese nunca el Egipto.

Por su parte Mahmoud acostumbrado, por el ejem-

plo de sus antepasados, á no sondear muy profundamente la fidelidad de sus bajás, contentábase con el zelo que afectaba Ibrahim para servirle, disponiendo de sus tesoros y ejércitos en todas las crisis de su reinado. Acercábase la hora en que el sultan Mahmoud debía recoger el fruto de esta política, sirviéndose del vencedor de los árabes contra los griegos.

LIBRO TRIGÉSIMO OCTAVO

Hay misterios en moral como los hay en religion. El derecho de insurreccion de un pueblo contra los usurpadores antiguos ó recientes de su territorio y de su nacionalidad es uno de estos misterios. ¿En qué dia es un crimen? ¿En qué dia es una virtud? ¿Hay prescripcion del tiempo contra la libertad? ¿Hay desuso del derecho de existir ó de revivir? La conciencia y la religion sellan acaso para siempre jamás la piedra del sepulcro sobre una raza viva todavía ó

plo de sus antepasados, á no sondear muy profundamente la fidelidad de sus bajás, contentábase con el zelo que afectaba Ibrahim para servirle, disponiendo de sus tesoros y ejércitos en todas las crisis de su reinado. Acercábase la hora en que el sultan Mahmoud debía recoger el fruto de esta política, sirviéndose del vencedor de los árabes contra los griegos.

LIBRO TRIGÉSIMO OCTAVO

Hay misterios en moral como los hay en religion. El derecho de insurreccion de un pueblo contra los usurpadores antiguos ó recientes de su territorio y de su nacionalidad es uno de estos misterios. ¿En qué dia es un crimen? ¿En qué dia es una virtud? ¿Hay prescripcion del tiempo contra la libertad? ¿Hay desuso del derecho de existir ó de revivir? La conciencia y la religion sellan acaso para siempre jamás la piedra del sepulcro sobre una raza viva todavía ó

que ha sido resucitada? ¿La servidumbre eterna es un deber? ¿La conquista odiosa en un principio, es acaso legítima y sagrada al fin? ¿Los patriotas que se arman contra los conquistadores son rebeldes ó héroes? ¿Debe la conciencia condenarlos ó absolverlos?

Hé aquí algunas preguntas misteriosas á las cuales responderán siempre contradictoriamente opresores y oprimidos. Verdad es que el cristianismo con su palabra, *Demos á César, etc.*, resuelve la cuestion con la eterna obediencia á la fuerza, sea ó no legal; pero el cristianismo, en sus pensamientos sobrenaturales, se referia al mundo invisible y de ninguna manera al mundo político; la tierra no existía mas que para ser despreciada y hollada como vil materia, rebelde al espíritu; daba el globo á quien queria tomarle, y para él no habia mas que hijos de Dios, que si bien respiraban en la tierra, vivian por anticipacion en el cielo; despreciaba á tal punto la materia y el cuerpo, que no veía ninguna legislacion política.

Sin embargo, cuando le mandaba César que le subordinase su conciencia y aceptase el culto de los conquistadores, el cristianismo, rebelde tambien con César, se negaba á obedecerle y moria por su libertad. Si bien desaprobaba la insurreccion de los brazos, aprobaba la insurreccion de las almas, colo-

cando así sus propias manos, por muy resignadas que fuesen, un dique á la tiranía, y cuando esta atentaba á la conciencia, sublevábase y proclamaba la independencia de la muerte.

Mas ¿quien puede asegurar que la posesion de un pueblo por otro no coharta nunca los derechos sagrados del pensamiento, del alma y de la conciencia del pueblo poseido? Por eso la política no admitió nunca teórica ni prácticamente el axioma servil sobre el derecho de resistencia á la conquista ó sobre el derecho de resurreccion de los pueblos. La naturaleza humana ha protestado en todos los siglos contra este axioma, y el cristianismo, reconociendo el derecho natural ha bendecido lo que parecia haber condenado. Dejando á Dios juzgar la criminalidad ó santidad de las tentativas hechas oportuna ó inoportunamente por los patriotas para asegurar la libertad de su país, ha juzgado el derecho ó crimen de insurreccion por las circunstancias y la moral y no por los casuistas. Inesplicable é inesplicado ha sido relegado con razon á la lista de los misterios, y en ella le dejamos tambien nosotros.

II

En el curso de esta historia hemos visto que los griegos, antiguos poseedores de la Morea, archipiélago, Constantinopla y el litoral del Asia-Menor, no pudiendo defender su imperio corroido por los vicios y vetusto estado, habian sido vencidos y ayasallados por los otomanos.

Desposeidos por los conquistadores del derecho político, no lo habian sido de lo que constituye esencialmente la existencia de un pueblo, la religion, la nacionalidad, la propiedad; no eran soberanos ni ciudadanos turcos, pero sí eran hombres pueblo y ciudadanos griegos. Sometidos en sus ciudades, pueblos é islas, á los procónsules otomanos para todo lo que concierne la vida política, gozaban respecto de la vida civil de todo lo que constituye el derecho comun de los pueblos civilizados. Poseian sus templos, su clero, sus patriarcas, sus magistrados locales libremente elejidos, sus navíos, su comercio, sus privilegios de cristianos ó de griegos, garantidos por las protecciones officiosas de las na-

ciones extranjeras á quien la Puerta habia concedido este patronato sobre esta parte de sus vasallos.

No obstante las violaciones y humillaciones que les hacia sufrir de vez en cuando la iniquidad de algunos bajás, merced á su número, á su riqueza, al crédito que tenian en Constantinopla con el divan, á su comercio que era casi único en todo el imperio, á su aptitud nacional para la navegacion, á la exencion de quintas y esclavitud, eran considerados, en casi toda la superficie de la Turquía, como iguales á sus amos y muchas veces como sus mismos amos. El divan escogia muchos príncipes de su raza para gobernar la Transilvania, la Servia, la Valaquia, la Moldavia, las islas, y á tal punto disponian de su diplomacia que los intérpretes griegos de la Puerta eran los verdaderos ministros de negocios extranjeros de los turcos. Los palacios del Bósforo atestiguan su opulencia; eran respecto á los turcos lo que los esclavos libres respecto á los ciudadanos romanos, la segunda capa del suelo del imperio.

El genio natural, privilegio de raza, que ninguna raza humana igualó nunca, su actividad, agilidad, insinuacion, intriga, su misma astucia, ese genio de la esclavitud, su rigidez para los empleos y el lucro, su complaciente servilidad con los visires y bajás, cuyo favor explotaban y cuyos tesoros compartian,

en fin su educacion mas letrada y europea que la de los turcos, hacian de los griegos la aristocracia intelectual de todas las poblaciones del imperio. Tan numerosos casi y mucho mas opulentos que sus amos, cubrian con once millones de almas la superficie del Asia occidental, del Archipiélago, del Peloponeso y de las otras provincias de la Europa otomana.

La larga compresion del dominio de los conquistadores habia doblado, pero no roto, el resorte siempre subsistente de su nacionalidad. Una raza, una dición, una religion, una lengua comunes revelaban su espíritu de familia que podia trasformarse fácilmente en espíritu de independencia. La ocasion y hábito de las armas eran las únicas cosas que les faltaban para recobrar su nombre y sus leyes.

No solo habian conservado su territorio sino aumentádole, despues de la conquista, con numerosas colonias griegas á las inmediaciones del mar Negro, en Macedonia, Bulgaria, en el interior de las tierras del Asia Menor y en Siria. Desde Trebisonda hasta Jaffa á las puertas de Egipto, y desde las islas venecias de Jonia hasta el monte Athos, formaban los griegos casi la mas numerosa y activa parte de poblacion de las ciudades y aldeas. Aun en los puntos en que servian en apariencia como vasallos de los turcos, reinaban por su inteligencia. Si hubieran si-

do tan belicosos como civilizados, hace mucho tiempo que hubieran conquistado su soberania política; mas el Archipiélago y el Peloponeso eran los únicos que podian dar soldados á la libertad. Solo en medio del robo en las montañas de la Morea y de la pirateria en las costas é islas, se conservaba el espíritu militar entre los cleftos y marineros de aquellas comarcas. En todas partes existia el genio griego, allí solo el heroismo griego.

El número de aquellas poblaciones, belicosas por naturaleza y hábito, no igualaba á su valor. Eran bandas de hombres mas bien que un pueblo, si bien aquellas simples bandas tenian el alma de una nacion. Los soberanos de una conquista que jamás fué completamente aceptada, el recuerdo constante siempre de tres insurrecciones mal reprimidas, la vecindad de la Europa occidental cuyas ideas soplaban de cerca en sus almas, la esperanza de ser sostenidos por Rusia, los agentes de los Orlof que todavía existian en las montañas que habian agitado en 1790 las llamas del incendio de Tchermé, las predicciones de su clero que los recomendaba como hermanos á los rusos, en fin el liberalismo de Inglaterra, Francia, España, Italia, que resuscitaba con revoluciones ó instituciones populares en todas partes sobre las ruinas del despotismo de Napoleon,

sacudían en la misma Grecia las almas impacientes de libertad.

Si el emperador Alejandro, que despues de la invasion de Francia en 1814, fué el Agamenon de los reyes de Europa, hubiera tenido la perfidia de Catalina II, la Grecia, con solo haberla provocado ó alentado, se hubiera sublevado inmediatamente contra Mahmoud. Mas es preciso confesar que Alejandro se negaba con la mayor obstinacion, no solo á provocar sino ni siquiera á tolerar la sublevacion de los griegos contra el sultan: Verdad es que además de su incontestable probidad, su misma política se oponía á las solicitudes de los griegos.

La Europa occidental habia tenido dos movimientos distintos despues de la caida de Napoleon : uno de respiracion liberal, que habia producido servidumbre, tronos constitucionales y pueblos libres; otro de democracia radical que se servia de la libertad representativa y de la libertad de la prensa para conspirar nuevas revoluciones. Nápoles, Roma, el Piamonte, España, Inglaterra, Rusia, la misma Francia, á quien apénas levantaba de sus ruinas la mano de la Restauracion, se agitaban y amenazaban derrocar todos los tronos y romper todos los tratados, para abusar de las libertades monárquicas ántes de haberlas gustado.

Los soberanos amenazados se concertaban, levantaban ejércitos é ilustrábanse en los congresos de Troppau y Leybach para salvar á los reyes, los cuales consideraban como solidaria la causa de todas las monarquías. Suscitar una insurreccion en Grecia contra el sultan que si no era amo legitimo, cuando ménos era conquistador legitimo de sus vasallos griegos, abrir ese volcan liberal en el Peloponeso con la misma mano que trataba de cerrarle en Occidente, le parecia á Alejandro no solo un contrasentido, sino un verdadero crimen. Nunca desatendió este príncipe los escrúpulos de la conciencia; desmembrando el imperio otomano, hubiera sin duda alguna debilitado á Mahmoud, es decir á un vecino con frecuencia enemigo, pero la revolucion griega debilitaba su causa de soberano de un gran imperio y la causa de la legitimidad de los tronos, que tan sinceramente queria hacer una religion política en Europa.

Así pues rechazó con inflexible conciencia todas las insinuaciones que los griegos de su intimidad le dirigieron, para inclinarle á una revolucion griega.

Esperando para su imperio las mercedes futuras de una fortuna desconocida, no queria deber nada á una deslealtad para con el sultan. Mas si bien era el czar de sus ejércitos, no era el czar de la opinion, y

esta resolvió violentar sus escrúpulos, cambiando sus solicitudes en una conjuración.

Comenzó la conjuración griega en Rusia, sin que tuviera la menor noticia de ello el emperador, siendo engendrada por el liberalismo europeo en los ejércitos de Alejandro, no en las montañas de Olimpo. En su patriotismo había una venganza filial, pues el príncipe Ypsilanti, su primer jefe, era hijo del Ypsilanti á quien mandó decapitar Selim III, por haber correspondido con el hospodar de Valaquia, hermano suyo, á quien se suponía en connivencia con los rusos. Ya hemos referido esta conspiración de un proscrito por un pueblo y de un pueblo por su libertad.

III

Al dejar Ypsilanti, en 1800, á Viena y al ejército ruso, citó á los heteristas, dando la señal de insurrección en Moldavia y Valaquia. El hospodar de esta última provincia, Alejandro Soutzo, príncipe griego del Fanar, que la gobernaba en nombre de los turcos, dejó que los emisarios de Ypsilanti corrompiesen las

tropas arnautas que estaban destinadas á mantener la independencia del sultan en los principados. Poderoso por los tesoros que había reunido durante dos años de gobierno, siendo él mismo griego y temiendo la venganza del divan si volvía á Constantinopla, ó el odio de su raza si la combatía, cerró los ojos sobre las maniobras de los heteristas, disponiéndose á retirarse á Europa despues de salvar sus riquezas. Los arnautas prestaron juramento á Ypsilanti, tomando este el título de representante de la nación griega, organizó sin oposición un ejército de sublevados en un campamento de las inmediaciones de Jassy, capital de la Moldavia. Sus emisarios recorrieron desde allí la Valaquia, la Moldavia, la Servia, el Epiro y las provincias cristianas de la Morea, y reclutaron millones de hombres para la libertad.

IV

La situación del imperio otomano, desde principios del siglo, y la del Peloponeso en particular, ofrecían las mayores probabilidades para conseguir la emancipación de las poblaciones cristianas y el desmem-

bramiento del islamismo. Los genízaros que en otro tiempo eran el mejor sosten de la monarquía, habian degenerado en valor y disciplina. Incapaces de defender el imperio al exterior contra las potencias rusa y austriaca, no eran buenos ya sino para agitar el interior con sediciones militares que destronaban, elevaban ó degollaban á los sultanes segun convenia á sus intereses ó caprichos

Despues de la muerte trágica del virtuoso y desventurado Selim, que por dos veces fué víctima de insurreccion, el jóven sultan Mahmoud era mas bien un cautivo suyo que soberano. Testigo este príncipe desde la cuna de su insolencia y crímenes, meditaba secretamente su esterminio; pero jóven, tímido, rodeado de los verdugos de su tio Selim, no contando aun ni con la fama personal, ni con el ascendiente sobre el pueblo; ni con los instrumentos de política y las fuerzas necesarias para su designio, se veia obligado á disimular su ódio despopularizando á los genízaros, ántes de atacarlos. Demasiado merecian el desafecto de los verdaderos otomanos por las anarquías, sediciones armadas, bajezas y derrotas que habian señalado las últimas guerras de Mahmoud con Austria y Rusia. La decadencia de aquella inmensa monarquía estaba escrita en cada nuevo tratado de paz, en los desmembramientos de plazas

fuertes y provincias, y en los límites cada dia mas estrechos que le asignaban las potencias vecinas.

V

Además de estas humillaciones exteriores, el interior mismo del imperio estaba minado en el Epiro y la Morea por un nuevo Scanderbeg, descendiente de los mismos otomanos, Ali, bajá de Janina. Este hombre, uno de los caracteres mas heróicos y traviesos á la vez de los tiempos modernos, tocaba á la extrema vejez, sin que los años, combates, intrigas, crímenes ó placeres voluptuosos de su larga vida hubieran amortiguado su ambicion ó su audacia. Desde el fondo de un valle del Epiro y en medio de su serrallo, manejaba los hilos de mil diversas intrigas con otomanos ó cristianos, balanceando el poder de su amo y teniendo en jaque el imperio. Sabido es que la naturaleza del gobierno otomano, ejercido por jefes casi independientes del sultan sobre poblaciones cuyas leyes, religion y costumbres son distintas, no puede oponerse las mas veces á la existencia de esos grandes facciosos que emplean contra su so-

berano las fuerzas que de él recibieron , haciendo temblar el serrallo despues de haberle hecho triunfar. Si bien estas sublevaciones é independencias efimeras trastornan el imperio , no por eso le desmembran. La sedicion muere con el sedicioso ; nunca se heredan esas sublevaciones , y lo que mas es , nunca pierden el respeto y deferencia á la sangre legitima y sagrada de Othman. Las provincias que momentáneamente se emancipan y los tesoros que los rebeldes acumulan , vuelven tarde ó temprano al serrallo. En Turquía , las facciones son vitalicias ; el imperio solo es eterno.

VI

Alí-Bajá de Tebelen habia nacido en la pequeña ciudad del Epiro que le dió su nombre , de una familia de la raza albanesa , griega ó cristiana de origen , musulmana por hábito y tradicion , como la mayor parte de los albaneses. Su padre Vely-Beg , á quien sus codiciosos hermanos habian arrebatado la herencia de su casa , habia sentado plaza entre los cleftas , bandas permanentes de aventureros nómadas que,

semejantes á los condotieri de la edad media ó á los bandidos en Córcega , son indígenas en Albania , escuela de guerra , de pillage y heroismo , que forma indiferentemente bandidos ó héroes. De vuelta en Tebelen con un puñado de compañeros , Vely-Beg habia quemado á sus hermanos dentro de la casa que le habian disputado , y reconquistado su herencia en medio de las cenizas y cadáveres de su familia. Ilustrándose y haciéndose temer así , fué nombrado aga de Tebelen y se casó con la hija de un bey llamado Chamco , mujer célebre por su belleza salvaje y su varonil energía ; y que tenia , dicen , algunas gotas de la sangre de Scanderbeg. Alí y una hija llamada Chainitza , nacieron de esta madre , la cual les transmitió la energía , las pasiones y ferocidades de su raza.

Vely-Beg murió joven. Chamco , en la flor de sus años y belleza todavia , resolvió conservar á sus hijos con el amor , las intrigas y las armas , el poder que su marido habia conquistado en Tebelen. Prescindiendo del pudor y vida retirada de las mujeres , vistió el traje de los guerreros , tomó las armas , montó á caballo , fanatizó con su valor , su hermosura y su amor , á los jefes de las allas montañas de la Albania , formando una banda de seides , y dando una batalla á su cabeza á los enemigos de su casa

que le disputaban Tebelen. Vencida, prisionera, y encadenada con sus hijos en la ciudad inmediata de Cardiki, sus seducciones y hermosura ablandaron á sus vencedores, siendo comprada por la generosidad de un griego, y volviendo á Tebelen donde se consagró exclusivamente á educar á su hijo, el jóven Ali, para la guerra, la intriga y la venganza. Apénas adolescente, dedicóse con sus compañeros á robar ganados y sorprender aldeas; su madre le estimulaba en aquellos preludios de ambicion, y viéndole un dia volver sin armas y sin despojos de una de las expediciones en la cual habia huido: « Cobarde, » díjole, presentándole una rueca, « ves á hilar con las mujeres; la rueca te conviene mas que las armas. »

VII

Avergonzado así huyó Ali de la casa paterna, y registrando la tierra con su sable, encontró un tesoro en las ruinas de un antiguo castillo, con el cual reunió treinta palikares y saqueó la comarca. Sorpréndenle las tropas de Courd, baja de Albania, conduciéndole á Berat, residencia del mismo, para ser

ejecutado; mas su juventud y hermosura enternecieron á Courd, el cual le devolvió á su madre. Volvió pues á Tebelen, donde se casó con la hija del bajá de Delvino, Eminé, cuya alianza sirvió á la vez su amor y ambicion, pues siendo confidente de su suegro, decidíale á favorecer secretamente las primeras tentativas de la independencia griega, fomentadas en 1790 por Rusia, y víctima de aquella política ambigua, el infortunado bajá de Delvino, padre de Eminé, fué ahoreado en Monastir por los turcos. Ali casó entónces á su hermana Chainitza con su sucesor el bajá de Argiro-Castro; pero humillándole la poca influencia que tenia con su cuñado, aconsejó á su hermana que envenenase á su marido para casarse con Soliman, hermano del bajá, á quien amaba. Niégase Chainitza á ejecutar aquel crimen, y Ali decide á Soliman á asesinar al bajá de un pistoletazo, entregándole despues su hermana sobre el cadáver de su marido.

Decidida la Puerta poco despues á castigar al nuevo bajá de Delvino, amigo y protector del jóven Ali, insinuase este cada vez mas en la confianza del bajá, convidado á comer, esconde algunos asesinos en un armario, y dejando caer como señal su taza de café encima del mármol del divan, deja inmolar á su amigo en su presencia, envia su cabeza á Constantinopla, y recibe en recompensa el gobierno de la Te-

salía con el título de bajá. Habíase enriquecido tanto con sus concusiones en el gobierno que compró por fin el título de bajá de Janina, uno de los valles del Epiro mas ricos y deliciosos.

VIII

No solo continuó halagando á los griegos y afectando la mayor fé al cristianismo, fé que avivaba el culto de sus padres, sino que recurría á sus consejos, contemporizando con ellos y los otomanos, necesario á ambos partidos, y bebiendo secretamente con unos y otros á la salud de la Panagia ó de la Virgen. Su administracion, á la vez inteligente y ávida, le procuró tesoros inmensos que escondia en un palacio edificado encima de un escollo, en medio del lago de Janina; el cual no comunicaba con la ciudad mas que por una lengua de tierra.

Con su oro reclutaba tropas y conquistaba poco á poco los territorios vecinos, so pretexto de someter los rebeldes al sultan. En una de las expediciones que emprendió para vengar el cautiverio de su madre, venganza que habia jurado á Chamco, quemó á fuego lento, partiendo en mil pedazos con tenazas, á un

epirote que la habia ultrajado en su prision. Encontrando entónces más ventajoso servir á los turcos que á los griegos, atacó á los suliotes, que habian sublevado las instigaciones de la Rusia, arrebatándoles su territorio. Treinta mil mahometanos, nada ménos, mandaba entónces el *Leon del Epiro*, segun todos le llamaban. Dueña de Corfú la república francesa, y enviándole embajadores y generales para estimular su orgullo é interesarle en la revolucion libertadora de los griegos del Adriático, Allí los recibia como verdadero político, entreteniéndolos con esperanzas y embriagándolos con delicias y placeres voluptuosos en Janina, *jardin de las hermosas mujeres*. Un dia permitia que resonasen en su palacio los cantos del griego Rhigas, el Tirteo moderno de su raza, y otro cambiaba súbitamente de tono y de amigos, marchando á la cabeza de veinte mil hombres contra Passavan-Oghli, bajá de Widdin, á quien la habilidad de Rhigas habia decidido á declararse en favor de los griegos. De vuelta en Janina, mandaba prender al general francés Rose, á quien él mismo habia casado con la jóven mas hermosa del Epiro, enviándole cargado de cadenas á morir en las Siete-Torres.

IX

Todo sonreía á su fortuna, cuando su hijo mayor Moktar, á quien confiaba el gobierno durante su ausencia, exasperó su cólera y sospechas por su amor á una jóven y bella griega de Janina. Alejando este á su hijo so pretexto de mandar una expedicion para Tesalia, penetró por la noche en casa de su querida Eufrasina, abrumála de terror y la manda llevar cargada de cadenas, á los calabozos de su serrallo con otras quince jóvenes de las principales familias de la ciudad, que pasaban por tener relaciones criminales con sus hijos, precipitándolas al dia siguiente en el lago. La sangre de los griegos corrió además por torrentes en sus provincias; su mujer Eminé, se arroja á sus piés para implorar el indulto de los griegos inocentes, pero Ali la llena de improperios y tirando á la pared un pistoletazo, aterra de tal manera á su mujer que la misma noche murió. Esta vez sintió hondamente las consecuencias de su furor, no habiéndose perdonado nunca la muerte de la madre de sus hijos, primera autora de su fortuna.

X

Dispensando políticamente su apoyo, unas veces al divan, otros á los genizaros, durante las largas luchas entre estos y el sultan, avanzó á las puertas de Andrinópolis con ochenta mil hombres. Mucho se temian ambos partidos, pero también él los temia, y así es que no quiso entrar en Constantinopla, contentándose con protestar de su constante fidelidad al trono, pero fortificando al mismo tiempo su capital, desde donde reinaba en la Grecia alternativamente contemplada y diezmada. A la menor señal, los jefes del Peloponeso que le parecian demasiado populares, caian bajo las balas ó yataganes de sus arnautas.

En medio del incendio de un pueblo griego, llamó y cautivó tanto su atencion una niña de doce años, llamada Vasiliké, que le suplicaba de rodillas salvase á su familia, que la hizo levantar, conducir á Janina, educar en su haren, casándose al fin con ella.

Tenia entónces unos sesenta años, pudiendo decirse que se hallaba en la cúspide de su fortuna. Una parte de sus tesoros, hábil y secretamente distribui-

IX

Todo sonreía á su fortuna, cuando su hijo mayor Moktar, á quien confiaba el gobierno durante su ausencia, exasperó su cólera y sospechas por su amor á una jóven y bella griega de Janina. Alejando este á su hijo so pretexto de mandar una expedicion para Tesalia, penetró por la noche en casa de su querida Eufrasina, abrumála de terror y la manda llevar cargada de cadenas, á los calabozos de su serrallo con otras quince jóvenes de las principales familias de la ciudad, que pasaban por tener relaciones criminales con sus hijos, precipitándolas al dia siguiente en el lago. La sangre de los griegos corrió además por torrentes en sus provincias; su mujer Eminé, se arroja á sus piés para implorar el indulto de los griegos inocentes, pero Ali la llena de improperios y tirando á la pared un pistoletazo, aterra de tal manera á su mujer que la misma noche murió. Esta vez sintió hondamente las consecuencias de su furor, no habiéndose perdonado nunca la muerte de la madre de sus hijos, primera autora de su fortuna.

X

Dispensando políticamente su apoyo, unas veces al divan, otros á los genizaros, durante las largas luchas entre estos y el sultan, avanzó á las puertas de Andrinópolis con ochenta mil hombres. Mucho se temian ambos partidos, pero también él los temia, y así es que no quiso entrar en Constantinopla, contentándose con protestar de su constante fidelidad al trono, pero fortificando al mismo tiempo su capital, desde donde reinaba en la Grecia alternativamente contemplada y diezmada. A la menor señal, los jefes del Peloponeso que le parecian demasiado populares, caian bajo las balas ó yataganes de sus arnautas.

En medio del incendio de un pueblo griego, llamó y cautivó tanto su atencion una niña de doce años, llamada Vasiliké, que le suplicaba de rodillas salvase á su familia, que la hizo levantar, conducir á Janina, educar en su haren, casándose al fin con ella.

Tenia entónces unos sesenta años, pudiendo decirse que se hallaba en la cúspide de su fortuna. Una parte de sus tesoros, hábil y secretamente distribui-

dos en Constantinopla por los agentes que los bajás tienen en la corte, le conservaba el favor de los visires y sultanes. Sus dos hijos, Velí y Moktar, desempeñaban los gobiernos secundarios de la Morea, Macedonia y Tesalia. Todo el Peloponeso estaba entre las manos de una familia, cuyo jefe intrépido, absoluto y misterioso hacia esperar ó temblar á ambas razas, desde lo alto de sus fortalezas y montañas, y negociaba además en el Adriático con franceses é ingleses, sirviéndose de la fuerza de todos contra todos.

Sin embargo convencido el sultan Mahmoud de la necesidad de estirpar aquel apoyo de insurreccion que le presagiaban todos los rumores de sus poblaciones griegas, decidióse por fin con toda la energía de su carácter, á hacer una guerra abierta á Ali-Bajá, ménos ruinoso, segun él, para su imperio, que las contemporizaciones ambiguas que dejaban estenderse á la rebelion. Sus ejércitos, mandados por sus bajás mas decididos y belicosos, bloqueaban hacia dos años á Ali-Bajá, estrechando cada vez mas el círculo de las ciudades y fortalezas en las cuales se habia encerrado. Tranquilo empero Ali detrás de sus lagos, desfiladeros y fortificaciones, afectaba, en medio de la lucha con su amo, el respeto de un esclavo fiel y mal juzgado, ora vencedor, ora vencido,

entreteniendo y corrompiendo siempre á los visires y bajás que le combatian. No sabiendo los griegos la suerte definitiva de aquel árbitro de su libertad, considerábanle unas veces como el esterminador, otras como el Macabeo de su raza.

XI

Las proclamaciones y emisarios de Ypsilanti habian dado en el Peloponeso la señal y grito de independencia. Un jefe de las primeras insurrecciones abortadas, que se habia retirado hacia mucho tiempo á la isla de Zante, pero cuyo heroismo habia aumentado con los años y el destierro, Calatrani, cuyo padre, hermanos y parientes habian perecido bajo el acero de los turcos, habia bajado otra vez al continente y organizado nuevas bandas de proscritos en las montañas. El arzobispo de Patras, Germanos, orador, pontífice guerrero, habia convocado, en las cavernas del monte Erimanthe, á todos los jefes del clero para concertar con ellos la insurreccion de todas sus iglesias, mandando á todos los cristianos que se separasen para siempre jamás de los infieles y se

retirasen con sus sacerdotes, mujeres é hijos á las montañas, para organizar en ellas la guerra sagrada y precipitarse despues sobre los otomanos. A su voz pueblos y ciudades quedaron desiertos, admirados los turcos de su soledad atacaron algunas veces aquellos rebaños de hombres creyendo que volverian á la servidumbre, pero siempre fueron rechazados en las montañas y al fin espulsados de las ciudades donde reinaban la vispera.

La Macedonia, la Tesalia, el Epiro, la Acarnania, la Etolia, el Poloponeso, la Eubea y el Archipiélago, estaban trasformados en un campo de batalla por mar y tierra, que sacrificaba alternativamente á tiranos y esclavos. Contento Alí-Bajá con crear enemigos á sus enemigos, dirigió una proclama á los suliotos, á quien habia expulsado otras veces, restituyéndoles su territorio y fortalezas con cañones y municiones, para que combatiesen con él como aliados contra los turcos. Al aproximarse los aldeanos que por millares bajaban de las montañas, conducidos por sus sacerdotes y jefes, todas las ciudades se sublevaban y asesinaban á los turcos, encerrándolos en los fuertes, desde donde estos destruian y encendian los edificios. Los asesinatos y crímenes de la libertad igualaban á los de la tiranía. El Peloponeso no era mas que fuego y sangre, lo mismo con la cruz

que con la media luna; tres siglos de servidumbre acumulada se vengaban de tres siglos de opresion. Ambas razas y ambas religiones contaban tantos verdugos como víctimas. Europa se estremecia de horror al relato de aquellas llamas y de aquella carnicería. Dos razas, dos naciones, dos cultos se destruian en el mismo suelo, desde las olas del mar y las orillas de la isla hasta las cumbres del Pindo y de la Tesalia. Patras, Missolonghi se hundian bajo sus ruinas. El himno popular de la insurreccion y desesperacion, *la Marsellesa de la Cruz*, que escribió Thessalio Rhigas, resonaba en todas las montañas con los salmos sagrados del clero heleno.

« ¿Hasta cuando viviremos relegados en las rocas
« de las montañas, errantes en las salvas, escondidos
« en los centros de la tierra?... ¡Sublevémonos! y si
« debemos morir que muera la patria con nosotros.
« ¡Sublevémonos! la ley de Dios, la santa igualdad
« entre sus criaturas, ¡he aquí nuestra causa, he aquí
« nuestros jefes! ¡Juremos sobre la cruz romper el
« yugo que doblega nuestras cabezas!....

« ¡Suliotos! ¡y vosotros espartanos! salid de vues-
« tras cavernas, leopardos de las montañas, águilas
« del Olimpo, buitres de Agrafa! Cristianos del
« Sava y del Danubio, intrépidos macedonios, ¡á las
« armas! ¡Que vuestra sangre arda como el fuego!

« ¡Delfines de los mares! Alciones de Hydra, de Psara, de los Cielades, ¿no os llevan vuestras olas la voz de la patria? Aparejad vuestros navíos, armaos del rayo, y tronar y quemar hasta la raíz el árbol de la tiranía; ¡desplegar vuestras banderas y que la cruz triunfante sea en todas partes el estandarte de la victoria y de la libertad! »

A este canto del poeta nacional, los turcos lanzados de sus fortalezas, se encerraban en las últimas ciudades del litoral, cuyas fortificaciones les ofrecían un asilo, Tripoliza, Monembasia, Coron, Modon, Navarino. La capital de la Valaquia, Bucharest, caía en poder de Vladimiresco, tribuno de una demagogia cristiana, secundado por un puñado de albaneses. Demasiado vacilante, contemporizador é irresoluto Ipsilanti acampaba en las puertas de Jassy, capital de la Moldavia, perdiendo el tiempo en vanas negociaciones con los rusos, cuya autorizacion y socorros esperaba. Atacado en su campamento por los turcos, despues que pasó el primer terror de estos, sucumbió gloriosamente con los heteristas, buscando un refugio en el territorio austriaco, donde murió censurado por Europa y acusado de ambicioso por sus compatriotas.

Ni las censuras de Austria y Rusia, ni la derrota de Ipsilanti paralizaron el valor desesperado de los

griegos del Peloponeso y de las islas. En Valaquia y Moldavia, la política, el liberalismo y la ambicion habian armado á revolucionarios especulativos. En la Morea, en las montañas y en las islas, la religion, la raza, la patria y el fanatismo habian sublevado al pueblo, al mar y al mismo suelo. Aquella insurreccion no tenia mas fin que la victoria ó la muerte.

XII

El fanatismo de la religion, de la raza y de la patria no era ménos vehemente entre los Osmanlis, y estaban decididos á hacer aquella nueva conquista, isla por isla, pueblo por pueblo, de la tierra conquistada por sus antepasados y de la soberanía del islamismo. El sultan, si bien queria reprimir la rebellion, deseaba preservar á las poblaciones rebeldes de la ruina y de la muerte, pues el esterminio de seis millones de griegos, la riqueza y fuerza, era un suicidio para la Puerta; mas el pueblo y genizaros, cuyo furor y espanto no se creian seguros si no esterminaban á los cristianos, exigian del gobierno ejecuciones y barbaries proporcionadas á su terror. Los

suplicios diezmaban á Constantinopla, y los genizaros degollaban en vez de combatir. El terror pánico de los musulmanes animaba su ferocidad. No se hablaba en la capital mas que de la conspiracion universal de los cristianos para destruir á los turcos, y el miedo escitaba el delirio, y el delirio arrastraba á los crimenes. Decapitábase á los valacos y moldavos de las grandes familias establecidas en Constantinopla so pretexto de complicidad con sus coreligionarios. Los cristianos griegos abandonaban sus casas y bienes y emigraban á Odessa, y los que no podian huir se escondian en el fondo de sus habitaciones, temiendo escitar con su traje el furor del pueblo. Los de Bouyouk-Deré, ciudad pequeña á orillas del Bósforo, á algunas leguas de la capital, eran pasados á cuchillo por las tropas que marchaban á Valaquia contra Ipsilanti, los cuales no querian dejar enemigos á retaguardia. Constantinopla renovaba con el mismo delirio de miedo y venganza, los asesinatos de Paris de setiembre 92. Ambos climas veian iguales crimenes.

El populacho de la capital inmola á todos los cristianos que encuentra en los caiques que llevan de una á otra orilla á los traficantes de las dos poblaciones que reunen las mismas murallas, y el gobierno no consigue restablecer el orden sino entregando él

mismo á la cuchilla de los genizaros trescientas cabezas sospechosas ó inocentes de las principales familias griegas de la ciudad. Los dervises, verdaderos profetas del populacho, predecian el próximo exterminio de los musulmanes por los infieles, el divan ordenaba el suplicio del principe Morouzi, drogman del ministro de negocios extranjeros, acusado de haber recibido una carta de Ipsilanti, rodando su cabeza á los piés del sultan. El patriarca griego, Gregorio, anciano de ochenta y cuatro años, fué preso el dia de Pascuas, vestido de su traje pontifical, al bajar del altar y ahorcado en la puerta de su catedral. Todos los jefes del clero griego de la capital, arrancados la misma noche de sus altares, eran inmolados en las gradas de sus iglesias, sin que los genizaros, que guardaban aquellos montones de cadáveres, permitiesen á los cristianos hacer los honores fúnebres á sus mártires. Despues de haber estado sus cuerpos espuestos tres dias en los patíbulos, eran entregados á las turbas famélicas de los judíos que los arrastraban al mar, y los mismos cuerpos arrojados despues por el puerto de Constantinopla y las aguas del Bósforo obstruian los muelles de la ciudad. En los bazares se vendian á pública subasta las familias de los ajusticiados, las mujeres é hijos de los proscritos; en fin, llegó á deliberarse en el divan so-

bre la degollacion general de los griegos, Negóse á ello el sultan y aun destituyó al gran visir para lavar á los ojos de las potencias cristianas á su gobierno de los crímenes cometidos. Europa contemplaba y se estremecía, pero ninguna potencia abogaba aun abiertamente por la causa del cristianismo, confundida con la de rebelion en el imperio, y Mahmoud armando su flota y confiándola á su gran almirante Kara-Ali, hijo de un molinero de Trebisonda, le recomendaba que *trajese las cenizas del Peloponeso calcinando sus montañas.*

XIII

A los asesinatos de Constantinopla, á las amenazas de un desarme general, á la salida de la flota turca, todas las islas del Archipiélago habian contestado armando los numerosos navíos con que su comercio cubria los mares. Hydra, la mas pobre en tierra, pero la mas floreciente en tráfico y riqueza de aquellas islas, habia reunido, con solo los donativos gratuitos de sus ciudadanos una flota capaz de rechazar á la del imperio. « Hydra no tiene campos, »

cantaban sus marineros, « pero tiene navíos; el mar « es su surco, sus marineros son sus labradores; con « sus rápidas velas, Hydra siega en Egipto, coje su « cosecha de seda en Provenza y vendimia en las « costas de la Grecia. »

Tombases, marino intrépido que mandaba el *Temístocles* fué nombrado gran almirante de los insurrectos y con la flota de Psara, unida á la suya, purgaba el mar de los buques de guerra turcos aislados, é imitando las atrocidades de los otomanos, ahogaba ó vendia á pública subasta, como esclavos, á los prisioneros ó pelegrinos turcos que cogia en sus buques. Ambas flotas exigian que la isla opulenta y populosa de Chio se declarase por la causa de la patria comun, mas, debilitada esta por su prosperidad y siendo la primera que estaba opuesta por su situacion á la venganza de los Turcos, no solo se negaba á entrar en la alianza, sino que enviaba una diputacion de ancianos para pedir al divan fuerzas con que defenderse contra sus compatriotas; el divan los conservaba en rehenes, castigándoles así por su fidelidad á la tiranía. Naxos, Andros, Paros, Miconi, y casi todas las islas respondieron al grito de Psara é Hydra é inmolaron á los otomanos.

XIV

Mientras tenían lugar estos combates y asesinatos recíprocos en todas las aguas y orillas del mar Egeo, Kourchid-Bajá, á la cabeza del ejército otomano del Epiro, bloqueaba con la mitad de sus tropas á Ali-Bajá en su capital, combatiendo con la otra á la insurrección del Peloponeso. En un asalto desesperado, el viejo Ali, que se hacia llevar en una camilla sobre la brecha, despues de haber triunfado le envió sus prisioneros, diciéndole: « Todavía vive el oso del Pindo; puedes mandar por tus muertos para enterrarlos; y lo mismo te concederé siempre que me combates noblemente, pero dos hombres pierden á Turquía, y no tenemos remedio. »

Seguro Ali de la fidelidad incorruptible de sus soldados y de la solidez de sus fortificaciones, parecia contemplar con estóica indiferencia el fuego que devoraba ambas poblaciones, sin amenazarle á él, esperando el éxito de una ú otra causa para declararse. Su hermana Chainitza acababa de morir, pero la bella y jóven griega Vasaliki, á quien habia aban-

donado su corazón, le consolaba de la vejez y de la tiranía con ese amor que, como el heroísmo á los años, sobrevive entre las fuertes razas del Oriente. Poco á poco sin embargo se vió obligado á abandonar su palacio fortificado y su capital por los asaltos continuos y las considerables fuerzas de los otomanos, retirándose á su castillo del lago de Janina. Rodeado allí de las olas, fortificaciones y cañones que le hacian inespugnable, vivia en las habitaciones que estaban á prueba de bomba pisando los tesoros que llenaban las bóvedas del palacio, servido por esclavos fieles, defendido por mercenarios decididos, amado por una mujer virtuosa y tierna, resuelto á morir combatiendo antes que capitular con su fortuna. A menudo contemplaba sus provincias y su ciudad que surcaban sus enemigos, y esperando reconquistarlas pronto, cañoneaba como por distracción sus campamentos y reductos, satisfaciendo además su corazón y su brazo con salidas victoriosas sobre sus cadáveres. Así se acercaba al término de su vida, ocultándose la muerte detrás de la fatalidad, la gloria y el amor.

XV

Sin embargo el nombre de la Grecia, especie de religion de la imaginacion para los letrados de Europa, la conformidad del culto, parentesco del alma entre los hombres, los triunfos aumentados por la fama de aquellos dignos descendientes de los Milciades, Leonidas, Temistocles, Botzaris, Canaris, Colocotroni, Mauromichalis, los Tombases, las odiseas, los combates transformados en martirios, los ecos sonoros de aquella tierra clásica de los recuerdos, en la cual cada piedra tiene la inmortalidad en su nombre, los relatos casi fabulosos de las victorias que turbas de pastores obtenían contra los ejércitos de un imperio poderoso, y de las flotas del nuevo Jerjes, incendiadas por barcas de pescadores, las devastaciones territoriales, las inmigraciones en Morea, la degollacion de provincias enteras, los incendios de las ciudades, los prodigios de ferocidad por una parte y de intrépidez por la otra, cuyas noticias traídas por buques, poetizaban aquella lucha desesperada entre cris-

tianos y otomanos, popularizaban cada día mas la causa de la independencía griega en Europa. Todos los corazones asistían con admiracion, simpatía y horror á aquel vasto combate de circo, donde libertad y cruz, abatidas ó triunfantes alternativamente, dejaban luchar en presencia de un mundo cristiano las dos causas y los dos cultos que se disputaban la extremidad oriental de Europa.

La opinion pública, que no tiene mas política que su emocion y piedad, como las multitudes, respondía á cada palpacion de la Grecia con un grito de indignacion contra sus verdugos, de entusiasmo en favor de sus mártires. La causa de la independencía americana, en 1785, no habia apasionado nunca tanto á Francia, como apasionaba entónces la causa de los Helenos al continente cristiano. Este sentimiento, por decirlo así, individual, prescindia de los gobiernos todavía neutros é indecisos para dar á los Griegos aplausos, tesoros, municiones, armas, auxiliares. En todas las capitales se formaban juntas griegas que votaban subsidios, armaban navíos, reclutaban oficiales y soldados, publicaban periódicos, pronunciaban discursos, escribían poemas, y multiplicaban hasta para el pueblo las leyendas en honor de la causa popular. La literatura entera, expresion espontánea é irresistible de la generosidad inconsiderada y des-

interesada de los pueblos, se declaró, por una especie de tradicion filial hácia esos padres del pensamiento humano, por el partido de los hijos de Homero, Demóstenes y Platon. Simples ciudadanos, como el Sr. Eynard, de Ginebra, orgullosos por consagrar sus riquezas á la cuna de una nacion que todavía era indigente, y mezclar su nombre con las fundaciones de la libertad de un pueblo, prestaban millones al gobierno libertador. Intrépidos aventureros de Francia, Alemania, Inglaterra, cansados del reposo de un continente que nada ofrecia á sus brazos, fortuna militar ó gloria, como el general Fabvier, pasaban en barcos mercantes á las costas de la Morea, dedicándose á la vida nómada de los mainotas ó palikares, para enseñar la guerra y la táctica á los pastores. El mas eminente de los poetas modernos, lord Byron, sintiendo en su pecho un corazon tan heróico como su imaginacion, abandonaba en la flor de sus años y su gloria, las delicias y placeres de Italia y las lágrimas de una mujer adorada, para unir su nombre, su brazo, su fortuna, su muerte, á la causa desinteresada de la Grecia. Equipando un navío, reclutando y pagando sus tropas y prodigando subsidios á los tesoros de la insurreccion, encerrábase en la ciudad mas amenazada, instruíase en los combates é iba á morir por el glorioso pasado y el incierto

porvenir de un pueblo que ni siquiera conocia su nombre.

Finalmente, la oposicion á los gobiernos, que en todo pais constitucional adopta las causas, no porque son justas sino porque son populares y hostiles á los gobiernos, hacia resonar todas las tribunas de entusiasmo por los griegos, de imprecaciones contra los otomanos, de desprecio por la indiferencia de los soberanos que abandonaban las razas cristianas al hierro y fuego de los musulmanes. Los mismos hombres que habian rechazado con tan severa elocuencia las doctrinas de la intervencion contra-revolucionaria en España, justificaban con igual acento la intervencion revolucionaria en Morea, el mismo Chateaubriand, que habia consumado la intervencion española, enemigo entónces del ministerio, y atacando á M. de Villele de todas maneras, presentaba proposiciones en la tribuna de los pares para intervenir en los negocios de Grecia.

XVI

Francia se pronunciaba por sí misma ántes que su gobierno. El primero de sus soldados que llevó su

nombre, táctica y empleo á los insurrectos de la Achaia, fué el general Fabvier. Apénas volvió de la malograda tentativa insurreccional que ejecutó sobre la Bidasoa, á la cabeza de un puñado de emigrados franceses, se dirigió á Grecia. Su carácter aventurero y activo buscaba por do quier peligros y gloria. Su sed de justicia le llevaba á todos los puntos del universo, y si bien no detestaba á los Borbones, impacientábase el recuerdo de su patria por ellos conquistada, culpándolos así por un infortunio nacional del cual eran inocentes.

Fabvier habia pertenecido en sus primeros años á nuestra embajada en Persia. Favorito del sebah de Persia é instructor de sus tropas, habia residido muchos años en su capital. Como habia dejado muchos recuerdos en Ispahan, resolvió recurrir á la hospitalidad y favor que le dispensaban en la córte de Iran; mas habiendo abordado en la Morea el barco que le llevaba á Constantinopla, fué seducido por aquella guerra y la admiración que le inspiraban los triunfos de aquellos pobres pastores, renunció á la Persia, incorporándose sin grado ni sueldo en la causa de los débiles, en medio de los cuales vivia en las montañas, disciplinándolos é instruyéndolos en el arte de la guerra. En aquella época fué cuando el sultan Mahmoud, habiendo llamado al auxilio del islamismo

en peligro al bajá casi independiente de Egipto, Mehemet-Alí, su hijo Ibrahim-Bajá, habia desembarcado en Morea con un ejército egipcio reconquistando á sangre y fuego la Morea al sultan. Napoli de Romania era la única que, colocada á la entrada de la llanura de Argos, en el fondo del golfo de Nauplia, conservaba una ciudad á la independenciam y un refugio al gobierno helénico. Fabvier la defendió con un puñado de héroes, y despues de haberlos instruido, obtuvo varias victorias bajo los muros de Argos, pasando de allí á Atenas y mezclando su sangre en Platea y Maraton con la de los descendientes de Epaminondas. Sus compañeros de armas le enviaron á Francia para solicitar el apoyo del gobierno francés, en nombre de la religion comun y de la humanidad, mas bien que de la política, y así pudo ver de nuevo á su patria. La antigua y natural alianza entre Francia y los sultanes, la política previsora que no permitia que los bárbaros arruinasen por sí mismo en Constantinopla la única fortaleza que protegía al Mediterráneo y Europa oriental contra ciertos desbordes; el peligro en fin de dar al gabinete de Petersburgo un aliado protector de todas sus ambiciones con un reino ó república griega, protestaban vanamente en los consejos de la fria diplomacia; mas felizmente la opinion pública vencía á la

prudencia humana, y M. de Villele, conociendo la imposibilidad de resistir á un arranque tan general del corazon de Europa, olvidaba las antipatías de Fabvier contra los Borbones y felicitándole por sus servicios personales, dejábale esperar, sino un concurso armado en favor de la independencía de la Grecia, cuando ménos la interposicion eficaz de Francia entre las víctimas y los verdugos.

XVII

Entretanto recibia la independencía de Grecia en Egipto el golpe mas terrible é inesperado. Alí-Bajá que impedía hacia tres años la irrupcion decisiva del gobierno otomano en Morea entreteniendo muchas de sus fuerzas, tocaba á su última hora. Un ejército de cuarenta mil hombres á las órdenes de Kourchid-Bajá le bloqueaba cada dia mas estrechamente en el castillo de Janina. Seguro Alí de sus fortalezas, de su guarnicion, y de un pequeño número de defensores desesperados, comprometidos todos ellos con él en su rebelion y crímenes, y sin mas perspectiva que el suplicio ó la victoria, miraba con indiferen-

cia las tiendas de campaña de sus enemigos en derredor de sus fortalezas, recibiendo, pero sin contestar, las balas de cañon que apénas lastimaban sus murallas. Solo una traicion podia vencerle y á ella recurrió la Puerta. El director de su artillería, Caretto, oficial napolitano, á quien habia salvado la vida en un momento en que los turcos iban á inmolarle, como espacion de las relaciones amorosas que tenia con una jóven musulmana, asesinada á causa suya á pedradas, desertó una noche del castillo del lago, bajando por las murallas con una cuerda que sujetó fuertemente á un cañon, pasándose al campo de Kourchid.

No solo privaba esta desercion á Alí de su mas hábil ingeniero, sino que informaba á Kourchid del secreto [de su debilidad. Descontenta una parte de la guarnicion por la ingrata avaricia de Alí, se retiró de los fuertes y la Puerta aprovechó el desaliento de los sitiados para abrir con su anciano jefe una de esas negociaciones, verdaderos preludios de muerte para los sublevados que las aceptan. Entre las proposiciones que Kourchid hizo á Alí, garantizábale, como recompensa de su sumision y arrepentimiento, la vida, la libertad, sus mujeres, sus tesoros, su título de visir y un destierro espléndido, con su familia, en una comarca del Asia-Menor. Una vez acepta-

prudencia humana, y M. de Villele, conociendo la imposibilidad de resistir á un arranque tan general del corazon de Europa, olvidaba las antipatías de Fabvier contra los Borbones y felicitándole por sus servicios personales, dejábale esperar, sino un concurso armado en favor de la independencía de la Grecia, cuando ménos la interposicion eficaz de Francia entre las víctimas y los verdugos.

XVII

Entretanto recibia la independencía de Grecia en Egipto el golpe mas terrible é inesperado. Ali-Bajá que impedia hacia tres años la irrupcion decisiva del gobierno otomano en Morea entreteniendo muchas de sus fuerzas, tocaba á su última hora. Un ejército de cuarenta mil hombres á las órdenes de Kourchid-Bajá le bloqueaba cada dia mas estrechamente en el castillo de Janina. Seguro Ali de sus fortalezas, de su guarnicion, y de un pequeño número de defensores desesperados, comprometidos todos ellos con él en su rebelion y crímenes, y sin mas perspectiva que el suplicio ó la victoria, miraba con indiferen-

cia las tiendas de campaña de sus enemigos en derredor de sus fortalezas, recibiendo, pero sin contestar, las balas de cañon que apenas lastimaban sus murallas. Solo una traicion podia vencerle y á ella recurrió la Puerta. El director de su artillería, Caretto, oficial napolitano, á quien habia salvado la vida en un momento en que los turcos iban á inmolarle, como espacion de las relaciones amorosas que tenia con una jóven musulmana, asesinada á causa suya á pedradas, desertó una noche del castillo del lago, bajando por las murallas con una cuerda que sujetó fuertemente á un cañon, pasándose al campo de Kourchid.

No solo privaba esta desercion á Ali de su mas hábil ingeniero, sino que informaba á Kourchid del secreto de su debilidad. Descontenta una parte de la guarnicion por la ingrata avaricia de Ali, se retiró de los fuertes y la Puerta aprovechó el desaliento de los sitiados para abrir con su anciano jefe una de esas negociaciones, verdaderos preludios de muerte para los sublevados que las aceptan. Entre las proposiciones que Kourchid hizo á Ali, garantizábale, como recompensa de su sumision y arrepentimiento, la vida, la libertad, sus mujeres, sus tesoros, su título de visir y un destierro espléndido, con su familia, en una comarca del Asia-Menor. Una vez acepta-

das por Ali, se enviaron á Constantinopla para que las ratificase el sultan, devolviéndolas bajo forma de tratado que garantizasen el perdon y las promesas de la Puerta.

So preteto de remitir solemnemente dicho tratado ratificado á Ali, y de recibir la sumision de este al sultan su supremo amo, exigió Kourchid que saliese del castillo inespugnable de Janina, y se trasladase á una isla del lago donde tenia una casa de recreo ménos inaccesible y fortificada, donde tendria lugar la entrevista á fuerzas iguales. Ali-Bajá tuvo la imprudencia de acceder á ello, si bien ántes de salir del castillo dejó en sus muros una prenda de su seguridad ó de su venganza. Uno de sus seides albaneses llamado Fethim, jóven comprometido por los juramentos mas horrorosos respecto de una raza que considera sagrada la religion del juramento, quedó de centinela con mecha encendida en la puerta de un depósito de doscientos mil quintales de pólvora sobre los cuales estaban acumulados todos los tesoros del visir, y cuya esplosion, que estaba á merced del jóven esclavo fanático, sepultaria á la vez y á la menor señal, las riquezas de Ali, su haren, la ciudad de Janina y el ejército turco que intentase ocuparle durante su ausencia.

XVIII

Garantizado así contra toda sorpresa trasportóse Ali con su jóven esposa Vasiliki, algunos esclavos y un puñado de sus mas intrépidos albaneses á la isla del lago designada para las negociaciones y la entrevista, situándose en un kiosko de placer, protegido solamente por el lago y algunas empalizadas. Llevó pólvora y armas, esperando, no con toda seguridad, la visita de Kourchid y su entrega del tratado que, segun le decian, habia llegado de Constantinopla al campamento de los turcos. Afectando Kourchid una indisposicion que le retenia en su tienda dejaba pasar dias y dias en mensajes y contemporizaciones, que le ofrecian ocasiones para corromper la guarnicion del castillo de Janina abandonada á sí misma. Pero todo esto no era bastante mientras que el fanal del castillo cerca del cual estaba el esclavo Fethim, ardiese amenazando sepultar á los sitiadores de la fortaleza de Ali.

La astucia hizo lo que no podia la fuerza. Kourchid y sus generales juraron á Ali por el Coran que

el indulto del gran-señor estaba entre sus manos, pero que ántes de entregársele el honor de su soberano comun exigía que aquel indulto, prenda espontánea de la magnanimidad de su amo, no fuera considerado como una concesion al miedo, y que por lo tanto era preciso que se apagase el fanal que ardia cerca de Fethim y del depósito de la pólvora. Presintiendo Alí por primera vez un lazo y pretestando que su esclavo Fethim no obedecería mas que á su voz, pidió que le dejasen volver al castillo para darle él mismo sus órdenes en la fortaleza, mas ya era tarde; las barcas turcas interceptaban las comunicaciones entre la isla y las orillas y viéndose obligado Alí á fiarse hasta la imprudencia en la palabra de sus enemigos, tuvo por fin que entregar á los oficiales de Kourchid un anillo que llevaba suspendido al cuello, y que era entre Fethim y él la señal secreta de una obediencia ciega. Los oficiales de Kourchid, dueños de aquel anillo, vuelven á su campamento, dirigen desde allí al castillo; y enseñan al esclavo el talisman de su amo. El jóven fanático reconoce el anillo, inclínase como señal de respeto, y apaga al instante el fanal. Apenas se habian apagado las últimas chispas, es cosido á puñaladas, quedando su cadáver á la puerta del subterráneo. Ningun ruido habia traspasado desde lo alto de las murallas del castillo, y así es

que Alí, confiando todavía, miraba tranquilamente desde las ventanas de su divan las olas del lago que no debian tardar en llevarle las barcas de Kourchid y el perdon del sultan.

XIX

Llegaron en efecto hasta mediodia, con los principales oficiales de Kourchid, desembarcando estos con muestras de respeto, aunque cubiertos de armas, en la playa donde se elevaba el kiosko de Alí.

Esperábalos este rodeado de una docena de sus mas determinados seides, en una especie de terrado que, sostenido por columnitas de madera, y segun la arquitectura oriental, adornaba la fachada del kiosko, y detrás del cual se hallaban las habitaciones y el haren del visir. Hassan-Baja, Omer-Briones, Mehemet-Silihdar, porta-sable de Kourchid, y un grupo de sus principales jefes, desembarcaron con sombrío rostro y subieron los escalones del terrado. No viendo Alí á Kourchid y presumiendo por la preocupada fisonomía y armas de sus oficiales que llevaban la traicion y la muerte en vez del tratado, levántase,

toma una pistola de su cinturón y dirigiéndose con tremenda voz á Hassan-Bajá : « ¡ Alto ! » esclama, « ¿ qué traéis ? — La orden del sultan, » responde Hassan : « ¿ Reconocéis estos augustos caracteres ? » y desplegando á sus ojos las letras doradas que adornan los firmanes del gran-señor. « Someteos á la suerte, » dijole, « ¡ haced vuestras abluciones é invocad á Alá y al Profeta ! ¡ El sultan os pide vuestra cabeza ! — Mi cabeza, » respondió Ali, « ¡ no se entrega tan fácilmente ! » y sin esperar la respuesta de Hassan tiéndole á sus piés atravesándole el muslo de un balazo y con la segunda pistola mata al jefe de estado mayor de Kourchid, mientras que sus oficiales, y á su cabeza Constantino Botzaris, jefe de los souliotes, en rehenes en su palacio, y sacrificándose por gratitud por su causa, hacen fuego á ejemplo suyo sobre el grupo de otomanos llenando la escalera del kiosko de cadáveres. Pero Ali recibe una bala en el costado y sacando de su pelliza la mano teñida de sangre y enseñándosela á Botzaris : « Corre, » dicele, « y degüella á mi mujer Vasiliki para que me siga á la tumba y no puedan esos traidores manchar su hermosura. » Apenas acababa de pronunciar estas palabras pasó una bala por debajo del piso de madera del terrado y le atraviesa los riñones haciéndole bambolear como un hombre ébrio. Apó-

yase un instante en la reja de una ventana y al fin cae; acto continuo sus palikares se arrojan á nado con Botzaris en las olas del lago para refugiarse en un escollo vecino y evitar así la venganza de Kourchid, y los turcos, sin enemigos, suben las escaleras sangrientas del terrado, arrastran á Ali por su barba blanca fuera del kiosko, apoyan su cuello en un escalón de piedra, y cortándole la cabeza la mandan en un cofre de plata dorada al sultan.

Su esposa, la jóven griega Vasiliki, fué conducida sin el menor ultraje á la tienda de campaña de Kourchid, donde derramó abundantes lágrimas viendo al dia siguiente cargados de cadenas á los ministros y oficiales de su marido, y sirviendo de juguetes á la soldadesca turca los tesoros y decoraciones de su palacio. Pidió que se la dejase hacer los honores fúnebres al cuerpo del héroe del Epiro, á quien adoraba no obstante la diferencia de edad y culto, y habiéndole concedido esta gracia, Janina y las montañas del Pindo, resonaron con los sollozos de Vasiliki y la afliccion de las poblaciones griegas ó musulmanas de aquellas comarcas salvajes, de las cuales Ali era á la vez el héroe, el terror y la gloria. El sultan relegó á Vasiliki en una aldea de aquellas montañas, los tesoros de Ali recompensaron al ejército de Kourchid, y los turcos, libres del obstáculo que les opuso aque-

lla rebelion por espacio de tres años, desbordaron en masa del Epiro en la Morea. Todo sucumbió un momento bajo el hierro y las llamas, resonando los gritos de los griegos con mas desesperación y piedad en Europa.

XX

Si bien los pueblos los oían, los soberanos se negaban aun á oírlos. Mas leal que Catalina II y temiendo el emperador de Rusia estimular en Grecia el genio de las revoluciones que habia jurado ahogar en Francia, Italia, España, Alemania, aplazaba su política de ambicion para obedecer á su política de principios. Meternich temia abrir en las fronteras de Austria los volcanes de opinion que amenazaban la Alemania. Prusia vacilaba como siempre entre Inglaterra, Austria y Rusia. La misma Inglaterra veía con recelo la resurreccion intempestiva para ella de una nacion cuyo desmembramiento debilitaria á Turquía, y abriría quizá los Dardanelos á las flotas futuras de la Rusia creando en el Mediterráneo una marina en competencia con su navegacion comercial. En fin la

Francia, que no calcula, pero que se conmueve, flotaba, enternecida pero indecisa, entre su compasion hácia la raza cristiana y su vieja alianza con los sultanes. Acercábase el momento en que su gobierno, arrastrado por la opinion pública, tenia que deliberar sobre una segunda intervencion, méntis impolítico, pero magnánimo á su intervencion contra-revolucionaria en España.

Ipsilanti que al salir de la infancia habia entrado en la córte de Rusia donde, desde la mas remota antigüedad, los escitas acojen siempre bien á los griegos, habia llegado por el favor de la córte al empleo de general del ejército ruso, perdiendo un brazo en los combates de Alejandro contra los franceses, en Alemania. Jóven, arrojado, ardiente, tanto ó mas ambicioso que patriota, habia aprendido en los salones y campamentos del emperador esa fraternidad tradicional de los dos pueblos que recomienda á los griegos los rusos como compatriotas del Norte, á los rusos los griegos como una rama de su familia de Oriente, y soñando no pocas veces con una corona tributaria como la que el favor de Catalina habia colocado en las sienes de Poniatowski en Polonia, reunia en derredor suyo, primero en Viena, despues en Besarabia, todo lo mas escogido de la juventud griega, letrada, liberal ó heróica, con la cual queria for-

mar el núcleo del patriotismo helénico. Aquella juventud habia tomado en su asociacion secreta el nombre de *hetereitos* ó de los *amigos*. Suponíase y no sin fundamento, que una asociacion que contaba en su seno favoritos y hasta ministros de Alejandro, no era desaprobada por aquella córte, y el envio de una flota rusa por el mar Negro á Constantinopla, combinado con una sublevacion del Peloponeso y de las islas, no dejaba á los tureos mas arbitrio que la huida al Asia. El reinado de los rusos en el Bósforo era el reinado de los griegos restableciendo el imperio en su capital, tan largo tiempo usurpada.

Este pensamiento ó ensueño, que alimentaba las esperanzas del Peloponeso y de las islas, Grecia iba á intentarle, Europa á secundarle. La fatalidad que arrastra á los pueblos á los resultados que mejor ven y mas temen, no se manifestó nunca con mas evidencia en los sucesos humanos. A pesar que Rusia, una vez dueña del Bósforo, de Constantinopla y de la Grecia, era la monarquía universal de Europa, del Asia y del Mediterráneo, Europa repetía el grito de libertad que resonaba en las montañas del Epiro precipitándose toda entera contra sus propios intereses en la pendiente que dominaba el mundo. Sirviendo la fé de pretexto á la libertad, y miéntras que

la filosofía moderna minaba ó reformaba el cristianismo en Europa, el liberalismo europeo enarbolaba la causa del cristianismo en Grecia y predicaba cruzadas en nombre de la revolucion. Nueve años de encarnizada lucha no habian postrado el patriotismo de los griegos ni modificado la resolucion de Mahmoud; Europa vacilaba para decidir la querella.

La noticia de la batalla naval de Navarino llegó á Francia en medio de la conflagracion de los partidos y en visperas de retirarse M. de Villele, como para iluminar su decadencia con un postrer resplandor de fortuna, si bien la opinion pública se atribuya con razon aquella gloria, ántes que concedérsela al ministro. En realidad, la opinion era la que habia hecho fuego en la bahía de Navarino sin orden ni pretexto, la historia debe decirlo al fin, puesto que es la conciencia de las naciones desleales, los almirantes europeos que mandaban la flota inglesa y la flota rusa, combinadas con la flota francesa son los únicos autores de aquella gloria ó de aquel atentado. Nada mas justo que consignar los hechos; tales como fueron.

Hase visto que mediante un convenio entre las tres potencias, Rusia, Francia é Inglaterra, habian impuesto el arbitraje armado entre la Grecia y el imperio otomano. En aquella época y despues de haber

devorado sucesivamente los ejércitos que el sultan Mahmoud habia enviado para someterla, Grecia sucumbia ante los ejércitos egipcios que habian corrido á socorrer el islamismo, mandados por Ibrahim-Bajá, vasallo del sultan é hijo de Mehemet-Ali, bajá de Egipto. Dueño Ibrahim de la Morea por sus tropas, y dueño además del mar por las flotas egipcias y turcas, esperaba inmóvil el resultado de las negociaciones entre las potencias y el sultan, dispuesto á ejecutar las condiciones del tratado que se ajustase y á evacuar ó conservar el continente griego. Las partes beligerantes habian firmado un armisticio de un mes, para dar tiempo á las negociaciones, y aun cuando dicho armisticio espiraba el 20 de octubre 1827, no solo no se habia dirigido á la Puerta ninguna declaracion de guerra, sino que por el contrario existia de hecho y de derecho una paz tácita entre las potencias cristianas y el generalisimo de las fuerzas otomanas. Los tres almirantes Heyden de los rusos, Codrington, de los ingleses, de Rigny, de los franceses, cruzaban y estacionaban delante de las costas de la Morea como testigos mediadores, y no como enemigos, correspondiendo diariamente con Ibrahim.

Solo exigian de él que contemporizase y cesase las hostilidades con los griegos, por un interés de huma-

nidad que Ibrahim comprendia y ejecutaba voluntariamente esperando los resultados de la negociacion abierta en Constantinopla.

XXI

Durante esta especie de tregua tácita, la flota egipcia y turca combinada habia echado el áncora, colocándose en tres líneas de popas, que formaba media luna, bajo la proteccion de los fuertes de Navarino. Constaba de noventa buques, entre los cuales habia cuatro navíos de línea, diez y seis fragatas, y treinta corbetas, materiales y arsenal inmenso de todo el Oriente. Mandábala Tahyr-Bajá, el cual tenia á sus órdenes diez y seis mil turcos y egipcios. Imponente, pero llena de confianza, puesto que Turquía y Egipto no estaban en guerra con ninguna de las potencias navales de Europa, dicha flota se habia reunido y estrechado en uno de los lados de la bahía de Navarino, como para dejar sitio á las flotas combinadas de las potencias en un mar neutro. Merced á tanta confianza, todas las fuerzas navales de Egipto y Turquía se habian colocado espontáneamente tan pega-

das una á otra, que, con un solo cañonazo europeo, podian ser instantáneamente incendiadas. Estaban tan léjos de temer la menor hostilidad, que el generalísimo Ibrahim, ya sea por la confianza que tenia en el derecho de las naciones, ya por no saber que contestar á las impacientes preguntas de los almirantes, habia dejado por algunos dias su cuartel general de Navarino, para visitar sus cuerpos de ejército en el Peloponeso. El primer plazo impuesto á la Puerta espiraba para las potencias el 20 de octubre, pero habiendo sido admitidos de hecho otros plazos que exigian las distancias y la lentitud de tan espionosa mediacion, nada motivaba, ántes de hacer las declaraciones formales y prealables de las hostilidades, una agresion súbita é imprevista por parte de los almirantes europeos.

Sus tres escuadras que habian entrado hacia mucho tiempo en la bahía, habia fondeado en plena paz en frente y tocando casi los buques otomanos, cuyos principales oficiales estaban en tierra con entera seguridad. Las leyes de la paz y las leyes de la guerra, la neutralidad, la lealtad, la humanidad, todo imponia á los comandantes de las tres escuadras una actitud digna, conforme sin duda alguna con las instrucciones escritas de los tres almirantes, mas escitados por el soplo de popularidad ardiente que se

apasionaba entónces del espíritu de religion, de libertad y de humanidad en favor de la Grecia, impacientes por distinguirse con una apariencia de triunfos á cualquier precio á la cabeza de las fuerzas navales cristianas, los almirantes no escuchaban mas que sus propios deseos, contando además con los aplausos públicos para justificar á su gobierno y á la Europa la sangre derramada, cuya falta perdonaria fácilmente á los ojos de la opinion una victoria popular. Además las instrucciones verbales ó tácitas, que recibieron al marchar aquellos almirantes de los fanáticos de la causa griega en Lóndres, San Petersburgo y Paris, les daban una latitud tal, que podian prescindir de sus instrucciones escritas.

A tal punto desbordaba la opinion pública á los gobiernos que, á pesar de haber prohibido las tres potencias formalmente á los comandantes de sus escuadras todo acto de agresion, el duque de Clarence, despues rey de Inglaterra y entónces gran almirante, al entregar al almirante Codrington las órdenes del almirantazgo, habiale dicho, apoyando sus palabras con un gesto militar: « ¡Nada de temporizaciones, y obrad con energía! » Rusia ganaba demasiado popularizándose con una brillante intervencion entre seis millones de sus coreligionarios griegos en Europa y Asia, para no sofocar sus escrúpulos, y

Francia mas interesada que las otras dos potencias en no dejar destruir en el Mediterráneo las fuerzas navales de una potencia amiga, único contrapeso para las flotas de Inglaterra y Rusia en Oriente, habia confiado su escuadra á un oficial jóven, ambicioso y de gran fama, que se conceptuaba feliz hallando la ocasion tan rara de ilustrar á la vez su pabellon y su nombre en una causa que todo lo dispensaba el valor.

XXII

Un cañonazo casual ó comprometido, que salió no se sabe de qué bordo, en medio de aquella confusion de las cinco escuadras en una misma bahía, fué el pretexto ó la señal del combate. El almirante inglés tomó el mando por derecho de edad; seguro del concurso de sus dos colegas, lanza todos sus proyectiles á la flota otomana; los almirantes de Rigny y Heyden abren inmediatamente el fuego contra los navios mudos todavía que tenian delante. Una esplosion continua domina y destruye uno á uno los buques turcos. A pesar de las andanadas de las tres escuadras,

de no poderse mover, de hallarse tan unidas que se comunicaban el incendio que los devoraba, egipcios y turcos responden con la intrepidez del fatalismo al fuego de los cristianos. Sus baterías, que apagaban las olas donde se sumergían, tiraron hasta el último cañon que sobrenada en sus portañolas, pero sus navios saltan en mil pedazos bajo la esplosion de los pañoles, cubriendo el cielo de humo, la bahía con sus destrozos; los cordages que cortan las balas ó consumen las llamas dejan derivar sobre los arrecifes los humeantes cascacos de sus navios. En dos horas, ocho mil hombres de sus flotas cubrieron los puentes y olas con sus cadáveres; apenas revelaban á las escuadras europeas algunos centenares de hombres heridos en las baterías de los fuertes las convulsiones de la agonía de la flota otomana. Al disiparse el denso humo solo se descubrieron los restos incendiados de noventa buques de guerra, los cuales llevaban las olas, como una expiacion, al pié de las costas escarpadas de la nueva Grecia.

Tal fué, no la victoria, sino la ejecucion de Navarino; un grito de horror la anunció al Asia; un grito de libertad la saludó en Grecia, un grito de entusiasmo la aplaudió en Europa. Cuando recobró esta la serenidad no sabia qué nombre dar á aquella hoguera de ambas flotas: heroica para unos, para otros era

incendiaria. Decidióse guardar silencio, temiendo profundizar demasiado los misterios y encontrar alguna iniquidad.

Asegúrase que el almirante de Rigny, ébrio primero de la popularidad con que la causa griega pagó su participación en el incendio naval de Navarino, reprochóse después una gloria que no podía justificar plenamente su conciencia, y que los escrúpulos de Navarino turbaron su vida y aceleraron su prematura muerte.

Respecto á Francia solo consideró en aquellos momentos tan gran suceso como un triunfo para la religión, para la libertad y para ella misma, y si alguna cosa hubiera podido devolver al rey de Francia y á M. de Villele su perdida popularidad, ambos la hubieran encontrado en Navarino, como ya pensaban reconquistarla en Argel; mas las popularidades son fugitivas y las impopularidades implacables. Navarino y Argel lo probaron á Carlos X.

XXIII

Reunidos los representantes de las potencias occidentales en el congreso de Viena, y no atreviéndose

todavía á desmembrar el imperio de Mahmoud II, estipularon que Grecia reconociera siempre la soberanía del sultan á quien pagaría el tributo, recordando solamente con su gobierno propio y hereditario las constituciones de Valaquia ó de Moldavia.

A este acto del 16 de noviembre de 1828 repudió con un grito de indignacion el dictador provisional del Peloponeso, el conde Capo de Istria, protegido de la Rusia, y tan cumplido hombre de Estado como patriota; pero armando el jóven Mauromicalis y su sobrino una conjuración aristocrática de los jefes y amigos de su familia, para derrocar al dictador, Capo de Istria cayó bajo las balas de un grupo de asesinos que comenzaban la independencia con un crimen. Preso su jefe en casa del ministro de Francia, fué fusilado al pié de un plátano, y los salvajes cleftas de las montañas lloraron á los dos asesinos, comparándolos con Harmodius y Aristogiton. Aquellos fanáticos habían asesinado con Capo de Istria la luz y la virtud de su nueva patria.

Francia, Rusia é Inglaterra propusieron entonces la corona independiente de la Grecia al príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo, viudo de la princesa Carlota de Inglaterra, y candidato natural para todos los tronos secundarios que conviniese á la diplomacia crear. Francia nombró ministro plenipotenciario

cerca de este rey de Grecia al autor de esta relacion, mas el príncipe de Sajonia-Coburgo no se decidió á aceptar aquel trono por las prodigiosas dificultades que presentaba la creacion de una monarquía constitucional en una comarca donde, demasiado antigua ó demasiado reciente, la civilizacion no prometia mas que largas oscilaciones al gobierno. El jóven príncipe Othon de Baviera fué proclamado rey de los Griegos.

Hemos anticipado algunos años estos sucesos para referir sin intervalos el desmembramiento de la Grecia. Volvamos al año 1826 y asistamos al esfuerzo heróico y desesperado de Mahmoud para regenerar el imperio tan desmantelado.

XXIV

Hemos visto que la cobardía, insolencia é indisciplina de los genizaros habian sido en los tres últimos reinados el opróbio y decadencia de los ejércitos otomanos. Esta institucion no solo habia entregado la Crimea, Besarabia, Moldavia y Valaquia á los Rusos, sino que abandonaba entónces el Peloponeso y

las islas á los Griegos sublevados. La opinion pública, irritada contra una milicia que no sabia mas que turbar y no defender el imperio, secundaba el resentimiento de Mahmoud, ofreciéndole al fin la ocasion que tanto habian anhelado sus predecesores y él mismo. Conspiró pues al fin á su vez contra sus eternos conspiradores. La degollacion de los strelitz no habia sido para Pedro el grande mas que una explosion de cólera, la estincion de los genizaros fué para Mahmoud un plan concertado.

XXV

Aunque seguro del gran visir, cuya autoridad absoluta habia declinado y cuyo título habia sido suprimido, apoyado por Hussein, bajá de Widdin, creador de las tropas disciplinadas y tan pronto siempre á exterminar como á organizar para salvar á su amo, autorizado por el muftí, oráculo venerado de la ley, aunque abiertamente estimulado por los ulemas, órganos de la opinion religiosa, Mahmoud, ántes de vengarse, quiso provocar un flagrante delito de rebelion y de crimen en la milicia proscrita. Con este

cerca de este rey de Grecia al autor de esta relacion, mas el príncipe de Sajonia-Coburgo no se decidió á aceptar aquel trono por las prodigiosas dificultades que presentaba la creacion de una monarquía constitucional en una comarca donde, demasiado antigua ó demasiado reciente, la civilizacion no prometia mas que largas oscilaciones al gobierno. El jóven príncipe Othon de Baviera fué proclamado rey de los Griegos.

Hemos anticipado algunos años estos sucesos para referir sin intervalos el desmembramiento de la Grecia. Volvamos al año 1826 y asistamos al esfuerzo heróico y desesperado de Mahmoud para regenerar el imperio tan desmantelado.

XXIV

Hemos visto que la cobardía, insolencia é indisciplina de los genizaros habian sido en los tres últimos reinados el opróbio y decadencia de los ejércitos otomanos. Esta institucion no solo habia entregado la Crimea, Besarabia, Moldavia y Valaquia á los Rusos, sino que abandonaba entónces el Peloponeso y

las islas á los Griegos sublevados. La opinion pública, irritada contra una milicia que no sabia mas que turbar y no defender el imperio, secundaba el resentimiento de Mahmoud, ofreciéndole al fin la ocasion que tanto habian anhelado sus predecesores y él mismo. Conspiró pues al fin á su vez contra sus eternos conspiradores. La degollacion de los strelitz no habia sido para Pedro el grande mas que una explosion de cólera, la estincion de los genizaros fué para Mahmoud un plan concertado.

XXV

Aunque seguro del gran visir, cuya autoridad absoluta habia declinado y cuyo título habia sido suprimido, apoyado por Hussein, bajá de Widdin, creador de las tropas disciplinadas y tan pronto siempre á exterminar como á organizar para salvar á su amo, autorizado por el muftí, oráculo venerado de la ley, aunque abiertamente estimulado por los ulemas, órganos de la opinion religiosa, Mahmoud, ántes de vengarse, quiso provocar un flagrante delito de rebelion y de crimen en la milicia proscrita. Con este

fin reunió en consejo de reforma al muftí, los ulemas, el gran visir, los visires de la cúpula, Hussein-Bajá, Islet-Bajá, Kosrew-Bajá, y despues de haber, sondeado bien el mal, propuso como único remedio, un firman de reforma en 46 artículos que organizaba y disciplinaba el cuerpo de los genizaros sobre el modelo de los nizams-djerids, tropas regulares tantas veces ensayadas y otras tantas vencidas por la obstinación de los genizaros.

La promulgacion de esta reforma por el gran visir sublevó, como creia el sultan, la resistencia de la milicia reformada y una conjuracion al principio sorda, pero despues tumultuosa, se organizó en la noche del 15 de junio 1826.

Despues de haber prolongado cerca de un mes su irresolucion, reuniéronse los conjurados aquella noche de dos en dos en la plaza de Etmeidan, la cual habian fijado como centro de sus operaciones. Todos los oficiales y soldados, excepto algunos capitanes y ortas con los cuales no contaban, fueron invitados á reunirse con ellos y en pocos momentos se llenó la plaza de rebeldes. Los jefes enviaron un destacamento para que atacase el palacio del aga, espidiendo sucesivamente varios mensajeros al intendente general. Hassan-Aga, para decidirle en su favor, á todos contestó Hassan-Aga : « No pudiendo ir solo á la reu-

« nion he citado á los comandantes de las compañías, « y cuando vengan iremos todos juntos. » Así se libró de sus instancias y del lazo que le tendian, permaneciendo en su palacio mientras llegaban los capitanes, en medio de las mas atroces angustias, *apoyada su espalda contra la pared de la estupefaccion.*

La tropa que se habia dirigido al palacio del aga llegó cuando volvia Djelal-Eddin de hacer una ronda en el barrio del castillo de las Siete-Torres y disponíase á acostarse. La circunstancia de hallarse en un lugar secreto, cuando entró, salvó su vida. No encontrándole los soldados en los primeros momentos, supusieron que no estaba en el palacio y deseando entregarse cuanto ántes al pillage, principal objeto de la insurreccion, volvieron precipitadamente á Etmeidan, no sin haberse vengado de la ausencia del aga, rompiendo las puertas y ventanas del palacio y pegándole fuego por diferentes puntos. Felizmente apagóse este por sí mismo.

En cuanto llegó la aurora los conjurados sacaron las marmitas de sus cuarteles, y las llevaron á la plaza de Etmeidan, corriendo al de los djebedjis (armeros) y de los serradjis (silleros) para apoderarse tambien de las de estos cuerpos. La compañía de los primeros se las entregó, comprometiéndose así aquel bizarro cuerpo en la insurreccion.

Entre tanto los jefes mandaban sarjentos á los cuarteles del castillo de las Siete-Torres, de Asma-Altí, de Cabbain-Dakik, receptáculo de todos los criminales de la capital, para que fueran á unirse con ellos. Suponiendo que el gran visir Hussein-Bajá, el aga y todos los principales funcionarios estaban presos ó habian sido asesinados, sublevaban al populacho excitándole al pillage. Los mozos de cordel, los mercenarios y la gente sin casa ni hogar no tardaron en llenar las calles de Constantinopla, formando con los rebeldes una masa imponente. Una turba de furiosos marcha sobre el palacio del gran visir, conducida por Mustafá el verdulero. Otra mandada por Mustafá el borracho, corre á prender al instructor Daoud-Aga, y saquea la casa del agente del virey de Egipto, Nedjib-Effendi, á quien detestaban profundamente los genizaros. Hallábase este en el campo de Canlidjik y así no corrió el menor peligro su vida, pero le robaron los depósitos que le habian confiado diversos bajás y cuya suma excedía á ocho mil bolsillos.

Merced á una feliz casualidad, el gran visir habia pasado tambien la noche en su casa de Beglerbeg. Espantadas sus mujeres al oír el ruido de los facciosos que se precipitaban en el palacio, refugiáronse en un subterráneo situado en medio de un jardín

evitando así sus miradas y sus violencias. Nada respetaron en el palacio, apoderándose de todos los efectos preciosos y de unos seis mil bolsillos de plata.

Entretanto recorrian los genizaros todas las calles de la ciudad gritando : « ¡ Muerte á los promulgadores de fetwas, á los escritores juridicos, á los que se defiendan, á todos los que llevan caouk (1)! » « Prendamos á sus mujeres é hijos; los niños se venderán á diez pesos cada uno, las casacas á cinco. » « Que todos los comerciantes abran sus tiendas; por un pedazo de vidrio que puedan robarles, les daremos un diamante. Si cualquiera de los nuestros hiciese al pueblo alguna iniquidad, al instante será despedazado ! »

Tales eran las voces tumultuosas que despertaron á las gentes honradas al amanecer *sumiéndoles en un océano de temores.*

Un poeta ha dicho : « Oh tú que te duermes en medio de la mas apacible tranquilidad, una catástrofe nada ménos te despertará. » Del mismo modo la espantosa noticia de la rebelion interrumpió el sueño de los funcionarios públicos y de los grandes

(1) Es la gorra de los escritores, abogados y funcionarios con traje civil.

del Estado, llegando á la casa de Beglerbeg, donde estaba el gran visir, con la rapidéz del rayo. Mientras que tomaba todas las disposiciones convenientes, mandó con su hermano y el intendente la orden á Hussein-Bajá y Mohammed-Bajá para que marchasen al momento con sus tropas al serrallo, y punto llamado Yalikeuehk (kiosko del borde del agua). Montó despues en su barca y confiando en la Providencia, parte solo con su cafetero Osman-Aga; llega al kiosko, llama al intendente de los tesoros del palacio, que segun costumbre de estas dignidades, dormia durante el verano en el serrallo nuevo, y comisionale para participar al sultan los sucesos que tenian lugar, pedirle permiso para sacar en público el estandarte del Profeta y suplicarle que se presente á las tropas.

Al mismo tiempo llama al muftí, que no tarda en presentarse, y llegando tambien á Yalikeuehk los bajás Hussein y Mohammed, espide varios emisarios á los doctores (damchmends), á los profesores (khodjas) y á los estudiantes, para que todos corriesen, en aquella grande crisis, en defensa del trono. El gran visir envia además sus órdenes á los ridjals de la Puerta, oficiales de su casa, al intendente del arsenal, general de artillería (topdji-baschi), comandante de los soldados del tren, jefe de los bombarderos, al de

los minadores, para que lleven sus respectivas tropas al serrallo.

Mientras tanto el intendente general Hassan-Aga, que habia permanecido en su palacio, en medio de las mayores inquietudes, habia recibido sucesivamente á los jefes de las compañías y algunos escritores, mutevellis y odabaschis que eran fieles á su deber.

La mayor parte habian pasado por la plaza de Etmeidan y participándole los progresos de la insurreccion, dirigióse con todos al palacio del aga de los genizaros. No encontrándole en ninguna parte instalóse el presidente en su palacio enviando á Raschid-Effendi, jefe de los escritores, cerca de los rebeldes, para decirles que explicasen sus intenciones. Todos gritaron con unánime voz: «No queremos hacer los «ejercicios de los infieles, la costumbre inmemorial «de los genizaros es tirar con bala á los pucheros de «tierra y cortar con el sable rollos de fieltro. Tales «son nuestros ejercicios militares; queremos las ca- «bezas de los que han aconsejado la reforma.» Y designaron por sus nombres á muchos altos funcionarios y oficiales de la córte del sultan, mandaron al escritor que llevase tan audáz respuesta. Trasmitiéndola Hassan-Aga en seguida al kiosko del borde del agua, por el mismo Raschid-Effendi, que la re-

pitó fielmente al gran visir en presencia de todos los grandes dignatarios, exclamó este con indignacion : « El nuevo sistema militar que hemos adoptado es « tan conforme á la razon como á la ley religiosa, y « así cuenta con el asentimiento de todos los ule- « mas. El honor y poder de la monarquía otomana « exigen que se lleve á efecto y no sufriremos que se « quite una sola piedra á tan sagrado edificio. Con « el auxilio de Dios exterminaremos á los rebeldes, « contra los cuales esgrimiremos el sable de la ven- « ganza. Llevadles esta contestacion. »

Todos los asistentes aprobaron tan enérgicas pala- bras y el escritor partió. El gran visir y los persona- jes que le rodeaban salieron del kiosko y marcharon al interior del serrallo, al sitio llamado la *Casa de fieras*, que era el punto de reunion general. Los prin- cipales ulemas, profesores y estudiantes llegaban allí sucesivamente, mezclados con el general de artille- ría (topdji-baschi), el comandante de los soldados del tren (arabadji-baschi), el capitan de la artillería á caballo, Ibrahim-Aga, célebre por sus victorias y de- nominado el *Infernal*, todos estos con sus cañones. Ahmed-Aga, jefe de los ugières del arsenal, llevó los soldados de marina. Los minadores se presentaron con todos sus oficiales, todos aquellos fieles servido- res del Estado, reunidos en los vastos patios del

serrallo, esperaban con impaciencia la llegada del sultan.

El intendente de los tesoros de palacio, Mohammed- Emin, á quien habia comisionado el gran visir cerca de Mahmoud, corrió á Bechik-Tagh, residencia de su alteza, y participándole la rebelion de los genízaros, añadió que todos los amigos adictos á la monarquía, reunidos en el serrallo, esperaban sus órdenes para marchar contra los facciosos, deseando que los lle- vase con su presencia la mayor garantía de la vic- toria.

Inmediatamente mandó el sultan que se hiciese á la mar el barco que tenia destinado á sus paseos, y mientras que le preparaban espidió á uno de sus ser- vidores íntimos, Aboubekre-Effendi, al gran visir, pidiéndole algunos detalles precisos, trasmitiéndole ade- más algunas órdenes cuya idea acababa de surjir en su espíritu *iluminado por las inspiraciones celestes*.

Era tal sin embargo su impaciencia por presen- tarse á los valientes defensores del trono, que no pu- do esperar la vuelta de Aboubekre y no escuchando mas que su ardiente valor, ciñe su sable, monta en su barco con su fiel secretario Mustafá-Effendi, y se- guido de otros barcos donde iban su silihdar (porta- sable) y los otros oficiales de la córte, aborda á fuerza de remos en instantes en el serrallo y puerta *del ca-*

non. Atravesando aquellos deliciosos sitios, verdadero paraíso terrestre y residencia de los monarcas otomanos, llega el sultán á la vasta sala llamada Sunnet-Odacý (de la circuncision). Por todas partes siembra una nueva vida derramando en los corazones el fuego sagrado del entusiasmo. Llama al gran visir, al muftí, y á todos los funcionarios y ulemas reunidos en la casa de fieras, y dirígeles la palabra en estos términos:

« Todos conocéis el esmero y celo con que, desde el día de mi advenimiento al trono, he servido los intereses de la religion y procurado labrar la felicidad del pueblo que me ha confiado la Providencia. Tambien conocéis todos los tiros dirigidos á mi corona por los movimientos sediciosos de los genizaros y la indulgencia con que he tratado tantos actos capaces de apurar la mas santa paciencia. Para evitar la efusion de sangre, no solo los he perdonado sino que los he llenado de favores. Sin mas obligacion que la que les imponia mi benevolencia, todos habian jurado conformarse á las disposiciones del nuevo decreto. Ahora bien; negarse hoy á ejecutar su promesa, violando así el contrato legal firmado por ellos y sancionado por todas las autoridades civiles y religiosas, esa exaltacion furiosa que manifiestan, las insolentes exigencias que ex-

« presan, ¿constituyen ó no una verdadera rebelion contra el soberano? y para reprimir á esos traidores y vencer á la insurreccion ¿qué medidas juzgais necesarias? ¿Cuál es la opinion de los intérpretes de la ley sobre el uso de las fuerzas de las armas? »

Los ulemas contestaron unánimamente: « La ley manda combatir á los facciosos. El Coran ha dicho: *Si hombres injustos y violentos atacasen á sus hermanos, combatid á los agresores y ponedlos á disposicion de su juez natural.* »

Todos los asistentes exclamaron: « ¡Estamos resueltos á vencer ó morir! Dios nos protegerá; sacrificaremos, si es preciso, nuestra vida por el sultán. »

En medio del entusiasmo general, el profesor Abderrahman-Effendi, exaltado por el esceso de su ardor guerrero; tiró al suelo el rosario que tenia en la mano, gritando: « ¿Qué esperamos entónces? á ellos, al enemigo, ¡muera bajo nuestra metralla! »

Aquella reunion de valientes, animada por ese espíritu de union que constituye la fuerza, despues de haber suplicado al sultán que dejase sacar el estandarte del Profeta, se disponia á marchar contra los rebeldes, cuando el sultán dijo: « Tambien quiero yo combatir en medio de los verdaderos creyentes,

« y castigar á los ingratos que me ofenden. » A estas palabras , todos los oficiales que le rodeaban levantaron las manos suplicándole desistiese de su resolución. « Rogamos á Vuestra Alteza , dijeron , que no « comprometa su augusta persona, presentándose sin « necesidad á un vil puñado de facciosos. Despliegue « su oriflama musulmana y dirija tranquilamente « sus votos para que se salve el imperio y triunfe la « buena causa. Los esfuerzos de sus fieles servidores « no necesitan mas que sus poderosas oraciones. »

Cediendo el sultan á sus instancias , dispuso que los pregoneros recorriesen las calles de Constantinopla y de las tres ciudades (Galata , Pera , Scutari) , llamando á todos los musulmanes para que fueran á proteger al estandarte del Profeta , en derredor del monarca , soberano pontífice de la religion. Esta orden debia comunicarse primero al tribunal de Constantinopla y transmitirse despues á los imanes de los diferentes barrios por los ugieres del mehkemé (palacio de Justicia). Al mismo tiempo fueron convocados en el serrallo muchos personajes importantes que habían permanecido en sus casas , rogando por el triunfo del derecho y dispuestos á secundarle con todos sus esfuerzos.

Por un efecto de la proteccion divina , pregoneros y ugieres cumplieron felizmente su mision sin que

los insurrectos tuviesen de ella la menor noticia. A su voz levántase el pueblo , y en ménos de media hora nuevos grupos de estudiantes , con sus profesores á la cabeza , habitantes de todos los barrios con sus imanes , y vecinos de Galata , Pera y Scutari conducidos por sus magistrados desembocan por todas partes en la plaza del serrallo tomando en ella posicion.

Entre tanto el mismo sultan fué á buscar á la sala donde se guarda *el cipres majestuoso del jardin de la victoria*, la bandera verde del príncipe de los profetas, é invocando la asistencia celeste, la remitió al gran visir y al muftí , los cuales la confiaron á los musulmanes apiñados que los rodeaban. El profesor Ahmed-Effendi de Akiska dirigió á los que la recibieron una tierna alocucion , que les hizo verter lágrimas de entusiasmo. Sacando de los almacenes de palacio sables , fusiles , cartuchos que se distribuian á los que no tenian armas , y todos aquellos campeones decididos de la fé y del trono , profiriendo los gritos terribles de ¡ Aláh ! Aláh ! precipítanse fuera de las puertas del serrallo , corren á la mezquita del sultan Ahmed y plantan encima del púlpito el glorioso estandarte de Mahoma.

El sultan , despues de haber invocado las bendiciones del cielo en favor de los guerreros á los cuales

acababa de confiar la sagrada oriflama, montó á caballo escoltado por su porta sable Ali-Aga, su primer camarero Aboubek re-Effendi, su secretario Mustafá-Effendi, y Ahmed-Schakir-Effendi, oficial del ma-bein (habitacion interior contigua al haren), y atravesando los jardines particulares del serrallo, fué á instalarse en el pabellon que hay encima de la puerta imperial, donde podia recibir mas prontamente noticias de sus defensores. Desde allí veia pasar por la plaza á los ciudadanos honrados que corrian á defender el estandarte del Profeta, y seguialos con sus votos.

XXVI

Mientras que Mahmoud, alma intrépida, sufría porque la dignidad del poder supremo le condenaba á no moverse de su kiosko, desde donde contemplaba los acontecimientos de los cuales dependian su trono y vida, el verdadero jefe de la empresa Hussein-Bajá, Mohammed-Bajá, el gran visir, los ministros y ulemas del partido del sultan se reunian en la mezquita vecina de Ahmed, donde, rodeados de minuto en mi-

nuto por la masa creciente de los musulmanes fieles al trono y de las tropas convocadas por el primero, deliberaban sobre los medios de pacificar ó destruir la sedieion. « Deliberar cuando debemos castigar, » dijo Hussein, « es declararse vencidos. — Con el sable y no con palabras se resuelven las dudas de los « facciosos, » añadió Mohammed-Bajá. Y sin esperar la réplica de los hombres de iglesia y de leyes, vistieron Hussein y Mohammed los trajes militares ménos vistosos, montaron á caballo, y seguidos de un regimiento de artillería con sus piezas y un puñado de soldados y de marineros decididos, subieron por la calle del Divan á la plaza de Etmeidan, donde los genizaros en tumulto estaban reunidos delante de sus cuarteles. Continuos grupos armados de fieles musulmanes aumentaban en el camino esta columna, mientras que, guiados otros por distintas calles, se avanzaban silenciosamente para penetrar al mismo tiempo en aquella plaza, campo de batalla ordinario y campo de victoria habitual de los sediciosos.

Algunos genizaros indecisos se habian presentado aisladamente en la mezquita de Ahmed al gran visir y al muftí, preguntándoles lo que debian hacer. « Pueblo de Mahoma, » exclamó el muftí, inspirado por el espíritu del Profeta, « ¿ qué esperas ? si quieres « servir á Dios y obedecer al sultan, sombra suya,

« ¡corre á proteger á tus hermanos que ya están luchando con los impíos! »

A estas palabras, la multitud que rodeaba todavía la mezquita, lanzó al cielo una inmensa exclamación, precipitándose en numerosas columnas detrás de Hussein y de los artilleros.

XXVII

Los genizaros, que habían colocado avanzadas en la calle ancha del Divan y en los patios de la magnífica mezquita de Bajazet, al oír los gritos unánimes del pueblo, y saber que la oriflama, emblema sagrado de la victoria, había salido del serrallo y los condenaba al esterminio de los fieles creyentes, se replegaron á Etmeidan, cerrando su grande puerta y barricándose como en una fortaleza.

Antes de dar el asalto, los generales se adelantaron lo bastante para ser oídos, y les aconsejaron que se sometieran al sultan, promeliéndoles implorar su clemencia en favor de los soldados arrepentidos. Un clamor injurioso fué la única contestación que dió aquella multitud tantas veces victoriosa de los sulta-

nes y del pueblo; no solo no creían aquellos hombres que había llegado su día supremo, sino que esperaban imponer otra vez sus caprichos como otras tantas leyes al serrallo y al imperio.

Hecha aquella última tentativa de conciliación por Hussein para complacer al pueblo, dió á los artilleros orden de hacer fuego y de destruir las puertas de la plaza á cañonazos. A fin de aumentar la seguridad que tenían los genizaros formados en masa detrás de las puertas, y preparar mas víctimas á su metralla, el comandante de los artilleros levantó la voz para ser oído dentro de Etmeidan, y grita con asesina astucia á sus soldados: « No, no tireis; todavía no ha llegado la pólvora que esperamos. »

Confianza en estas palabras, y creyendo que podían permanecer sin peligro detrás de las puertas, desde donde veían las piezas é insultaban á los artilleros, continuaron como un vil rebaño apiñado delante de la metralla. El cañon destrozó instantáneamente la puerta y barricadas, llenó de cadáveres la plaza donde estaban reunidos, y lanzándose Mohammed-Bajá por aquella brecha el primero con un puñado de artilleros y el iman ó capellan del regimiento, penetra por ella no obstante el fuego de los genizaros, la columna entera del pueblo y soldados. Viendo los rebeldes la plaza llena de tropas,

pueblo, armas y cañones, se replegaron en desorden á sus cuarteles, sitiados en la puerta opuesta de Etmeidan, en frente de las puertas destrozadas. Aglomerados unos siete ú ocho mil en aquella fortaleza, pero sin plan, sin jefes, sin municiones, sin eco en la multitud, tiraron en vano por las puertas y ventanas de aquel vasto edificio; un intrépido artillero, llamado Mustafá, despreciando su fuego para apagarle, y avanzando con una torcha en la mano hacía una especie de bazar de madera, que tenían los cocineros de las ortas y que estaba al rededor de los cuarteles; pégale fuego y enciende una hoguera inmensa que, secundada por el viento, cubre los cuarteles con sus llamas y humo.

En un momento rodean el edificio los torbellinos de fuego, mientras que las piezas cargadas de metralla destruyen las murallas, llenando de cadáveres las ventanas, patios y puertas por las cuales trataban de huir de las llamas los genizaros. El humo de aquel vasto incendio, cuyas llamas aspiraban maldiciendo tres mil rebeldes, subió al fin por encima de Etmeidan de la mezquita de Ahmed y de los cipreses de los jardines del serrallo, anunciando á los europeos de Pera (parte de la ciudad que separa un brazo de mar de los turcos), que se consumaba un drama siniestro cuya causa, importancia y resultado no

podían comprender. El cañon respondía sin intervalo al grito de la soldadesca inmolada en su guarida, mas ¿eran gritos de victoria ó de muerte? Ninguno lo sabía en aquella inmensa ciudad; la grande crisis de que dependía la suerte del imperio estaba concentrada en el estrecho espacio que hay entre la puerta del serrallo y los cuarteles de Etmeidan.

XXVIII

Los genizaros concluyeron al fin; los que no habían perecido en las llamas ó bajo la metralla huían de la venganza tardía, pero inexorable del pueblo y del sultan. Hussein y los otros bajás vencedores mandaron poner una tienda de campaña en medio de aquella carnicería, y á ejemplo de Syla cuando las grandes proscripciones de Roma, destacaron sus grupos armados por todos los barrios de Constantinopla, para perseguir á los genizaros, á quienes había respetado el incendio y la metralla; jefes y soldados fueron conducidos á aquel tribunal, decapitados y arrojados al mar. El terror que aquellas sediciosas hordas habían sembrado por espacio de tantos siglos

en el serrallo, cayó entónces sobre todo lo que habia pertenecido al cuerpo de los genizaros. Mahmoud vengó por fin á Selim, y pudo llamarse soberano, despues de haber expuesto en una jornada decisiva, heróica, pero lentamente preparada, su vida, el trono, el imperio. Triunfó al fin su voluntad, no necesitando ya para regenerar á su nacion mas que un poco de felicidad. Es precisamente lo que los reformadores no tienen hasta despues de su muerte.

XXIX

A pesar de que la rebelion estaba vencida, que la mayor parte de los genizaros habian perdido la vida en el combate, y que los que evitaron la carniceria y todos sus partidarios, llenos de consternacion y espanto, se escondian en los sitios mas apartadas, la prudencia aconsejaba que se tomasen todas las medidas de seguridad necesarias, haciéndose una prolija policia. Estableciéronse, pues, tanto en el interior como en las puertas de Constantinopla y pueblos de las inmediaciones, numerosas guardias y prescribié-

ronse severas perquisiciones y la mayor vigilancia.

Despues de la victoria, Hussein-Bajá y Mohammed-Bajá habian registrado con todo esmero los cuarteles y alrededores, enviando con buena escolta al hipódromo á todos los genizaros y á sus partidarios que habian huido de Etmeidan y refugiádose allí.

Tambien continuaron las pesquisas la noche siguiente, reconociendo y arrestando, con diferentes disfraces, á muchos promotores de la insurreccion. Otros rebeldes fueron sacados del fondo de sus guaridas donde estaban *como serpientes tiritando de frio*, dice el relato turco. Conducidos sucesivamente al tribunal del gran visir, fueron condenados á *la venganza de la ley* y entregados á *las garras* de la estrangulacion. Figuraban entre ellos oficiales, sargentos y veteranos, cuya pernicioso influencia habia agitado *la espumadera de la caldera de la sedicion*, especialmente el viejo Seymen-Baschi-Mustafa, el vice intendente Mustafa, Yusef-el-Kurdo, Mustafa administrador de la vigésima quinta orta; su hermano Mohammed, el pastelero; el cocinero mayor de la quinta orta, que habia mandado sacar las marmitas del regimiento de los armeros; el colchonero Hussein, antiguo cocinero mayor; el calderero Nedjib, hombre de curtido cutis, de aspecto sombrío y atroz, *en cuya horrible frente parecia estar grabado el proverbio*

en el serrallo, cayó entónces sobre todo lo que habia pertenecido al cuerpo de los genizaros. Mahmoud vengó por fin á Selim, y pudo llamarse soberano, despues de haber expuesto en una jornada decisiva, heróica, pero lentamente preparada, su vida, el trono, el imperio. Triunfó al fin su voluntad, no necesitando ya para regenerar á su nacion mas que un poco de felicidad. Es precisamente lo que los reformadores no tienen hasta despues de su muerte.

XXIX

A pesar de que la rebelion estaba vencida, que la mayor parte de los genizaros habian perdido la vida en el combate, y que los que evitaron la carnicería y todos sus partidarios, llenos de consternacion y espanto, se escondian en los sitios mas apartadas, la prudencia aconsejaba que se tomasen todas las medidas de seguridad necesarias, haciéndose una prolija policía. Estableciéronse, pues, tanto en el interior como en las puertas de Constantinopla y pueblos de las inmediaciones, numerosas guardias y prescribié-

ronse severas perquisiciones y la mayor vigilancia.

Despues de la victoria, Hussein-Bajá y Mohammed-Bajá habian registrado con todo esmero los cuarteles y alrededores, enviando con buena escolta al hipódromo á todos los genizaros y á sus partidarios que habian huido de Etmeidan y refugiádose allí.

Tambien continuaron las pesquisas la noche siguiente, reconociendo y arresando, con diferentes disfraces, á muchos promotores de la insurreccion. Otros rebeldes fueron sacados del fondo de sus guaridas donde estaban *como serpientes tiritando de frio*, dice el relato turco. Conducidos sucesivamente al tribunal del gran visir, fueron condenados á *la venganza de la ley* y entregados á *las garras* de la estrangulacion. Figuraban entre ellos oficiales, sargentos y veteranos, cuya pernicioso influencia habia agitado *la espumadera de la caldera de la sedicion*, especialmente el viejo Seymen-Baschi-Mustafa, el vice intendente Mustafa, Yusef-el-Kurdo, Mustafa administrador de la vigésima quinta orta; su hermano Mohammed, el pastelero; el cocinero mayor de la quinta orta, que habia mandado sacar las marmitas del regimiento de los armeros; el colchonero Hussein, antiguo cocinero mayor; el calderero Nedjib, hombre de curtido cutis, de aspecto sombrío y atroz, *en cuya horrible frente parecia estar grabado el proverbio*

bio : ¡Siempre será lobo el hijo del lobo! Su padre, el calderero Mustafá, habia sido el mas encarnizado de los facciosos, el instigador mas ardiente de la sedicion en la catástrofe que costó la vida y el trono al sultan Selim.

Tambien estaba entre las víctimas el comandante de los bomberos, que habia tomado una parte activa en todas las insurrecciones, y que se enriquecia con toda clase de rapiñas, sacando del tesoro sumas considerables, so pretexto de reparar y renovar las bombas. «Aga,» dijole el visir, «¿cómo siendo tu misión «correr á los incendios para apagarlos, no venistes «á ofrecer tus servicios cuando el cuartel estaba ardiendo?» El aga respondió, con irónica sonrisa : «El incendio era demasiado violento para poderle «dominar. Además el deber de un vasallo del sultan «era mas bien atizarle.» El visir replicó : «Si hubieras hecho tu deber hácia el sultan y la religion, «hubieras venido al oír las órdenes de nuestro monarca, que han sido transmitidas á todos los musulmanes fieles, marchando con los buenos ciudadanos y combatiendo bajo el estandarte de Mahoma. «¿Qué castigo merece la rebelion contra el sultan, «contra el pontífice del islamismo? ¡Ves á preguntarlo al muftí!» Al instante fué arrastrado el comandante de los bomberos á la sala baja, donde los

verdugos le pusieron un lazo de piel de serpiente. «Apretad, amigos míos,» dijo, y murió con feroz valor.

Mustafá el verdulero y Mustafá el borracho, jefes de las dos turbas que habian saqueado los palacios del gran visir y de Nedjib-Effendi, fueron arrestados despues de muchos é inútiles esfuerzos, en una casa donde se habian escondido. El verdulero estaba metido en un cofre encima del cual habia algunas mujeres sentadas. Osman-aga mandó llevar el mismo cofre al gran visir, el cual le expidió al sultan, en cuya presencia sacó el bostandji-baschi á Mustafá de su estrecha prision, diciendo : «La clemencia de «nuestro generoso amo os habia perdonado muchas «faltas y aun colmado de favores, ¿cómo habeis «podido tomar parte en esta nueva rebelion?» El desgraciado quizo negarlo y tartamudeó una respuesta cualquiera. «Las revelaciones de tus compañeros,» prosiguió el bostandji-baschi, «prueban «que el dia de la insurreccion mandastes tú precisamente á algunos miserables para que gritasen en «las calles, que se prendiese á las mujeres de los «partidarios del gobierno y vendiesen los niños diez «pesos, los vestidos cinco. ¿Puedes probar lo contrario?» Mustafá tuvo que confesar que habia recurrido á aquella medida para reunir gente, y dando

gracias entónces el sultan al cielo por haber malogrado tan odiosos proyectos, añadió : « ¡ Bendito sea el nombre del Todopoderoso que ha encerrado en un estrecho cofre á este hombre, cuyo orgullo no estaba á sus anchuras en el vasto recinto de Constantinopla ! »

XXX

Algunos dias despues, veinte mil dervises, lepra del imperio, fueron expulsados de la capital á las montañas del Taurus, las cuales infectaban constantemente con sus supersticiones, mendicidad y escándalos. En algunos meses, reveló un ejército regular con su valor y disciplina, el génio natural de los otomanos, probando tambien Mahmoud que no solo habia destruido sino que habia creado.

Pero la virtud del emperador Alejandro no podia contener mas tiempo la ambicion rusa en los consejos de San Petersburgo, y creyendo, por la complicidad de Francia é Inglaterra en el desmembramiento de la Grecia, que sus aliados le abandonarían sin objecion las fronteras del imperio otomano, un ejército ruso de ciento veinte mil hombres pasó el Da-

nubio, so pretexto de obligar al divan á ratificar la emancipacion del Peloponeso. Creia Rusia, que enervado el imperio por el exterminio y proscripcion de cuatrocientos mil genizaros, cederia al menor movimiento. Respecto á los embajadores de Francia é Inglaterra, ambos abandonaron cobardemente á Mahmoud á la presion de los rusos.

Aunque no contaba este con sus aliados naturales, no solo no se desanimó sino que mandó de Varna y Schumla á Belgrado cien mil hombres á las órdenes de Hussein-Bajá, el exterminador de los genizaros, para cubrir y defender las fortalezas del imperio. Por su parte, el emperador Nicolas fué á animar á sus generales con su presencia, cayendo en poder de los rusos Ibrail y Matchin. Varna, donde el capitán-bajá Islet se habia encerrado, rechazó heroicamente por espacio de dos meses los asaltos de los rusos; pero la traicion ó la cobardía debia hacer lo que las armas no podian conseguir. Yousouf, bajá de Varna, se pasó al campamento de los rusos, declarando que la obstinacion del capitán-bajá sacrificaba en vano los restos de una ciudad que no podia defenderse mas tiempo, y aceptando una suerte espléndida de sus enemigos, no obstante sus inmensas riquezas cerca de Seres en Macedonia, fué causa que Varna sucumbiera.

El gran visir Selim-Bajá, cuya inercia irritaba á Mahmoud, cedió el sello del imperio al valeroso Islet-Bajá, vencido sí, pero vencido solamente por la traicion en Varna; mas no teniendo mas genio militar que su intrepidez, y no pudiendo detener á los rusos en la campaña del Danubio de 1829, fué reemplazado por Reschid-Bajá, el cual dió la batalla de Kuletscha, donde por primera vez se sirvieron los turcos de la bayoneta contra los rusos. Schumla cubrió la retirada imponente de Reschid, mas Silistria cayó en poder de Diebisch y los Balkanes, baluarte hasta entónces inexpugnable de Andrinópolis, fueron atravesados. Reschid abandonó precipitadamente á Schumla para alcanzar á los rusos en su rápida marcha sobre Andrinópolis; mas habiendo sido vencido en la batalla de Selimno, Diebisch entró en la segunda capital del imperio. Solo el pequeño número de rusos y la desesperacion de los otomanos cerraba á los primeros el camino de Constantinopla.

Mahmoud tuvo que firmar la paz de Andrinópolis, que apénas difería de la de Bucharest, pues Rusia se contentaba con recorrer sucesivamente las provincias de la Europa otomana como para estudiarlas y prepararlas á su yugo; retirándose en seguida con aparente moderacion, á fin de no provocar los clamores del mundo.

XXXI

Todas las adversidades asediaban á la vez al infortunado reformador del imperio; vencido por los rusos, despojado por los griegos, atormentado por los ingleses, abandonado por los franceses, faltábale solamente la agresion de un bajá sublevado, á quien no habia colmado de favores mas que para aumentar su poder é ingratitud.

La independéncia de Grecia, la toma de Andrinópolis, la connivencia de Inglaterra y Francia en el reparto de la Turquía de Europa, excitaban la codicia de Mehemet-Alí á tal punto, que su ambicion veia tal vez en perspectiva el dominio del imperio entero. Verdad es que la fortuna le estimulaba en todos conceptos. La revolucion de 1830 en Francia habia confiado el gobierno al partido liberal, el cual confundíase entónces, por una extraña coalicion, con su enemigo natural, el partido bonapartista. Las preocupaciones soldadescas de este simpatizaban viva y parcialmente con Mehemet-Alí, soldado que, como el amo de la Francia, habia llegado á la cúspide del

poder; llamaban al bajá el Bonaparte de la Arabia, considerando al soberano del desierto de Suez, como un enemigo de los ingleses, capáz de disputarles el istmo y bloquearlos en el mar Rojo en la India. En vano disipaban este ensueño las dos ocupaciones de Egipto, las flotas y desembarcos británicos; resentido el partido bonapartista contra Inglaterra, recomendaba sus sueños diplomáticos á la opinion ignorante del pueblo.

Mehemet-Alí conocia y conservaba hábilmente su popularidad en Francia reclutando los restos del ejército de Napoleon y recompensando generosamente sus servicios. Los oficiales de Napoleon formaban sus instructores y le organizaban sus tropas, pues el genio árabe concuerda admirablemente con el genio de los franceses. Una flota y un ejército formidables, un tesoro inmenso, una diplomacia fácil de halagar y corromper, su popularidad en Francia que aumentaba con periódicos asalariados, en fin, un general intrépido y experimentado como Ibrahim-Bajá, disipaban el único escrúpulo que podia tener Mehemet, el de no conseguir sus usurpaciones.

XXXII

Sin embargo, con la astucia griega que caracterizaba á aquel hijo del Epiro, cubrió su súbita invasion en Siria con un pretexto de querrela puramente personal entre él y Abdallah, bajá de San Juan de Acre. Su hijo Ibrahim sitió esta ciudad apoderándose militarmente de Gaza, Jaffa y Caifa, pueblos del litoral de la Palestina, obligando en fin á capitular á Abdallah, á quien mandó prisionero á su padre.

No habiendo llegado á tiempo Osman-Bajá, que por orden del sultan habia ido á socorrer á Abdallah, y no atreviéndose á esperar á Ibrahim, refugióse con el ejército otomano en los muros de Alepo, dejando á los egipcios atacar y tomar á Damas, capital de la Siria. Siguiendo Ibrahim las orillas del Oronte, encontró en Hems al bajá de Alepo con veinte mil turcos, á quien el terror solo del nombre de Ibrahim vencian, y una batalla le sometió Alepo. Hussein-Bajá, el azote de los genizaros, defendia aun los desfiladeros del Taurus, verdaderas puertas de la Carama-

nia; pero Ibrahim vence en Beilan á sus veinte mil hombres, conquistando así la Siria entera. Mehemet mandó á su hijo que pasase el Taurus continuando sus victorias hasta obtener del divan las sumisiones que un conquistador impone á los vencidos. Reschid-Bajá tan acreditado por sus victorias en Albania y Grecia, fué nombrado gran visir, y marchó con sesenta mil hombres, última fuerza regular del imperio, á tomar las colinas que hay entre Kutaiah é Iconium y que forman los desfiladeros interiores de la antigua Capadocia. Incomodados sus flancos por el ejército de Ibrahim, y ataeado de frente por el mismo Ibrahim, cae del caballo combatiendo no por la victoria sino por la vida y es recojido por los egipcios cubierto de heridas. Prisionero el gran visir, no solo se dispersó el ejército sino que la capital se llenó de consternacion.

Abandonado Mahmoud por la fortuna y sus propios vasallos, la desesperacion le hizo dirigirse á Rusia implorando la proteccion de sus enemigos contra los rebeldes. La flota rusa fondeó el 20 de febrero 1833, en el Bósforo, desembarcando treinta mil rusos auxiliares en las costas de Asia, y el emperador de Rusia favorecido por el crimen de un bajá rebelde, por el desaliento de los turcos, por la inaccion política de Francia é Inglaterra, era dueño de la capital y del

imperio de los sultanes, pudiendo su edecan y favorito el conde Orlof dictar leyes al divan.

Al fin alarmóse Francia, mas ya era tarde. En vano su embajador el almirante Roussin, ofreció su mediacion á Mehemet-Ali; ébrio el bajá con sus victorias rechazó como inaceptables todas las condiciones que no le asegurasen la Siria, la Arabia, y hasta la provincia de Adana, puerta de la Caramania, que quería tener abierta para sus futuras invasiones. En vano tambien el encargado de negocios de Francia, M. de Varennes, diplomático activo y experimentado, marchó al campamento de Ibrahim para modificar las exigencias del rebelde; el hijo fué tan inflexible como el padre y el sultan tuvo que ceder la Siria y Adana al bajá de Egipto, á quien estas conquistas hacian mas poderoso que su amo.

Francia, á quien tan mal ilustraba su ministerio, expió la loca popularidad con la cual habia estimulado la ambicion del egipcio, pues la mitad del imperio cayó bajo el protectorado de los rusos, y la otra mitad bajo el sable de un bajá, árbitro único del Asia, no quedando á Francia contrapeso posible contra Rusia en Europa, ni contra Inglaterra en Asia. La impericia del gabinete parlamentario de las Tuillerias entregaba el Mediterráneo, Danubio, Pruth, Eufrates, istmo de Suez, Grecia, mar Negro y mar

Rojo á nuestros enemigos para halagar la ignorante parcialidad de la tribuna y de la prensa de Paris.

Mas avanzó en aquel callejon sin salida la política extranjera del ministerio de M. Thiers, pues exponiendo Europa á un incendio universal para sostener los intereses anti-franceses del aventurero de la Cavala. No parecia sino que un acceso de demencia dominaba la opinion francesa engañada. Un protectorado europeo del imperio otomano, distribuyendo territorios y mares por parte iguales á las grandes potencias continentales y maritimas bajo la soberanía nominal de los sultanes, hubiera sido ménos insensato que aquella division en dos partes, entre Rusia y Egipto.

Austria é Inglaterra comenzaban á comprenderlo, y la misma Rusia, ménos impaciente entónces por conquistar que por congratularse el afecto de los turcos, protestaba contra la política exclusivamente egipcia del gabinete francés, firmando con la Puerta el tratado secreto de Unkiar-Skelesi. Obligábase Rusia á socorrer al sultan contra sus enemigos interiores y exteriores, á su primer aviso, obligándose en cambio la Puerta á cerrar los Dardanelos á los navíos de guerra de las otras potencias. Los Dardanelos eran pues una puerta rusa cuyas llaves conservaba el sultan, pero siempre á disposicion de su aliado y protector.

XXXIII

Aunque dueño Mehemet-Alí del Taurus, de la Siria, Arabia y Egipto por la convencion de Kutaiah, no cesaba de negociar unas veces con las potencias occidentales, otras con el mismo sultan, para conseguir la investidura soberana y hereditaria de aquel vasto imperio, arrebatado por las armas á los otomanos. Mientras que Austria, Inglaterra y Francia, algo entibiadas por tantas exigencias, discutian ó negaban sus deseos, el sultan, seguro del apoyo de los rusos, se indignaba contra tantas humillaciones.

Mehemet-Alí recurrió, para seducirle, á los halagos despues de los ultrajes, enviando á Constantinopla, cerca de la sultana Validé, para negociar y corromper, á la hermosa viuda de su hijo Ismail, mas ni la belleza, ni los tesoros, ni la elocuencia de esta negociadora pudieron vencer en el haren los resentimientos de Mahmoud, volviendo á Egipto Zehra-Cadoun con una negativa absoluta.

Francia, mas feliz ó imprevisora, arrancó á Mahmoud la herencia de Egipto para su protegido, si

bien negoció tibiamente la de Siria, que tambien deseaba, y que no logró. El interés de un bajá, elevado desde una simple tienda en Epiro á la soberanía del Nilo, agitó Europa nada ménos que nueve años.

XXXIV

La guerra estalló de nuevo en 1838 entre la Puerta y Egipto, y habiendo muerto en su campamento, Reschid-Bajá, gran visir entónces y generalísimo del ejército reunido en Siria, sucedíale como jefe del mismo Hafiz-Bajá, tan valiente y hábil como desgraciado, y avanzando con ciento cincuenta mil hombres hasta el valle del Eufrates. No compartiendo el ministerio francés del 12 de mayo, presidido por el mariscal Soult, la infatuacion del precedente por Mehemet-Alí, mandó cerca de este á uno de sus edecanes, M. Callier, tan cumplido negociador como militar, para observar y contener el choque de ambos ejércitos.

El 24 de junio atacó Hafiz-Bajá con tanta impetuosidad al enemigo, que no pudiendo Ibrahim resistir al valor de los turcos, trataba en vano de dominar la

huida general cuyo torrente le arrastraba á él tambien, cuando su segundo jefe Soliman-Bajá, oficial francés llamado Sève, y naturalizado en Egipto, detuvo con su metralla las masas turcas salvando á su general y á su ejército. Vuelve Ibrahim con sus columnas ya rehechas y ataca los turcos destrozados por las baterías de Soliman; y declarándose en retirada los auxiliares turcos de Hafiz y envuelto este no obstante su valor por los escuadrones en dispersion, tiene que abandonar el campo de batalla, sus tiendas de campaña; doscientos cañones y veinte mil fusiles para acelerar la huida de los cobardes.

El ayudante del mariscal Soult, Callier, llegó al campamento de los egipcios el día de la batalla, y habiendo sido admitido en la tienda de campaña del vencedor consiguió, á fuerza de insinuaciones y amenazas, detener á Ibrahim al pié del Taurus. La batalla de Nezib fué solamente, merced al negociador del ministerio francés, una victoria mas para Ibrahim y una derrota mas para los turcos, pero no por eso conmovió ménos al imperio, dando el último golpe á la vida del sultan, abrumada al fin por tantos esfuerzos y vencida por tantos reveses.

Es seguro que sus desgracias hubieran apurado la energia vital de diez reformadores, y sin embargo su cuerpo solo y no su alma se rendia entónces. Treinta

años sostuvo la caída de un imperio que apesar de estar carcomido por la vejez, no cesó un día de ayudar para rejuvenecerle. Solo la posteridad podía juzgarle; del mismo modo que sucedia con los colosos derribados por los pastores de Persépolis, no debian medirse bien sus proporciones sino tendidos en el suelo.

Dejemos un momento al soberano en la escena política para contemplar al hombre en el interior de su serrallo.

XXXV

La Providencia habia negado á Mahmud uno de esos ministros como los Kiuperli que inspiran ó ejecutan los pensamientos de un reinado, admitiendo la responsabilidad de los reveses y dejando á su amo la gloria de los triunfos. Despues de haber ensayado muchos hombres secundarios, habia sido al fin y al cabo su propio ministro; sus proyectos eran demasiado grandes para otras cabezas, y así fué el blanco de las quejas, murmuraciones, pusilanimidad y desafeccion de su pueblo. Vanamente buscó, con el co-

razon lleno de confianza y amistad, favoritos ó amigos entre sus ministros.

La primera y mas constante de sus afecciones fué Halet-Effendi, ministro hábil para las intrigas y de brazo feroz, á quien los testigos íntimos del reinado de Mahmud atribuyen la carnicería de los griegos en Constantinopla y las primeras severidades contra los genizaros. Halet nombraba los visires, sirviéndose de ellos como dóciles instrumentos de su poder.

Uno de estos instrumentos, el gran visir Deli-Abdallah, rebelóse contra la mano que pretendia avasallarle, y estallando una noche, á instigacion suya, un incendio y una rebelion en los cuarteles, declaró al sultan que los soldados pedian á voces la cabeza de Halet. A fin de preservar la vida de su amigo, Mahmud le desterró á Koniah, para donde salió antes de amanecer.

« Marchando á pié » dice el jefe de su escolta, « detrás del carro de bueyes que llevaba á sus mujeres é hijos, Halet seguia con tristeza las sinuosidades del camino escuchando los pasos de cada caballo que llegaba de Constantinopla, esperaba ver á cada instante algun mensajero de su amo que le llamase otra vez á su elevada posicion. » Al fin llegó lentamente á su destierro, sin haber visto mas que el polvo del camino y los carriles de su carro de bueyes.

« El poder » decía á sus soldados « es como la cúspide de un minarete donde no cabe mas que un hombre; el que como yo sube á él no debe permitir que ninguno le acompañe so pena de ser precipitado como yo, desterrado ó muerto; debe por el contrario inmolarse sin piedad á todos los que traten de subir á esa culminante cumbre! »

Su rival Deli-Abdallah siguió sus máximas, retirado Halet á Koniah en un tekké (convento de dervises) donde se creia inviolable, recibió por mano de un capidji enviado por el sultan, la orden de entregar su cabeza. Sacando su sable la disputó con desesperacion á sus asesinos, pero algunos dias despues estaba colocada en una bandeja de plata en la puerta del serrallo, con gran satisfaccion de sus rivales.

XXXVI

El visir Pertew-Bajá, á quien despues de Halet-Effendi afeccionó mas tiempo, tuvo igual suerte. Desterrado hacia algunos meses en Andrinópolis y esperando en medio de su vida poética y estudiosa volver al favor y á la fortuna, sorprendióle una violenta

muerte. El siguiente relato de uno de los ejecutores de su suplicio nos revela su estóica agonía.

« En octubre 1837 saliendo Pertew del baño y sabiendo que Emin, bajá de Andrinópolis, tenia que comunicarle noticias de Stamboul, despues de una hora de descanso, mandó ensillar su mula y fué al palacio con uno de sus servidores.

« Eran las tres de la tarde. El bajá se levantó y haciéndole sentar en su divan, cerca de él, sirvióle la pipa y el café, despues de lo cual reinó el mayor silencio. Jóven todavía, hijo generoso de Reschid-Mehemet, ignoraba el bajá el arte del verdugo y no hallaba mas que benévolas palabras para la víctima, inspirándole una especie de terror de su mision, su respeto hácia el condenado, y su sorpresa por el inusitado rigor del sultan. Pertew fué el primero que rompió el silencio: « ¿Parece que teneis que comunicarme noticias de Stamboul? »

« A estas palabras las facciones de Emin revelaron su dolor y tartamudeando, con oprimido corazon y sin poder significarle la funesta sentencia, le entregó el firman. Despues de haberle llevado á su boca y frente, Pertew abrió lentamente el escrito imperial leyéndole hasta el fin sin demudarse. Dóblale despues y colocándole encima de un almohadon, da una palmada para llamar:

« El poder » decia á sus soldados « es como la cúspide de un minarete donde no cabe mas que un hombre; el que como yo sube á él no debe permitir que ninguno le acompañe so pena de ser precipitado como yo, desterrado ó muerto; debe por el contrario inmolarse sin piedad á todos los que traten de subir á esa culminante cumbre! »

Su rival Deli-Abdallah siguió sus máximas, retirado Halet á Koniah en un tekké (convento de dervises) donde se creia inviolable, recibió por mano de un capidji enviado por el sultan, la orden de entregar su cabeza. Sacando su sable la disputó con desesperacion á sus asesinos, pero algunos dias despues estaba colocada en una bandeja de plata en la puerta del serrallo, con gran satisfaccion de sus rivales.

XXXVI

El visir Pertew-Bajá, á quien despues de Halet-Effendi afeccionó mas tiempo, tuvo igual suerte. Desterrado hacia algunos meses en Andrinópolis y esperando en medio de su vida poética y estudiosa volver al favor y á la fortuna, sorprendióle una violenta

muerte. El siguiente relato de uno de los ejecutores de su suplicio nos revela su estóica agonía.

« En octubre 1837 saliendo Pertew del baño y sabiendo que Emin, bajá de Andrinópolis, tenia que comunicarle noticias de Stamboul, despues de una hora de descanso, mandó ensillar su mula y fué al palacio con uno de sus servidores.

« Eran las tres de la tarde. El bajá se levantó y haciéndole sentar en su divan, cerca de él, sirvióle la pipa y el café, despues de lo cual reinó el mayor silencio. Jóven todavía, hijo generoso de Reschid-Mehemet, ignoraba el bajá el arte del verdugo y no hallaba mas que benévolas palabras para la víctima, inspirándole una especie de terror de su mision, su respeto hácia el condenado, y su sorpresa por el inusitado rigor del sultan. Pertew fué el primero que rompió el silencio: « ¿Parece que teneis que comunicarme noticias de Stamboul? »

« A estas palabras las facciones de Emin revelaron su dolor y tartamudeando, con oprimido corazon y sin poder significarle la funesta sentencia, le entregó el firman. Despues de haberle llevado á su boca y frente, Pertew abrió lentamente el escrito imperial leyéndole hasta el fin sin demudarse. Dóblale despues y colocándole encima de un almohadon, da una palmada para llamar:

« Que me traigan una pipa, » dijo con serenidad.

« El bajá callaba.

« Dios es testigo, » añadió Pertew, dejando caer gravemente sus palabras entre las aspiraciones regulares de la pipa, « Dios es testigo que siempre serví con celo y adhesión al sultan, mi amo. ¡ Que su reinado sea glorioso! Nunca trabajé mas que para conseguir el bien y la prosperidad del imperio. ¡ Mi corazón y mis manos están puras! ¡ Que Aláh perdona a mis enemigos! Concededme, Señor, el tiempo de decir mis oraciones. » Así acabó dirigiéndose al bajá, que se levantaba para no asistir al espectáculo de la ejecución de la orden de muerte que había dado.

« Estendiendo Pertew una alfombra, hizo su namaz, y olvidando todos los recuerdos de su poder y todas las penas de la vida, y sin aspirar mas que á la nueva existencia que le aguardaba, espresó en verso su piadosa exaltacion. El sentimiento religioso y el amor de la poesía, que tan fielmente habian acompañado al ministro, al través de las corrupciones y preocupaciones del poder sobrevivian á todos los demás, llevando su alma toda entera, cuya inspiracion se exhaló misteriosamente en la lengua alegórica de los sofis.

« Mi corazón, » escribió, « está alterado por el ob-

« jeto de sus eternos deseos. La copa desborda. ¡ Ay de mí! ¡ ay! ¡ Qué hacer? Venga cuanto ántes la aurora sin fin. ¿ Velaré? ¿ Esperando acostado á la muerte que va á reunirme con mis amigos? ¡ Qué larga es la noche de la agonía! Ven, oh ven, verdadero sol, ilumina con una claridad mas pura esos ojos que van á cerrarse. »

Llegó en efecto la noche durante las piadosas resignaciones del ministro poeta y místico, é inquietos sus servidores por su larga ausencia fueron á preguntar si le habian visto entrar en el serrallo. La respuesta fué entregarles su cadáver, el cual llevaron silenciosamente á su habitacion, y al dia siguiente, al rayar el dia, miles de turcos acompañaron al cuerpo de Pertew-Bajá al campo de los muertos. Turquía lloró *la pérdida del último de los turcos.*

Esta muerte, que ignoró Mahmoud, fué atribuida por los que la mandaron, á una muerte natural y súbita, y cuando Reschid la refirió algun tiempo despues al sultan, recitándole los versos fúnebres del moribundo, Mahmoud lloró amargamente, no habiéndose consolado nunca de la pérdida de aquel sabio, su amigo ántes, hoy su victima.

XXXVII

Un tercer favorito de Mahmoud, el circasiano Kosrew-Bajá, que acaba de morir, á la edad de cien años, en el opulento retiro de su palacio casi imperial del Bósforo, ocupó, perdió y recobró durante tres reinados las mas altas dignidades del Estado.

Aunque llegó como simple esclavo de Circasia á Constantinopla, su valor, privilegiada inteligencia y osada prudencia, le habian permitido atravesar impunemente las situaciones en las cuales tiembla el suelo bajo los pasos de los ambiciosos. Siendo gobernador de Egipto, despues de la expedicion de Bonaparte, no vaciló en luchar contra Mehemet-Alí, tan popular y poderoso ya en el Cairo, pues presagiaba las calamidades que aquel futuro rebelde preparaba á su patria, ambos rivales se juraron una enemistad, tan duradera como su larga vida; pero Kosrew-Bajá fué vencido por la astucia y oro de Mehemet. Llamado á Egipto primero como capitán-bajá, y despues como seraskier, ministro de la policia de la capital, presidente del consejo de los visires, en fin, gran vi-

sir, siempre compartió con Hussein-Bajá el horror de los genizaros y la pasion de las reformas militares.

Padre adoptivo de los dos jóvenes bajás Khalil y Said, que se disputaban el favor de Mahmoud en sus últimos años, obtuvo para cada uno de estos favoritos la mano de una de las jóvenes sultanas hijas de Mahmoud. Hasta la edad de ochenta años conservó sus honores, que Mahmoud distribuyó á sus yernos Khalil y Said, retirándose con el afecto del sultan, un sueldo de cuatrocientos mil francos y una guardia de honor de cuarenta hombres de armas, agregados á su palacio. Cada vez que se presentaba en el serrallo, tratábase el sultan mas bien como padre que como ministro, y no pocas veces gobernaron sus consejos el divan.

Su mano aunque octogenaria fué tambien la que, despues de la muerte de su amo, dirigió y consolidó el reinado de un niño. Bajo y con anchas espaldas, excesivamente obeso, de facciones duras, de cútis animado, de mirada penetrante, de elocuente lenguaje, Kosrew, á quien hemos conocido en sus últimos años, recordaba mas bien al hijo de las nieves del Cáucaso que al hombre de Estado de Asia. Su principal sistema fué buscar, educar, adoptar, asociar á sus ideas y fortuna á los jóvenes que se distinguían por su inteligencia y eran la esperanza del im-

perio, y este sistema es el que hace quince años gobierna el imperio.

XXXVIII

La juventud de Mahmoud no estuvo exenta de las sospechas con sobrada frecuencia fundadas contra las costumbres de los príncipes asiáticos, habiendo sido causa que se calumniasen sus mas irrepreensibles amistades y su predileccion por la juventud y la hermosura.

Sin embargo, su grande y exclusiva pasion por una de las odaliscas de su haren desmiente estos rumores. En la sombría alameda de las Aguas-Dulces de Europa existen todavía las ruinas del palacio, donde todos los dias iba á consolarse de los disgustos y adversidades de su reinado, con la sociedad de aquella bella esclava. Cuando murió esta de una enfermedad de consuncion, el sultan loco de dolor, prohibió que se restaurase aquel asilo de su felicidad, cuyas paredes abandonadas van cayendo por pedazos en sus secos estanques; jamás quiso pasar por aquel valle

de sus lágrimas, que le recordaba tanto amor y afliccion.

Algunos años despues concibió una pasion romanesca por la hija de un scheik, á quien habia visto por casualidad en el jardin de su padre, y disfrazándose frecuentemente de dervis para penetrar en casa del scheik, celebró en amorosos versos la hermosura de su amada, el rigor del padre, el subterfugio de sus disfraces y los suspiros de su pasion.

Solo el exceso de sus desgracias al finar su reinado le decidió á buscar algun olvido momentáneo á sus penas en los vapores del vino y las relaciones con las jóvenes griegas de las islas de los Príncipes, en las costas de Asia. Por desesperacion saboreaba el suicidio en medio de la sensualidad sin renunciar por eso á la reforma, sino solamente á la vida. Aunque se habian declarado contra él el cielo y tierra y el mismo pueblo, siempre esperó que este seria feliz bajo el reinado de su hijo inocente, al ménos á los ojos de los musulmanes, de los esfuerzos y reveses que habian usado su nombre y fuerzas. Nesotros le contemplamos en aquella época de su vida y su rostro inspiraba á la vez admiracion y tristeza. Era el heroismo luchando con la fatalidad. Revelaba la fuerza del hombre de genio vencido por la fuerza superior de la Providencia, sucumbia sí, pero mi-

rando dignamente su desgracia. Su viril melancolía parecía su último desafío á la suerte, que debía consumarse prematuramente.

XXXIX

Abrumado por la batalla de Nezib, trató en vano de ocultar su agonía á su serrallo y á su pueblo, para no desanimar á las tropas que combatian todavía á las órdenes de Hafiz-Bajá, y que podian tal vez, coronar su tumba con una victoria póstuma.

Con tal fin abandonó su serrallo y palacio de verano de la costa asiática del Bósforo, encerrándose con sus confidentes mas intimos, Kosrew-Bajá, y sus dos yernos Khalil y Said, en un kiosko aislado en la falda de un bosque que domina su palacio de las costas de Asia. Veíanse desde allí las ruinas del castillo de Mahomet II, en las costas de Europa, como si la suerte hubiera querido que uno de sus sucesores contemplase del fondo de la decadencia actual, aquel monumento de las conquistas turcas.

Una calentura ética, enfermedad que ningun remedio fisico podia aliviar, consumia rápidamente

sus fuerzas. A hijas, madre y visires habia prohibido la entrada de su habitacion para evitar siniestros adioses; solo Kosrew, autorizado por su edad, se atrevió á forzar la consigna, y entró en secreto á conversar con el sultan, saliendo sin esperanza de conservarle un dia mas.

La gravedad de aquella hora suprema y la urgencia de los peligros conocidos reconcilió en medió de lágrimas al anciano Kosrew, á quien habia lastimado la ingratitud de sus hijos adoptivos y á los yernos favoritos del sultan, que eran rivales uno de otro. Al romperse de dolor sus corazones todo lo dominó la fidelidad. El alma tierna y poética de Khalil especialmente acogia siempre las explosiones de la naturaleza no obstante las ambiciones del poder.

Temiendo un movimiento del partido mal comprimido de los genizaros al saberse la muerte de su exterminador, el seraskier Saíd-Bajá marchó á Constantinopla y mandó poner las tropas sobre las armas. Noticiöse á la sultana Valide y á sus hijos la extremidad del mal, y Kosrew y Khalil pasaron la noche de pié en los jardines, no atreviéndose á faltar á las órdenes absolutas de su amo, que queria morir en el kiosko. La aurora del 1º de julio 1839 no vió mas que su cadáver, sin que se hubiera oido su último suspiro.

Abdul-Medjid, apenas adolescente, fué despertado por el mensaje de Khalil y corrió á llorar á su padre en el kiosko solitario aun de Tchamlidji, cuyos jardines y avenidas llenaron de sollozos momentos despues los leñadores y aldeanos turcos de las poblaciones de Asia. Todos tenian el instinto de la gran pérdida que hacian. Reunidas á tiempo las tropas por Saïd-Bajá, comprimieron toda emocion del partido de los genizaros y formaron á lo largo del camino que baja del kiosko al mar, donde esperaba al nuevo sultan una barca imperial. A su vista el cañon de los fuertes y flota anunció á la capital el advenimiento de Abdul-Medjid.

Mahmoud dispuso que se le enterrase en el campo de su triunfo, cerca del hipódromo, á los piés de la columna quemada de pórfiro, que los genizaros, para siempre vencidos, habian regado con su sangre. Allí van todavía los amigos de la raza otomana á llorar su pérdida y estimular sus esperanzas, que el gobierno de Abdul-Medjid debia justificar plenamente. Mas no penetremos en su reinado. La verdadera historia no comienza mas que con la posteridad.

